

EL FETO



ALEXANDER
COPPERWHITE



Lectulandia

En 1921, en el Hospital Real de Santiago, en la Planta 14, una mujer embarazada es atendida durante el parto, pero algo no va bien. Muchos años después, en Madrid, un periodista muere en su casa, dejando una carpeta con un contenido sospechoso y nefasto. Juan, un inspector de policía, comenzará a investigar qué significan las cruces marcadas que aparecen delante de los nombres de las madres, los recién nacidos, y los médicos implicados. Rapto de neonatos, asesinatos en masa, cría secreta de mujeres gestando, almacenes de sangre abandonados... una organización secreta, un despiadado asesino internacional, hombres sin escrúpulos. ¿Qué es la Planta 14?

Lectulandia

Alexander Copperwhite

El feto

ePub r1.0

Titivillus 10.02.2019

Alexander Copperwhite, 2015

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

Portada: Alejandro A. Blanco

Supervisión general: María del Pilar Meseguer García

Corrección de texto y estilo: Emilio Tomás (Taller de prensa)

más libros en lectulandia.com

A mi mujer

Agradecimientos: Ricardo Plantagenet Médano, Carina Delprato, Ana
Añó y José Antonio Flores Yepes
Especial agradecimiento: Jorge Magano

Esta historia está basada en una idea, y no en una realidad, aunque no descartaría la posibilidad de que alguien estuviera viviéndola de verdad.

El sueño de ayudar a la humanidad puede convertirse en pesadilla cuando el individuo acaba poseído por la soberbia.

I

EXPERIMENTANDO

Busquemos en lo más profundo de nuestros pensamientos, recuerdos que evocan dolor y sufrimiento, igual que en el día de nuestro nacimiento. Cómo explicar el inicio de nuestra memoria, si el comienzo de nuestra existencia está sumida en una completa inconsciencia. Puede que no seamos más que sombras que viajan a través de la muerte, con el único objetivo de ser depositados en un cuerpo sin alma, para más tarde renacer como otra persona.

* * *

Principios de noviembre de 1921, Hospital Real de Santiago...

—¡Aaaaahhhhhh!

Los gritos de la mujer alertaron a las enfermeras, que de inmediato se reunieron y mandaron a buscar al jefe de planta.

—¿Qué está pasando? —preguntó el doctor Villar.

El hombre, ya mayor, se situó encima de la mujer y la miró con ojos de vergüenza. A estas alturas de su vida, no estaba seguro de nada y cada vez creía más en Dios; ese detalle le atormentaba y le perseguía durante las largas noches de invierno del norte de España. «Iré directo al infierno», pensaba. Después de colocarse una mascarilla blanca, que le cubría unas canosas y abultadas patillas, se enfundó unos guantes de goma y tocó a la mujer, que no había parado de gritar, rota por el intenso dolor que hervía en sus entrañas.

—¡Doctor! —exclamó una enfermera— ¡Doctor!

—¿Qué es lo que ha ido mal? —se preguntó—. ¿Quiénes nos creemos que somos?

No se atrevía a hacer nada porque tampoco sabía qué era lo que debía hacer. La planta 14, la más moderna instalación médica de todo el país y quizás de todo el continente, estaba en alerta máxima a causa de los incesantes y escalofriantes gritos de la mujer.

—¡Aaaaaahhhhhh!

—Trae un anestésico —ordenó el médico.

—¿Cuál quiere que le traiga?

—¡Cualquiera! —gritó—. ¡Tráeme uno de inmediato!

La enfermera abrió con nerviosismo el armario de los medicamentos y tirando la mitad al suelo. Su corazón latía con fuerza, su mente enloquecía a causa de los gritos,

su mano temblaba debido al miedo y su rostro había palidecido tanto que parecía estar muerta.

—Aquí tiene doctor —le dijo, sujetándose el estómago.

El doctor Villar cogió un vial del anestésico, introdujo una jeringuilla de metal en su interior y la llenó del espeso líquido. «Aguanta mujer», pensó. Agarró su brazo con firmeza y le inyectó la sustancia.

Las enfermeras, de forma inconsciente, decidieron apartarse hasta que se toparon con las paredes de la habitación. Una de ellas estiró el cuello con fuerza y, presa del pánico, comenzó a arañar los azulejos de la dura superficie, rompiéndose las uñas y mordiéndose la lengua; las más débiles no tardaron en desmayarse. Mientras, el doctor se santiguaba, a la vez que rezaba por la salvación del alma de la mujer... y de la propia. Las intensas luces del techo calentaban tanto el ambiente que daba la sensación de encontrarse en el cuarto de calderas, funcionando en pleno agosto; un aura vaporosa emanó del suelo y envolvió la sala, como si de una fina capa de niebla se tratase, aunque transparente. La mujer se rompió las piernas, al golpearlas con una fuerza descomunal sobre la mesa de operaciones, y con un movimiento instintivo se destapó por completo y sujetando su barriga.

—¡Aaaaaahhhhh! —chillaba—. ¡Me estás matando!

Su único deseo era el de morir, pero que su bebé sobreviviera.

—¡Paradlo ahora mismo! —gritó el doctor Villar—. ¿No veis que no funciona? ¡Paradlo ahora mismo!

El vientre de la mujer temblaba como un flan que es golpeado con fuerza, y con cada segundo que pasaba, una mancha roja, parecida al fuego, envolvía toda su superficie.

—¡Os estoy diciendo que lo paréis!

Un fuerte pitido invadió la cabeza del doctor e hizo callar a la mujer. Él se arrodilló, tapándose los oídos y presionando con fuerza. «¡La cabeza me va a estallar!», gritó. El vientre de la mujer seguía agitándose con tanta violencia que incluso la mesa de operaciones comenzó a temblar, y eso que la habían atornillado al suelo. Los instrumentos quirúrgicos, que se movían a causa del temblor, se caían al suelo junto con los demás aparatos y medicamentos. Un microscopio se hizo añicos, todos los frascos de cristal estallaron, partiéndose en mil pedazos, las luces del techo explotaron, mientras que las enfermeras estaban a punto de morir asfixiadas.

La única asistente, que no se había desmayado no pudo soportarlo más. Cogió un bisturí que vio en el suelo, estiró el cuello de nuevo y se lo clavó por debajo de la mandíbula, empujándolo con fuerza hacia arriba hasta desplomarse muerta. «Esto es una locura», pensó el doctor Villar. Arrastrándose como pudo hasta un enorme espejo, situado junto a la puerta de entrada, lo golpeó con las pocas fuerzas que le quedaban, deseando desesperadamente llamar la atención de quienes vigilaban la sala desde el exterior.

—Parad... —susurraba con debilidad—. Por favor, parad...

El pitido se agudizó tanto que el vientre de la mujer vibraba de manera continua y con mucha violencia. Hasta que la piel no pudo estirarse más y explotó.

—Dios santo —sollozó el doctor.

El pitido desapareció y, en su lugar, un débil llanto comenzó a sonar en la sala. El vientre de la mujer había reventado, empapando las paredes, el mobiliario, el suelo y a los presentes con sus restos. Pedacitos de carne, mezclados con hilos de sangre y vísceras casi licuadas. Partes del hígado y de los pulmones se despegaban del techo, cayendo al suelo lentamente, como espesos mocos rojizos. El bebé, un ser inocente que deseaba saborear la vida, terminó triturado en el vientre materno; ya no quedaba ningún rastro de él.

—Estamos condenados. Iremos directos al infierno —dijo el doctor.

La puerta de la sala se abrió y la voz de un hombre resonó hacia los pasillos de la planta 14.

—Doctor, mantenga la compostura y levántese. Conocía de sobra los riesgos del experimento.

El médico intentó buscar con la mirada el maldito responsable que le había metido en todo este embrollo, pero no fue capaz de distinguir su silueta; el mareo y la desilusión le cegaban. Un equipo de hombres, enfundados en uniformes que les cubrían el cuerpo entero, entró en la sala. Tomaron posiciones y se pusieron manos a la obra. Dos de ellos levantaron al doctor del suelo y se lo llevaron a rastras, otros ocho hicieron lo mismo con las enfermeras, y el resto comenzó a recoger muestras de toda clase que introducían en vainas de acero inoxidable.

El hombre encendió un cigarrillo y expulsó el humo por la nariz.

—Limpiad la sala y preparadla para la siguiente prueba. Es vital espabilar al doctor y recordarle la importancia de lo que estamos haciendo aquí. ¿De acuerdo?

Los hombres asintieron y continuaron con su trabajo, mientras él acabó fijándose en uno de los ojos de la mujer, que se había estampado en la vitrina de un armario y que casualmente le miraba con una horripilante fijación.

II

A ESPALDAS DE PEDRO

En la actualidad, en un piso próximo al centro de Madrid...

Un policía se apoyaba en el hombro de su compañero, mientras respiraba profundamente cerca de la ventana que daba al amplio pasillo del tercer piso del edificio. Era novato y no fue capaz de asimilar lo que acababa de ver.

—Tranquilo, hombre —le decía su compañero.

El inspector Marengue les observó con el rabillo del ojo y procedió a examinar la puerta de entrada. Los hachazos en la parte derecha, cerca de la cerradura, no le sorprendieron demasiado; no era la primera vez que acudía a investigar un crimen de estas características, pero al ver que la mitad de la puerta estaba hecha pedazos, no llegó a comprender el porqué. Los responsables del despedace, dos bomberos, con cara de niño y cuerpo de culturista, descansaban en el rellano, conscientes del destrozo que habían causado. «Más novatos en el caso, ¡vamos bien!», pensó el inspector. Al entrar, quedó impresionado con las dimensiones del piso, que era enorme. La pared de su derecha, repleta de cuadros de grandes artistas, parecía más un mural de museo que una propiedad privada. En la pared de su izquierda, un conjunto de sofás orientados hacia la boca de una enorme chimenea, creaban un espacio de reflexión casi perfecto. Los muebles eran todos de gran calidad, las terminaciones en los rodapiés y las cenefas parecían obras de arte, las lámparas colgaban como estalagmitas brillantes y las puertas que daban al resto de habitaciones lucían bajorrelieves tallados a mano.

—Buenos días, Juan —se escuchó al fondo, desde lo que parecía la cocina.

—Para nosotros, seguro que son buenos. Pero, si me habéis llamado, es porque alguien no disfrutará de más amaneceres.

Dio media vuelta y se dirigió hacia donde se oyó la voz. El comisario, un hombre con una barriga que superaba el estatus de *cervecera*, tomaba apuntes, apoyado en la encimera de la cocina. Su enorme y grisáceo bigote contrastaba con una brillante calva, de la que tan sólo asomaba una fila de pelos que cruzaba la parte superior del pescuezo, de oreja a oreja. Sus ojos estaban cansados, tras haber alcanzado los sesenta y cuatro años sin divorciarse y sin haber discutido demasiado con su mujer. Eso era considerado un logro por aquellos que habían visto tantas cosas retorcidas y grotescas como él. Era un hombre de acción, siempre presente en los casos más importantes y sin dejar de apoyar a sus hombres. «Un agente de la calle», solía decir Juan cuando hablaba de él.

—¿En qué puedo ayudar, señor comisario?

Él sonrió y dejó de escribir en su libreta.

—Quiero que me des tu opinión. Nada más.

Los dos salieron de la cocina para dirigirse hacia un escritorio situado en la parte opuesta del piso. Ninguno de ellos era capaz de obviar las vitrinas repletas de adornos que parecían tener un gran valor, vasijas, figuras de cristal, máscaras aborígenes, incluso alguna joya de oro con piedras preciosas engarzadas.

—¿De quién es este piso? —preguntó el inspector.

El comisario empujó la puerta del escritorio y la abrió de par en par.

—De este pobre desgraciado. Se llama Marco Álvarez o, mejor dicho, así era como se llamaba.

Un hombre, relativamente joven, estaba tirado encima de la mesa del escritorio con la cabeza prácticamente abierta.

—¿Le han asesinado?

—Pedro encontró una pistola al lado del cadáver, en el suelo. ¿Ves la marca en la alfombra? —señaló, a la vez que se agachaba—. Justo ahí.

—¿El inspector Soriano es el encargado del caso? —dijo irritado.

—Sí, por alguna extraña razón...

—¿Y qué demonios hago yo aquí? —le interrumpió el inspector.

—Sé que no os lleváis bien, pero...

—No quiero mezclarme en las chapuzas y las porquerías de Pedro. Si tienes otro caso que no sea de él, estaré encantado de hacerme cargo.

Juan, sin ocultar el disgusto, se dirigió hacia la puerta del escritorio.

—¡Alto! —ordenó el comisario—. Estás aquí porque te he llamado yo, y con eso debería bastarte.

El inspector agachó la cabeza y suspiró.

—De acuerdo, pero no quiero que Pedro me toque las narices.

—Tú no te preocupes por él, sólo céntrate y muéstrame lo que nadie ha sido capaz de ver.

La gran mesa de cristal, llena de sangre mezclada con sesos, parecía más el lugar de trabajo de un matachín de pueblo que cualquier otra cosa. La alfombra azul, con ondas amarillas y grises que adornaba el suelo, ahora no era más que un trapo muy caro. Y es que parte de él sería enviado al banco de pruebas, dejando el resto hasta que alguien considerase tirarlo a la basura. Las estanterías, de color blanco brillante que rodeaban las paredes del escritorio, estaban repletas de libros nuevos y viejos, marcos de fotos de todas clases, una botella de whisky escocés y una colección muy peculiar de bolígrafos.

—¿Te has fijado en los bolígrafos? —preguntó Juan.

Eran infantiles, con dibujos muy coloridos. Globos rosas y verdes, cebras sonriendo, payasos bailando, uno de Hello Kitty, otro de Disney; pero lo que más llamaba la atención eran los muñecos de goma que cubrían la parte superior de cada uno de ellos.

—Menuda colección, ¿no te parece? —contestó el comisario.

Juan cogió un bolígrafo de gnomos verdes y lo apretó con la mano.

—¿Por qué suicidarse si era rico? Al parecer, este hombre tenía todo lo que uno podía desear.

Miró una de las fotos de la estantería.

—Incluso tenía una novia muy guapa. ¿La habéis localizado?

—Sí, por lo que parece, se habían separado hacía un par de meses, a causa de una pelea «estúpida», según nos comentó la chica por teléfono.

—¿Por teléfono? —preguntó Juan sorprendido.

—Pedro la llamó para citarla y ella se lo comentó. Ahora mismo, está en la Comisaría interrogándola.

—¿La citó por teléfono?

—Así es —contestó el comisario levantando los hombros.

—Menudo gandul —musitó Juan.

Miró hacia arriba y vio el agujero que dejó la bala al impactar.

—Por lo que veo, se disparó con los huevos en la mesa. Coger la pistola y colocártela por debajo de la mandíbula, sintiendo el frío metal en la garganta y casi saboreando la pólvora, significa que más que aliviarse este hombre necesitaba purificarse o liberarse de lo que le atormentaba.

—Puede.

—¿A qué se dedicaba?

—A nada.

—Un niño rico de papá.

—Eso mismo, pero sin papá.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sus padres murieron en un accidente de tráfico hace más de veinte años. Él era un conocido empresario y ella una mujer con muchos contactos, ya sabes cómo funcionaba todo en los años sesenta. Nuevo rico busca esposa con contactos para subir de categoría.

—Hoy en día también pasa.

—Cierto, pero parece que intentan camuflarlo un poco.

—Qué va... lo que sucede es que no ves los programas de cotilleos ni los noticiarios del corazón, por eso te crees que las cosas son diferentes.

—Puede ser —dijo el comisario, asintiendo con la cabeza.

El inspector se agachó, colocándose a ras del escritorio, para observarlo desde otra perspectiva.

—¿Qué hay bajo esas carpetas?

—Aún no lo sabemos.

«Qué inútil es Pedro», pensó. Utilizó el bolígrafo como puntero y levantó un par de centímetros una de las carpetas. La sangre se había tornado algo pegajosa y la

presencia del cadáver le desconcertaba. Estaba acostumbrado a escenas parecidas, pero su estómago se negaba a aceptarlo.

—No me falles ahora —se dijo a sí mismo, mirando al suelo. Introdujo el bolígrafo en otra carpeta y consiguió abrirla lo suficiente como para echar un vistazo en su interior; entonces, con la mano izquierda, metió el dedo índice y la levantó un poco más.

—Aquí hay tomate —comentó con una sonrisa irónica—. El comisario, al ver la cara del inspector, decidió agacharse a su lado y ladeó la cabeza hacia la derecha; apretó los labios, mostrándose interesado, arqueó las cejas, secó una gota de sudor que le resbalaba por la calva, y se arrimó tímidamente para ver mejor.

—Parecen tarros de cristal —observó el comisario.

—Tienes razón, pero hay algo muy extraño en ellos.

—Cuando lleguen a Comisaría las examinaremos mejor.

—No voy a esperar tanto —indicó Juan—. Hazme un favor y sujétame el bolígrafo.

Con un movimiento de dos dedos, rápido y conciso, enganchó las fotografías y las sacó de la carpeta.

—Si se entera Pedro no le va a gustar lo que has hecho.

—Pues que no se entere y, si lo hace, tú te encargarás de él, ¿no es lo que me dijiste hace quince minutos?

El comisario retorció la boca y asintió cerrando los ojos.

Las fotos parecían antiguas, aunque eran de muy buena resolución. Cada una mostraba un tarro amarillento con un miembro humano flotando en una especie de líquido manchado; algunos de los tarros contenían partes de un músculo, el trozo de un hueso con carne adherida, e incluso un tipo de masa gelatinosa que difícilmente lograrían determinar qué era en realidad.

—A primera vista, parece que no se trata del trabajo de un aficionado —afirmó Juan—. La datación con carbono 14 seguro que confirma mis sospechas; estas fotos las han sacado a principios del siglo pasado, si no me equivoco y, al ser en color, nos indican que quien en su momento las tomó, tenía acceso a material muy novedoso para la época. Ni siquiera los hombres más ricos del país disponían de esta tecnología. ¡Fíjate en la calidad de las fotos, es impresionante!

—¿Científicos investigando?

—Es posible, aunque no sé qué relación guarda con el suicidio. Quitarse la vida por unas fotos de hace cien años no me parece razón suficiente para hacerlo.

—El mundo está lleno de locos. A lo mejor, era un drogadicto, o sencillamente echaba de menos a su novia; tú mismo has comprobado que la chica es guapa. Pero que muy guapa —remarcó el comisario.

—Eso me parece más plausible, aunque sigo sin entender qué pintan estas fotos sobre la mesa.

—¿Puede que sea causalidad? —comentó el comisario, levantando los hombros nuevamente.

—Puede ser...

Juan, en un momento de despiste, se fijó en el bolígrafo que le había dado al comisario y sonrió.

—¡Será bastardo!

Lo agarró por la punta y lo alzó hasta situarlo delante de sus caras.

—Mira los *rabos* que les cuelgan a los duendes.

Ahora las figuras infantiles se habían transformado en *anime* pornográfico. Dibujos de penes largos, posturas inspiradas en el Kama Sutra, penetraciones forzadas y caritas de placer mezcladas con dolor.

—¿Qué porquería es esta? —dijo el comisario con repugnancia.

—Mira, cuando aplicas calor a la superficie del bolígrafo aparecen los dibujos pornográficos.

Cogió otro y lo apretó en su mano; ahora probó con el de Mickey Mouse y no se sorprendió al confirmar que el resultado era parecido, e incluso más figurativo que el anterior.

—Sabiendo que se trataba de un perverso o de un enfermo mental, no me sorprende que se haya volado la cabeza —comentó el comisario.

—Pues yo sigo creyendo que hay algo más.

—¿En qué te basas?

—En mi intuición. Por muy perversa que me resulte la colección del cadáver, no podemos descartar nada; puede que fuese una especie de broma o de un extravagante fetiche. ¿Quién soy yo para juzgar a los demás?

—¿Dibujos y porno?

—Mientras no fuese un pederasta o un violador. ¡Ahhhh! —suspiró—, con peores cosas nos hemos topado.

—Tienes razón, Juan. ¡Ay, madre! Me estoy volviendo más viejo y crítico.

—Este trabajo nos va a matar.

—De eso estoy seguro.

El inspector guardó las fotos en el bolsillo interior de su chaqueta y continuó ojeando lo que había sobre la mesa. Alargó la mano para toquetear otra de las carpetas que estaba cubierta de sesos e intentó abrirla.

—Señor comisario —interrumpió un policía—, hay un periodista fuera preguntando por el inspector.

—¿Un periodista?

—A mí no me mires, ¿cómo puedo yo saber quién es?

—Sea quien sea, deshazte de él, ¡ya! —ordenó el comisario con severidad.

III

INTROMISIÓN

Un joven e insensato periodista discutía con uno de los policías que le impedían acceder al piso. Con los ojos abiertos de par en par a causa del cabreo y la impotencia que sentía, apretaba la boca con fuerza para no soltar sus habituales impropiedades contra la autoridad. Manteniendo el dedo levantado y la barbilla alzada, amenazaba al policía con demandarle si no le permitía hablar con el inspector Merengue.

—No se preocupe usted por nada, señor —le decía el policía—. Enseguida hablará con el inspector... Merengue. Lo que ocurre es que, ahora mismo, no está disponible. No sé si lo comprende, joven; pero no podemos interrumpirle en mitad de una investigación. Por mucho que nos amenace.

El joven, al ver al policía esforzándose por contener la risa, se indignaba y se cabreaba todavía más.

—¡Haré que te caiga un paquete que te vas a enterar! Tengo derecho de estar aquí y de informar sobre lo sucedido, ¿es que no has oído nunca la expresión «libertad de prensa»?

—Eso lo decidirá el inspector... Merengue, cuando salga y hable con usted —dijo el policía, medio riéndose.

—Te crees muy listo —añadió indignado el joven periodista.

Levantó su cámara y empezó a sacar fotos indiscriminadamente.

—Baje la cámara, señor —indicó el policía, molesto.

—¿Ya se te han quitado las ganas de reírte?

—Señor, usted no puede hacer eso.

—¿Crees que no? A ver si recuperas tu sonrisa de antes, ¿o has perdido el sentido de humor?

—Señor...

—¿A qué viene tanto alboroto? —intercedió el inspector—. ¿Y tú qué haces con esa cámara?

—Informar al mundo —comentó el joven periodista y sacó una foto al inspector.

—¡Trae aquí! —dijo furioso y le quitó la cámara de las manos.

—¡Eeehhhh! No puedes hacer eso. Conozco mis derechos y...

—Te equivocas, sí que puedo. De hecho, lo acabo de hacer.

Juan trasteó la cámara y cuando encontró la parte donde se encontraba la tarjeta de memoria la extrajo y se la metió en el bolsillo. Entonces miró al reportero con mala cara y se la devolvió.

—Aquí tienes.

—Devuélveme la tarjeta.

—¿Sabes cuántas cámaras de fotos caen al suelo y se rompen accidentalmente? Mejor te callas y te vas por dónde has venido. ¿Te ha quedado claro?

—Quiero hablar con el inspector Merengue.

El policía no pudo contenerse y empezó a reírse.

—Merengue comerás por la mañana antes de colocarte el cerebro en la cabeza. No sé quién eres, ni cómo has llegado hasta aquí, ni por qué demonios conoces mi nombre, pero una cosa sí sé.

—¿Qué cosa? —preguntó el muchacho, preocupado.

—Que como me vuelvas a llamar Merengue, te estamparé la cámara de fotos en la cabeza y así habré matado dos pájaros de un tiro.

—Don Fernando me dijo que...

Juan arqueó las cejas.

—Cállate, niño, ¿qué tiene que ver Fernando en todo esto? Aunque ahora que lo pienso...

—Inspector Merengue, no era mi intención enfrentarme a usted.

El policía se partía de risa.

—¿Te hace mucha gracia? —voceó, dirigiéndose al policía—. ¡Entra dentro y haz algo útil para variar!

Cuando el policía entró en el apartamento luchando por detener la risa, Juan agarró al joven de la pechera y le empujó hacia la pared.

—Mira, niño, me da igual que te haya mandado Fernando. Es más, ni siquiera creo que en realidad lo haya hecho él, no le encargaría nada a alguien que no sabe ni apuntar bien un nombre.

—Lo siento inspector Merengue, yo...

—Es Marengue. Con «a» y no con «e», ¿lo entiendes?

El joven sonrió.

—Ahora entiendo las risitas del agente.

—Y también entenderás lo que significa «largo de aquí» cuando te dé una patada en el culo para que ruedes escaleras abajo. Además, ¿cómo se le ocurre decirte que iba a estar aquí? Se suponía que nadie lo sabía.

—Me temo que traigo malas noticias —le interrumpió el joven mirándole con el semblante serio—. Don Fernando no se encuentra bien y quiere que vaya a verle de inmediato.

—¿No se encuentra bien?

—No, inspector.

—¿Qué le pasa?

—No me lo ha dicho. Sólo sé que me llamó por teléfono y me indicó que viniera aquí a toda prisa para avisarle.

—Viejo loco.

—¿Vendrá conmigo, inspector?

Juan se rascó la zona baja de la cara y cerró los ojos; se giró hacia el interior del piso, puso las manos en la cintura y resopló.

—Dame un segundo que termine con el asunto que llevo entre manos y vuelvo contigo.

Entró y estrechó la mano al comisario.

—Me tengo que ir.

—¿Cómo que te tienes que ir? —dijo disgustado el comisario.

—Fernando me necesita.

—¿Ese viejo chiflado?

—Al parecer, es grave. Él ha sido quien ha mandado al periodista en mi busca.

—Vale, vale. Puede que Fernando sea un metomentodo, pero nunca ha sido un tipo indiscreto —afirmó el comisario.

—Deja que Pedro se ocupe del caso, que además es suyo. Sinceramente yo también creo que ha sido un suicidio, no he visto ningún indicio de violencia, y tampoco he visto una ventana forzada; sólo la puerta hecha añicos por los musculitos del cuerpo de bomberos que, por cierto, ¿cómo es que están ellos aquí?

—¡Ahhh! En el piso inferior hay una mancha de humedad en el techo. Un vecino pensó que una tubería había reventado y llamó a la puerta, al no contestar nadie, avisó a la policía y a los bomberos. Ya sabes cómo son estas cosas.

—Sí, por desgracia lo sé demasiado bien.

—Y qué pasa con tu intuición. Antes me comentaste que algo no te encajaba del todo.

—A veces, mi intuición también me falla.

—Durante muchos años la has seguido y no lo has hecho nada mal —comentó el comisario entrecerrando los ojos.

—Será que me estoy haciendo mayor. Lo cierto es que a primera vista no distingo nada fuera de lo normal. Lo más probable es que ha de tratarse de un suicidio. Ahora mismo no sabría qué más decirte, además, todo este asunto me ha provocado dolor de cabeza.

—Excusas. Anda, no pierdas más el tiempo y márchate ahora mismo, no vaya ser que a ese viejo gruñón le suba la tensión por lo nervioso que se pone.

Intentó no fijarse en el cadáver de la mesa, pero no era de esos tipos que se insensibilizan con el paso de los años. Apartó la vista con decisión para no parecer blando y salió en busca del joven.

—¿Tienes coche? —dijo, mirándole de reojo cuando esquivó los restos de la puerta.

—Sí, señor, lo tengo aparcado muy cerca de aquí.

—Muy bien —asintió—, pues vamos a ver qué quiere Fernando; por cierto, ¿me dices tu nombre o prefieres que te ponga un mote?

—Me llamo Andrés.

IV

UNA MIRADA INDISCRETA

En un piso cercano... Unos momentos antes...

Gabriel Silvas Rivero era un asesino a sueldo muy solicitado por los ricos y poderosos. Incluso aceptaba trabajillos de las distintas agencias gubernamentales, de vez en cuando, siempre que la recompensa estuviera a la altura de las circunstancias y de sus expectativas. Sin ninguna dificultad manejaba tanto el cuchillo como la pistola, y cuando lo consideraba necesario, también se desenvolvía con soltura manipulando explosivos. No existía país o selva en la que no hubiera matado a alguien. Cada pasaporte, cada documento falsificado, cada fotografía manipulada, le había borrado un pedacito de sí mismo. Ya no recordaba muy bien quién era o de dónde venía; después de pasarse una vida mintiendo llegó a acostumbrarse al nombre que utilizaba para reconocerse a sí mismo, aunque ya no recordaba si cada apellido era robado de sus víctimas, o lo había tomado prestado de sus seres queridos.

Su piel era morena, casi alcanzando la tonalidad caoba; sus labios eran finos como los de una serpiente y sus dientes estaban manchados del alquitrán que contenía el tabaco que fumaba sin descanso. El pelo rubio lo tenía bien cortito en esta ocasión, al estilo militar, aunque no tenía reparos en dejárselo más largo o teñírselo de otro color. De compleción fuerte y sin ser muy alto, nada más levantarse se machacaba con una larga serie de flexiones y abdominales, por no mencionar que cuando disponía de más tiempo se dedicaba a escalar o a correr por diversión. Su cuerpo era la mejor arma de la que disponía, y él lo sabía.

Apartó la cortina que cubría la ventana del piso desde donde vigilaba lo que sucedía en el edificio de enfrente, y se disgustó con lo que acababa de ver. Todo iba según lo planeado hasta que apareció el inesperado e indeseable invitado del comisario. «Estoy seguro de que si llego a montarlo como un atraco no se hubieran molestado tanto, pero como un niño con dinero decidió volarse la tapa de los sesos, toca inventar sospechas», pensó molesto. Sujetó una cámara de fotos de alta resolución con suavidad y firmeza, y comenzó a disparar sin descanso.

—¿Qué hace aquí el inspector Marengue? Maldita sea, si lo arreglamos para que se encargase el otro —murmuró, quejándose.

Continuó disparando desde todos los ángulos posibles, colocándose en varias ventanas para no perder ningún detalle.

—Lo que nos faltaba. Está toqueteando las carpetas, mira que insistí en llevármelas —blasfemó.

Sacó un teléfono móvil de su bolsillo y, después de sentarse frente a una mesita plegable donde había montado un portátil que se conectaba a varios aparatos que distorsionaban la voz y camuflaban la procedencia de la señal, comenzó a realizar varios ajustes. Con la ayuda de dos cables diferentes, uno para puerto USB y otro con una clavija de fabricación casera, lo enchufó y marcó un número directamente con el teclado del portátil.

...

—Soy yo.

Su voz sonaba como si estuviera mascando garbanzos, aunque con un tono mucho más grave. El hombre del otro lado de la línea no conocía la identidad del asesino, ni tampoco tenía interés en hacerlo; únicamente se limitaba a recibir la información para posteriormente procesarla, calcular el coste de la decisión a tomar, y actuar.

—Ha habido una pequeña variación en el plan —continuó—. El inspector Marengue se ha involucrado en nuestros asuntos. Ha examinado el cuerpo y se ha llevado las fotos de una de las carpetas.

—¿Qué fotos? —preguntó su interlocutor.

—Eso no puedo saberlo desde aquí.

—Maldita sea, necesitamos saber cuáles son las que se ha llevado.

—¿Y el otro inspector?

—Está interrogando a la novia para no crear sospechas.

El silencio se impuso durante un minuto y medio.

—Ve preparándote. En media hora te llamaré para darte instrucciones —ordenó su interlocutor.

—De acuerdo. Espero que entiendas que como esto no formaba parte del plan, los gastos también se multiplican.

—Eso no es necesario que lo menciones. Sabes que siempre pagamos a tiempo y generosamente.

—Muy bien, esperaré las instrucciones.

Colgó el teléfono y se asomó de nuevo a la ventana. Miró hacia abajo y vio cómo el inspector Marengue entraba en un SEAT León de color blanco junto con otro tipo que no había visto antes, ni siquiera en los informes de la operación.

—Esto cada vez me gusta menos —susurró.

Con la cámara en mano, se apresuró a amplificar el zoom y disparó unas cuantas fotos a la matrícula poco antes de que el coche se mezclara con el tráfico de la ciudad.

—A ver si hay suerte —se dijo a sí mismo—. Repasó las fotos y enseguida una vulgar sonrisa deformó su rostro. La placa del vehículo podía distinguirse con muchísima claridad, sólo era necesario salir del edificio y realizar una llamada a uno de sus contactos para conseguir los datos de su propietario. Pero se vio obligado a esperar, ya que no podía abandonar el edificio sin las instrucciones o el permiso de

quienes pagaban; a menos que él sintiera que se encontraba en peligro, en cuyo caso, nada ni nadie se interpondría en su huida.

—De momento, tendrás que esperar —le habló a la foto.

Lo dejó todo antes de dirigirse a la habitación contigua, que estaba decorada igual que el resto del piso. Las paredes blancas, como pintadas con yeso sin amasar, parecían tan amorfas que si alguien hubiera querido colgar un cuadro en ellas no habría sido capaz de conseguirlo con facilidad. Apenas había muebles; un sofá en el salón, una cama en el dormitorio y un armario casi en medio de todo aquel vacío. En la cocina no había ni una silla de plástico, los cuartos de baño estaban completamente desnudos, disponía de agua por pura casualidad, y en el resto de habitaciones sólo era perceptible el polvo acumulado en el suelo debido a la falta de limpieza.

De debajo de la cama arrastró una maleta que parecía muy pesada, la levantó con cierta dificultad y la apoyó sobre el colchón, que enseguida cedió unos centímetros; abrió la cremallera y destapó su contenido. Un fusil desmontable, dos subfusiles, cuatro pistolas, una ristra de granadas y un par de placas de explosivo C-4.

—Creo que con una pistola sobra —dijo hablando solo y escogió una Beretta—. Ahora toca esperar...

V

MENTIROSO

—Si giras hacia la derecha tomaremos un atajo y llegaremos antes a la casa de Fernando —comentó Juan.

—Yo creo que es mejor ir por donde estoy acostumbrado.

El inspector resopló y le observó de reojo.

—No me has entendido, sólo pretendo ser amable contigo, pero en realidad quiero que tomes el atajo que acabo de decirte. ¿Te ha quedado claro?

—Oh, sí, sí...

Tomaron el atajo y, para sorpresa del joven periodista, nada más acabarse la calle se detuvieron frente a la casa de Fernando.

—Aprende a hacer caso a los que saben —dijo Juan.

Bajaron del coche, cruzaron el portal y se dirigieron hacia el ascensor. El edificio era antiguo, por no llamarlo viejo, y en el hueco de las escaleras un perspicaz ingeniero había conseguido encajar una jaula de monos sujeta con una cadena, un cable de acero de un considerable grosor, y un tubo helicoidal por donde pasaban el resto de cables de control y de electricidad. El tambaleo resultaba aterrador cuando uno se montaba por primera vez, pero al cabo de un tiempo, y puesto que la otra alternativa era subir las escaleras a pie, la costumbre anulaba la sensación de precaución y miedo.

Subieron al quinto piso, recorrieron un monótono pasillo revestido con una moqueta gris y Juan tocó el timbre del piso de Fernando, el 5 - B.

—¿Quién es? —preguntó una mujer con voz apagada.

—Soy yo, Marta, Juan; Fernando ha mandado llamarme.

—¡Juan, gracias a Dios que has llegado!

La mujer abrió la puerta y le abrazó con todas sus fuerzas.

—¡Ay! Juan, me alegro mucho de verte —dijo, antes de echarse a llorar.

—¿Qué te pasa Marta? ¿Dónde está Fernando?

Andrés corrió hacia la habitación de Fernando. Pasados unos segundos, se apoyó en el marco de la puerta con cara triste y derrotada, avergonzándose por no reconocer al momento la gravedad de la situación y no haber acudido a tiempo para despedirse. Fernando había muerto. Juan estrechó a Marta entre sus brazos y la besó tiernamente en la cabeza, justo por encima de la frente. Su mirada permaneció borrosa durante un largo instante, aunque en realidad se trató de un tiempo demasiado difícil de determinar.

* * *

Sentados en la pequeña mesa de la cocina, Marta preparaba unos cafés en silencio, mientras Juan intentaba aceptar el trágico, aunque inexorable, final de su amigo. El paso de los años no perdonaba a nadie. Como inspector de policía, la muerte siempre le rondaba, pero la mayoría de las veces le tocaba a alguien ajeno a sus sentimientos; no era un insensible, aunque había aprendido a convivir con aquella pesada carga.

Fernando, tumbado en su cama y tapado con una sábana hasta el cuello, parecía más dormido que muerto. La expresión de su cara reflejaba una angustia escondida, más común en la gente atormentada que en las personas de buen hacer. La visión desconcertó a Juan. Se acercó con respeto, arrodillándose a su lado, le besó en la frente, y quedó sorprendido por el frío y duro tacto de la piel de su amigo.

—Buen viaje, viejo loco —susurró, para que Marta no pudiera oírle—. Salió de la habitación y, ocultando una escurridiza lágrima que se le había escapado, la abrazó con fuerza.

El tiempo transcurría inflexible, mientras los tres permanecían inmóviles en la cocina sin saber muy bien cómo reaccionar, qué decir o qué hacer. El sonido del segundero en el reloj de pared incrementaba la monotonía del lugar, mientras el gorgoteo inicial del agua filtrándose por la cafetera que se calentaba les pilló a todos por sorpresa.

—Lo siento —dijo la anciana, tras un largo rato de silencio.

Marta le sirvió a Juan el café, con semblante inexpresivo; limitándose a asentir a la vez que suspiraba.

—Te quería como a un hijo —le comentó con cierta sencillez en sus palabras.

Juan cerró los ojos, esbozó una sonrisa y tomó un sorbo de café. Nada en esa casa había cambiado notablemente durante los últimos años. El reloj de burro que colgaba por encima de la encimera seguía suscitando las sonrisas de los invitados; el mantel, con sus cuadrados verdes y los estampados de almendras secas, era un regalo traído desde Oriente Medio; y las paredes estaban repletas de artículos enmarcados, compartiendo espacio con premios de todas clases. Era un pequeño escaparate recubierto con los logros de una vida.

—Siento no haber llegado antes.

—No dependía de ti, lo importante ahora es que estás aquí.

Le cogió de la mano.

—No pretendo incomodarte, sabes —continuó Marta.

Se secó las lágrimas de su arrugada piel y le miró con los ojos enrojecidos.

—Últimamente le atormentaban demasiadas cosas; que si los niños, que si las mujeres, que si los hospitales. Murmuraba en sueños palabras que no comprendía y algunas mañanas, cuando le preguntaba sobre aquello que le preocupaba, sencillamente gruñía y me mandaba a por más café.

—¿De qué estás hablando Marta? —preguntó Juan, preocupado.

—Yo sabía que su mal humor no tenía nada que ver conmigo, incluso llegué a pensar que eran cosas de la edad, pero lo de hoy me ha dejado un poco trastornada.

¡Ay! Juan, prométeme que no te mezclarás con estas cosas. ¡Prométemelo!

—No entiendo nada de lo que me dices Marta.

—Es normal. Yo aquí hablándote sobre cosas que no conoces, seguro que me estarás tomando por una loca.

—Qué cosas tienes. Jamás pensaría eso de ti, pero debes explicarme lo que intentas decirme. ¿Mujeres? ¿Niños? ¿Hospitales?

Marta se levantó para acercarse a una cajonera donde solía guardar los trapos de la cocina y algún que otro trasto. Las dudas detuvieron su mano, pero al final apretujó sus párpados, arrugó los labios y la abrió. De su interior sacó una carpeta negra y regresó a su silla, al lado de Juan. Ahora sus ojos habían perdido el brillo de la humedecida tristeza, recubriéndose por una opaca envoltura de preocupación. Ni siquiera su dulce color castaño suavizaba el efecto que producían.

—Aquí tienes —dijo Marta.

—No quiero que te sientas mal, ¿de acuerdo?

—No puedo evitarlo Juan. Al principio decidí no entregarte esta carpeta, pero luego pensé en la gente afectada y sentí que no estaba haciendo lo correcto.

Andrés, que esperaba sentado en una esquina de la cocina, se puso nervioso.

—Y estás haciendo lo correcto —continuó Juan—. Fernando no era ningún ingenuo, sino un buen hombre y siempre iba con la verdad por delante. Esa actitud le creó muchos amigos y por desgracia también muchos enemigos, pero incluso éstos le profesaban un gran respeto.

—Era un hombre de los de antes, ¿verdad? —sollozó Marta.

—Con el espíritu de acero y el corazón de un ángel.

Marta abrazó a Juan y lloró con ahínco.

—Tranquila mujer, la vida retomará su camino.

—Lo mejor sería que la muerte me llevase a mí también. No es justo, ¿qué voy a hacer yo ahora? Cada rincón de la casa me parece enorme sin él. Este vacío es demasiado grande para soportarlo.

—Por favor, no digas cosas feas. Entonces, quién me haría el mejor cocido del mundo.

Su ánimo se calmó e intentó recuperar la compostura.

—Menos mal que te tengo a ti Juan. Eres como el hijo que nunca tuvimos.

—Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras.

—Pues entonces no te ocupes de esa maldita carpeta. Entrégasela a otro.

Juan permaneció en silencio. Cogió la carpeta con las dos manos con la intención de devolvérsela y le dijo:

—¿De verdad es eso lo que quieres? —preguntó mirándola con cara muy seria.

—Es lo que quiero, pero sé que no es lo correcto. Sé que Fernando quería protegerte al no hablarte de ella, y que yo también te habría protegido ocultándotela. ¡Lo sé! Aunque también sé que eres la única persona que puede ayudar a esta gente.

—¿Te importa que la abra?

—Os serviré otro café —dijo Marta, asintiendo con la cabeza mientras apartaba la mirada.

Andrés acercó una silla a la mesa y se sentó al lado del inspector. Éste le miró con recelo y estuvo a punto de mandarle a pasear, pero si Fernando le había implicado en el asunto debía de tener sus motivos.

—No me molestes y no me hagas preguntas absurdas, ¿entendido?

—Sí, señor —contestó el joven periodista.

La carpeta abultaba bastante. Lo primero que encontró al abrirla era una especie de índice que no sabía muy bien como calificarlo. En la parte izquierda aparecían unas fechas ordenadas por antigüedad. Al lado de cada una de ellas había un número y, a continuación, un nombre.

—Interesante —dijo Andrés.

Juan bizqueó y apretó los labios, intentó obviar la voz de Andrés para poder centrarse en lo que le interesaba.

Pasó la página del índice y una serie de informes abultaban de una manera aparentemente desordenada, aunque no era el caso. Fernando era muy meticulado con sus cosas y, al tratarse de algo tan importante para él, no podría ser de otra manera. En la parte superior derecha de cada página se distinguía con facilidad una fecha; conforme más hojas pasaba, más antiguos eran los informes. A continuación había unos sobres repletos de fotografías y, para terminar, infinidad de conclusiones y anotaciones escritas a mano por el propio Fernando, completaban el contenido de la carpeta.

—¿De qué tratará todo esto?

—¿Quiere que le conteste inspector, o es una pregunta retórica? —inquirió sorprendido Andrés.

—Un poco de ambas cosas.

—En tal caso, no sé muy bien qué debo contestar.

—Lo cierto es que no pareces muy listo. Dime, ¿qué hacías tú con Fernando? Me extraña mucho que alguien como él aceptase a alguien como tú.

—¿A qué se refiere?

—Ya te lo he dicho. No pareces muy listo. Ahora contesta mi pregunta.

Andrés no logró ocultar una mueca de disgusto.

—Trabajaba como becario.

—¿Becario?

—Sí, becario. Pero eso no significa que sea tonto.

—Hasta ahora no has demostrado lo contrario y debes saber que no te he echado a la calle porque por alguna razón, que no consigo comprender, Fernando confiaba en ti. Lo que no significa que te vaya a permitir tocarme las narices o entorpecer mi trabajo. ¿Me has entendido?

El joven no pudo más que conformarse y Juan se centró de nuevo en el contenido de la carpeta. De una pasada rápida, ojeó las anotaciones de Fernando y se detuvo en

un folio que estaba fechado el día anterior.

«No entiendo por qué es necesaria tanta maldad. La vida es lo suficientemente cruel para que nosotros, pobres ignorantes, impongamos una crueldad aún más extrema. Me queda poco tiempo, lo presiento, y no sé muy bien qué he de hacer. Tantas madres muertas y tantos sinvergüenzas disfrutando de sus ganancias de sangre sin la más remota posibilidad de ser castigados. Algunos de ellos ya son demasiado mayores para ser reconocidos, pero no deseo rendirme, no quiero pensar que no existe la justicia; y si ese es el caso, que le den por saco a todo. Yo mismo encontraré a los asesinos, secuestradores y usureros de carne humana y les pegaré un tiro en la cabeza. Qué lástima que me quede tan poco tiempo. Lástima de niños, qué pena me dan esas familias, qué vergüenza me da saber que estas cosas ocurren. Mejor me tranquilizo, que viene Marta. La noto distante y es por mi culpa. No quiere molestarme y siempre está bien dispuesta; ella no se merece esta tortura, mi tortura, ella se merece la tranquilidad de la vejez, se la ha ganado. ¿Y qué hago con todo lo que tengo en mis manos, qué hago con tantas vidas vertidas en la nada? Lo siento mucho por ellos, no porque no quiera hacer nada al respecto, sino porque ya no me queda mucho tiempo. No me queda tiempo.»

Juan cerró la carpeta y se dirigió a Andrés.

—Nos vamos.

—¿Qué has descubierto?

—De momento, la voluntad de nuestro amigo de no molestar a su esposa con este caso.

—¿Tan grave es?

—Creo que sí, y conociendo bien a Fernando, seguramente ha metido las narices en un asunto mucho más escabroso de lo que acabo de comprobar.

Ambos terminaron sus cafés y, después de levantarse, se acercaron a Marta para abrazarla con mucho cariño. Primero, Andrés; y después, Juan, que permaneció abrazado a ella un ratito más prolongado. La quería mucho y no deseaba verla sufrir innecesariamente.

—Gracias por todo —sollozó Marta.

—Llámame siempre que quieras o lo necesites, ¿de acuerdo? —insistió Juan.

—Y tú no dejes de venir a visitarme.

Marta le apretó con fuerza la mano derecha. La que se aleja del corazón e interactúa con la mente.

—Prométeme que tendrás cuidado con lo que lleva esa carpeta. No quiero parecer egoísta, pero creo que es lo que mató a mi Fernando y no quiero que te ocurra nada malo por su culpa.

—¡Qué va! Sólo son unos papeles para catalogar e informar a las autoridades sobre asuntillos que aún están pendientes de resolución.

—No he comprendido lo que me acabas de decir, Juan, pero mientes muy mal. Tú, ten cuidado.

El inspector esbozó una sonrisa falsa, endureció la mirada con la intención de mostrarse más sereno, y le contestó:

—De acuerdo, Marta.

VI

MALA SUERTE

El humo le quemaba los pulmones, atravesaba su garganta irritándola de una manera que a él le gustaba, se le pegaba en los dientes y lo soltaba como una nube de vapor espeso que terminaba difuminándose al mezclarse con el aire. A veces su respiración se confundía con el vaho, haciendo que su rostro pareciera más humano. Su sangre fluía por sus venas porque su corazón la obligaba, su cuerpo se movía porque su cerebro lo comandaba, pero cuando uno observaba sus ojos, sólo veía la muerte y la desolación; un ser muerto por dentro que había llegado a actuar por pura inercia, sin meditar sus actos, sin otorgar valor a su alma. Ésta se le había podrido hacía mucho tiempo.

Le resultó muy fácil averiguar quién era el dueño del SEAT León. Lo que no tenía claro era si debía esperarles en el apartamento de Andrés Ferril Casas, o si era preferible ir directo a donde vivía el inspector. No era una simple cuestión de escoger el mejor sitio para matarles, le preocupaba más el hecho de hacerlo lo antes posible para que no se complicaran más las cosas.

Finalmente decidió esperarles cerca de la casa del inspector. Pensó que como iban en el coche del joven, era mucho más probable que él le pidiera que le llevase a su casa antes de que Andrés regresara a la suya. Una deducción sencilla y también acertada, ya que no había llegado a fumarse ni un paquete de tabaco cuando, de pronto, un SEAT León blanco apareció tomando la esquina del quiosco.

Era de noche y para dominar el escenario donde iba a actuar acababa de anular las tres farolas que se encontraban en la esquina cerca de donde el inspector vivía, lo que conllevaba que la oscuridad fuese aún más densa e impenetrable. El quiosco había cerrado hacía ya un buen rato, la tienda de ropa vecina también, incluso el camarero de la cafetería de enfrente estaba recogiendo las dos mesas que colocaba cerca de la puerta para que los fumadores tuvieran dónde apoyarse. Oscuridad, soledad y mucho frío. Una combinación perfecta para eliminar a sus dos objetivos aunque, en realidad, a él le daba igual todo eso.

El coche se detuvo delante de la cafetería y el conductor apagó el motor. Gabriel Silvas Rivero atornilló un silenciador a su Beretta a la vez que caminaba tranquilamente hacia el SEAT León. Su piel, su traje, sus zapatos y su camisa parecían fundirse con la negrura de la noche; hasta sus ojos se tornaban de un color negro camaleónico al acercarse la hora de matar. Era el diablo que vivía en él, o al menos eso le gustaba pensar, pero lo cierto era que un defecto de nacimiento provocaba que sus conductos lagrimales produjesen un tipo de melanina

extremadamente rara, y así daba la impresión de que sus ojos nadaban en un líquido oscuro.

Con la pistola en la mano, continuó caminando hasta situarse frente a la ventana del conductor. No lo dudó. Apuntó al ocupante a la cabeza y disparó tres veces. El ruido de los cristales esparciéndose por el suelo sonó como si alguien hubiera lanzado un puñado de monedas de céntimo por todas partes. Gabriel Silvas Rivero se agachó con rapidez y apuntó hacia el asiento del acompañante, acarició el gatillo, afinó la vista y cuando estuvo a punto de disparar, se dio cuenta de que en el asiento no había nadie.

—¿Dónde demonios te metes? —preguntó en voz alta.

En ese momento otro coche tomó la curva del quiosco y le alumbró con las luces. El asesino levantó la cabeza impassible, como si no pasara nada; y mientras el coche circulaba, él escrutaba con la mirada los alrededores en busca del inspector. «No hay tiempo que perder», pensó. Pasados unos instantes volvió a estar camuflado por la oscuridad de la noche, el único problema ahora era el olor de la sangre caliente que goteaba por el lateral del vehículo. No le desagradaba, pero las moscas que antes merodeaban por el cubo de basura del bar, ahora revoloteaban en torno al cadáver. Caminó lentamente hacia el maletero en busca del inspector entrometido, golpeó con furia la chapa abollándola, rompió de una patada el faro derecho trasero y volvió a agacharse en busca de su presa.

«No es posible, —se dijo a sí mismo, mientras intentaba comprender lo que estaba sucediendo—. Se habrá bajado un par de calles antes de llegar hasta aquí. Pero eso no tiene sentido».

—¡Oiga, usted! ¿Necesita ayuda?

Los faros de otro SEAT León blanco le apuntaban, y, tras la cegadora luz, una voz repitió la pregunta:

—Señor, ¿necesita ayuda?

—No, lo tengo todo bajo control —contestó Gabriel Silvas Rivero.

El conductor regresó al interior de su coche, cerró la puerta y, al meter la primera marcha, la caja de cambios carraspeo un poco.

—¡Gracias! —exclamó el asesino sonriendo y saludando con la mano.

Pocos metros más adelante el coche volvió a detenerse. Entonces, una de las puertas se abrió, y una voz, más madura que la anterior, se escuchó voceando.

—¡No te muevas ni un centímetro, te habla un agente de policía!

Gabriel Silvas Rivero por fin comprendió su error. Se había equivocado de coche. La oscuridad le había fallado y el instinto también; el primer vehículo no era más que el de un pobre desgraciado, que, por una jugarreta de mala suerte, el destino había decidido hacerle parar frente a esa cafetería para comprar tabaco.

—¡Te estoy apuntando con un arma! —gritó el inspector Marengue—. ¡Tira la tuya y muévete hacia donde te pueda ver!

Agachó la cabeza y apretó los labios. La situación le resultaba tan ridícula como incómoda. Sus objetivos se habían salvado por pura casualidad y ahora él pasó a ser el blanco. Levantó ambas manos mostrando su Beretta y permaneció quieto.

—¡Tírala al suelo, no te lo repetiré dos veces!

Obedeció sin rechistar y se inclinó hacia la derecha para acercarse al suelo.

—Sin tonterías ni movimientos bruscos —indicó Juan, más calmado.

Cuando se percató de que su oponente había bajado la guardia, aprovechó para tirarse al suelo, rodar hasta el coche del asesinado y disparar cuatro veces al inspector. Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos, al mismo tiempo que el joven periodista permanecía impassible sin saber muy bien qué debía hacer. Pero cuando vio al inspector caer al suelo, un espantoso temor le puso la piel de gallina. Por suerte para ellos, el asesino había fallado.

—Me estoy haciendo mayor —refunfuñó Gabriel Silvas Rivero—. Abrió la puerta y sacó el cadáver, agarrándolo por el cinturón del pantalón. El inspector Marengue empezó a disparar su revólver de doce balas. Éstas impactaron sobre la pared del bar, lejos de su objetivo. Estaba demasiado nervioso. El rugir del motor del SEAT León del muerto, aumentó la tensión. Juan recargó su arma lo más rápido que pudo y disparó a las ruedas para que no pudiera escapar; esta vez acertó, uno de los neumáticos reventó, haciendo que el morro del vehículo se acomodara sobre el asfalto. A Gabriel Silvas Rivero no le importó, metió segunda y alargando el embragado mientras aceleraba con ahínco, puso el coche en movimiento rozando la llanta con el suelo y echando chispas. No pensaba rendirse tan fácilmente. Apuntó por la ventana del acompañante y disparó varias veces al coche gemelo, alcanzándolo en el radiador, el capó, el parabrisas y en la rueda izquierda trasera.

—Arranca y ve tras él —ordenó Juan al regresar al automóvil.

Andrés estaba atemorizado. Por pura inercia y guiado por la voz del inspector, giró la llave del contactó y puso el motor en marcha. El otro vehículo se alejaba haciendo un ruido infernal cada vez que la llanta rozaba un bordillo; las chispas parecían fuegos artificiales que surgían de la nada y los neumáticos chirriaban a causa de las bruscas maniobras.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Juan, cabreado—. ¡Se va a escapar!

—El coche no responde —dijo Andrés con la voz apagada.

—¿Cómo que no responde?

—No funciona, suelto el embrague, pero no tiene potencia.

De repente, un fuerte ruido, semejante al de una explosión, ensordeció a los dos hombres y el capó del coche retumbó, abriéndose violentamente, dejando a la vista el motor dañado, que soltaba una columna de humo blanquecino que al alcanzar una considerable altura se reconvertía en agua y caía a modo de lluvia sucia.

—Maldita sea —dijo Juan, crispado.

Bajó del coche y empezó a darle patadas, llamándolo trasto, chatarra, basura y porquería. Andrés también salió, aunque la adrenalina le había atontado tanto que no

era capaz de sentir la sangre que circulaba por su cuerpo. El asesino consiguió escapar; las chispas habían desaparecido y únicamente quedaba el desagradable olor a caucho quemado y el de aceite vertido del motor.

—Ten, llama a una ambulancia.

El inspector le dejó a Andrés el teléfono móvil en su mano y le golpeó un par de veces en la cara para hacerle reaccionar.

—Espabila y llama. Ni te imaginas la suerte que hemos tenido, ese cadáver de ahí se supone que debía ser cualquiera de nosotros.

Andrés abrió los ojos de par en par y meditó las palabras del inspector.

—Anda, no lo pienses más y llama para que recojan los restos de ese pobre desgraciado.

Juan caminó hacia la desafortunada víctima, esforzándose por suprimir sus emociones. Al inclinarse sobre él, los remordimientos le embargaron. El sentimiento de culpa era muy pesado y más cuando vio que se trataba de un chico que rondaba la veintena.

—Pobre desgraciado —murmuró—. Sus ojos, de un azul apagado, perforaron su mente. Permanecerían ahí, en su subconsciente, sumándose a las tantas miradas sin vida que había presenciado durante tantos años. Por mero instinto, siguiendo el procedimiento habitual, juntó los dedos índice y corazón y le tomó el pulso. Nada. Tampoco era muy difícil deducirlo, dado el mal estado del cuerpo. Pero Juan sabía que debía comprobarlo, ya que no sería ni la primera, ni la última vez, que un hombre considerado muerto le sorprendía sobreviviendo a heridas muy graves.

—Qué pena, lo siento chico —le susurró Juan al oído a la vez que se santiguaba.

Las sirenas de la ambulancia, junto con las de los coches de policía resonaban a lo lejos, alertando de nuevo a los dos hombres que durante un largo periodo de tiempo habían permanecido en silencio pensando en lo cerca que estuvieron de morir.

Uno de los patrulleros se detuvo delante de ellos. Al instante, un hombre alto, algo chepado, con pose soberbia y semblante inexpresivo, salió y caminó hacia donde se encontraban.

—¿Por qué no me sorprende verte aquí? —preguntó el inspector Soriano.

—Hola Pedro.

—¿Cómo lo consigues?

—¿El qué? —le contestó Juan con apatía.

—Siempre que hay un fregado te encuentro dentro, o debería decir, siempre que hay mierda.

—Agradezco tu interés, pero no estoy de humor para bromas, además, creía que el de las mierdas eras tú. Por eso siempre te encuentro detrás de mi culo.

—Escúchame bien Marengue, en este momento no estás en posición de tocarme las pelotas, así que te sugiero que mantengas tu boca cerrada o...

—¿O qué?

El inspector Soriano sonrió. No era el momento más propicio para iniciar una discusión. Acarició su barba negra, que ocultaba sus gruesos labios, y contestó:

—¿Sabes qué? —dijo Pedro con voz más calmada—. Mejor continuamos esta charla mañana por la mañana en la Comisaría. No quiero poner en evidencia a todo el departamento.

—Muchas gracias por el detalle —contestó Juan con ironía—, aunque si tu intención es la de salvaguardar la integridad del departamento, lo que deberías hacer es dimitir; así todos dejaríamos de apestar a rata chamuscada.

—Vete de aquí ahora mismo —insistió Pedro, apretando los dientes.

Juan agarró a Andrés del brazo y se dirigieron hacia su apartamento, situado a unos pocos metros de ahí. No quería enfadarse ni perder los nervios, lo único que le faltaba era meterse en más problemas por golpear a otro inspector. Aunque fuera colega suyo. Ahora mismo tenía más que suficiente con intentar comprender quién era el hombre que intentó matarles, y por qué razón quería hacerlo.

VII

MÓNICA

Cuando Juan encendió la luz del salón, sintió cómo un gran alivio recorría su cuerpo. Cerró con llave, echó el pestillo de seguridad, cosa que nunca solía hacer, dejó su pistola en la mesita de la entrada y se sentó en el sofá.

Entonces suspiró relajado y le dijo a Andrés:

—Pasa hombre, estás en tu casa.

El joven reportero obedeció como si le hubieran robado la iniciativa y permaneció de pie, al lado del inspector, esperando recibir nuevas instrucciones. Juan recordó la primera vez que fue envuelto en un tiroteo y le compadeció. Se levantó y le agarró de los hombros con suavidad, transmitiéndole la impresión de encontrarse a salvo. En el mundo al que él estaba acostumbrado, donde las noticias les sucedían a otros. Quería hacerle sentir el tacto de otra persona. Entonces le guió lentamente hacia el sofá y le empujó con paciencia hasta que le obligó a sentarse. Frente al sofá, justo al lado de la tele, un armario de contrachapado barato y cristalera de mal gusto escondía una pequeña selección de botellas de whisky y vodka. Cogió dos vasos y casi los llenó de *Famous Grouse*.

—Bebe y procura relajarte.

Con el pulso tembloroso y la mente aún en blanco, el informador levantó su whisky y empezó a tragar como si estuviera bebiendo agua para calmar su sed. Terminó y permaneció con el vaso en la mano; ojeando la casa en busca de algún elemento que le resultase familiar, un objeto que le ayudara a ubicarse en aquel lugar desconocido.

—¿Cómo te encuentras?

No contestó.

—Bebe un poco más. No es la mejor solución a largo plazo, pero a corto funciona de maravilla.

Apenas reaccionó, sencillamente se quedó mirándole, aunque en realidad su vista estaba perdida en el vacío. Juan le llenó el vaso de nuevo, dejó la botella encima del mueble de la tele y rebuscó en uno de los armarios inferiores.

—El sofá no es muy cómodo, pero seguro que duermes bien.

Le dejó un edredón a su lado y le sirvió otro trago.

—No te atormentes. Lo importante es que estamos vivos.

Juan se retiró a su habitación, no sin antes llevarse la carpeta bajo el brazo. Colgó su chaqueta en una silla que usaba como perchero, se quitó los zapatos y los calcetines, aprovechó para masajearse los pies y, cuando acabó, se dirigió hacia la ventana. Las luces de los vehículos de emergencia llamaron la atención de todos los

vecinos; las sombras de sus cabezas y los medios cuerpos se veían en los marcos de las ventanas iluminadas, y permanecían inertes, callados, como si estuvieran viendo la escena de una película de acción. «La gente no carece de principios, sólo ha perdido su humanidad», pensó Juan. Bajó la persiana hasta aislarse por completo de lo que sucedía en el exterior y se quitó la camisa; luego dobló los pantalones con cuidado y se enfundó en una vieja camiseta de la universidad, llena de agujeros, pero comodísima para dormir. Entonces, tumbado en la cama, abrió la carpeta.

—¿Qué escondes para que alguien quiera matar a un chaval y a un insoportable inspector de policía? —dijo en voz baja.

Observó el índice con detenimiento, pasó las hojas de los certificados de nacimiento con rapidez, retiró los sobres con las fotografías, y apartó su cansada mirada sin verse capaz de comprender su contenido. Necesitaba descansar y centrarse.

—Maldita sea, Fernando, ¿en qué nos has metido?

Abrió uno de los sobres y ojeó lo que había escrito.

«Hospital militar de Logroño. Verano de 1952-1953.»

Era lo que se leía en una tarjeta apolillada. La anotación, escrita a mano, parecía desgastada y algunas letras se veían borrosas, el pulso de quien la había escrito era firme y seguro, y la tinta, si no se equivocaba, era de muy buena calidad. Una de las fotos mostraba la entrada principal del Hospital donde aparecían tres puertas abiertas, la bandera española ondeando en el mástil de una pequeña plaza, erguido frente al ventanal central del primer piso, dos enfermeras posando en el lateral, bajo un árbol, como si estuviesen ahí por pura casualidad, y arriba del todo, casi ocultado por la bandera, el escudo de armas del hospital y un altorrelieve donde se leía: «HOSPITAL MILITAR». Los tonos sepia no se habían desgastado y hasta resultaba fácil distinguir detalles insignificantes sin tener que esforzarse. Una farola ligeramente doblada, las hojas de los árboles, un lazo en el pañuelo de una enfermera, el reflejo de las ramas en los cristales y otras minucias sin importancia.

—Lo que me faltaba. Si los militares están implicados, el asunto puede complicarse —se dijo a sí mismo.

Otra foto mostraba un equipo de médicos posando en fila; una más, un estetoscopio al lado de un tarro de cristal con una etiqueta que ponía: «alcohol»; una tercera, el comedor del hospital lleno de militares y personal médico; una cuarta, un puñado de cocineros disfrutaban en el patio charlando y fumando unos cigarrillos, hasta que dio con una fotografía donde aparecía una pila de mujeres muertas.

—¡Dios santo! —exclamó.

Pasó a la siguiente foto en la que el cuerpo mutilado de una mujer era recompuesto por un grupo de tres sanitarios. Uno cosía las costillas, otro el vientre y el último sujetaba las piernas del cadáver.

—¿Qué habrá pasado?

Un rostro pálido, un torso partido, un brazo torcido. Conforme más fotografías miraba, menos comprendía de qué podía tratarse. Juan acabó con el montón del primer sobre apartando la mirada asqueado y decepcionado. «Porquería de gente», pensó. Dejó el sobre junto al resto y revisó los certificados de nacimiento. Leía los nombres y las fechas sin ser capaz de imaginarse lo ocurrido. Gómez, García, Sánchez, Pérez, Jiménez, Soler... así hasta más de treinta.

Seguidamente encontró una nota escrita a mano. En ella, de inmediato distinguió los mismos nombres que acababa de leer en los certificados, las mismas fechas y una cruz cristiana dibujada al lado. La sospecha inundó la mente del inspector y sólo pudo llegar a una conclusión.

«¡Tráfico de bebés!», exclamó. Enseguida, recordó la ingente cantidad de casos que aparecían por la tele últimamente. Hijos que buscan a sus padres, madres que reclaman a sus hijos, padres que creían que sus bebés habían muerto, hijas que con el tiempo se enteraron de que fueron vendidas. Los programas del corazón estaban inundados con este tipo de casos, las noticias ya no sabían qué más contar sobre monjas, médicos, curas, enfermeras, políticos, celadores y toda clase de personas implicadas; en los periódicos los anuncios por palabras resultaban hasta confusos y, al intentar recabar información por Internet, uno podía volverse loco. «El mundo ha perdido la cordura» —musitó mientras ojeaba las notas de Fernando.

Poco a poco, el cansancio terminó apoderándose de su cuerpo y los párpados se le cerraban. Dio una cabezada y decidió que ya era suficiente. Reordenó los papeles en la carpeta, la dejó en la mesilla junto con los sobres, y apagó la luz.

—Un momento —dijo, entrecerrando los ojos y arrugando la nariz.

Encendió la luz, abrió la carpeta de nuevo y sacó los certificados de nacimiento.

—No te daba miedo lo que hacías, ¿verdad? —le habló a los documentos. Seguramente hasta te creías ser intocable, como un Dios. Mañana mismo iré en tu búsqueda; sólo espero que no te hayas muerto, maldito cabrón.

Dejó los certificados en su sitio y apagó otra vez la luz.

—Mira que firmar todos los documentos. Espero que no hayas sido tú quien ha mandado matarme, doctor Fabio Urrutia Pelayo.

* * *

Resultó difícil aflojar las malditas tuercas, el gato no estaba bien engrasado y a la rueda de repuesto le faltaba aire. El callejón estrecho que había escogido no era el lugar más idóneo para cambiar una rueda, aunque sí era lo bastante apartado e íntimo como para no llamar la atención. Cuando acabó con la faena lo recogió todo y lo tiró en el maletero. No quería dejar pistas esparcidas por toda la ciudad. Ya tenía suficiente con el desastre que había formado delante de la casa del inspector Marengue. Lo peor de todo era que ya no podía contar con el factor sorpresa; puede que sus objetivos aún intentasen comprender por qué alguien querría matarles, pero lo

que sí tenía claro, era que le habían visto y sólo era cuestión de tiempo que intentasen averiguar su identidad. Una tarea imposible y peligrosa que, por otro lado, podría conducirles hasta sus clientes, y la mera hipótesis de ese detalle no le gustaba ni lo más mínimo.

Trasteó la radio y consiguió sintonizar un programa que le resultaba muy agradable, entretenido, y didáctico. Básicamente, se trataba de una tertulia emitida en directo, donde los oyentes contactaban por teléfono y hablaban de su vida sexual con la especialista, es decir, con la locutora. Ella alardeaba de sus títulos de Psicología y de su gran experiencia en el mundo del sexo, detallando sus complicaciones.

—En vez de hablar, deberías estar acostándote con alguien —le contestaba a la radio Gabriel Silvas Rivero—. Le parecía ridículo, pero a la vez divertido. Una que quería que su marido le pegase una paliza en el culo, pero sin atreverse a pedírselo. Otra que su novio no tenía imaginación, otro que no se le levantaba si su mujer no le acariciaba los tobillos, otro que quería hacerlo con dos a la vez, pero que su pareja no le comprendía y decía que se sentía ofendida. Que no le parecía bien compartirle con otras mujeres. «No fastidies. Me parece que tienes menos cerebro que *Rappel*», criticó a este último.

Las luces de las farolas, débiles y anaranjadas, eran silenciosos testigos de los secretos de la noche. La gente que durante el día suele ocultarse entre las sombras, aparecía casi de entre la nada, ya que ahora les resultaba más fácil circular y confundirse con los demás peatones. Mendigos enrollados en andrajosas mantas y acompañados por su inseparable amigo «Don Simón», el único que nunca les abandonaba y que podían disfrutar de su compañía por muy poco dinero. Travestidos que no era fácil saber si se trataban de mujeres machorras, o si eran machos afeminados. De vez en cuando, aparecía alguna persona aparentemente «decente», con pintas de monaguillo reprimido y cara de pánfilo, que de pronto levantaba el cuello de la chaqueta para camuflarse, encogía la cabeza para desaparecer y se metía en un tugurio de porno barato o de strippers de silicona.

Gabriel Silvas Rivero tomó un atajo y condujo hasta llegar a un rincón apartado de la Casa de Campo, el parque más grande de Madrid. Bajó del coche, abrió la tapa del depósito de combustible, usó un trozo de tela de su camisa como mecha, lo empapó bien de gasolina y, después de encenderse un cigarrillo, le prendió fuego.

—Hola guapetón, ¿quieres pasar un rato agradable? —preguntó una rubia despampanante.

Él siguió caminando, alejándose del coche, y le dio una buena calada al cigarrillo. Exhaló el humo reconfortado y le dijo a la rubia:

—Sabes guapa, te aconsejo que lo dejes por hoy y te vayas a tu casa. Tengo la intuición de que sucederán cosas malas y pareces demasiado guapa para echarte a perder.

—No sabes lo que te pierdes. Anda, fíjate en mí, soy muy limpia y no te cobraré caro. No ves que la crisis nos ha afectado hasta a nosotras.

La cogió del brazo y continuó fumando sin dejar de alejarse.

—Si me acompañas hasta la salida de este inmenso burdel, te daré cincuenta euros.

—Por ese dinero, te puedo hacer mucho más —dijo la rubia entre risas.

—Tú no pares de caminar y, cuando salgamos de aquí, ya veremos lo que pasa.

La rubia le miró de arriba abajo y se bajó la minifalda que, con cada paso que daba, ascendía lentamente acercándose a su sexo.

—Pareces un buen tipo; distante, pero buen tipo.

La miró de reojo, sin ser capaz de disimular una sonrisa. Hacía mucho tiempo que alguien no le llamaba buena persona. Para ser más exactos, nadie jamás le había llamado tal cosa; ni siquiera sus padres.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, observándola con curiosidad.

—Mónica, ¿y tú?

—Gabriel.

—¿Como el arcángel? —dijo la prostituta con entusiasmo.

—Exacto.

Una explosión asustó a Mónica que, instintivamente, agarró a Gabriel y se protegió detrás de él.

—¡Madre mía! —exclamó temblando y atemorizada—. Tu coche está ardiendo.

—No te preocupes por eso.

Le acarició la cabeza y la ayudó a regresar a su lado.

—Sigue conmigo y no te pares —instó con voz impasible y firme.

—¿Y qué pasa con tu coche?

—No es mi coche.

Ella le miró a los ojos.

—¿Ya no piensas que soy una buena persona?

—Creo que conmigo puedes llegar a serlo, por lo menos esta noche.

La respuesta le sorprendió. Se le escapó una carcajada y continuó caminando como si nada, no sin antes acariciarle de nuevo el pelo.

—¿Sabes qué? Creo que aceptaré tu invitación.

VIII

LA PRIMERA PISTA

—Tómate este café.

Andrés cogió la taza, saboreó el cálido caldo, se frotó las mejillas, mordisqueó sus uñas y se repantingó en el sillón. Aún no había asimilado lo de la noche anterior. En su cabeza aparecían imágenes de fognazos en la oscuridad, de sombras moviéndose por todas partes y del cadáver del pobre desgraciado.

—Sé que es difícil no pensar. En mi caso, si decido dejar de darle vueltas a una cosa es cuando más vueltas le doy. Y mientras me torturo e intento dejar de hacerlo, más me encabrono y no dejo de pensar en ello.

No recibió contestación. Andrés ni siquiera sabía muy bien dónde se encontraba. Por el cristal de la puerta veía a agentes de policía entrando y saliendo, unos enfadados y otros contentos, acompañando a meones públicos, registrando huellas de *novietes* con temperamento, tomando declaración de presuntas víctimas. Y charlando entre sí sobre asuntos sin relevancia policial. Los niños, la casa, la pareja, el partido de fútbol de la semana pasada, la barbacoa del domingo... cualquiera podría suponer que hablaban de crímenes sin resolver o de situaciones imposibles de imaginar, pero la realidad siempre acaba siendo más sencilla.

—Buenos días —dijo el comisario al entrar en el despacho de Juan—. ¿Cómo está el chaval?

—Lo superará, no te preocupes por él. Dime qué hemos averiguado sobre el asesino.

—De momento, Pedro ha demostrado que no eres tú.

—¿De veras? —matizó con ironía—. ¿No comprendo cómo ha podido ascender a inspector? —afirmó con tono más serio.

—No empieces con las mismas preguntitas para fastidiarme, que ya tengo bastante con un cadáver en el depósito y un asesino suelto.

—No me cabe ni la menor duda, debió tratarse de un profesional. En todo momento, ha actuado con la cabeza fría. Por suerte para nosotros, se equivocó de coche, pero un inocente ha muerto.

—Ándate con cuidado —le dijo señalándole con el dedo.

—Lo haré, no te preocupes. Por cierto, ¿no tenía que hablar conmigo, Pedro?

—Le diré que le estás esperando.

—Gracias, comisario.

Juan se acercó a su mesa, arrastró su sillón, lo situó cerca de Andrés y se sentó a su lado.

—No me digas que eres uno de esos blandengues que, a la primera de cambio, se quedan paralizados, les entra depresión y todas esas cosas. Si Fernando ha confiado en ti es porque ha visto algo en tu interior que dispone de la suficiente fuerza y coraje como para afrontar una situación como la de ayer. He ojeado la carpeta y lo que contiene no es un juego de niños, es más, estoy seguro de que el país entero temblará cuando se publique.

—¿Tan grave es? —preguntó sin apartar la vista del suelo.

—Más de lo que te imaginas. Si no estás dispuesto a arriesgar tu vida será mejor que no te impliqués y que regreses a tu casa.

—Creo que mi vida ya está en peligro.

—Eso es cierto.

Tomó un gran sorbo de café.

—¿A qué nos enfrentamos pues?

—Así me gusta. Escucha, ayer noche le eché un vistazo rápido. He deducido que se trata de una red de tráfico de neonatos que parece remontarse al menos hasta los años cincuenta. En la misma fecha aparecieron más de treinta mujeres muertas. Un tal doctor Fabio Urrutia Pelayo firmó todos los certificados de nacimiento. En una libreta aparecen los apellidos de los recién nacidos, con una cruz al lado, lo que significa que les dieron por muertos.

—¿Una red de traficantes de bebés?

—En el índice aparecen los nombres de varios hospitales, con un número al lado y diferentes fechas. Creo que son los lugares donde cometieron los crímenes, la cantidad de los bebés vendidos y la época que actuaron.

—¿Estás seguro?

—Claro que no —contestó Juan, arqueando las cejas—, primero hay que sospechar y luego hay que demostrar.

—Y finalmente denunciar —añadió Andrés.

—Eso espero.

—¿Por dónde empezamos?

—Esa es la actitud que me gusta —le dijo Juan, cogiéndole del hombro—. Esta mañana, mientras tú aún estabas en las nubes, he recabado información referente al doctor Fabio Urrutia Pelayo y he descubierto que está retirado. Por suerte, su casa no se encuentra lejos de aquí, así que propongo que empecemos por ahí.

—¿Me estás preguntando?

—No, te estoy informando educadamente —dijo, mirándole de reojo.

—De acuerdo, de acuerdo. Era sólo por saber.

Antes de que pudiera pensar en una respuesta más ingeniosa, Pedro irrumpió en el despacho. Andrés se giró sobresaltado, mientras Juan permaneció quieto, observándole con desprecio. Su mera presencia le repugnaba. No veía con buenos ojos que un defensor de la ley anduviera por ahí, vestido de gánster, sin mencionar el hecho de que parecía un chulo hablando y la mayoría de las veces se comportaba

como tal. Chaqueta de tela fina brillante, zapatos de Armani y corbata de seda con la camisa a juego. «¿De dónde saca este tipo el dinero para tanto lujo?», se preguntaba Juan. Cada vez que una prueba desaparecía, debido a un «fallo humano», según decían, el fiscal perdía el caso en cuestión. Además, el juez se veía obligado a liberar al acusado, el criminal volvía a las andadas y, casualmente, Pedro aparecía con algo nuevo. Un reloj, un traje, una maleta e incluso cambiaba de coche con demasiada asiduidad. «¿Qué importa un préstamo para un coche que para otro?», solía justificarse Pedro. Encima, intentaba tomarles por tontos. A pesar de las veces que fue investigado por asuntos internos, nunca habían reunido ni una prueba contra él y, con el paso de los años, todo el mundo decidió no volver a meterse en sus asuntos. Aunque, por lo general, él tampoco molestaba demasiado. El único que osaba restregarle la porquería por la cara era Juan. Por eso, era inevitable enfrentarse de vez en cuando.

—¿No sabes tocar la puerta al entrar? —comentó Juan con tono despectivo.

—Ayer, a pesar de tener la potestad para hacerlo, no te detuve. ¿Así es cómo me lo agradeces?

Juan torció los labios.

—Haznos tus preguntas de paja y déjanos en paz, algunos debemos trabajar para ganarnos el pan.

—No tengo nada que preguntar. El caso ya lo he cerrado.

—Has roto tu propio récord, no has tardado ni doce horas en despreciar la vida de una víctima.

—¿Qué quieres que te diga? Los jóvenes de hoy son muy descuidados. Empiezan con la droga para hacerse los machotes, luego se suben al burro de la *dolce vita*, hasta que acaban muertos en un callejón, frente a un bar o en la acera de una carretera oscura.

—¡Un asunto de drogas!

—¿No te parece bien?

—Claro, claro, si tú lo dices —contestó con ironía.

—En mi opinión... —añadió Andrés.

—¿Quién te la ha pedido? —le cortó Pedro.

—Yo sólo digo que...

Juan le guiñó un ojo, mientras con el dedo índice sobre su boca le indicó que debía callarse.

—Aprende rápido el chaval —afirmó Pedro—. Bueno, como ves está todo más claro que el agua. Aunque como presiento que no te agrada ni mi presencia, ni el resultado de la investigación, me marchó.

—Un momento. ¿Qué tal te fue con el tipo del suicidio? —preguntó Juan cuando Pedro acababa de abrir la puerta del despacho para irse.

—Un suicidio, ¿qué más se puede decir? Además, no es asunto tuyo —contestó y cerró la puerta tras de sí.

—Nos vamos, ya hemos perdido demasiado tiempo.

Andrés asintió y se levantó.

—Estoy preparado —contestó con decisión.

* * *

El olor a tabaco, mezclado con el del sudor, era inconfundible. A pesar de lo que uno pudiera pensar, la casa de Mónica estaba limpia y recogida. Las estanterías bien ordenadas, la ropa guardada en los armarios, la nevera limpia, el suelo impoluto, las cortinas planchadas. Todo estaba en perfectas condiciones.

—Por mucho que busques, no encontrarás nada de valor —dijo Mónica cuando se despertó.

—No busco nada en concreto.

—¿Entonces estás examinando mi casa?

—Más o menos, aunque te equivocas en una cosa.

—¿En qué?

—Aquí sí que hay algo de valor. De mucho valor.

—¿Y qué es? —preguntó sonriendo.

—Tú.

Mónica logró aguantar una risita y esbozó una mueca de agradecimiento.

—Eres muy dulce para ser...

—No lo hagas —la interrumpió.

Se le acercó, la besó en la mejilla y le dejó dos billetes de doscientos euros en la mesilla.

—¡Eso es demasiado! —exclamó ella.

—Yo creo que no.

—¿Nos volveremos a ver?

Gabriel Silvas Rivero sonrió y giró el pomo de la puerta.

—Nunca se sabe.

IX

DECEPCIÓN

Narcisos, rosales y crisantemos por todas partes. El colorido paisaje envuelto por el cantar de los gorriones, hacía que el frío invierno no pareciera tan duro. El verde se abrazaba a los muros de cemento, enganchándose a las rejas de hierro fundido que lucían una punta de lanza en su terminación. *Menudo caserón* —pensó Andrés—. El inspector se acercó al interfono de la entrada principal y, sin salir del coche, avisó de su llegada. La voz seria de un hombre preguntó por quiénes eran y, de inmediato, él se identificó como policía.

—¿Y qué desea?

—Hablar con el doctor Fabio Urrutia Pelayo —contestó Juan.

—Me temo que él no está en condiciones de atender a sus demandas, señor.

—Sólo serán un par de preguntas.

—Lo lamento, señor, pero debo insistir. Creo que el doctor no se encuentra en condiciones de...

—Eso deberé juzgarlo por mí mismo —interrumpió—. A menos que me esté negando la entrada, en cuyo caso me veré obligado a regresar con una orden de registro y el médico tendrá que acompañarme a Comisaría.

—Le aseguro que no será necesario.

—Entonces, ¿podemos pasar?

—Sí señor, y cuando lo considere oportuno, con gusto aceptaré sus disculpas.

Dicho esto, el hombre presionó un botón y la puerta empezó a abrirse.

—Pedirle disculpas —refunfuñó—. Veremos si no van todos a la cárcel.

Andrés, extrañado por la respuesta de aquel hombre, giró y le dijo:

—¿Qué crees que pretendía decirnos?

—Es muy sencillo, en pocas palabras, que no tiene ganas de vernos.

Enseguida pararon delante de lo que, sin duda, podía describirse como una mansión. La doble puerta de madera, curvada hasta acabar en la parte superior en pico, parecía construida para aislar el interior del exterior y no lo contrario. Los ventanales, aunque enormes, estaban sellados con rejas trenzadas que casi no permitían a la luz del sol atravesarlas; los coches, las motos y el establo de los caballos, visibles en la parte este de la mansión, acreditaban el poderío económico que ostentaba el doctor y, por esa razón, el inspector cada vez estaba más convencido de que allí había gato encerrado.

—Pasen, por favor.

Resultó fácil deducir que el hombre que abrió la puerta, alto y delgado, era quien les había hablado por el interfono. Sus ojos negros y grandes, subrayados por las

descomunales ojeras que casi colgaban hasta sus mejillas, parecían estar vacíos de cualquier sentimiento. Se notaba que era joven, pero a pesar de ello tenía el aspecto de un octogenario, lo mismo que sus manos; Juan no podía comprender por qué le temblaban tanto, a menos que tuviera alguna enfermedad.

—El señor les... ghhmm, espera en la biblioteca —dijo sin ocultar su disgusto.

«Este recibidor cabe en mi piso, —pensó Juan—. O, a lo mejor, mi piso cabe en él, no estoy muy seguro». Dos columnas de granito verde se alzaban a una altura de seis metros. En ellas, cuatro dragones chinos tallados a mano escalaban hasta lo más alto y observaban a las visitas con fuego en las garras y hielo en las escamas. Los dos quedaron estupefactos, aunque sólo Andrés permaneció con la boca abierta. Por las paredes, vestidas con cemento carmesí y arena de mar, los cuadros de barcos del siglo XVII, las escenas de islas del Pacífico y los hombres retratados con uniformes marinos, revelaban el carácter aventurero de su dueño.

—Sígueme por favor —insistió el mayordomo.

Con gran agilidad y maestría, giró los agarradores de dos puertas correderas y las apartó. La biblioteca era un lugar poco iluminado, falto de color, como si fuese posible encerrar el aburrimiento de una vida entre páginas de excitantes párrafos aderezados con emocionantes palabras. El escondite del saber. Miles de tomos, centenas de manuscritos e incontables notas y bocetos estaban esparcidos por esta habitación. Una escalera de madera para llegar a los lugares más altos, un globo terráqueo para adornar, una lámpara de pie con la figura de afrodita bañada en oro iluminaba una esquina, y era precisamente ahí, en ese rincón apartado, donde las repeinadas canas de alguien que estaba sufriendo, asomaban por el cabezal de un enorme sillón.

—Buenos días, si me lo permite, doctor. Lamento mucho tener que molestarle, pero es necesario que le haga unas preguntas.

Silencio...

—¿Doctor, se encuentra usted bien? —insistió Juan, mostrando cierta preocupación.

El mayordomo se acercó, desbloqueó un sistema de frenado moviendo una palanca y le dio la vuelta al sillón. Un anciano, con la cara rasgada y la mirada perdida, babeaba ausente de la realidad. A duras penas respiraba. Por lo visto, no era capaz ni de mover un dedo.

—Ya les comenté que el señor no estaba en condiciones de recibir visitas. En octubre contrajo una enfermedad cerebrovascular y, desde entonces, no reacciona ante nada. Los médicos nos dijeron que ahora nuestra tarea era la de cuidarle, pero que le quedaba poco tiempo en este mundo.

—Qué mala sombra —comentó Juan.

—¿Cómo dice?

—Que lo lamento muchísimo —rectificó, abriendo los ojos de par en par.

—De todos modos, si les puedo ser de utilidad, no duden en pedírmelo.

El inspector agachó la cabeza, decepcionado.

—¿Podemos ver el despacho del doctor? —preguntó con osadía Andrés.

—No me parece muy apropiado —replicó el mayordomo, estirando el cuello.

—Sin lugar a dudas, aunque tampoco lo es el robo de niños recién nacidos.

El mayordomo abrió los ojos, como si mil demonios le estuvieran recorriendo la mente. Observó cómo el inspector se acarició la barbilla esperando una respuesta, notó la impaciencia de Andrés y no evitó fijarse en una carpeta de color negro que llevaba consigo.

—Parece un asunto muy grave —dijo con seriedad, arreglándose los doblados de su chaqué.

—Más de lo que usted cree —le aseguró Juan.

—En tal caso, si me facilitan información referente a lo que están buscando, no tendré ningún inconveniente en acompañarles al despacho del doctor. Eso sí, seré yo quien rebusque en sus archivos.

—¿Por qué?

—Por respeto y para evitar el desorden, por supuesto.

—Si es por eso, no tenemos ningún inconveniente.

De espaldas, a la par que desconfiando, el mayordomo sacó una llave de su bolsillo y la apretó con fuerza.

—Por aquí, por favor.

En la biblioteca, al lado opuesto de donde se encontraba el anciano, casi escondida detrás de una estantería repleta de libros, una puerta negra pasaba desapercibida. La llave hizo crujir la cerradura que aparentemente llevaba sin ser utilizada durante mucho tiempo y el chirrío de las bisagras lo confirmó. Mientras en el resto de la mansión todo parecía estar en su sitio de una forma ordenada y limpia, aquí era todo lo contrario. El polvo se había endurecido en las distintas superficies, la propia bombilla de la luz apenas iluminaba el interior, un armario de cristal se veía opaco y, hasta el momento que el mayordomo no abrió una ventana, ninguno de los presentes fue capaz de distinguir nada con claridad.

—¿De qué se trata, pues? —preguntó el mayordomo.

Con la carpeta en la mano, Andrés se acercó al inspector y se la entregó abierta.

—Acérquese, por favor —dijo el inspector—. He encontrado varios documentos que llevan la firma del doctor. Al parecer, por aquel entonces, trabajaba en el Hospital Militar de Logroño y, para ser más exactos, era el responsable en el Área de Maternidad.

—¿En un hospital militar?

—En los años cincuenta, el Gobierno hacía muchas cosas y permitía otras; el tema es que tengo estos certificados de nacimiento firmados por él y me gustaría revisar los documentos que pueda tener del verano de 1952 y 1953.

Juan le mostró los certificados. El mayordomo, con las manos sin dejar de temblar, miró los documentos sintiendo como un gran peso recaía sobre sus hombros.

Las ojeras se le oscurecieron aún más y si alguno de los dos hubiera sido capaz de examinarle el cuero cabelludo, enseguida se habría dado cuenta de que parte de su pelo acababa de desprenderse. La angustia le revolvió las tripas y sintió una tremenda repugnancia, por lo que miraba mientras parecía resistirse a tocarlo con los dedos. Se sentó en una silla para meditar la situación. Alzó la vista, aunque no fue capaz de apartarla de la carpeta.

—¿Ocurre algo? —preguntó Andrés.

Por otro lado, el inspector no comprendía el porqué de la reacción del mayordomo. Al fin y al cabo, ni siquiera había nacido en aquella época.

—Todo lo que necesitan lo podéis encontrar en el último cajón del archivador metálico.

—¿Ese de ahí?

Con la mano levantada, Juan señaló el archivador antes de acercarse.

—¿Puedo? —preguntó.

Sin apartar la mirada de la carpeta, el mayordomo asintió con la cabeza.

—Como dijo que usted mismo nos daría lo que buscamos...

—Ya no será necesario, llévense todo lo que hay dentro del cajón y márchense por favor.

Como inspector de policía era consciente de la extraordinaria oportunidad que se le acababa de presentar y sabía que no era normal la reacción de este hombre; seguramente ocultaba algo, pero no era el momento de averiguarlo. Lo mejor que podían hacer era coger el contenido del cajón y llevárselo al coche antes de que cambiase de idea.

Minutos después, el contenido se encontraba a salvo en el maletero del Land Rover del inspector. La puerta de la mansión, que antes parecía inexpugnable, ahora permanecía abierta sin que nadie quisiera cerrarla. El mayordomo, mostrándose apático, sólo levantó la mano, a modo de despedida, sin abandonar el despacho del doctor. «¿Sería su hijo?» —se preguntó Juan—. Fuera lo que fuera, el peso de los documentos y su significado eran insostenibles para él y ahora les tocaba a ellos cargar con los secretos que guardaban.

* * *

La voz atravesaba los sofisticados aparatos de distorsión, incluso se camuflaban el tono de enfado y la decepción que Gabriel Silvas Rivero sentía hacia sí mismo.

—Los objetivos no han sido eliminados.

—Eso no es lo habitual —contestó su interlocutor.

—No, no lo es.

—Si no puedes con el trabajo, dínoslo para que nos preocupemos en buscar una alternativa.

—Ha sido un error de cálculo.

—Error que tenemos que pagar nosotros.

—...

—No podemos permitirnos más errores, ¿entendido? Tenemos un problema y hay que solucionarlo, así que hazlo ya o será otro quien se ocupe.

—...

—¿Entendido?

—Entendido —afirmó Gabriel Silvas Rivero, conteniendo su enfado.

X

TRES MOMENTOS

Todo parecía estar tranquilo. Los dos permanecieron en el Land Rover a cierta distancia del piso, observando los movimientos de la gente que paseaba junto a los coches aparcados por los alrededores. Se trataría de una descomunal locura intentar matarles a plena luz del sol, pero no podían bajar la guardia. Pasado un tiempo prudencial, arrancaron y dieron dos vueltas a la manzana para asegurarse que no ocurría nada extraño.

—¿Y si nos esperan en el piso? —preguntó Andrés.

—Lo dudo mucho, pero si así fuera te recuerdo que yo también voy armado.

—Yo, no.

—¿Sabes disparar?

—No, nunca he sujetado un arma.

—¿Y has visto en las películas cómo hacerlo?

—Claro que sí —contestó, mostrándose seguro.

—Pues es exactamente lo mismo; con la única diferencia de que no es ficción.

Se agachó para abrir un cajón que había bajo su asiento, sacó un par de libretas, un trapo sucio, dos cables enredados que parecían viejos cargadores de móvil, y una caja de metal con cerradura de combinación. La abrió y sacó una pistola. Era de pequeño calibre, ocho milímetros, y no pesaba demasiado.

—Aquí tienes, puede que te parezca un juguete, pero te aseguro que no lo es. ¿Ves este botoncito de aquí?, es el seguro. Lo quitas, apuntas y disparas.

—De acuerdo —dijo Andrés, aparentando estar seguro de lo que hacía.

Guardó el arma en la cintura y cargó con el cajón del archivador.

—Te has fijado en la ventana de tu piso.

Juan miró hacia arriba.

—Me ha parecido ver una sombra —añadió Andrés.

—Quédate aquí, yo iré a...

¡¡¡Fffssssssssbbaaaaammmm!!!

Una explosión reventó las ventanas. Sus pedazos volaron por los aires, las llamas resoplaban hacia el exterior. Buscando oxígeno para consumir, algunos peatones se tiraron al suelo y otros corrieron en dirección contraria para alejarse. Un infierno acababa de desatarse en el piso de Juan. Agarró al joven periodista por el brazo y le acercó hacia él.

—¿Te ha herido algún fragmento? ¿Estás bien?

—Me parece que sí.

Las cortinas, convertidas en una lluvia de fuego, caían sobre la acera, las plantas, los coches y las motos aparcadas. Las escasas posesiones de Juan, lo poco que tenía tras una vida de duro trabajo sumada a muchos sacrificios, se había convertido en cenizas.

—De acuerdo, ahora deja el cajón de nuevo en el coche y sube —dijo Juan con el rostro pálido—. Ningún sitio de los que frecuentamos habitualmente es seguro —se atrevió a asegurar—. Ni casas de familiares, ni casas de amigos, ni los *baretos* de siempre.

Al sentarse, Andrés notó el roce de la pistola haciéndole sentirse incómodo.

—Con éste son dos los intentos de matarnos.

—Y en menos de veinticuatro horas —añadió Juan—. No sé en qué nos hemos metido exactamente, ni tampoco sé a dónde nos llevará el contenido de esa carpeta. Sólo sé que es mucho más serio de lo que podamos imaginarnos.

Arrancaron el coche y se marcharon. Durante varias horas estuvieron deambulando por las calles de Madrid sin rumbo alguno, meditando sobre lo que les estaba pasando y en cómo debían actuar. Incluso Juan, que tenía mucha experiencia como policía, no era capaz de encajar las piezas en su cabeza con el fin de ofrecer una explicación lógica. Últimamente, los medios de comunicación habían conmocionado a la población sacando a la luz infinidad de casos de secuestros y venta de bebés; incluso señalaban a muchos como culpables. Médicos, enfermeros, monjas, curas, administrativos, había mucha gente implicada e incontables instituciones se colocaron en el punto de mira de investigadores, periodistas y de la población en general. Pero no hubo intentos de asesinato, sólo de encubrimiento. Pretender tergiversar la verdad no era lo mismo que matar. «¿En qué te habías metido viejo loco?, —pensó Juan, recordando a su amigo Fernando—. ¿Qué clase de jaleo es éste?».

—A ver —dijo Juan rompiendo el silencio—, debemos buscar un lugar seguro donde estudiar la carpeta con detenimiento y averiguar qué es lo que hay en ese cajón.

—Ahora mismo, no se me ocurre ningún sitio —comentó Andrés, rascándose la cabeza.

—De momento, lo más sensato será reunirnos con el comisario para informarle. No quiero que se preocupe por nosotros y tampoco deseo que actuemos sin que alguien conozca nuestros movimientos.

* * *

La voz de Gabriel Silvas Rivero fluía a través de los aparatos de distorsión, protegiendo su verdadera identidad. Cuando se enteró de lo sucedido en la casa del inspector, no logró contener su enfado. Estaba furioso. Sus ojos se ennegrecieron y le resultó muy difícil calmarse antes de ponerse en contacto con sus clientes.

—Creí que teníamos un acuerdo.

—Así es —afirmó su interlocutor—. Aunque, como tú muy bien sabes, ha habido una serie de complicaciones que nos han obligado a contratar a más... *hmmm*, cómo decirlo, solucionadores.

—¿Cómo, con una bomba? —replicó Gabriel Silvas Rivero.

—Se extralimitaron.

—O puede que se trate de unos chapuceros. Sabéis que yo trabajo solo.

—Nosotros seguimos respetando sus condiciones, es más, le pagaremos un plus por las molestias, pero debe entender que es un asunto muy delicado. Cuando recibimos la llamada del doctor Urrutia nos pusimos un tanto nerviosos y decidimos poner en marcha un *plan B*; no pretendemos ofenderle, ni mucho menos, conocemos muy bien su trayectoria profesional.

—Si se vuelven a entrometer, nuestro contrato quedará extinguido, ¿ha quedado claro?

—No veo necesario llegar hasta esos extremos.

—La explosión ha alertado a los objetivos mucho más que mi descuido de ayer noche. Ahora sí que estarán seguros de que alguien va a por ellos y se aseguraran de protegerse, o peor aún, de desaparecer, en cuyo caso no será nada fácil dar con ellos.

—¿Cómo sabe que no han muerto en la explosión? Si acaba de producirse.

—El inspector Marengue acaba de llamar a su amigo el comisario, avisándole de lo sucedido. Por lo visto, aún no saben dónde van a ir o cómo van a actuar. Lo que significa que yo tampoco sé qué hacer para matarlos.

—Nada es imposible para usted.

—Yo no he dicho imposible, sino que será difícil que no será nada fácil.

—Lamento haber forzado la situación.

—Créame, lo sentirá mucho más si vuelve a entrometerse.

Gabriel Silvas Rivero colgó y se sujetó la cabeza para contener sus nervios.

—Malditos imbéciles... aficionados —murmuró entre dientes—. Levantó la tapa de su portátil y accedió a la red de antenas de emisión de datos, introdujo una contraseña e incontables luces parpadeantes aparecieron sobre un difuminado mapa de España. Tacleó unos códigos y añadió unas directrices. De pronto, el noventa por ciento de las luces se apagaron, tacleó unas coordenadas de búsqueda y otras pocas luces también dejaron de parpadear. «Ahora sólo tengo que esperar, —pensó. Entró en la cocina y se preparó un café instantáneo—. Qué asco de café», se dijo a sí mismo. Le echó dos cucharadas de azúcar para endulzarlo y permaneció de pie frente al monitor.

—«Tarde o temprano llamarás a alguien y entonces allí estaré yo para terminar con este asunto», murmuró.

* * *

Muy lejos de Madrid...

Un chico, que aún no había cumplido los diecisiete años, movía la mano con nerviosismo. Las fotos que decoraban su despacho, de principios del siglo XX, parecían sacadas del baúl de los recuerdos de su abuelo. Él las miraba con ojos de añoranza y emoción. Ninguno de los cuatro hombres que estaban presentes era capaz de comprender cómo un joven de su edad había conseguido tanto poder o porque le interesaban tanto esas viejas fotografías, aunque ninguno se atrevía a preguntar y tampoco les importaba demasiado. Un banquero, un general, el ministro de Sanidad y una científica, que nadie sabía ni quién era, ni de dónde venía, ni para quién trabajaba.

—Señores, muchas gracias por aceptar mi invitación. Nuestro grupo...

—Disculpe la interrupción...

—Sampedro, Víctor Sampedro.

—Por supuesto, señor Sampedro. Le pido excusas mi indiscreción, es que creo que no entiendo la broma.

La tensión empezó a palpase en el ambiente.

—¿A qué se refiere?

—A que usted sólo se encuentra aquí para darnos la bienvenida, mientras su padre o su abuelo están a punto de llegar, ¿cierto?

Los otros movieron la cabeza.

—La familia Sampedro goza de mucho poder y riquezas, y no podíamos rechazar la invitación. Sin embargo, no disponemos de mucho tiempo, así que nos gustaría conocer los asuntos a tratar en esta reunión —continuó el banquero.

—Yo os he invitado —afirmó el joven con desdén.

—Jejeje. Sigo sin entender la broma —dijo el banquero, en un intento por calmar los ánimos.

—Señor Giráldez, lleva administrado las cuentas de mi familia desde hace muchos años y no le permito que me hable así.

—Discúlpeme señor, jejejeje, pero si su padre estuviera por aquí, seguramente le daría un cachete.

El chico sacó una Luger de 22 milímetros y con un sólo tiro acertó en la cabeza del banquero, borrando su sonrisa de la boca. El disparo era tan limpio que la sangre no salpicó a nadie, únicamente se limitó a deslizarse lentamente por el orificio de la nuca hasta la nariz, y de ahí hasta la boca. El cuerpo sin vida del banquero cayó como un tronco sobre la alfombra persa. Ante tal visión, el resto de invitados se levantaron sobrecogidos y sorprendidos por la reacción de su anfitrión.

—¿Alguien más duda de quién soy o de lo que puedo hacer?

...

—¿Nadie? Muy bien, continuemos pues.

El general decidió sentarse para recuperarse de la sorpresa.

—Señor Sampedro.

—Sí, general.

—Con todo el respeto, señor, ¿sabe quiénes somos?

—Por supuesto que sí, general; por eso, os he invitado.

—¿Y cree que su actuación ha sido la correcta?

—Ahora no dudaréis ni de mis palabras, ni de mis intenciones. De todos modos, sólo había invitado al señor Giráldez para aleccionaros mientras saldaba una vieja deuda. Llevaba muchos años metiendo mano en las cuentas de mi familia y no podía permitírselo. Lo he organizado todo para matar dos pájaros de un tiro. ¿No le parece una planificación acertada, mi general?

—Claro que sí, señor Sampedro —contestó el militar, inclinando ligeramente la cabeza. Los dedos de Víctor temblaban encima de su escritorio. Enseguida supo que había conseguido llamar su atención, aunque ahora necesitaba convertirles en aliados. Hacía mucho tiempo que trabajaban para la familia, aunque jamás se habían visto las caras. Ahora consideraba oportuno informarles de todo, para dar así el paso definitivo. Sin dejar de golpear la mesa con suavidad, ladeó la cabeza y sonrió.

—No deseo obligaros a escucharme, ni tampoco quiero que me complzáis por temor a perder vuestra vida. Necesito que comprendáis el alcance de mis proyectos, para así convenceros de su importancia. Por ello, pues, seréis vosotros los interesados en formar parte de ellos, o no.

Los tres observaron el cuerpo sin vida del banquero y después se miraron entre sí.

—Creedme, lo que os tengo que ofrecer va más allá de la muerte. Lo que os propongo es la vida.

El chico encendió un cigarrillo, apagó las luces y se repantingó en su sillón. Acto seguido, pulsó un interruptor y una gran pantalla blanca se desplegó del techo, accionando automáticamente un proyector.

«Cuatro, tres, dos, uno. Acción», apareció en la pantalla.

XI

ATANDO CABOS

Su rostro, cansado; su cuerpo, debilitado; su mente, alborotada. Se lavó la cara con agua fría y, pasándose la mano con suavidad, mojó su cabeza. Las gotas se escurrían por sus pronunciadas entradas hasta que, al final, goteaban por su barbilla. A sus cuarenta años, ya no parecía tan moreno como antes. Tenía la vista cansada de sufrir las desgracias ajenas e intentar comprenderlas cuando eran descritas en manchas de tinta sobre informes sin sentido: *Marido acuchilla a su esposa, madre abandona a su hijo, abuela envenenada por su nieta*, y todas las majaderías que a uno se le pudieran ocurrir. Ya no se cuidaba como antes. Había cogido un par de kilitos de más, nada preocupante, pero tuvo que saltarse un agujero en el cinturón y comprarse algunas camisas nuevas.

—¿Qué miras, inspector?

Eso mismo se preguntaba él. Apretó su chata nariz, a la vez que estiraba la piel de sus mejillas, en busca del hombre que una vez fue. Ignoró la pregunta de Andrés y continuó echándose agua fría en la cara y la cabeza.

—Aquí huele raro —dijo Andrés en voz alta.

Juan apartó la toalla y le miró con el ojo derecho.

—Lo raro sería que no oliese a nada.

—No lo entiendo.

—Ayer encontramos aquí a un suicida. ¿Percibes el olorcillo a ácido y a podrido?

—Sí.

—Es el de un cadáver. Ahora no huele tan fuerte, pero el hedor de la muerte no es fácil de disolverse.

Andrés no supo digerir lo que acababa de escuchar.

—Deja de mirarme con cara de bobo y ven conmigo —le dijo Juan chasqueando los dedos.

Salió del cuarto de baño y fue directo al despacho donde Marco Álvarez se había disparado en la cabeza. La sangre parecía haberse secado, aunque las carpetas ya no estaban en la mesa. Los objetos de las estanterías habían sido movidos, los cajones rebuscados, la alfombra cortada a pedazos y, curiosamente, algunos de los peculiares bolígrafos habían desaparecido. Entonces, recordó las fotos que había guardado en su chaqueta. «Se me habían olvidado», pensó y de inmediato las sacó. Una extraña sensación recorrió su cuerpo. Se dirigió al salón y, una vez en el sofá, cogió la carpeta negra y suspiró.

—No creo que sea posible —susurró.

Buscó alguna inscripción en el reverso de las fotografías y ahí estaba.

«Hospital Real de Santiago»

—Busca este hospital en el índice que nos dejó Fernando —le dijo a Andrés.
Continuó examinando el reverso de las fotografías hasta que en otra encontró un nombre.

«Muestras del Doctor Villar»

—No hay nada sobre ese hospital —aseveró Andrés, después de examinar el índice un par de veces.

—¿Y algún apunte que mencione a un tal doctor Villar?

Repasó el índice junto al joven periodista.

—No. ¿Lo ves?, no hay nada que mencione ni el hospital, ni al doctor.

En el índice aparecían cuatro hospitales distintos:

- *Hospital Militar de Logroño, 1952 - 1953*
- *Hospital Asilo de San Rafael, 1965 - 1966 (Madrid)*
- *Hospital de la Santa Cruz y San Pablo, 1968 - 1969 (Barcelona)*
- *Hospital Universitario Virgen del Rocío, 1982 - 1983 (Sevilla)*

—Las fechas son consecutivas, pero están extrañamente espaciadas en el tiempo —observó Andrés.

—Puede que trabajasen según lotes.

—¿A qué te refieres?

—Es posible que no se dedicaran a secuestrar niños poco a poco —sugirió Juan aireando los papeles—, sino que esperasen reunir a varios compradores a la vez antes de poner en marcha el plan. Imagínatelo, estás planificando un golpe durante meses y cuando ya tienes el botín cobrado, sólo tienes que entregar la mercancía y listo.

—Vale, entonces en vez de hacerlo poco a poco lo hacían de golpe. ¿Y por qué tanto empeño en matarnos? Si prácticamente no sabemos nada.

—Hagamos una hipótesis. Supongamos que gente poderosa, por un motivo u otro, organizó una importante reunión en los años cincuenta...

—¿Y los de los sesenta y ochenta?

—... de momento centrémonos sólo en los de los años cincuenta.

—De acuerdo —asintió Andrés y se concentró.

—Y no me interrumpas.

—Perdón.

—Sigamos.

—En los años cincuenta —inició de nuevo Andrés.

—Correcto. Como decía, un grupo de gente poderosa se reúne para comprar a unos niños. Lo que ocurre, es que también compraban a sus herederos. Resumiendo, a los hombres y mujeres poderosas del futuro. Imagínate que uno de esos niños es el

actual presidente, o un magnate de las telecomunicaciones, o un alto cargo de la iglesia.

—No veo nada malo en ello.

—Por supuesto que no —dijo Juan sonriendo con cierta picaresca—. Lo malo no es haber sido adoptado, lo malo es haber sido comprado. Con los medios de comunicación persiguiendo y destapando las redes de adopciones ilegales, ¿cómo crees que reaccionaría la población ante semejante escándalo?

—Se les castigaría por la irresponsabilidad de sus padres adoptivos.

—Exacto, y tratándose de gente rica y poderosa, no veo por qué no preferirán matarnos a dejar ser descubiertos.

—También podrían intentar comprarnos —dijo Andrés, levantando los hombros.

—Saben que no estamos en venta.

—¿Ah, no?

—Pues claro que no —afirmó Juan enfadado.

—Calma, calma, que sólo era una broma.

Ladeó la cabeza, se guardó las fotografías, le quitó la carpeta a Andrés y también, con la mirada, le despojó de las ganas de bromear.

—Céntrate, por favor, recuerda que no podemos quedarnos aquí y me gustaría marcharme sabiendo el motivo por el que nos quieren matar.

Abrió la carpeta para coger los sobres de las fotos.

—Tú busca irregularidades en las de Madrid y yo haré lo propio con las de Barcelona.

En ellas, aparecían grupos de gente, distintas perspectivas de cada hospital, algún que otro paciente, enfermeras sonriendo y médicos orgullosos; hasta que aparecían de nuevo los cadáveres de las mujeres. Filas de cuerpos sin vida y rostros sin expresión, madres que perdieron su último aliento junto a sus esperanzas y anhelos. En ambos grupos, las víctimas eran mucho más numerosas que en los años cincuenta. Era como si al comprobar que pudiera salirse con la suya ya nos les preocupasen las consecuencias de sus actos y, por eso, se arriesgaban más.

De pronto, una fotografía hizo reaccionar a Andrés.

—¡Madre mía, fíjate en ésta!

Los cuerpos de un centenar de bebés aparecían apilados en medio de un agujero que parecía una fosa común. En sus caras se distinguían expresiones de dolor y sufrimiento; algunos parecían gritar, otros parecía que querían abrirse los ojos con las manos; y también había en quien se reflejaba la tristeza. Desde luego, en muy pocos era perceptible la serenidad de un bebé. En el borde del agujero, alrededor de aquella crueldad, varios hombres sacaban fotografías, tomaban notas y registraban lo que estaban presenciando, impasibles. Como si en vez de bebés estuviesen estudiando la reacción de unos animales al ser sacrificados.

—Debe tratarse de un montaje —musitó angustiado Andrés—. Los recién nacidos no pueden manifestarse de tal forma, ¡es imposible! Seguro que se trata de un

montaje.

—Ojalá tengas razón.

—¡Claro que la tengo! —afirmó alterado—. No puede ni debe ser otra cosa, ni es posible que un ser humano haya causado esto.

—Peores cosas se han visto.

Andrés tiró la foto al suelo.

—Es horrible.

Juan se acercó para quitarle el resto de fotografías de las manos, le dio un par de palmadas en la espalda y recogió del suelo la que acababa de tirar.

—El demonio vive entre nosotros, no porque se lo permitamos, sino porque él es parte de nosotros —dijo Juan.

—No podemos consentir que se salgan con la suya, debemos encontrarles. Hay que castigarles, hacerles que paguen por lo que han hecho.

En el resto de las fotos destacaban detalles muy desagradables. Hombres con batas negras, abriendo los torsos de algunos bebés; enfermeras limpiando instrumental, mientras encima de la mesa dejaban restos de dedos cortados. De nuevo, surgían los hombres con las batas negras diseccionando las pequeñas y blandas cabezas hasta que, finalmente, en una fotografía un tanto descolorida, se veía como prendían fuego a las pruebas.

—Ya no lo entiendo —dijo Juan—. Y lo peor de todo es que puede que estos cuatro hospitales no sean los únicos donde se cometieron tantos crímenes.

—¿Quieres decir que hubo más?

—Es posible que Fernando sólo estuviera rascando la superficie de algo muy siniestro.

—Espero que no sea el caso.

—Yo también.

El último sobre con fotos le resultaba pesado. Por una parte, no le apetecía ver su contenido; pero, por otra, era necesario.

—Éstas son más recientes —dijo Juan cogiendo el sobre.

Jeringuillas, sueros, instrumental, medicamentos, todo un abanico de material desplegado sobre mesas que parecía no tener fin.

—¡Mira! ¿No ves algo extraño?

—Lo cierto es que no.

—Fíjate mejor. Yo creo que en esta foto de grupo hay algo que no encaja.

Tres filas de personas, posando en las escaleras de la entrada al hospital, que ofrecían expresiones sobrias. Aparte de dos mecánicos, un conserje y una mujer sin bata blanca, no había duda de que el resto se trataba de personal sanitario de todos los niveles; lo que no encajaba por ninguna parte, era que un niño que aparentaba tener unos diez años, posara orgulloso en el que, por costumbre, era el sitio honorífico donde se sitúan los jefes de equipo.

—¿Ves a este niño en el centro?

—Es cierto, lleva una bata blanca y posa con mucho ímpetu —denotó Andrés.

—No entiendo qué es lo que hace ahí.

—Seguramente se tratará de una especie de broma entre compañeros, o puede que sea el hijo del jefe.

—Eso está claro, ¿pero por qué permitir a un niño acercarse a semejantes monstruos? —preguntó Juan apretando la mandíbula.

—Hay padres que dan asco.

—Eso no te lo discuto —terminó Juan.

En aquel sobre no encontraron fotos grotescas de tumbas comunes ni de bebés descuartizados, sólo mujeres embarazadas sonriendo, sentadas en salas de espera repletas de flores y globos de muchos colores. Unas leían revistas de moda, otras miraban los posters de las paredes mientras que el resto charlaba. Era como si el tiempo se hubiera paralizado, aunque el movimiento siguiera vivo en él. «Al parecer aquí el panorama es diferente» —comentó Juan—. Cestas de bebés numeradas y también vacías, etiquetas variadas, y una serie de pegatinas con un elemento común. Eran de color rojo y en su esquina superior tenían escrito a máquina: «Planta 14». En el reverso de la fotografía estaba escrito a pluma: «entregar a Gardóñez».

—Nos vamos a Sevilla —dijo Juan.

Andrés, que estaba rebuscando en el cajón del archivador, levantó la cabeza mientras sacaba un rollo de película antigua y dijo:

—Muy bien, pero de camino debemos encontrar algún trasto para poder ver lo que hay aquí.

* * *

El sonido del timbre sobresaltó al mayordomo. Se levantó del sillón, apagó la televisión, maldijo el momento porque estaba viendo su programa favorito, *Pasacanción*, y contestó por el interfono a la nueva e inesperada visita.

—Busco al doctor Urrutia.

—¿A quién debo anunciar? —preguntó el mayordomo.

—Dígale que un viejo amigo ha venido a verle.

—¿Un viejo amigo? Me temo que deberá ser un poco más específico, señor. Aunque he de advertirle que el doctor no se encuentra en condiciones de recibir visitas.

—Debo insistir.

—Puede entrar, pero ya le he avisado de que...

—Se trata de un asunto muy importante —le interrumpió el desconocido—. Podría decirse que es de vida o muerte.

—En tal caso, le dejaré pasar —dijo el mayordomo a regañadientes.

La inesperada visita no tardó en llegar a la puerta de entrada. Nada más acercarse, el mayordomo miró al individuo de arriba abajo y un escalofrío recorrió su cuerpo.

—¿Me dice su nombre?

—Gabriel Silvas Rivero.

—Y afirma que es usted amigo del doctor...

—Así es.

—Iré a avisarle —dijo el mayordomo dispuesto a cerrar la puerta.

Gabriel Silvas Rivero le impidió cerrarla con el pie y sonrió.

—Prefiero esperar dentro, estoy seguro de que al doctor no le importará.

—Por supuesto —contestó resignado.

El asesino entró en la mansión, sin dejar de vigilar los movimientos del mayordomo. Nada de lo que había en el recibidor le llamó la atención; ni los cuadros, ni las columnas, ni las paredes. Absolutamente nada. Sólo le interesaba averiguar dónde se encontraba el médico para así terminar con el repentino, pero no inusual encargo. Sus jefes, alterados al recibir una llamada anónima que informaba sobre dos tipos, uno de ellos policía, que andaban buscando al doctor y le hicieron muchas preguntas, no tardaron en contratar un servicio *extra*.

—Nada de cabos sueltos ni errores —ordenaron los contratantes.

—Espere un momento, por favor —indicó el mayordomo.

No le hizo caso. Le siguió hasta la biblioteca, donde el anciano permanecía en estado vegetativo y miró con osadía al mayordomo; éste mantuvo la compostura, limitándose a indicarle dónde permanecía sentado, aunque en esta ocasión evitó darle la vuelta para revelar su estado.

—Muchas gracias —dijo Gabriel Silvas Rivero—, ya puede dejarnos a solas para que tratemos de nuestros asuntos.

—Por supuesto, señor.

Cuando se marchó, Gabriel cerró las puertas de la biblioteca, corrió las cortinas para tapar las ventanas, sacó su Beretta de 9 milímetros Parabellum del bolsillo de su chaqueta y, después de atornillar un silenciador, le apuntó a la cabeza.

—Supongo que ya sabe por qué me han enviado.

—...

—Comprendo que prefiera mantenerse callado. Si antes tampoco hubiera hablado, seguramente yo no estaría aquí.

«Chiiiiif, chiiiiif... chiiiiif, chiiiiif».

Cuatro tiros, dos en la cabeza y otros dos en la espalda del sillón, sonaron como bolsas de papel reventando. Gabriel se acercó, giró el sillón y le disparó dos veces más al corazón.

—Descansa en paz —susurró—. Desatornilló el silenciador y permaneció frente a su nueva víctima durante un momento. Su mirada estaba perdida, sus manos cruzadas en su regazo, la boca no parecía haber estado cerrada desde hace mucho tiempo y sólo la sangre que emanaba de sus heridas indicaba que unos segundos estaba vivo. «¿Qué raro?», se dijo a sí mismo. Le tocó la mejilla y notó cómo el calor de la vida se

perdía gradualmente, le cerró los párpados y sintió la humedad de sus retinas, le movió los brazos y comprobó que aún no se habían endurecido.

—«Aquí pasa algo raro» —dijo, ahora en voz alta—. Abrió las cortinas y se fijó en las ruedas del sillón. Investigó con la mirada. En una bandeja había un vaso de agua medio lleno con una pajita asomando; a su lado encontró una caja con pastillas que no conocía.

—¡Socorro! —gritó esperando a que el mayordomo acudiese.

Después de aguardar un minuto más, chilló de nuevo.

—¡Socorro!

El mayordomo no aparecía por ninguna parte.

—Maldito cabrón.

Corrió y abrió la puerta que daba al recibidor. Registró la cocina, la sala de estar, el comedor, las habitaciones, subió a la segunda planta y miró por todas partes. Preso de la ira, gritó con furia y hasta disparó a media docena de espejos, creando una polvorea de cristales mezclados con destellos de luz. No pudo encontrarle. Se sentó en las escaleras e intentó hacer memoria; cómo era su pelo, cómo eran sus ojos, pero no era capaz de recordar. «No me lo puedo creer, debí matarle nada más entrar. De todas formas, lo iba a hacer», pensó mientras se rascaba la cabeza. Hasta que recordó el tembleque de las manos.

—¿Cómo se me ha podido escapar ese detalle?

XII

PENSIÓN LAS LENTEJUELAS

La noche de Sevilla había vestido a la ciudad con un traje de luces de un color miel. Las serpientes del luminoso rojo, que se deslizaban por las calles, eran los testigos de la actividad nocturna que raramente cesaba en la capital andaluza. Allí, en el transcurso de una infinidad de historias cotidianas donde la inmensa mayoría roza lo rutinario, Juan y Andrés conducían alrededor del Hospital Universitario sin tener muy claro lo que debían hacer.

—¿Crees que encontraremos al doctor en el hospital, a estas horas? —preguntó Andrés.

—Lo dudo mucho, aunque todo es posible.

—¿Entonces, por qué no entramos a preguntar?

Juan permaneció pensativo.

—No, lo mejor será esperar hasta mañana temprano. Si este tal Gardóñez está implicado en el asunto que aparece en las fotos, puede ser uno de los responsables que desean vernos muertos. Sería menos alarmante visitarle cuando sean horas de trabajo, que es cuando más gente hay.

—No es mala idea —admitió Andrés, asintiendo con la cabeza.

—Por ahora, será mejor que nos vayamos a descansar. Conozco una pensión muy cerca de aquí; el dueño es un viejo conocido y no será necesario registrarnos.

Cuando estuvieron a punto de marcharse, el teléfono móvil del inspector sonó.

—Seguramente será el comisario —dijo Juan.

Miró la pantalla. Las dudas se adueñaron de su raciocinio. Retorció los labios al mismo tiempo que mil suposiciones le taladraban las ideas.

—¿Quién es? ¿Por qué no contestas?

Juan giró el móvil para mostrárselo a su compañero.

«Número oculto»

—Sólo puede significar una cosa. Alguien está intentando localizarnos.

—...

—Lo que no comprendo es por qué se habrán arriesgado tanto en hacerlo de una manera tan chapucera —comentó Juan.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que nos quieren localizar?

—Porque gracias a un dispositivo nuevo que utilizan los cuerpos de seguridad gubernamentales, todos los números son filtrados y siempre se identifica a quien nos llama. Es una medida extrema y eficaz, que no viola ninguna ley, pero de algún modo

atenta contra la intimidad de las personas. La laguna legal está en que tenemos la obligación de identificar a quienes contactan con nosotros. Muchas cosas cambiaron tras el atentado del 11 M.

—No lo sabía.

—Ni tú, ni casi nadie.

—Entonces, es imposible que alguien te llame con un número oculto.

—Por lo visto, no; al parecer, han logrado puentear el sistema, pero para ello alguien debe conocerlo, y no sólo eso, también habrá realizado un grandísimo esfuerzo para poder hacerlo. Hablamos de sistemas de alta tecnología que cuestan un dineral. Gente muy poderosa.

—Los que intentan matarnos.

—Efectivamente.

* * *

Al otro lado de la línea...

—No contestan.

—Pues acabamos de meter la pata.

—Ya, pero si no llegamos a intentarlo no sé cómo conseguiríamos localizarles. Lo hecho, hecho está.

—Al jefe no le va a gustar nada.

El Rubio, de piel blanca, ojos azules, cejas casi transparentes y nariz con la punta roja; se rascó la mejilla y bajó la mirada.

—Deja que me preocupe yo de eso. Asegúrate de enviar personal suficiente para vigilar las plantas 14, veinticuatro horas al día.

—¿Todas?

—Todas las que se encuentran en España, de momento.

* * *

Juan y Andrés se deshicieron de sus teléfonos de camino a la pensión. El viejo edificio de cuatro plantas, distinguible gracias a un cartel luminoso que ponía «PENSION LAS LENTEJUELAS», agrietado y decolorado, en vez de invitar a quedarse lo que hacía era alentar a marcharse lo antes posible de ese dudoso lugar. «Perfecto, —pensó Juan—. Es tal y como lo recordaba». La puerta principal, entreabierta bajo el amparo de la oscuridad, parecía más la entrada de un escondrijo que otra cosa. Los olores de alcohol, vómitos y orina que predominaban en el callejón subyacente, obligaba a los potenciales clientes a pensárselo dos veces antes de entrar. Un grupo de pandilleros, fumando porros al otro lado de la calle, asustaba todavía más a curiosos y extraños. Sólo los mendigos, poseedores de harapos, trastos viejos y suciedad, no temían la dureza del lugar, es más, lo preferían a otros barrios cuando deseaban

apartarse del mundo ordinario, que sólo les juzgaba por su aspecto mientras lavaba su conciencia arrojándoles unas míseras monedas.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó Andrés.

—¿A ti qué te parece? Uno de los mejores picaderos de la ciudad.

—En circunstancias normales yo no me atrevería a entrar aquí.

—¿Entiendes ahora por qué es el mejor sitio para poner los cuernos a tu pareja?

Andrés arqueó las cejas y estiró los labios hacia abajo.

—Ahora que lo dices...

El inspector empujó la puerta, que estaba atrancada, y la abrió un poco más. Un angosto pasillo que rozaba la pared exterior conducía a una diminuta habitación desde donde una raya de luz brillante se escapaba. Las ventanas estaban cubiertas por gruesas cortinas rojas y las lámparas de techo revelaban parcialmente lo que la oscuridad ocultaba.

—El dueño de este lugar debe de ser primo de Drácula —bromeó Andrés para disimular su inquietud.

Entraron en la diminuta habitación, que se trataba de un recibidor sin recepción, y se sentaron en un sofá que ocupaba casi la mitad del lugar.

—Por lo menos, es cómodo. Más de lo que me hubiera imaginado —matizó.

Juan le miró de reojo sin mediar palabra.

Una cámara de seguridad registraba todos sus movimientos. La lucecita roja que parpadeaba a un ritmo constante intentaba hipnotizarles mientras se movía lentamente hacia los lados para enfocar mejor al joven.

—Nos están vigilando.

—Eso ya lo sé —afirmó el inspector.

—¿Y a ti eso te parece normal en una pensión?

—En ésta, sí.

Juan alzó la mano, limitándose a saludar a la cámara, y algo parecido a una sonrisa partió la seriedad de su semblante. En ese momento, sonó un *click* y en la pared se abrió una puerta oculta.

—¡Madre mía! —exclamó Andrés.

—Intenta no abrir la boca, así evitaremos ponernos en evidencia, ¿de acuerdo?

—Claro, por supuesto.

Un hombre de dos metros, moreno, repeinado y vestido con traje de Armani, abrió los brazos a la vez que se reía.

—¡Cuánto tiempo sin verte, maldito bastardo!

Ahora el inspector se mostró más contento.

—¿Cómo te van las cosas, paleta de pueblo?

—Mejor que nunca, ¿no lo ves? El vicio es más poderoso que la cordura.

—De eso, estoy seguro —asintió—. Me gustaría presentarte a un amigo mío.

Se hizo a un lado para dejar paso a su compañero.

—Hola, querido joven, mi nombre es Bartolo, pero todo el mundo me llama Bart.

—Encantado de conocerte, yo me llamo Andrés.

—Un nombre muy bonito para un joven tan asustado —comentó Bart.

—No yo... es que... verás...

Los dos amigos empezaron a reírse a carcajadas al ver cómo se le atragantaban las palabras.

—Jajaja... no te preocupes Andrés, este lugar suele causar un efecto extraño en quienes lo visitan por primera vez.

—No te voy a engañar, al principio pensaba que me encontraba en la pensión más cutre de Sevilla.

—Eso es lo que parece, pero seiscientos euros la noche demuestran lo contrario —dijo Bart.

—¿Otra vez has subido los precios, maldita sabandija? —preguntó Juan.

—Pues sí... ya sabes, el vicio es el vicio. Ahora, dime, ¿en qué puedo ayudaros?

—Necesitamos un lugar seguro donde pasar la noche.

—Jajaja... —se echó a reír Bart—. No sabía que te gustaba la carne y el bacalao al mismo tiempo.

—No es eso —dijo Juan, con tono serio—. Alguien intenta matarnos.

—¡Ohhh! Entiendo, no pretendía ser grosero.

—Lo sé.

—En tal caso, habéis venido al lugar más seguro de Sevilla; si nadie os ha seguido es imposible que os encuentren aquí. Consideraos mis invitados durante el tiempo que haga falta. A pesar de los lujos que pueda ofreceros, sabes muy bien que las habitaciones son bastante limitadas, al fin y al cabo, mis clientes vienen para lo que vienen.

—No te preocupes, querido amigo, de momento sólo necesitamos pasar la noche. Mañana nos vamos de hospitales.

El hombre alto puso cara de curiosidad, aunque no preguntó nada. Se limitó a sonreír y, con un gesto reverente, les invitó a seguirle.

* * *

En Madrid...

—Se han deshecho de sus móviles y me gustaría saber por qué.

Gabriel Silvas Rivero aparentaba calmado, aunque los demonios le reconcomieran por dentro. Conocía muy bien la respuesta a esa pregunta. Una vez más unos chapuceros acabaron entrometiéndose en su trabajo y eso le disgustaba.

—Cosas que pasan —contestó la voz del otro lado de la línea.

—Si os interponéis en mi camino sufriréis las consecuencias.

—¿Eso es una amenaza?

—Mejor consideradlo una advertencia. Me habéis contratado para hacer un trabajo y pienso terminarlo, cueste lo que cueste; y eliminando todo obstáculo.

—Entiendo.

—¿De veras? —preguntó Gabriel Silvas Rivero, a través del aparato de distorsión de voz.

—Fuiste tú quien cometió el primer error.

—...

—Si no te hubieras equivocado de objetivo no tendríamos a un inspector de policía metiendo las narices en nuestros asuntos.

—Yo lo solucionaré, pero no volváis a entrometeros.

—Tú haz tu trabajo y no habrá más imprevistos, ¿está claro?

Y colgó.

XIII

PERDIDO

No hacía demasiado frío, es más, para estar en pleno invierno podría decirse que se trataba de un día caluroso. El cielo azul, pincelado con nubes esponjosas y blancas, no sospechaba de lo ajetreado que resultaría el día, y tampoco le importaba. Los sevillanos hacía un par de horas que habían comenzado con sus actividades diarias; algunos llevaban trabajando desde las ocho, otros estaban terminando sus desayunos para entrar a las diez, muchos disfrutaban de charlas con un café en la mano, mientras unos pocos batallaban por precios imposibles para conseguir el máximo beneficio para sus negocios.

Los dos compañeros no pudieron evitar levantarse muy temprano, demasiado, pero no querían que el doctor Gardóñez se encontrase con ellos a primera hora de la mañana. Preferían dejarle que se acoplara a su habitual rutina, para así sentirse cómodo antes de abordarle con relativa suavidad.

—Son casi las diez, ¿entramos? —preguntó Andrés.

—Esperemos unos cuantos minutos más.

—¿Qué cambiará si entramos ahora?

Juan, disgustado, se revolvió en el asiento del coche y le miró fijamente.

—Deja de incordiarne, no has dejado de hablar durante toda la mañana.

—Tampoco hace falta que te enfades.

—Mira, la verdad es que aún no tengo claro cómo vamos a acercarnos, qué preguntas haremos o cómo vamos a tratarle. Estoy seguro de que el doctor está inmerso en algo muy gordo. Estoy convencido de que, a la larga, seré capaz de vincularle con muchas desapariciones, aunque eso no significa que de la nada consiga montar un caso lo suficientemente sólido como para poder arrestarle y mandarle a la cárcel.

—¿Crees que confesará? —dijo Andrés, con cierta ironía.

—No te hagas el gracioso.

—¿Entonces?

—Si hablamos con él cuando se siente seguro, puede que al hacerle las preguntas adecuadas reaccione de la manera inadecuada. Al menos, así sabré hasta dónde puedo llegar.

Juan se dio la vuelta y se detuvo para fijarse en el cuentakilómetros. No le interesaba lo que marcaba, sólo necesitaba distraerse. Ojeó la aguja del indicador de combustible, acarició el volante con las dos manos y movió el espejo. Las preguntas adecuadas, aquellas que le conducirían hacia las respuestas que él buscaba, se le escapaban.

—Es un fastidio cuando la inspiración no llega —comentó Andrés.

—No eres capaz de mantenerte callado durante mucho tiempo, ¿verdad? Anda, vamos a visitar al doctor, ya se me ocurrirá algo por el camino.

En la recepción del hospital cuatro enfermeras tecleaban sin parar en sus respectivos ordenadores. Los pacientes, visitantes, médicos, celadores y el resto de personal marchaban de un lado a otro, sin ningún sentido aparente. Los dos hombres, con los rostros serios para ocultar la incertidumbre que les corroía por dentro, se acercaron y, después de hacerse los despistados, decidieron apoyarse sobre el mostrador. Dos de las cuatro enfermeras ni se inmutaron, la que estaba situada a su derecha minimizó el juego de cartas de su pantalla para disimular, y la que se encontraba frente a ellos levantó la mirada esbozando una bonita sonrisa:

—¿En qué puedo ayudarles?

El inspector mostró su placa y se inclinó para hablar más de cerca con la enfermera.

—Mi nombre es Juan Marengue, inspector de policía. Busco al doctor Gardóñez.

—¿Por qué le busca? —preguntó de manera descarada la enfermera.

—¡Perdón!

Al darse cuenta de lo inoportuna e indiscreta que fue su pregunta, la enfermera cambió el tono de la voz.

—Yo no quería... —se quedó sin palabras.

—Limítese a indicarme dónde puedo encontrar al doctor Gardóñez. Si más tarde él lo considera oportuno, seguro que le contará el motivo de mi visita.

La mujer encogió los hombros y contestó:

—Ahora mismo, se encuentra en la sala de conferencias. Está dando una charla sobre cómo tratar los problemas neuronales que...

—Sólo necesitaba saber dónde encontrarle, nada más —la interrumpió.

Sin despedirse, aunque sin darle mayor importancia a lo sucedido, Juan hizo una mueca a Andrés para que le siguiera y se dirigió hacia la sala de conferencias. Abrió la puerta lo menos posible y se deslizó dentro de la sala donde la voz del profesor mantenía a su público en silencio, pendiente de cada frase que pronunciaba. «Seguro que es un genio, pero también puede ser un monstruo camuflado», pensó Juan. Andrés entró tras él y cerró con suavidad, para no hacer ningún otro ruido. El hemiciclo estaba lleno, las butacas las ocupaban tanto médicos como alumnos y en la enorme pantalla blanca que cubría prácticamente toda la pared de fondo las imágenes de cortes cerebrales, fórmulas matemáticas y cadenas químicas atraían las miradas.

—Vaya con el doctor —susurró Andrés.

—No hables —masculló Juan.

Gardóñez, con voz grave y apacible, explicaba sus experimentos. Recientemente, había descubierto que cuando uno duerme su espina dorsal genera una sustancia que tiende a concentrarse en la parte inferior del cráneo, justo en la cavidad donde los nervios se unen con el cerebro. Dicha sustancia debía extraerse con mucho cuidado

porque podría causar daños irreversibles a quien fuese sometido a tal operación. Pero, una vez sustraída y procesada, su función sería la de aliviar los síntomas del Alzheimer e incluso curarlo. Y no sólo eso, también podría utilizarse como tratamiento para otras enfermedades neurológicas o cerebrales. Tal y como explicaba el médico, se trataba de una cura milagrosa creada por nuestro propio organismo, aunque por desgracia nuestro cuerpo aún no era capaz de administrárselo por sí solo, ya que únicamente lo creaba.

—Mi madre siempre lo decía: La solución de la mayoría de los problemas suele estar delante de nuestras narices —susurró Andrés, sin evitar reírse.

—¿De verdad, no sabes estar callado?

Alguno de los oyentes más cercanos se dieron la vuelta, desaprobando con gestos agrios impresos en sus semblantes la susurrante charla entre los dos hombres; por suerte, Gardóñez estaba lo bastante lejos para no escucharles, así que no llegó a percatarse de su presencia. Parecía estar sumergido en un fondo de conocimiento absoluto donde nada ni nadie era capaz de perturbarle. Sus palabras salían de su boca con cierto retintín, muestra inequívoca de creerse superior al resto de los mortales. Su gestos, lentos y precisos, delataban su meticulosa preparación en el campo de la diplomacia y las charlas. Sus palabras, concienzudamente escogidas, embargaban a los presentes mientras les hacía sentir una falsa tranquilidad. «¿Cómo habrá conseguido esa información?, —se preguntó Juan—. ¿Experimentando con los niños robados o con las mujeres asesinadas?».

Al pronunciar el final de la presentación y dar las gracias por escucharle, el público se levantó en señal de profundo respeto, aplaudiendo como si hubieran presenciado una obra de teatro dirigida por el mismísimo William Shakespeare. El doctor recogió sus papeles y su portátil, los metió en un maletín negro y, levantando la mano a modo de despido, abandonó la sala por una puerta situada en la esquina izquierda.

—Apresúrate —dijo Juan—. Ahora que se siente importante e invencible, es el mejor momento para abordarle.

Se apartaron de sus asientos, pero no evitaron toparse con el resto de los oyentes que se dirigían en tropel hacia la salida de la sala, situada justo en el lado contrario hacia donde los dos querían ir.

—Perdón... abran paso... asunto policial...

Después de varios empujones, algún que otro tirón y muchas disculpas, por fin consiguieron llegar hasta la puerta. Salieron a un enorme pasillo, aunque casi desértico, donde sólo una limpiadora barría con cierta parsimonia los ya brillantes azulejos. Por desgracia, Gardóñez no aparecía por ninguna parte.

—Ahora tendremos que ir de vuelta a la recepción para que nos indiquen dónde encontrar su despacho —comentó Andrés, decepcionado.

Juan caminó hacia unos ascensores situados a unos pocos metros de allí y miró la pantalla.

—Creo que no va a ser necesario, acaba de detenerse en la quinta planta.

Pasados unos treinta segundos, bajaron del ascensor y miraron hacia ambas direcciones. El pasillo de la planta era más estrecho que el de la anterior, seguramente para aprovechar la superficie; de esa forma los ingenieros crearon despachos más espaciosos. Las paredes estaban desnudas, nada de posters con celadores al lado de enfermeras parecidas a modelos, indicando «silencio» con el dedo índice cruzando la boca o de señales con «prohibido fumar». También estaban exentas de pintadas de críos o desperfectos causados por el paso de camillas y descuidos de los visitantes; todo parecía blanco e impoluto. Los fluorescentes del techo recorrían el pasillo, de lado a lado, como si de una línea futurista se tratase. Y, a pesar del aparente vacío, en algunos despachos se escuchaban conversaciones e incluso una radio que sintonizaba canciones de los *años ochenta*.

—¿Y ahora qué? —preguntó Andrés.

—Muy sencillo —contestó Juan.

Se acercó a la puerta más cercana a él, miró el nombre de su dueño, que estaba escrito en un cartelito negro, y arrimó la oreja.

—Ni es su despacho ni oigo nada.

Dio unos pasos para acercarse a la siguiente puerta, repitió la misma operación y dijo:

—Éste no es su despacho, pero dentro hay gente conversando.

Tocó la puerta y, antes de que recibiera cualquier contestación, la abrió.

—Buenos días —dijo con amabilidad, pero con semblante serio—. ¿El despacho del doctor Gardóñez?

—Hacia su izquierda, dos... no, tres puertas, contando desde la mía —contestó un médico algo sorprendido.

—Gracias y perdonen la interrupción.

Enseguida se detuvieron frente al despacho. Juan tocó la puerta y, de nuevo, entró sin esperar respuesta.

—Buenos días —dijo mostrando su placa—. Mi nombre es Juan Marengue, soy inspector de policía. Me gustaría hacerle unas preguntas en presencia de mi compañero, si no le importa.

—André Ferril Casas —se presentó el joven periodista, imitando la sobriedad de Juan.

La evidente alegría, que hacía unos instantes era reflejada en el rostro del doctor de repente, desapareció. En su lugar, una mueca de disgusto, unida a una sombra de incertidumbre, nublaron sus ojos y endurecieron sus mejillas.

—¿En qué puedo ayudarles?

El inspector se acercó a un sillón.

—¿Podemos sentarnos?

—Por supuesto —contestó el doctor, luciendo una falsa sonrisa—. Disculpad por no haberles invitado a hacerlo.

—Veo que no compagina su vida personal con la profesional. No tiene ni una sola foto de familiares o amigos.

El doctor, inclinándose hacia delante, apoyó sus brazos sobre su mesa y les preguntó:

—¿Eso es lo que han venido a averiguar? ¿No lo comprendo?

—Sólo se trataba de una observación. Nada más —comentó Juan—. Estoy seguro de que alguien como usted no dispone de demasiado tiempo como para tener una vida privada. ¿Me equivoco?

—No entiendo a qué viene todo esto —dijo el doctor sin ocultar su disgusto.

—Pronto lo comprenderá doctor, no sea impaciente. Personalmente creo que sería un crimen que una persona como usted pudiera formar una familia. ¿Qué clase de valores les inculcaría a sus hijos?

—¿Qué le parece el respeto o el sentido común? —dijo el doctor, mostrándose cada vez más molesto.

—¿Y a usted qué le parece el asesinato o la tortura? —continuó el inspector, sacando la carpeta de un maletín que llevaba Andrés.

De pronto, el enfado desapareció. Sus pupilas se dilataron y su piel palideció.

—¿Sabe usted lo que tengo aquí? —preguntó Juan.

El doctor no le quitaba ojo a la carpeta, aun así, negaba con la cabeza.

—Conteste a la pregunta, doctor.

—No, no sé nada de esa carpeta.

—Yo sólo le he preguntado por su contenido, no acerca de la carpeta en sí.

—Pues, entonces, no sé nada del contenido de esa carpeta —rectificó, tapándose la boca con la mano.

El hombre, de más de sesenta años, estiró el cuello y se echó hacia atrás. Intentaba permanecer sereno, mostrándose impassible; pero una gota de sudor se deslizó por su frente, delatando su camuflado nerviosismo. Era incapaz de apartar la vista de la carpeta.

—¿Ha visto lo curiosa que es la vida? —continuó Juan—. Hace tan sólo unos minutos usted era el centro de atención de muchas personas, supongo que importantes. Le aplaudieron, tratándole como a un salvador que ha llegado desde el cielo para redimir a la humanidad, o al menos a aquellos que sufren ciertas enfermedades. Y, ahora, de manera impensable, un desconocido aparece en su despacho con una carpeta en su poder, atreviéndose a tildarle de torturador y asesino. ¿Pero sabe lo que más me ha extrañado? El hecho de que se haya preocupado más en negar lo que tengo en mis manos que el simple hecho de horrorizarse o tal vez enfadarse por haberle llamado tales cosas.

El doctor carraspeó.

—No es necesario inventar excusas; al menos, alguien de su inteligencia —dijo Juan—. Usted sabe muy bien qué es lo que hay en esta carpeta, como también conoce

el daño que le va a causar. Lo que no comprendo, maldito hijo de perra, es ¿cómo has podido vivir tranquilo después de lo que has hecho?

Ahora, el doctor, que aparentaba estar más relajado, miró a Juan fijamente a los ojos.

—¿Es que no lo comprende? Para avanzar, hay que realizar sacrificios. Dejamos nuestras vidas a un lado, nuestros principios, nuestra alma, para volcarnos en la búsqueda de medios para que la humanidad perdure.

—Entonces robaban a los niños para hacer experimentos con ellos.

—¡No! ¿Cómo se le ha podido ocurrir tal cosa?

—¡Por las fotos! —gritó Juan—. Por estas fotos.

Y las tiró delante de él, golpeando la mesa a la vez que las señalaba.

—¿Qué es esto? —preguntó intrigado el doctor.

—¿No lo sabe? Su firma está en todos los documentos relacionados con estas muertes.

—Pero, pero... yo firmo muchos documentos y en aquella época... ¡Dios santo!

—Pues dígame, qué es lo que hacían con todas estas mujeres y sus hijos.

El doctor andaba perdido en sus pensamientos.

—Yo, yo... —balbuceaba—. Queríamos una vida mejor... los niños no... las familias... queríamos que crecieran sanos y a salvo... continuar.

En ese momento, un hombre con bata blanca abrió la puerta y entró de improviso. Andrés fue el primero en girarse. Enseguida, se percató de algo extraño. No había saludado y tampoco intentó hablar, sólo permaneció con la mano en el pomo mientras analizaba la situación. Entonces, Juan se dio la vuelta. Sus miradas se cruzaron durante unos segundos y el silencio tensó los nervios. El doctor Gardóñez seguía intentando encontrar palabras para expresar sus pensamientos, Andrés se levantó, Juan ladeó la cabeza y el hombre de la bata blanca clavó su mirada en la carpeta que ahora estaba abierta encima de la mesa.

—¡La carpeta! ¡Están aquí! —exclamó el hombre de la bata blanca.

XIV

VIVIR

El hombre de la bata blanca sacó una pistola con silenciador y apuntó al doctor Gardóñez.

—No, por favor. ¡Nooooooooo!

Dos silbidos huecos cortaron el aire, penetrando el cuerpo del doctor, doblándole como una hoja de papel manchado con tinta roja, hasta que se desplomó sobre el escritorio. En un abrir y cerrar de ojos, Juan reaccionó para abalanzarse sobre la puerta del despacho. Con el cuerpo consiguió cerrarla, enganchando el brazo del asesino, que en ese momento pretendía disparar a Andrés.

Tres insultos y dos empujones fuertes obligaron al asesino soltar la pistola.

—¡Agggggghhhhhh! —gritó de dolor.

Juan continuó empujando la puerta con la espalda mientras intentaba coger su revólver.

—¡No te muevas o disparo! —ordenó Juan cuando desenfundó su arma.

El asesino reaccionó. Aguantó el dolor y empezó a dar fuertes patadas a la puerta hasta que consiguió liberar su brazo. Juan se levantó, tiró del pomo y le apuntó al pecho.

—¡Eres ese maldito policía y el niño! —exclamó el asesino.

Rápidamente, agarró a Juan de la manga, le torció el codo, le giró la muñeca y le obligó a soltar el revólver. El inspector, manteniendo la cabeza fría, le enganchó del cuello. El dolor no sólo no le impedía luchar, sino que aumentaba su fuerza mientras tensaba sus nervios. Sin importarle romper su brazo, se giró bruscamente hasta que consiguió liberarse. De inmediato, apretó con más fuerza el cuello de su contrincante y, con el puño cerrado, le golpeó en la cara.

—¡Maldito cerdo! —gritó el asesino.

La sangre que brotaba de su nariz le hizo parecerse a un perro rabioso en lugar de un hombre herido. Mostró sus dientes y con ferocidad embistió a Juan en las costillas; le levantó del suelo, para después lanzarlo contra la pared.

—¡Aaaaaahhhhhhhh! —exclamó Juan.

Perdió el equilibrio, pero antes de que cayera al suelo, alzó sus dos puños y golpeó con fuerza la espalda del asesino. Éste se estiró hacia atrás, a causa del dolor. Entonces, Juan aprovechó la ocasión para levantarse y lanzarse sobre él e inmovilizarlo. Esta vez le agarró del cuello con una llave de brazo, al tiempo que le clavó la rodilla en la espalda.

El hombre de la bata blanca, que ahora estaba teñida de rojo, no dejaba de moverse de izquierda a derecha, estampándose contra las paredes, igual que un

animal que intenta quitarse de encima a su depredador. Su respiración, cansada, se atenuaba mientras su ritmo cardíaco descendía con cada movimiento brusco; lentamente, sus fuerzas le abandonaban y Juan presentía cómo, de una vez por todas, la pelea llegaba a su fin.

—Deja de resistirte —le dijo Juan al oído.

Su voz surtió el efecto contrario, reavivando el deseo del asesino de resistirse. Sus ojos, que se tornaban blancos por momentos, cambiaron súbitamente a un color rojizo; su rostro, blando y pálido, recobró su firmeza a causa de la tensión de sus músculos; y sus manos, que colgaban faltas de fuerza, ahora se movían por doquier dando latigazos ciegos.

—Lo único que conseguirás es que te haga más daño —masculló Juan, apretándole.

El asesino tuvo suerte. Enganchó un extintor que estaba colgado cerca de él y, de manera instintiva, golpeó a Juan en la cabeza.

—¡Ahh, ahh, ahh! —jadeaba el asesino.

Nada más desplomarse al suelo, se arrastró hasta el ascensor mientras intentaba recuperarse y se sentó de espaldas a la puerta. Entonces, Juan sacudió la cabeza, frotándose con la mano en el lugar donde había recibido el golpe; abrió los ojos y lo vio todo borroso, se restregó la parte superior de los párpados, apoyó el puño sobre el suelo para levantarse y dirigió la mirada hacia el ascensor.

«TIN»

El sonido de la campanilla alertó de la llegada del ascensor, como paso previo a la apertura de sus puertas. Ahora, Juan podía ver con un poco más de claridad, aunque la mayoría de las cosas le aparecían cubiertas por una pequeña neblina; sólo pudo distinguir al asesino dejándose caer en el interior del ascensor.

—Has conseguido escapar, maldito cabrón, pero estoy seguro de que nos volveremos a ver —se dijo Juan.

* * *

Minutos antes, cuando Juan peleaba con el asesino...

Verse amenazado por un criminal que acababa de disparar al doctor Gardóñez, sin tan siquiera pestañear, hizo que Andrés se paralizase de miedo. Si el hombre de la bata blanca hubiera decidido apuntar al inspector en vez de a él, posiblemente no hubiera dispuesto de esos preciados segundos. Juan no hubiera conseguido atacarle ni desarmarle y los tres estarían muertos o heridos de gravedad.

Los golpes y los gritos del exterior le despertaron de su ensimismamiento; se levantó de la silla, intentó concentrarse y observó al doctor. «¿Qué hago ahora, qué

hago ahora?»), se preguntó. Extendió la palma de la mano, que le temblaba, y tocó la cabeza del muerto.

—¡Aagghh!

La voz del doctor, aunque apagada, hizo que Andrés perdiera los nervios.

—No está muerto —dijo sorprendido.

Con mucho cuidado, abrazó al doctor y le tumbó en el suelo. La sangre brotaba por las dos heridas de las balas que se incrustaron en su pecho, y sus labios, de un color blanco acartonado, temblaban a la vez que murmuraba una plegaria.

—Aguanta —le animó Andrés, aún conmocionado.

Rebuscó en los cajones del escritorio y encontró unas tijeras. Con ellas, rajó la tela donde habían disparado al doctor, dejando las heridas al descubierto. Rápidamente se levantó, se hizo con una bata de repuesto que colgaba en un perchero cerca de la ventana, la dobló de cualquier manera y apretó con fuerza sobre las heridas para impedir que se muriera a causa de la hemorragia.

—¡Aaaaagggg! —exclamó con debilidad el doctor.

—Lo siento.

Los constantes golpes, quejidos y gruñidos, producidos en el exterior del despacho, perturbaban todavía más los pensamientos de Andrés. «¿Qué pasará si Juan muere?, ¿y si no?, ¿qué hago con el doctor?, ¿y si no consigo parar la hemorragia?, ¿qué puedo hacer?, ¿qué demonios hago yo aquí?», pensaba. Miró al herido y se percató de un detalle: Sus labios se movían con lentitud, como si estuviera hablando solo o si intentase comunicarse con él. «¿Querrá decirme algo?», se preguntó. Se acercó todo lo que pudo, sin dejar de apretar, y la débil voz del doctor, junto con su apagado aliento, empezó a acariciarle los tímpanos.

—No es justooooo —musitaba, alargando las palabras—. Pronto iba a llegar mi hora... me tocaba a míiiii. No es justooooo.

—¿De qué hablas, doctor?

—Nosotros dábamos vida a quienes eran los mejooooores.

—¿El tráfico de niños? Te refieres a eso, ¿verdad? ¿Quiénes sois vosotros?

—Una vida mejooooor... un futuro mejooooor...

—Matabais a las madres, vendíais a los niños y os deshacíais de los fetos que terminaban naciendo muertos. Dime cómo ayudar a que los niños que han sobrevivido contacten con sus familias ¡Dímelo! Quizás así logres paliar tu viaje al infierno.

—No creo en el infieeeeerno...

Andrés se mordió los labios. No era el momento de vengarse, martirizándole con la verdad, sino la oportunidad de jugar bien sus cartas. La muerte del doctor era inminente y no debía permitirle marcharse sin conseguir algunos datos que fuesen de utilidad.

—Ayúdame —suplicó Andrés.

Enseguida se dio cuenta de que esa estrategia no sólo no iba a funcionar, sino que también resultaba patética.

—Después de la muerte no hay naaaaada... ahora me tocaba a mí —susurró el moribundo.

—¿Qué te tocaba? ¿Jubilarte? ¿Adoptar? ¿Cobrar?

Una última palabra acabó escapándose de sus labios antes de que su cuerpo se relajase por completo para abrazar a la muerte. Andrés apartó la cabeza y vio cómo el rostro del doctor perdía su tono rosáceo, adoptando el color blanco y agrietado de los cadáveres. *No entiendo nada* —se dijo a sí mismo—. En aquel instante observó sus ojos y comprendió que aquel hombre se machaba angustiado hacia el lugar que él mismo había denominado como *la nada*.

—Has vivido tu infierno personal aquí en la tierra y espero que encuentres ese infierno allá donde quiera que vayas —le dijo con tono odioso.

Se levantó, con la intención de recoger la carpeta junto con su contenido que estaba esparcido por la mesa del despacho, contuvo la respiración, cerró los ojos para serenarse, apretó la carpeta en su pecho y se giró de cara a la puerta.

—Que sea lo que Dios quiera. Debo ser fuerte. He de ayudar a los niños y a las familias que son el objetivo de esta gentuza —dijo para convencerse a sí mismo e inculcarse valor—. Ahora saldré ahí fuera, sí, eso haré, ayudaré al inspector.

De pronto, dejó de oírse ruido en el exterior.

—No te acobardes ahora y prepárate para lo peor —repetía Andrés, hablando solo.

Apretó la mandíbula, colocó la frente en posición de ataque, levantó los puños y se preparó para salir. Cuando estuvo a punto de abrir la puerta vio la pistola del asesino en el suelo. «Este chisme seguro que me da ventaja», pensó. Se agachó, la trasteó un poco y colocó el dedo en el gatillo.

«Con este trasto creo que tengo más probabilidades de salir vivo» —se quiso convencer, balbuceó.

Descansó el cuerpo sobre la pared, al lado de la puerta, listo para abrirla.

—Que Juan esté bien, que Juan no esté muerto —susurró—. Tiró del pomo y, de un salto, se lanzó al pasillo. De primeras no percibió movimiento alguno. El pasillo estaba desierto, como si nadie hubiese pasado por ahí.

—¿Qué está pasando? —preguntó atónito.

—¡Ehhh!

El sobresalto le tensó los nervios y dirigió la pistola hacia donde escuchó el ruido.

—No me apuntes con esa cosa —dijo Juan, aturdido.

—¿Qué ha pasado? ¿Y el asesino? —resopló Andrés, aliviado.

—Consiguió escapar. Anda, ayúdame a levantarme y guárdame la pistola.

Andrés no se lo pensó dos veces y la tiró al suelo.

«Pschiffff»

El arma se disparó a causa del golpe y la bala rompió el cristal de una ventana.

—¿Qué haces, estás loco?

—Me dijiste que la dejara.

—No, te dije que la guardaras y, por supuesto, en ningún momento te dije que nos mataras.

El joven se acercó a Juan, le agarró del brazo y le ayudó a levantarse.

—Lo siento —dijo nervioso—. Yo no acostumbro utilizar armas.

—Anda, recógela y marchémonos de aquí. Tengo que acercarme a una cabina de teléfono y hacer un par de llamadas.

—¿No avisamos a la Policía?

—Eso es precisamente lo que tengo en mente, aunque prefiero hacerlo estando lejos de aquí. Algo me dice que no es seguro quedarnos y no tengo ni la menor intención de probar suerte.

* * *

No muy lejos de allí...

—He matado al doctor Gardóñez —dijo el asesino por teléfono.

—¿Qué has dicho? Te dije que lo acompañases hasta el centro de Cádiz, no que le mataras —respondió El Rubio.

—Ha habido... complicaciones.

—¿De qué clase?

—Había dos hombres hablando con él. Los dos tipos que tienen la carpeta que andáis buscando.

—¿Y los has matado?

—No. Es que no he podido.

—Pero sí has podido matar al doctor.

—Cuando iba a disparar al más joven, el otro se abalanzó sobre mí y me desarmó. Intente matarle, pero...

—Calla, no hables más por teléfono —le interrumpió El Rubio—. Quiero que regreses de inmediato, ya mandaré a otros para que hagan lo que tú no has conseguido hacer.

—Me pillaron por sorpresa...

—¡Te he dicho que te calles!

El asesino miró su teléfono móvil.

«FIN DE LA LLAMADA»

Se podía leer en su pantalla.

—La he cagado —susurró.

Al otro lado de la línea, El Rubio mascullaba improperios mientras pensaba en lo que le iba a contar a su jefe. Sabía que se alegraría al saber que les habían localizado, aunque por otra parte la muerte del doctor le enfurecería mucho. La gran pregunta era: ¿Qué parte de la noticia debía contar primero?

—Yo llamo, informo y ya me dirá lo que hay que hacer... sea bueno o malo —se dijo a sí mismo—. Marcó la tecla 1 y esperó a que su jefe descolgara.

—Sabes que no me puedes llamar a este teléfono —dijo Víctor Sampedro.

—Lamento molestarle señor, pero la información de que dispongo es demasiado valiosa como para esperar.

—O eres muy presumido o muy inteligente por afirmar eso.

—Espero que sea lo segundo, señor.

—Por tu bien, ahora dime de qué se trata.

—Hemos localizado al inspector y al periodista en Sevilla.

—...

—Exactamente en el hospital, visitando al doctor Gardóñez.

—¿Habéis sacado al doctor a tiempo?

—Verá... señor.

—¿Qué les ha contado? —preguntó Víctor enfadado.

—No lo sabemos con exactitud, señor. El mensajero le mató cuando entró en su despacho e identifico a los dos objetivos. Según parece, indagaban sobre el contenido de la carpeta.

—¿Has dicho que Gardóñez ha muerto?

—Sí, señor.

—...

—El mensajero...

—No quiero saber nada del mensajero —interrumpió Víctor—. Encárgate tú de él.

—Como usted ordene, señor.

—Y otra cosa, ocúpate del policía y su perro, que bastante nos han molestado.

—¿Les liquido?

Víctor se detuvo un instante. Recordó su conversación con Gabriel Silvas Rivero. Por una parte, quería deshacerse de este problema; aunque, por otra, sabía muy bien que no era buena idea quebrantar su acuerdo de nuevo, al menos tan pronto y sin argumentos de peso.

—Cuando les encuentres quiero que no les pierdas de vista; me da igual a cuántos necesites para hacerlo, pero que no salgan de Sevilla sin que yo me entere.

—Me pongo a ello ahora mismo.

—Una última cosa... no les toquéis ni un pelo sin decírmelo antes, ¿entendido?

—Entendido, señor.

—Bien.

—Una cerveza, un tapón de whisky, un pincho y lo que quiera mi compañero.

El inspector acababa de sentarse en un taburete del bar *La Morena*. El camarero, con el entrecejo sobrepoblado y la barriga que casi parecía reventarle la camisa, enseguida se fijó en el desaliño de su cliente.

—Tienes mala pinta *paizano*, deberías ir a un hospital —comentó el camarero, sonriendo.

—Precisamente es de donde venimos —dijo Juan con sarcasmo.

—*Joe*, cada *ve* hacen las cosas peor, cualquiera diría que en *ve* de curarle le han *pegao* una paliza.

—A mí, me pones una de lo mismo —interrumpió Andrés con amabilidad—. Y el pincho que sea de tortilla.

El camarero se giró guiñándole un ojo.

—¿No lo prefiere de oreja? Mi *mujé* lo acaba de *saca*.

—Prefiero la tortilla.

—¡A *mandá!* —terminó el camarero y sirvió las cañas junto con los whiskies.

Juan tomó el chupito de un trago y seguidamente bebió la cerveza, casi sin respirar; Andrés hizo lo mismo. El camarero, gran conocedor, profesional, y experto en torturados, les sirvió otra ronda sin que le tuvieran que decir nada.

—¿Tenéis teléfono?, necesito hacer una llamada.

El camarero se mostró reacio en contestar.

—Soy policía —añadió Juan, mostrando su identificación.

—¡Ohhh! Perdóneme, *señó* policía, pero resulta muy raro *encontrá* a alguien sin móvil. *Usté* ya me entiende.

—Claro. ¿Puedo hacer esa llamada?

—Pero, ¿será local? No quiero que mi jefe me *lailoleé* las cuarenta.

—¿Cómo dices? —preguntó Juan, extrañado.

—Que no quiero que me cante. *Vamo*, que me eche un puro —aclaró el camarero.

—Ahora te entiendo. No tienes de qué preocuparte, voy a llamar a Madrid.

—¿A un hijo?

—Sí, a un teléfono hijo.

—En tal caso ¡*quillo*, trae el teléfono de la cocina! —gritó a un pinche—. Aquí tiene *señó* policía.

Antes de marcar, se tomó las bebidas recién servidas, una detrás de la otra, y le dio un mordisco a un pincho de jamón con tomate. Se colocó el aparato en la oreja y, mientras esperaba que el comisario contestara, Andrés alzó el dedo con la intención de pedir otra ronda, aunque antes devoró de un bocado la tortilla.

—Hola, soy el inspector Marengue, pásame con el comisario.

—Ahora, mismo inspector —contestó una voz femenina al otro lado del aparato.

Un par de minutos después, la voz del comisario revelaba su preocupación.

—Juan, ¿dónde demonios te habías metido? Te he llamado al móvil, ni yo sé cuántas veces, ya no sabía en qué pensar.

—No creo que darte explicaciones por teléfono sea lo mejor, lo que sí puedo decirte es que, ahora mismo, me encuentro en Sevilla y acabo de presenciar una ejecución.

—¿Cómo dices?

—Mientras visitaba a un sospechoso en el Hospital Universitario Virgen del Rocío, aquí en Sevilla, un hombre disfrazado de médico entró en su despacho y le disparó a quemarropa. Nosotros nos salvamos de milagro.

—¿Vosotros?

—Sí, el joven periodista que vino a recogerme en el piso donde aquel tipo se suicidó y yo.

—¿El que mandó Fernando a buscarte?

—Ese mismo. Resulta que Fernando disponía de pistas importantes sobre la desaparición masiva de niños en diferentes hospitales de España. En cuanto me hice con la documentación que me dejó, intentaron matarnos, nos rastrearon los móviles y seguramente en este preciso instante tienen a gente buscándonos.

—Entonces regresa aquí ahora mismo —dijo el comisario con tono grave.

—Tengo que seguir investigando, quizás sea mejor que no implique a nadie más en este asunto; además, sólo me fío de ti.

—No me gusta la idea de que actúes a escondidas. ¡Regresa a Madrid, es una orden!

—Sabes que eso no funciona conmigo y más cuando me pongo serio.

—Lo sé —resopló el comisario, resignándose—, pero tenía que intentarlo.

—Escucha, te mandaré por correo la pistola del asesino. En ella encontrarás huellas de Andrés y puede que también mías, por eso es importante que busques la manera de identificar el tercer juego de huellas sin que nos echen a los perros. ¿De acuerdo?

—Haré lo que pueda. Por cierto, hablando de perros, Pedro ha estado preguntando por ti. Al parecer, sabe que te has llevado algo del piso del suicida.

—¿Y qué más le da? ¿No ha cerrado el caso?

—Yo qué sé. Desde luego, estoy deseando más que nunca jubilarme, ¿sabías que ya tienen a mi sustituto, casi no pinto nada aquí? ¿Te lo puedes creer? Tantos años de leal servicio y parece ser que ahora estoy obsoleto... todo está podrido.

—Para mí, siempre serás el jefe y con este caso te necesito más que nunca —continuó Juan—. Quizás así sea mejor. Piensa que ahora dispondrás de más tiempo para ayudarme. Plantéatelo como el último caso antes de la jubilación...

—Puede que tengas razón.

—Claro que la tengo. Te mandaré el paquete a tu nombre, así que estate atento.

—De acuerdo, Juan, y otra cosa...

—¿Qué?

—Ten mucho cuidado.

—Tú también.

Nada más colgar, Juan bebió el chupito de whisky del tirón, pero sólo le dio un sorbo a la cerveza. Se tocó la cabeza, donde había recibido el golpe de extintor y soltó bilis por su boca.

—Maldito hijo de perra. Y tú podrías haber salido a ayudarme —le dijo a Andrés.

—Intentaba salvar la vida del doctor.

—¿Es que no había muerto?

—No, aún estaba vivo...

El joven empezó a contarle todo lo que había pasado mientras él peleaba con el asesino, y lo hacía sin olvidarse ni del más mínimo detalle. Se notaba que tenía madera de periodista. Por otro lado, Juan también le describió la pelea; con menos detalles, aunque con más sensacionalismo. Le resultaba más sencillo describir el dolor de un golpe que el propio golpe en sí.

—Entonces, ¿dices que ese bastardo ha vivido su infierno en la tierra?

—Estoy seguro de ello —afirmó Andrés—. Lo que no comprendo muy bien es lo último que me dijo. Estaba casi muerto cuando, delirando, no dejaba de repetir la misma frase.

—¿Qué frase?

—«Ahora me tocaba a mí». Lo más curioso fue cuando le pregunté si se trataba de su jubilación o de su parte del botín, y fue su respuesta la que me tiene confundido.

—¿Qué es lo que le tocaba?

—«Vivir» —contestó Andrés antes de beberse su chupito de whisky.

XV

DE CINE

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Gabriel Silvas Rivero. Encendió un cigarrillo y chupó con ansia.

—Algo ha pasado —musitó—. Su cuerpo, aunque acostumbrado a trasnochar entre incomodidades, no aceptaba de manera positiva las caricias y los cuidados de otra persona. Su mente, sí. El cuello le dolía, las rodillas le temblaban y notaba unos calambres en los riñones. «Seguramente me encuentro así porque he estado demasiado tenso, —pensó—, Aunque mi instinto nunca me ha traicionado». Apartó la cortina de ganchillo con la mano y se centró en el vaivén de la poca gente que paseaba por el callejón. Chupó con fuerza y tragó el humo, sintiendo como le quemaba los pulmones mientras la nicotina le envenenaba la sangre. Cuando exhaló, la bocanada era tan grande que le molestó hasta a él.

—¿Qué te pasa?

La femenina voz que se escuchó, proveniente del alborotado edredón que cubría la cama, fue como música para sus oídos.

—Pareces nervioso.

—Cosas del trabajo —contestó Gabriel Silvas Rivero.

—¿Por qué no te sientas a mi lado e intento que te relajes?

Mónica asomó la cabeza, sonrió, y le dio unas palmaditas suaves al colchón.

—Es muy tarde, tengo que irme —dijo él, deseando hacer lo contrario.

—Como quieras.

Gabriel Silvas Rivero apagó el cigarrillo, se puso la chaqueta y sacó su billetera.

—No, no quiero tu dinero —afirmó Mónica con seriedad.

—...

—¿Volveré a verte?

—Deberías olvidarte de mí... seguir con tu vida. No sabes con quién estás tratando.

—Si pudiera olvidarme de ti, ya lo habría hecho. Es más, cuando esta noche viniste a buscarme me sentí muy feliz. En cuanto a mi vida, no te preocupes demasiado, es una mierda. Te aseguro que no me importa quién eres porque nadie me había tratado tan bien como tú lo has hecho.

Gabriel Silvas Rivero sacó diez billetes de cien euros y los dejó sobre la mesa.

—¡Te he dicho que no quiero tu dinero!

—No es por lo de esta noche. Cómprate algo bonito para cuando vuelva.

—En tal caso...

—Y una última cosa.

—¿Qué? —preguntó Mónica.

—No vuelvas a hacer la calle.

—Pero sabes que no depende de mí. Tengo que pagar a...

—De eso me encargo yo.

Mónica se levantó con una sonrisa en los labios. El edredón, deslizándose por su cuerpo de seda, acabó en el suelo desvelando el secreto de su sexo. Su fina y desnuda figura se contoneó con una pasmosa delicadeza aderezada con sensualidad, acercándose a su nuevo protector. Sus firmes muslos envolvieron la cintura de Gabriel Silvas Rivero, sus brazos engancharon su cuello mientras introducía sus manos bajo su camisa para arañarle la espalda con sus largas uñas. Le metió la lengua hasta la garganta, al mismo tiempo que le mordió el labio.

—Ya te he marcado —le dijo—. Eres mío y yo soy tuya. Para bien o para mal.

Él asintió con la cabeza y, con cuidado, la dejó de nuevo sobre la cama, recogió el edredón del suelo y la tapó con suma ternura.

—Volveré, y entonces te contaré todo sobre mí.

En ese momento, su móvil vibró. Cuando abrió el mensaje que le acababa de entrar a través de un servidor seguro, resopló.

—Pero primero tengo un trabajo que terminar.

* * *

Los coches se amontonaban en una cola que parecía no tener fin. Incluso en pleno invierno hacía calor y eran muchos los conductores que estaban con las ventanillas bajadas. El puente del Bicentenario, que une las dos orillas del río Guadalquivir, destacaba a lo lejos, alzándose como dos columnas envueltas por una telaraña. Por desgracia, habían inhabilitado el carril reversible, creando un cuello de botella que se traducía en el tremendo atasco que Juan, Andrés y centenares de desconocidos sufrían en aquel momento. La música de la radio les acompañaba, aunque no les entretenía. Demasiadas pistas por seguir, tantos cabos sueltos, numerosos sospechosos, y muy poco tiempo. El inspector no dejaba de pensar que el caso le venía demasiado grande. Si no fuera por honrar la memoria de su amigo Fernando, y por los niños que sufrieron la cólera de los desalmados, o que seguramente sufrirían en ese preciso instante, se lo habría entregado a otro.

—¿A dónde vamos? —preguntó Andrés.

—Quiero ver lo que hay en la película que encontramos en el cajón del archivador.

—Pues no va a ser fácil encontrar un proyector de los de antes.

—Lo sé, por eso nos dirigimos a casa de otro amigo.

—Tienes muchos amigos en Sevilla.

—Aquí patrullé recién salido de la academia. Conservo tanto buenos como malos recuerdos.

—¿Y quién es tu amigo? —preguntó Andrés.

—El dueño del Cine Alfarería. Uno de los primeros que se abrieron en la ciudad; ahora vive a las afueras, sin mencionar el hecho de que la sala lleva cerrada más de dos décadas. Pero conociéndole como le conozco, estoy seguro de que aún conserva algún trasto con el que podamos ver la película. Si no sacamos algo en claro tendremos que revisar todos los papeles del cajón, por si encontramos alguna pista.

—¿No hay nada más en la documentación que te dejó Fernando?

—Muchas atrocidades, mogollón de nombres, pruebas de todo tipo, pero nada que le podamos seguir el rastro. Lo más reciente a investigar era lo de esta mañana, y mira lo que ha pasado.

—Nos estaban esperando —afirmó Andrés.

—Para nada. Sin duda, ni el doctor ni el asesino esperaban vernos. Lo malo es que ahora ya saben que estamos en Sevilla y pondrán la ciudad patas arriba con tal de encontrarnos. Si permiten a sus recaderos apretar el gatillo con tanta facilidad, no nos auguran momentos fáciles. Nos estamos enfrentando a gente capaz de cometer atrocidades que no somos capaces de imaginar.

—¿Más que el robo de niños...? ¿Más que el asesinato?

—Yo tampoco lo entiendo, pero me temo que mucho más que eso.

Cuando cruzaron el puente, el tráfico comenzó a fluir. Los coches se dispersaban entre carreteras, desvíos y autovías, como si un montón de canicas retumbasen por todas partes hasta casi desaparecer. El sol brillaba en lo alto y la impaciencia les rondaba por la cabeza. Incertidumbre, nerviosismo, preocupación. Uno no es consciente de lo cerca que ha estado de morir hasta que no se encuentra a salvo; la avariciosa y egoísta felicidad de unos pocos provocaba el sufrimiento de muchos, pero eso no era una conclusión novedosa para el inspector, es más, se trataba de la misma historia de siempre.

Juan apretó los dedos contra el volante e intentó no darle más vueltas al asunto. Puso el intermitente para tomar una salida donde se veía con más claridad un cartel que anunciaba jamones que las indicaciones de la salida en sí. Apagó la radio, cansado de flamencos y cantaores, y callejeó hasta llegar a una casa amarilla rodeada por una valla de hierro vieja y oxidada.

—Espérame en el coche —le dijo a Andrés.

Al acercarse a la entrada, vio que un enorme candado, aunque nuevo, mantenía la puerta cerrada a cal y canto. «Ya no vivirá aquí o habrá muerto», pensó. Paseó alrededor de la valla, por si conseguía ver a alguien o algo que le indicara que su viejo amigo Adolfo aún seguía dando guerra o que simplemente se había mudado de casa, pero no reparó en nada.

—Me cago en todo lo que se menea —agitó las manos, muy enfadado—. Los pocos árboles que habitaban el jardín, secos y cubiertos de maleza, parecían sacados de un cuento de Los Hermanos Grimm, la tierra estaba cubierta de chatarra y la pintura de la pared no se distinguía con facilidad; en su lugar, las grietas atravesaban los agujeros que decoraban una casa que antaño, lejos de ser una ruina, debió ser un

caserón. Regresó a la puerta principal y la agitó con fuerza, como si aquello le sirviera para algo. Únicamente, quería desfogarse. Miró a Andrés, que seguía dentro del coche, y levantó los hombros resignándose.

—¡Fuera de aquí, gamberros! —sonó una voz desde el interior de la casa.

La esperanza súbitamente se renovó. Sin pensárselo dos veces, Juan corrió hacia la puerta.

—¡Adolfo! ¿¡Eres tú!? —exclamó contento—. Soy yo, Juan. ¿No te acuerdas de mí?

—He conocido a muchos *Juanes* y *Juanas* en mi vida, pero ahora no estoy para juegos. Estoy cansado. ¡Largo de aquí! —gritó.

—Seguro que te acuerdas de la multa que tiré a la basura el día que dejaste el coche en mitad de la calle.

—Tenía que hacerlo —aseveró con mala leche—, si no me hubiera cagado encima. ¿Acaso es mejor dejar el vientre... que reviente?

—Eso mismo me dijiste el día que nos conocimos. ¿Te acuerdas ahora de mí? ¿Recuerdas que no logré contener la risa y te dejé marchar?

Alguien apartó una rama con la que estaba camuflado y asomó la cabeza.

—Sargentillo, ¿eres tú?

—Sí, soy yo viejo loco. ¿Qué haces encerrado ahí dentro? Pensé que habías muerto.

El hombre se acercó a la puerta. Cuando abrió el candado y se abalanzó sobre Juan como si fuese su hijo perdido.

—Como que... ¿qué hago aquí? Vivo aquí, que no haya tenido mucho tiempo para pintar la valla y recoger el jardín no significa que me haya ido al otro barrio. Anda... pasa.

—¿Puede venir un amigo? —preguntó Juan, señalando hacia el coche.

—¿Qué preguntas son esas? Pues claro que sí.

Juan, sonriendo, miró a Andrés y le gritó:

—¿A qué estás esperando? Ven a conocer al maestro de la gran pantalla. Las presentaciones fueron breves, aunque bastante emotivas, al estilo sureño. El joven periodista enseguida fue cautivado por el don de la palabra del que gozaba el anciano que, a modo de trabalenguas mentales, enredaba la amabilidad, el misterio, la magia y lo cotidiano en cada frase que pronunciaba. «Educado en el cine», pensó Andrés, sonriendo. Bastante bajito y con el flequillo peinado hacia arriba, como Tintín, el héroe de los cómics, cada gesto que hacía parecía haberlo sacado de alguna escena olvidada. Lo mismo que sus expresiones, que adornaba con el tono sensacionalista que él consideraba apropiada.

Cuando entraron en la casa, Andrés se quedó anonadado mientras la melancolía mezclada con una pizca de añoranza invadió a Juan. Carteles de muchas y grandes películas, y de no tan grandes; figuritas promocionales que cualquier buscador de recuerdos pagaría una pequeña fortuna por adquirirlos; una butaca maltratada por el

tiempo que acumulaba polvo sobre una especie de pedestal de madera, debido a la dejadez; viejas entradas en acristalados marcos por las paredes, un par de focos de techo, una máquina de tabaco, un apolillado trozo de tela roja. Cosas, trastos y más cosas.

—Tendréis que perdonarme por el desorden, pero es bien sabido que, cuando uno se centra en sus cosas, suele descuidar lo cotidiano —dijo Adolfo con ironía.

Lo cierto era que más que desorden o descuido, se trataba de desidia causada por el exceso de años sumándose al desánimo de la soledad. A Juan no le hacía falta preguntar por su esposa, era fácil deducir que hacía tiempo que se había marchado de este mundo dejándole solo, sumido en una frágil depresión. El olor a humedad rivalizaba con el ambiente a cerrado, y el eco de sus voces les causaba la sensación de caminar por los pasillos de un museo abandonado.

—He traído algo con lo que estoy seguro de que me puedes ayudar.

—¿De qué se trata? Hace tanto tiempo que no disfruto del tacto de lo nuevo, aunque para lo que sirven los trastos nuevos mejor me quedo como estoy —se contradijo Adolfo.

—No es nada nuevo, sino más bien de un objeto que conoces y sabes manejar muy bien.

Juan alargó la mano, pidiéndole la película a Andrés.

—Aquí tienes.

—¡Madre mía! —exclamó Adolfo—. ¿Qué tenemos aquí? ¿El final alternativo de Casa Blanca? ¿Las confesiones de Humphrey Bogart?

—Me temo que...

—O... no me lo digas, no me lo digas, se trata de un desnudo de Carmen Sevilla.

—¡Por Dios! Eso sí que no. Quiero que sepas...

El entusiasmado cinéfilo no permitió a Juan continuar.

—Ya veo que no es una película *picantona*. Entonces es un documental antiguo donde unos atrevidos de la época revelan los secretos de Franco, mientras el responsable de filmar se perdió en una de las cárceles tras ser arrestado. O mejor aún, le pillaron en la cama con alguna picarona y ésta es la prueba que lo demuestra.

—Para ya, Adolfo, tienes mucha imaginación para tu edad.

—Sargentillo, a mi edad, lo único que me queda es la imaginación, ¿no ves que el cuerpo no acompaña?

—¿Sargentillo? —preguntó Andrés, arqueando las cejas.

—No es asunto tuyo. Concéntrate en mantener la boca cerrada y presta atención cuando veamos lo que hay en la película.

El hombre agarró a Andrés del brazo y se rió con cierto descaro.

—En realidad se trata de una historia muy graciosa; cuando Juan aún era un jovencillo que apenas cabía en el uniforme recién estrenado...

—He dicho que no es momento para anécdotas —interrumpió Juan.

—Claro, claro —afirmó Adolfo, que enseguida perdió el hilo de lo que contaba, cuando el inspector le colocó el rollo de película en las manos.

—¿Tienes con qué poder verla?

—Por supuesto que sí. Aunque no estoy muy seguro de si aún funciona.

—Sólo hay una forma de averiguarlo —aseveró Juan.

* * *

Para Gabriel Silvas Rivero no existía mejor medio para viajar que el AVE. Siempre que le encargaban un trabajo en una ciudad donde se podía llegar viajando en él, no lo dudaba ni un solo instante; desde su punto de vista, era una peculiar manera de tomarse unas vacaciones de la realidad. Su realidad. Durante las dos horas y pico que duraba el viaje, Gabriel Silvas Rivero se acomodaba en primera clase, visitaba un par de veces el vagón restaurante, a pesar de que siempre compraba un billete con «todo incluido», leía una novela corta y disfrutaba del paisaje. Le recordaba la primera vez que viajó junto a sus padres, muchos años atrás. Fue para ir al funeral de su tía, nada de vacaciones o visitas ociosas; para él fue como escapar de una cárcel, aunque fuera para conocer en persona la realidad de la muerte.

* * *

En un lugar al que Adolfo llamaba salón, un gran mueble de cerezo viejo, decorado con relieves de uvas sobre manzanas, escondía una caja de plástico amarilla donde antiguamente guardaban las verduras. De ella sacó un objeto bastante pesado, envuelto con un trapo aterciopelado, ennegrecido por la suciedad y el tiempo.

—Aquí está. Ahora sólo necesitamos un milagro —dijo Adolfo, apoyándolo sobre la mesa del comedor—. Haced un poco más de sitio.

Andrés empezó a apartar un montón de trastos que ocupaban casi la totalidad de la superficie. Revistas, libros, platos sucios, correo sin abrir, una guitarra, dos juegos de sábanas y un candelabro, que era el único objeto limpio que decoraba el lugar.

—Cuidado con eso —advirtió Adolfo—. Mi mujer le tenía mucho cariño.

Durante un segundo la sonrisa se borró del rostro del simpático anciano.

—Venga —continuó—, ahora que hemos quitado los enredos y desempolvado el proyector, necesitamos una pantalla. Creo que tenía alguna por aquí, aunque tardaremos mucho en encontrarla.

—¿No podemos utilizar una pared? —preguntó Juan.

—Y ver la película de malas maneras... ni hablar. En cualquier caso, podríamos colgar una sábana blanca y...

—Hagámoslo, pues —interrumpió Juan.

—No se verá igual.

—No importa.

—En tal caso, coge una de las sábanas que tu amigo quitó de la mesa y colguémosla en aquel lado —dijo Adolfo, señalando la pared interior.

Pasados cinco minutos, todo estaba listo. Adolfo colocó el rollo en el proyector, con un cuidado casi religioso, y escupió en una servilleta para limpiar la lente.

—A ver qué pasa.

Bajó un pequeño interruptor y arrugó el morro.

—No funciona.

Abrió la tapa lateral, sopló dentro, metió el dedo por unos engranajes, ajustó un diminuto muelle que no se sabía para qué servía, cerró la tapa y resopló.

—Espero que ahora funcione.

Posó el dedo en el interruptor, cerró los ojos, lo bajó de nuevo y...

—Nada. Me temo que no funciona.

—¡Maldita sea! —exclamó Juan.

Andrés decidió acercarse al proyector y no quedarse con los brazos cruzados. No se le daban muy bien estas cosas, pero el sentido común le indicó que debía mover el cable que conectaba el proyector con la corriente.

—¿Funciona el enchufe? —preguntó.

—Debe funcionar.

—¿Estás seguro?

—Hombre... seguro, seguro. ¡No!

—Probemos con otro enchufe —propuso Andrés.

—No es mala idea —contestó Adolfo.

Juan suspiró impaciente.

Desenchufaron una lámpara de pie, del año de la polca, y desplazaron la mesa para que el cable llegara sin problemas. Adolfo carraspeó, se rascó la cabeza y bajó el interruptor.

El traqueteante sonido del aparato exaltó sus ánimos.

—¡Funciona! —exclamó Adolfo.

—Pero no se ve nada —dijo Juan.

—Espera un poco, no seas impaciente, sólo tengo que ajustar la velocidad de proyección para que veamos la película.

Cuando giró un diminuto botón, la sábana dejó de estar en blanco.

XVI

PLANTA 14

Líneas blancas y negras aparecían moviéndose, de izquierda a derecha, y viceversa, como si la imagen inicial necesitase ser reajustada sin la ayuda de nadie. De manera automática. Poco a poco, unas manchas grisáceas, semejantes a las de la tinta de imprenta cuando salpica el papel, se movían arbitrariamente, aparecían, desaparecían y llamaban la atención de los presentes, igual que un chapucero reclamo. De pronto, apareció un hombre vestido con un mono de trabajo, sujetando un cartel donde ponía:

12 DE JULIO 1954

SESIÓN 22

PLANTA 14

Cuando el hombre bajó el cartel, movió los labios pero sólo se escuchaban interferencias. La grabación no era muy buena. Terminó de hablar e invitó al cámara que le siguiera; el movimiento del aparato emborronaba aún más las tomas de los alrededores, aunque se distinguía con facilidad que estaban recorriendo un jardín muy cuidado. Un grupo de enfermeras acompañaba a unos enfermos hacia el interior de un edificio que, a no ser por ellas, no tenía pinta de tratarse de un hospital. Dos hombres descargaban unas cajas de un camión sobre el cual habían pintado malamente una cruz, mientras próximo a ellos algunos pacientes aguardaban sentados en unos bancos con la mirada perdida. Resultaba fácil deducir que debía tratarse de un asilo.

Cruzaron la puerta principal, ignoraron a los trabajadores que les observaban desde la recepción, y caminaron por un pasillo largo y angosto. Al fondo, una puerta de madera maciza, que el locutor empujó con fuerza porque no era capaz de abrirla, conducía a una rampa con poca inclinación y que bajaba hacia un nivel inferior. Las ventanas estaban herméticamente cerradas con marcas visibles de soldadura, y unas barras de hierro fundido formaban una gruesa reja que apenas permitían que la luz las traspasara. Conforme bajaban, las ventanas desaparecieron y las luces de las paredes y del techo, de lo que ahora se parecía más a un túnel, brillaban con tal intensidad que la diferencia se percibía con mucha facilidad en la desgastada imagen de la película.

Un hombre con bata blanca, que podría ser confundido con un médico si no fuera por el ceñidor con munición y la pistola que colgaba por su cintura, les saludó amablemente antes de abrirles la puerta falsa de un enorme portón que cubría todo el diámetro del túnel. Inimaginable. Una imponente sala de doce metros de altura,

sesenta metros de ancho y donde la vista acababa perdiéndose al buscar el final, les dejó perplejos. El silbido de un motor eléctrico fue enfocado por la cámara y una plataforma elevadora, donde sin necesidad de maniobrar demasiado cabían dos camiones destinados al transporte de suministros, se elevó hasta el piso donde esperaban para continuar con la grabación; era la única forma de bajar a la sala.

Cajas pequeñas sobre otras más grandes, aparatos cubiertos con lonas de color caqui militar, una montaña de mantas, otra de sábanas y una más de almohadas, conservas de carne de veinticinco kilos, sacos de patatas apilados en incontables filas, depósitos de agua potable y no potable, medicamentos de todo tipo, conocidos o desconocidos, y sólo cuatro personas. Uno de ellos conducía un vehículo eléctrico que se usaba para limpiar, otro comprobaba la temperatura de los envases médicos, mientras los dos restantes repasaban unos documentos.

El cámara enfocó al comentador, pero únicamente se escuchaban los molestos ruidos. De vez en cuando, lograban distinguir alguna palabra suelta como «caso», «pruebas», «material», «seguridad», o al menos eran deducibles por lo que se veía en ese momento. Su boca, moviéndose sin parar, describía su alrededor (todavía sin escucharse nada con claridad) hasta que se apartó a un lado para que quedara constancia del cartel que indicaba el propósito de la siguiente sala.

MATERNIDAD

OBSERVACIÓN

Hileras e hileras de camas. No se trataba de camas con estructuras de hierro como cabría esperar, sino de camas hechas de una especie de plástico, con forma de medio huevo que, a primera vista, parecían tremendamente cómodas. Por encima de cada una, colgaba un gran tubo del cual salían otros diez más pequeños. En su interior fluían varios líquidos de distintas tonalidades. Por desgracia, sólo se podían clasificar de oscuro o menos oscuro, pero estaba claro que se trataba de las sustancias que había almacenadas en la gran sala.

Las mujeres que ocupaban aquellas camas parecían más que satisfechas. Ninguna de ellas se sentía angustiada o fuera de lugar; en realidad, muchas hablaban entre sí, otras leían revistas y unas pocas dormían la siesta. Se respiraba un ambiente exageradamente tranquilo, nada que ver con lo que uno encontraría en un hospital convencional. Al fondo, sin destacar demasiado, un equipo médico compuesto por seis personas visitaba a sus pacientes; mientras unos tomaban apuntes, otros verificaban el buen estado de los tubitos y comprobaban que la mujer se encontraba en perfectas condiciones. Eso sí, sin excepción, todas estaban embarazadas.

Regresaron a la sala grande de almacenaje para dirigirse hacia otra puerta en el lado opuesto. Ningún cartel. En este momento, la expresión y los gestos del

comentador cambiaron, parecían más ásperos, más serios; su mirada se transformó en el reflejo de un recipiente vacío y se santiguó.

—Dios mío...

No estaba claro si quiso pedir la ayuda de Dios o su perdón, pero se le notaba muy preocupado. Al entrar, no se distinguía nada fuera de lo común; la calificación inmediata sería la de un salón demasiado pomposo y desagradable para la vista. Alfombras grises, dos sofás grises, cuatro sillones grises, y los cuadros que decoraban las paredes, las cuales también estaban pintadas de gris, resultaban ser copias baratas de grandes paisajistas como Eugene Von Guerard, Rubens o Vermeer. Más que a una salita de espera, aparentaba ser una habitación de desesperación. Por mucho que los expertos nombraran el color gris como el de la tranquilidad y la neutralidad, la exageración del mismo resultaba agobiante.

—Gris...

Se escuchó de entre el ruido defectuoso.

Frente a ellos, una puerta blanca conducía a una zona con tres pasillos. Derecha, izquierda y de frente. Un cartel indicaba que hacia la derecha se encontraba la enfermería, otro que hacia la izquierda se hallaban el área de descanso para el personal, y el último:

QUIRÓFANOS

De pronto, fueron sorprendidos por dos enfermeros empujando una camilla, en la que llevaban a toda prisa a una mujer hacia ese lugar. Detrás de ellos, corrían una docena de personas vestidas con monos blancos, con mascarillas de oxígeno y guantes azules. Se parecían más a astronautas que a personal sanitario. A su paso, apartaron al comentador y al cámara, pero sin impedirles que continuaran con la grabación y sin que les importase que les siguieran. Al fondo del pasillo central, una gran puerta daba al quirófano más atípico que jamás se hubiera podido describir. Había luces hasta en las esquinas, un tubo de succión del grosor de un puño colgaba desde el techo y el instrumental estaba guardado en veintitrés esterilizadores distintos, uno para cada instrumento. En las paredes había unas capsulas de acero, del tamaño de una persona, con puertas de cristal que se cerraban desde dentro. Aunque lo más extraño de todo era que una de las paredes estaba completamente desnuda, excepto por cuatro cables con abrazaderas que salían por un orificio.

Nada más darse cuenta, uno de los miembros del equipo se fue hacia el comentador para indicarle que saliera del quirófano. Por suerte, consiguió convencerle para dejar la cámara. La apoyaron encima de una de las mesas, la enfocaron hacia la mesa del quirófano y salieron.

Pppppppppppiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii...

El recién nacido tembló, abrió la boca de una forma descomunal y forzó el cuello. Demasiado joven y débil. Movía las manos sin sentido, quería mordérselas y sufría como si fuera consciente de lo que le ocurría. Pataleaba al mismo tiempo que con la mano se toqueteaba para sentir su propio cuerpo. Algo inaudito. Buscaba la prueba de su existencia con tan sólo unos minutos de vida. Entonces, abrió los ojos.

—... glo... co... gor...

Con el ruido de fondo no lograron escuchar lo que ocurrió. No era posible saber de dónde vino ese sonido o qué significaba; únicamente se veía al bebé con los ojos blancos y la boca abierta, de par en par, tragándose su lengua. Echaba espuma igual que un perro rabioso mientras lucha contra su propia locura. Hasta que murió.

Un miembro del equipo empujó a otros dos, tirándolos al suelo, y corrió agobiado hacia la cámara. Sin pensárselo dos veces, la levantó, la lanzó contra una pared... y la imagen se tornó negra.

XVII

CABLES, POSTALES Y SUEÑOS ROTOS

—¡Qué películón! Sin duda, algún genio de la época hizo una mezcla de estilos entre Alfred Hitchcock y Orson Welles, consiguiendo esta escalofriante historia. Es una pena que no tengamos la segunda parte porque no puede terminar así. ¿O sí la tenéis? —preguntó Adolfo, mirando a Juan y a Andrés, que no podían creer lo que acababan de ver.

Juan, pasmado y pensativo, asentía con la cabeza. No quería que su viejo amigo comprendiera que el desgastado rollo de película escondía una grabación real y no la de un montaje cinematográfico.

—Voy a preparar unos cafés para celebrarlo —continuó Adolfo—. O mejor aún, voy a traer unas cervecitas, unas rodajitas de chorizo picante, queso manchego y un pan casero que jamás olvidaréis.

—No hace falta —dijo Andrés.

—¿Cómo qué no? Es increíble. ¿Os fijasteis en los escenarios, visteis las magníficas actuaciones? Aunque lo más asombroso era la manera en que montaron los efectos especiales del final. Ni siquiera sabía que era posible conseguir estas cosas en aquella época. Seguramente, por eso no llegó a estrenarse. Demasiado buena para ser comprendida, o puede que algún paleta de alto rango la censurase. ¡Vete tú a saber! —terminó guiñando el ojo.

El simpático hombre continuó hablando, dirigiéndose a la cocina. En el salón sólo se escuchaban sus murmullos, que se confundían con palabras sueltas, pero nada de lo que decía llegaba a los oídos de dos compañeros. Ellos seguían mirando la sábana blanca que colgaba en la pared. Miraban sus arrugas, sus dobladuras, una mancha en la esquina inferior derecha y un agujero al lado. Observaban el vacío que la película les acababa de dejar.

—¿Qué diablos ha sido eso? —preguntó Andrés.

—No lo sé.

—Laboratorios de embarazadas, almacenes subterráneos, médicos locos y quirófanos de tortura. ¿Y qué es eso de la *planta 14*?

—...

—Hasta a mí me parece complicado. ¿No es más fácil robar un recién nacido... y punto? Incluso resultaría más fácil raptar a la madre en plena calle, encerrarla en una habitación y hacerse con el bebé.

Juan le miró de reojo.

—Sé que acabo de decir una barbaridad, pero nada de esto tiene sentido. Es demasiado complicado...

—Deja de hablar un instante, que me estás provocando dolor de cabeza. ¿Sabes qué? Vuelve al coche y trae el cajón del archivador, por si encontramos algo que nos aclare las ideas.

—De acuerdo.

Minutos más tarde, Adolfo abría las cervezas mientras Andrés ordenaba en la mesa el contenido del cajón. Papeles y más papeles, sobres, cartas y documentos. Nada más.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Adolfo.

—Nada importante —contestó Juan—. Sólo papeleo que me queda por hacer.

—No te castigues el cuerpo. Date una alegría. Come un poco de chorizo, bébete una cervecita y verás qué bien.

Resulta muy difícil mantener la mente fría y pensar cuando uno intenta concentrarse cerca de alguien que no para de hablar y hacer preguntas sin importancia. ¿Cómo escenificaron la sala de las camas?, ¿de dónde sacaron la idea?, ¿por qué las camas tenían forma de medio huevo? Por supuesto, Juan no quería actuar como un desagradecido, por eso se limitaba a gesticular con las manos y la cabeza, mientras apretaba la mandíbula esbozando una falsa sonrisa, a la vez que taponaba sus oídos con la presión de su mandíbula. No funcionaba, pero al menos le relajaba. Las preguntas de Andrés se mezclaban con las que le rondaban por la cabeza. ¿Cuántas mujeres cabrían en aquella sala?, ¿qué era esa máquina?, ¿por qué no se limitaban a ayudar en el parto de un modo tradicional para luego ocuparse de la transacción comercial? Sin lugar a dudas, aquellas mujeres seguían en ese lugar por voluntad propia. Puede que se tratase de embarazos no deseados y que, en vez de abortar, les ofrecieran una importante cantidad de dinero a cambio del bebé.

Volvieron a ver la película un par de veces. Buscaron pistas que les pudieran ayudar a entender lo que pasaba, o algún detalle que les indicara por dónde seguir investigando. No eran capaces de separar la información útil de la superficial. No conseguían clasificar lo que estaban viendo porque no sabían hacia dónde apuntar. Revisaron los papeles del cajón, una y otra vez, hasta que el cansancio pudo con ellos. Adolfo se quedó dormido en el sofá, contento por la emocionante visita y por la docena de latas de cerveza que se había pimplado.

—No sé qué más hacer —susurró Andrés.

—Lo mejor será acomodarnos como podamos y dormir un poco. Puede que el cansancio nos impida ver lo que tenemos frente a nuestras narices y que la almohada nos ayude a descifrarlo.

El joven periodista no rechistó... estaba agotado.

—De acuerdo, yo me pido el suelo.

—No seas ingenuo, la idea de quedar bien conmigo es buena, pero estoy seguro de que en esta casa hay más de un dormitorio.

—También es verdad ¿y en cuál duermo?

—En cualquiera, no creo que a Adolfo le importe demasiado dónde vayamos a dormir.

Andrés se levantó y bostezó a la vez que alargaba los brazos para estirarse.

—Hasta mañana entonces.

—Más bien hasta luego —rectificó Juan, al ver que eran las dos de la madrugada.

* * *

Centro de control de tráfico... En ese preciso momento...

—Muchas gracias por acudir con tanta rapidez —dijo el director de control—. No entiendo cómo pudo entrar un ratón en la habitación del cableado.

—Ha sido fácil de arreglar, aunque yo que usted llamaría a un exterminador, por si las moscas.

—Dejaré la orden para que mañana a primera hora envíen a alguien.

—¿Quiere los cables mordidos como souvenir? —bromeó el técnico.

—Jajaja. No gracias, bastante dolor de cabeza me han causado hasta ahora.

—Entonces, me marcho. Buenas noches.

—Buenas noches y gracias de nuevo.

Gabriel Silvas Rivero, disfrazado con una peluca de *rastafari*, el correspondiente traje de trabajo y la identificación necesaria, se dirigió hacia la salida del edificio.

—Un momento —le detuvo uno de los dos guardias de seguridad situados al lado de la recepción—. ¿Me puedes firmar el documento de salida?

—Oh, claro. Ningún problema.

El otro guardia de seguridad, con cara de mono mareado y los brazos largos a juego, sonrió irónicamente mirándole con aire de tontura.

—¿Cómo te dejan llevar ese pelo? —dijo mofándose.

Su compañero contuvo la risa, aunque se notaba a la legua que disfrutaba del cachondeo.

—Es una promesa que hace cuatro años le hice a la Virgen para que mi hijo no se muera por el cáncer.

Los dos guardias palidecieron.

—En la empresa no suelen permitir estas pintas, pero como saben de qué se trata hacen la vista gorda.

Gabriel Silvas Rivero firmó la salida, se despidió fríamente y salió del edificio, dejando a los dos graciosillos con un nudo en el estómago. Minutos más tarde subió a la furgoneta de la empresa, encendió su portátil, tecleó varios códigos, puenteó algunas direcciones I.P. y abrió una ventana de vídeo. «Ahora sólo tengo que ver por dónde habéis pasado», se dijo a sí mismo.

* * *

—Les llamo de la empresa *Electricons* y quisiera saber si están contentos con nuestros servicios. Esta mañana llegó a la oficina uno de nuestros técnicos y nos dijo que aún no había terminado el trabajo de la reparación.

—Lo siento mucho, señor, pero nosotros no trabajamos con su empresa — contestó una voz femenina.

—No es posible, nuestro técnico nos dijo esta mañana que...

—Oiga señor, lo lamento, pero nosotros trabajamos con E.Y.C., así que seguramente se está equivocando.

—Muchas gracias, lamento las molestias.

Gabriel Silvas Rivero colgó el auricular. Se situó frente al edificio de control de tráfico y, de rodillas, abrió un maletín de titanio del cual sacó un aparato que parecía una pistola con un imán en la parte trasera conectado a dos cañones de luces. Un niño lo vería como un juguete caro a la vez que llamativo, pero eso distaba mucho de la realidad. Introdujo un microchip en la parte superior, activó un panel digital con botones hechos con gel de silicona y ajustó la potencia a la mitad. «Mejor la aumento, por si acaso», pensó. Esperó a que el indicador llegase a *cargado*, apuntó hacia el edificio, hasta que un punto rojo apareció en una diminuta pantalla, y apretó el gatillo.

A primera vista, no había sucedido nada.

—Hecho... ahora a esperar —susurró Gabriel Silvas Rivero.

Guardó el aparato, miró su reloj, se sentó en la acera, sacó un bocadillo de jamón ibérico que había guardado de su viaje en el AVE y esperó.

Tres cuartos de hora después apareció una furgoneta azul con un rotulo que indicaba: «E.Y.C. Unidad de mantenimiento». Rápidamente, se levantó y caminó impasible hacia ella.

—Llegas tarde —le dijo al conductor y se subió al asiento del acompañante—. Continúa un poco y gira a la derecha, allí te hemos guardado un sitio para aparcar.

—¡Aahh! —contestó el conductor sorprendido—. Muchas gracias.

Condujo unos pocos metros antes de girar a la derecha.

—Aparca aquí.

—Buenooooo... Aquí hay muchos sitios para aparcar, no hacía falta que te tomaras tantas molestias.

—No son molestias. Tú aparca, que te están esperando.

El técnico aparcó e hizo un apunte en un folio de ruta.

—¿Te importaría echarte un poco hacia atrás? —preguntó Gabriel Silvas Rivero.

—¿Para qué?

—Quiero ver lo que ocurre ahí al lado.

El técnico miró hacia la izquierda. Entonces, Gabriel Silvas Rivero, con el maletín en la mano, se movió con rapidez y le golpeó con fuerza en la cabeza,

desfigurándole la mandíbula y rompiéndole el cuello.

—Espero que no te hayas manchado de sangre. Resulta que tu mono es de mi talla y con él puesto será más fácil hacerme pasar por ti —le dijo al inerte cuerpo.

Salió de la camioneta, comprobó que no llegaba nadie, abrió la puerta del conductor, agarró el cadáver y se lo echó a la espalda. Seguidamente, abrió la puerta trasera, dejó el cadáver y entró. No tardó mucho en salir; se disfrazó con una peluca de *rastafari*, cogió una caja de herramientas, añadió las suyas y se dirigió al edificio.

—Muchas gracias por venir tan pronto —dijo el director de control—. No sé qué ha pasado. Estábamos realizando una comprobación rutinaria cuando de pronto perdimos la señal de todas las cámaras. ¡De todas!

—No se preocupe señor, ahora mismo me pongo en ello.

—¿Cuánto tiempo necesitarás?

—No lo sé señor, primero he de encontrar la avería.

—Claro... pues cuando sepas lo que vas a tardar me lo dices ¿de acuerdo?

—Sí, señor. Ningún problema.

Gabriel Silvas Rivero entró en «la habitación congelador de los cables y los ordenadores», como la llamaban allí. Despidió amablemente al director, rebuscó en la caja de herramientas y sacó un pequeño escáner.

—A ver qué he frito aquí dentro.

De pronto, un punto azul apareció en la pequeña pantalla donde casi todo aparecía de color rojo.

—Aquí estás.

Se trataba de una consola de repetición de datos, muy parecida a un servidor normal y corriente, pero mucho más difícil de acceder a él desde fuera. Desatornilló la parte de arriba, encontró la placa Intel quemada, la cambió por otra que no sólo era mejor sino que también le daba acceso a toda la red, y volvió a atornillar la tapa. «Listo, ahora sólo tengo que hacer un poco de tiempo», pensó. Recordó que guardaba una chocolatina en el bolsillo del pantalón. Mientras la comía, se dedicó a mirar los ordenadores que se perdían entre el cableado. El frío le molestaba, pero de pronto recordó a Mónica y casi estuvo por sonreír.

—Cuando termine con este trabajo, se acabó —musitó, hablando solo—. Se guardó el papel de la chocolatina en el bolsillo, sacó de su caja unos cables mordisqueados y también un ratón muerto. Entonces, encendió la consola.

—Señor, ya lo he arreglado y creo que he encontrado al culpable de todo este follón —dijo cuando salió de la *habitación congelador*.

* * *

Apenas había asomado el sol por el horizonte cuando Andrés se dirigió al salón con cara de haberse peleado con la almohada. Juan se había quedado dormido sobre la mesa, rodeado de papeles. Estaba tan cansado que no llegó a percatarse de la presencia de su amigo hasta que él le meneó de tal forma que casi le tira de la silla.

—Despierta, Juan, despierta. Creo que he encontrado algo.

El inspector parpadeó un par de veces, se frotó la cara, bostezó y le miró con ojos de besugo.

—¿Qué has encontrado?

—Tenías razón cuando dijiste que debíamos consultarlo con la almohada; cuando me desperté esta mañana una imagen me vino a la mente.

—¿Qué imagen? —preguntó Juan.

—Esta imagen.

El joven rebuscó entre los papeles hasta que apartó una postal.

«Te quiero Fabio. Por eso, espero que me perdones si no quiero formar parte de lo que haces.»

«Firmado: Maribel»

—Seguramente, se trata de la postal de una antigua novia, o vaya usted a saber.

—¿Te has fijado en la imagen? —preguntó Andrés.

Era la de un castillo del siglo XVII rodeado por una preciosa arbolada en un soleado día de verano. En la parte inferior derecha se leía: «PAU»

—Muy bonita, pero no sé cuál es la pista a seguir.

—Al principio pensé que hacía referencia a algún pueblo cerca de Barcelona, hasta que recordé que esa localidad aparecía en un par de documentos que no tenían nada que ver con la tal Maribel.

Andrés siguió apartando los papeles hasta que encontró lo que buscaba.

—¡Mira!

—Yo también los vi antes, pero como estaban escritos en francés no les di demasiada importancia.

—Mira el sello... donde está la firma —insistió Andrés emocionado.

«Université de Pau et des pays de l'Adour»

—Este documento proviene de una universidad francesa —advirtió Juan—. Y si no me equivoco con la traducción, menciona una especie de máquina.

—La máquina que vimos en la película.

—Es posible...

XVIII

TRES COCHES

A las afueras de Sevilla, un coche patrulla de la Guardia Civil, aparcado entre unos matorrales para no llamar la atención, apuntaba hacia la carretera con el radar y echaba fotos a todo aquel que se saltaba el límite de velocidad.

—Éste son ochenta *pavos*, aquel ciento veinte, nada... se ha salvado por los pelos.

El guardia esperaba a que su turno llegara a su fin, y mientras tanto, contaba las multas que llegarían a casa de los infractores.

—Ahora, ochenta *pavos*, y otro, y uno más...

A veces, bostezaba por el aburrimiento. No en vano, como parte de su rutina, hacía lo mismo en su casa cuando le costaba coger el sueño. Se tumbaba en la cama y contaba multas.

—¡Oye, Paco! —gritó a su compañero, que estaba fumando un cigarrillo fuera.

—¿Qué pasa?

—Esta matrícula se ha marcado en rojo, ¿la perseguimos?

Su compañero cogió una lista de un portafolios que llevaba en el vehículo para examinarla.

—No es nada. Sólo un tipo que tiene varias multas sin pagar.

—¿Y por eso le marcan en rojo?

—¿Qué quieres que te diga? Supongo que se habrán equivocado —contestó—. ¿Qué, le has endiñado otra?

—No, esta vez iba tranquilito.

—Mejor para él.

El guardia civil se alejó del coche patrulla con la intención de encenderse otro pitillo. Le dio un par de caladas y refunfuñó: Maldita sea, tenía que tocarme a mí.

—Sí, soy yo —dijo por el móvil—. El coche que estáis buscando acaba de pasar por aquí. Estoy situado al lado de la A4, pasado la salida 532.

Colgó y continuó fumando.

* * *

—¿A quién tenemos por la A4? —preguntó El Rubio cuando guardó el móvil.

El tipo raro, con chepa y un tic nervioso en el ojo le contestó:

—A los gemelos.

—Pero si éstos son unos idiotas.

—Tú me has preguntado que a quién teníamos. No de si son más o menos listos.

—Ya, ya, —refunfuñó El Rubio— llámales y diles que se pongan en marcha. Nada más situarse detrás del Land Rover, que te llamen.

—De acuerdo.

—Y que no se peguen demasiado, no quiero que sospechen de que les estamos siguiendo y nos den el esquinazo.

—Ahora mismo.

El Rubio le cogió del brazo antes de colgar y le dijo:

—Insísteles en que esta vez no pueden cagarla.

* * *

Una furgoneta azul adelantaba los coches que circulaban por la autovía, a derecha e izquierda. El conductor no daba señales de estar particularmente enojado o alborotado, sino más bien tranquilo. Silbaba la canción de Juan Luis Guerra *burbujas de amor*, meneando la cabeza de un lado a otro, acompañando el peligroso balanceo de la camioneta. Gabriel Silvas Rivero, con el portátil a su lado y encendido para tener a sus presas fijadas, cámara tras cámara, sólo pensaba en terminar con este trabajo lo antes posible, para así poder comenzar su nueva vida con Mónica. Estaba tan contento que aquella misma mañana había llamado a una floristería de Madrid para que le llevaran un enorme ramo de rosas rojas, acompañado por una caja de cien bombones. En la tarjeta adjunta al lote, había una frase muy sencilla: «Ya me he ocupado de todo». Sólo necesitó un par de llamadas, que a su vez llamaran a otra decena de contactos. Éstos informarían a todos los chulos del gremio de que Mónica era, desde de ese momento, intocable.

—*Quisiera ser un pez —cantaba—. Para mojar mi nariz en tu pecera, nana nana na nana...*

Enseguida divisó a lo lejos el Land Rover. Moderó su velocidad, bajó la música y comenzó a pensar: «¿Espero hasta llegar a Madrid o me los quito del medio antes?». De manera fría y mecánica, su cabeza barajaba los diferentes escenarios con los que podría enfrentarse, o cuáles eran las condiciones que él mismo debería crear para finalizar la caza. Si, por casualidad, un embotellamiento o un golpe del azar detuviesen el tráfico, se bajaría de la camioneta, acercándose por detrás, dispararía y se alejaría tranquilamente. A causa del bullicio, la impaciencia y la apatía de los conductores, nadie se daría cuenta y estaba seguro de que ni el inspector ni el *criajo* se esperarían algo así. Otra opción sería echarles fuera de la carretera cuando cruzasen un puente, aunque eso era mucho más peligroso para él y las probabilidades de éxito mermaban bastante. Hacerlo en Madrid no era muy buena idea porque Dios sabe dónde pensaban detenerse. En un lugar con mucha gente, en la casa de un amigo, en la propia Comisaria. Demasiadas variantes. Por fin, lo tuvo claro.

—En algún momento pararán para repostar —se dijo a sí mismo.

* * *

Los gemelos eran buenos matones, pero más tontos que las tuercas de los cubos. Se habían criado en una casa pésima, situada en un barrio difícil, donde desde muy temprana edad experimentaron la violencia doméstica, aunque no en grandes dosis. Su padre, un pobre trabajador del campo, apoyaba la hipótesis donde exponía el irrefutable hecho, según él, de que cuantas más collejas se dan a los demás, más rápido sube la sangre a la cabeza y así antes espabila. He aquí la razón de los innumerables pescozones que recibieron los gemelos durante la edad del pavo. Conforme pasaban los años más pescozones recibían, más se daban entre sí y más tontos se volvían.

—Quédate detrás de esta furgoneta, así seguro que no nos ven —dijo Rafael, señalando el vehículo que tenían delante.

—Yo tampoco les veo bien —aseguró Alberto.

—Tú haz lo que te digo. Es a mí a quien le han dicho que si la cagábamos nos íbamos a cagar.

—Querrás decir que si la cagamos nos arrepentiremos, porque si no, no podremos cagarla otra vez.

Rafael le propinó un pescozón y empezó a mover las manos como un loco.

—¡Ya estamos con tus *tratalenguas*!

—Se dicen *tramaleguas* y estate quieto, que nos vamos a matar —dijo Alberto, dando un volantazo.

—¡Ehhh! No seas imbécil, procura quedarte detrás de la furgoneta.

—Vale, vale.

Alberto renegó unos segundos y encendió la radio.

—¿Qué haces?

—Poner un poco de música, ¿a ti qué te parece?

—¿Te crees que es un buen momento para escuchar música? —dijo Rafael, cabreado—. ¿No ves que estamos en plena persecución?

—¡No es una persecución, es una vigilancia!

—¿Estamos parados?

—No —contestó Alberto.

—¿Tenemos café?

—No.

—¿Vamos detrás de otro? —preguntó Rafael, ahora con retintín.

—Sí.

—Pues es una persecución, estúpido.

Alberto asintió, pensando en el razonamiento de su hermano antes de apagar la radio.

—Entonces, ¿qué tenemos que hacer?

—¿No te lo acabo de decir? ¡Perseguirles!

—Y cuando se detengan nos los cargamos.

Rafael miró hacia el techo del coche, buscando una respuesta a esa afirmación. Por teléfono le acababan de ordenar que no hiciera nada sin antes avisar, pero también sabía que los dos hombres que iban en el Land Rover eran su objetivo. «¿Qué otra cosa podrían ser?», pensó. Su imaginación comenzó a viajar por los mundos mágicos que él se inventaba y las palabras de la conversación telefónica perdían su significado para transformarse en otro. Claramente, les habían pedido «disimuladamente» que enterrasen a los del Land Rover. Estaba clarísimo, así que una vez que hubieran hecho el trabajo llegaría el dinero, un puesto entre los jefazos, mujeres, una casa más grande y, por supuesto, lo mismo para su hermano, que puede que fuese tonto, pero menos mal que le tenía a él para llevarle por el buen camino.

—Eso mismo —continuó Rafael—, cuando se paren nos los cargamos.

* * *

Setenta kilómetros antes de llegar a Madrid, a la altura de Ocaña, Juan y Andrés pararon a repostar y, de paso, tomar un café. El plan era encontrar un lugar desde donde llamar al comisario, para después reunirse con él y comentarle sus averiguaciones; de paso, se enterarían si había sacado algo en claro con la pistola del tipo que intentó matarles en el hospital. No se trataba de la estación de servicio más agradable del trayecto, pero Andrés necesitaba con urgencia ir al váter. Juan se dispuso a llenar el depósito cuando el dependiente le hizo una señal con el dedo. «PREPAGO». Colgó la manguera del surtidor y, retorciendo la cara de disgusto por no haberse dado cuenta antes, fue a pagar; mientras Andrés saltó del coche como un poseso dirigiéndose hacia los aseos.

—¡Será posible! ¿Quién en su sano juicio querría mear aquí?

El deplorable estado de los lavabos, con el suelo mojado de: Dios sabe qué, papel higiénico pegado en las paredes con pegamento marrón de fabricación orgánica, el gran espejo del centro manchado con salpicones de agua, mocos y pegotes blancos, sumados al olorcillo a podrido, orina y excrementos, hicieron que Andrés diera media vuelta. Y se dirigió a la parte trasera de la gasolinera, que lindaba con un campo.

—Prefiero mear donde los perros, seguro que es más higiénico —musitó—. Terminó con su faena antes de dar un rodeo hasta la parte delantera, donde, si no hubiera sido un lugar asqueroso, como los aseos, se habría tomado un café muy cargado.

No muy lejos de ahí, los hermanos se preparaban para atacar a Andrés. No se dieron cuenta de lo que había pasado y creían que seguía en el aseo, mientras no paraban de reírse con tan sólo pensar la cara que se le quedaría antes de pegarle un par de tiros en la cabeza.

—Se va a cagar de miedo —dijo Alberto.

—¡Jajajaja! Tienes razón, la mierda le va a llegar hasta el cuello —se mofó Rafael—. Imagínate lo que pasará cuando el otro se preocupe y vaya a buscarle, ¡jajaja!, cuando vea la mierda que se ha montado, nos lo cargamos también.

Bajaron del coche riendo y se fueron directos en busca de su primer trofeo. Sus bobaliconas caras reflejaban una descomunal satisfacción ante lo que sus débiles mentes les incitaban a imaginarse. ¿Le encontrarían de pie meando o sentado, le avisarían para verle la cara o le dispararían por la espalda? Acto seguido, dejaban sus pensamientos empaparse con el sueño de las palmaditas en la espalda, las recompensas y los aplausos de sus jefes.

—Va a ser genial —dijo Rafael antes de entrar.

* * *

Un par de minutos antes...

Gabriel Silvas Rivero miró hacia otra parte cuando vio que Andrés se dirigía hacia la cafetería, aunque por el otro lado. Quería realizar una rápida inspección antes de idear un plan para liquidar a sus objetivos y, sin querer, se había topado con uno de ellos; estaba harto, nunca antes había demorado tanto la ejecución de un *contrato* por culpa de factores ajenos a su control. Como no sabía si le reconocería o no, casi mete la cabeza entre las piernas, disimulando, que se le hubiera caído algo y quisiera alcanzarlo. Deseoso por terminar, decidió ponerse un pasamontañas. Entraría en la cafetería, dispararía en una pierna al dependiente, mataría a los dos incordios, terminaría por llevarse el dinero de la caja y a correr. Un desafortunado incidente donde el atracador perdió los nervios, volviéndose loco. Eso es lo que dirían los periódicos al día siguiente.

Aparcó al lado del Land Rover, cogió lo que necesitaba y salió de la furgoneta, directo a por su blanco; al dar cinco pasos, se topó con un cartel que indicaba la ubicación de los aseos. «Mejor echo una meada», pensó. Se levantó el pasamontañas antes de guardarse la pistola en la parte trasera de su cinturón y abrió la puerta.

—¿Qué demonios?

Gabriel Silvas Rivero se quedó atónito cuando vio a los gemelos, riéndose y blandiendo sus armas, imitando a los gánsteres de las películas *made in Hollywood*. Un peculiar helor recorrió los cuerpos de los tres pistoleros, que no sabían muy bien cómo reaccionar. Se miraban con cara de malas pulgas, aderezada con miedo e incertidumbre.

—¿Es uno de ellos? —susurró Alberto.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —contestó Rafael.

«Aquí pasa algo raro», pensó Gabriel Silvas Rivero. Y levantó las manos. Empezó a analizar los movimientos de aquellos dos individuos que, sin ningún motivo aparente, le estaban apuntando. No podía tratarse de una cuenta pendiente porque él nunca dejaba cabos sueltos y tampoco era posible que fuesen policías porque eran muy estúpidos. Intentó escuchar lo que susurraban. Nada. Quiso leerles los labios, pero cualquier cosa que saliera de sus bocas le parecía sin sentido e

inconexa. «Tarado», «el dinero», «chist», «pistola», «culo». Palabras que, sin duda alguna, tendrían mucho sentido para ellos, aunque ninguna para él.

—¿Sabes qué? —dijo Rafael, alterado y en voz alta—. Nos lo cargamos y ya está.

Sin dudarle ni un solo segundo, Gabriel Silvas Rivero bajó las manos velozmente, cogió su pistola del cinturón y disparó a los dos chiflados en la cabeza. Finalmente, para asegurarse, les remató un par de veces más en el pecho. La sangre de los cuerpos fluía hacia sus zapatos y no supo cómo reaccionar. ¿Debería mancharse rebuscando en sus bolsillos para averiguar quiénes eran o, mejor, se iba a eliminar a los otros dos?

—¡Qué por culo de situación! —exclamó—. ¡A la mierda!

Se enfundó el pasamontañas y se dirigió hacia la cafetería de la gasolinera. Miró a su alrededor y, por suerte, no había mucha gente dentro en ese momento; empujó la puerta, apuntó al dependiente, le agarró por los pelos y le golpeó contra el mostrador.

—¡Que nadie se mueva, esto es un atraco! —chilló.

Con el rabillo del ojo observó la cámara de seguridad y continuó interpretando su papel.

—Dame todo el dinero que tengas.

Apuntó a los clientes, que no eran más que un viejo con su hija y una pareja de hippies, ladeó la cabeza y dijo:

—¡Maldita sea, se han marchado!

Cogió el poco dinero que había y salió cabreado. Maldiciendo todo lo que se le podía ocurrir, fue directo a los aseos, tiró el dinero al suelo y rebuscó en los bolsillos de los cadáveres. Encontró sus móviles, sus carteras y unas llaves que, curiosamente, eran del coche que había aparcado junto a la furgoneta.

—Bonito Mercedes —musitó—. Al menos, viajaré más cómodo.

XIX

CROQUETAS DE PROBLEMAS

—Hola comisario, ¿podemos hablar? —preguntó Juan.

—No por teléfono, mejor nos vemos en persona. ¿Cuándo y dónde?

—Lo que tardes en llegar al lugar de las croquetas.

—¿Las de bacalao?

—No, las de rabo de toro.

—Muy bien, voy para allá.

Conos de papel repletos de pequeños manjares, aquello era la especialidad de la pequeña taberna. Situada muy cerca de la Comisaría, no tardaría más de diez minutos en llegar; el tiempo suficiente para que Juan y Andrés pudieran tomarse dos cañas cada uno, acompañadas por unas cuantas croquetas. Los cuadros de toros, matadores y plazas que decoraban el lugar, evocaban recuerdos de una España lejana y olvidada. Una serie de retratos de mujeres vestidas a lo *typical Spanish*, como se podía leer en el reclamo que colgaba encima de ellas, rompía la monotonía taurina, aportando al local frescura y colorido.

—No te tenía por macho ibérico —advirtió Andrés.

—Yo tampoco. Vengo aquí por las croquetas, ¿no me dirás que no están deliciosas?

—Lo cierto es que sí. Y si de paso tuviéramos un poco de queso manchego...

—Eso no es problema.

Juan alzó la mano, pidiéndole al camarero el queso y un par de cervezas más.

—Pide otra para mí... sin alcohol, que no tengo el riñón para bromas —dijo el comisario.

—Me alegro de verte —comentó Juan.

—Y yo de ver que aún estáis de una pieza.

La expresión del comisario rebosaba incertidumbre e inquietud.

—Te preocupas demasiado —le dijo Juan.

—No lo creo. Cuando recibí la pistola hice que sacaran e identificaran las huellas, omitiendo las vuestras, por supuesto.

—¿Y qué averiguaste?

—Nada.

—¿Nada?

—Eso es lo que me llamó la atención —comentó el comisario, preocupado, a la vez que bebía un sorbo de cerveza y apuraba otra croqueta—. Al hombre que intentó mataros no le clasificaría como un criminal corriente; sin duda alguna, era un profesional, y de los peligrosos.

—Será difícil dar con él —afirmó Andrés.

—Esta es la parte que más me preocupa —continuó el comisario—. Le encontramos la noche pasada.

Juan se estiró hacia atrás y se le tensaron los músculos.

—¿Dónde le tenéis? Tengo muchas ganas de decirle una palabra o dos.

—Está muerto, Juan. Un policía local le encontró descuartizado dentro de una bolsa de basura al lado de un contenedor. Ni siquiera se molestaron en ocultar el cuerpo... o los trozos... —dijo el comisario, sin ocultar su repugnancia—. La cuestión es que le dejaron allí por un motivo...

—... para atar los cabos sueltos o para intimidarnos —interrumpió Juan.

—O ambas cosas.

El silencio se apoderó de los tres hombres. Sólo el ruido del bar rompía el incómodo momento de indecisión, con las chorradas de un anuncio en la tele o una queja proveniente de la cocina. Eso era todo. El inspector Marengue sabía desde el primer momento que se adentraba en aguas turbulentas, lo que no imaginaba era que fueran las de un inmenso océano, repleto de tiburones, medusas venenosas e innumbrables depredadores. El hecho de que a alguien no le importara masacrar a uno de los suyos, para dar ejemplo y mandar un mensaje, resultaba perturbador.

—¿Qué habéis averiguado hasta ahora? —preguntó el comisario.

—Estamos convencidos de que existe una organización muy grande que se dedica a la trata de bebés. Pero no hablamos de unos cuantos sinvergüenzas, chupasangres y manipuladores del sistema. ¡No! Hablamos de gente que ha creado una estructura inmensa con la capacidad de proporcionar recién nacidos a cualquiera que se lo pueda permitir, en cualquier lugar del mundo...

Juan comenzó a describirle lo que habían visto en la película, cómo la consiguieron y cuál era la información en la carpeta de Fernando. El comisario no dejaba de echarse las manos a la cabeza, de comer croquetas con ansia y de beber tragos de cerveza como para ahogarse. Por el contrario, Andrés había perdido el apetito, la envergadura de los acontecimientos sobrepasaba con creces las noticias en las que él acostumbraba involucrarse. Fraude político, escándalos financieros, algún que otro accidente grave u otras novedades sin importancia.

—... y quiero que pongas a Andrés a salvo —terminó Juan.

—Esta noche me lo llevaré conmigo a casa, después ya veremos.

El joven periodista se despertó de su letargo reaccionando:

—¡De eso, nada!

—Andrés —dijo Juan, con voz firme y convincente—, no es un juego de niños ni te va a salvar un pase de prensa. La gente a la que buscamos hará lo que sea para deshacerse de todo aquel que ose interponerse en su camino.

—Pero no sólo se trata de ti y de mí, sino de todas las familias engañadas, todos los niños vendidos y todas las mujeres asesinadas. Yo no pienso dejarte solo y estoy convencido de que tú sabes que puedo ayudar.

Juan asintió a regañadientes.

—Entonces, os vais a Francia, ¿decidme qué necesitáis? Haré todo lo que pueda para ayudaros —preguntó preocupado el comisario.

—Lo importante es mantener el caso apartado de las autoridades, y en particular de Pedro. No me fío de nadie más que de ti.

—Abriré un expediente confidencial para poder cubrir vuestras espaldas en el caso de que algo pasara.

* * *

La temperatura era agradable, la música que se escuchaba por el altavoz le relajaba y el vaivén de la gente por la acera le hacía sentirse sociable. Pensaba en su vida de una forma filosófica, muy lejos del análisis metódico con el que solía meditar las cosas; una bocanada de humo era impulsada por sus pulmones, le atravesaba la garganta escapándose en forma de círculos que terminaban disolviéndose en la inmensidad del aire. Removía su café, tomaba un sorbo, volvía a removerlo, tintineaba con la cucharita, y resoplaba convencido de que todo iría bien. Jamás se había sentido así. Nunca había disfrutado tanto de los pequeños detalles, que hasta hacía muy poco ignoraba, despreciaba, o sencillamente no sabía apreciar su verdadera naturaleza.

—¿Le traigo algo más? —preguntó el camarero.

Gabriel Silvas Rivero, sentado en un café al otro lado de la calle donde se encontraban sus objetivos hablando, sonrió de corazón, contestando:

—No gracias. Por cierto, el café es estupendo.

Pagó al camarero, dejando una generosa propina, y se levantó nada más ver que los tres hombres salían del bar.

—Acabaré con vosotros hoy mismo —pensó—. A ver dónde demonios os dirigís ahora.

Paseó disimuladamente hasta una farola cercana, plagada de publicidad, para resguardarse de las miradas y siguió observándoles. Cuando los dos objetivos empezaron a caminar en dirección contraria a la del tercer hombre, él les siguió por la otra acera.

—Si entráis en un aparcamiento subterráneo puede que tenga suerte —susurró.

Aprovechando un semáforo en verde cruzó al otro lado, situándose justo detrás de ellos; tan cerca, que casi podía tocarles. Ahora se aprovechaba del camuflaje de la muchedumbre, rostros desconocidos sin nada que contarle; él se transformó en uno de ellos, desapareciendo, acercándose cada vez más. Muy cerca. En ciertos momentos, hasta era capaz de oír parte de la conversación que mantenían; nada importante, sólo fragmentos. Las voces de sus futuras víctimas se acababan de grabar en su mente; normalmente, eso le daba igual, hasta le causaba un excitante morbillo que le hacía sentirse todo poderoso, un Dios. Aunque, en ese preciso momento, una angustiada pesadez revoloteaba sobre su conciencia.

«Dale a tu cuerpo alegría macarena...»

El poli-tono de uno de los móviles que llevaba en los bolsillos le llamó la atención. «Será de los cadáveres de la gasolinera», pensó. Miró la pantalla y ponía: «TOCAPELOTAS». Descolgó y, en completo silencio, aguardó a que el susodicho hablase primero.

—...

Ni una palabra.

—¿Qué os pasa, tarados de mierda? ¿No os dije que me mantuvierais informado?

—...

El Rubio esperó unos segundos hasta que habló de nuevo.

—Vamos a veeeeer... vamos a veeeeer. Si no me explicáis ahora mismo, dónde os encontráis y qué estáis haciendo... No sólo me voy a cagar en las montañas del pelele, sino que os colgaré por los huevos hasta que parezcan morcillas podridas.

—...

—¿Me estáis oyendo? No hacéis más que...

El Rubio percibió que algo iba mal y dejó de echar broncas.

—¿Quién eres? —preguntó.

—...

—Ni te imaginas dónde te has metido, seas quien seas. Te aconsejo que me digas quién eres y dónde están mis chicos; a lo mejor así te mato sin torturarte cuando te ponga las manos encima.

Gabriel Silvas Rivero ladeó la cabeza y parpadeó con rapidez.

—Tus chicos están muertos, pero no te preocupes, pronto iré a por ti.

—¿Cómo dices? —dijo El Rubio, extrañado—. ¿Quién coño eres?

—Soy el demonio —contestó el asesino antes de colgar.

Guardó el teléfono en su bolsillo, mientras apretaba con fuerza la mandíbula.

—Se han metido en mis asuntos por última vez —musitó cuando comprendió que, en realidad, los dos tipos de la gasolinera iban tras sus objetivos—. No le gustaba que se metieran en sus asuntos, eso ponía su vida en peligro y le retrasaba. Si no fuera por ellos, ya habría cumplido con su contrato y estaría preparado para largarse con Mónica.

—Esto no quedará así —masculló—. Y sin dejar de seguir a los dos hombres en voz floja, maldecía madres, hijos y espíritus santos; retorciendo la boca.

Después de una caminata de unos cuantos minutos tuvo que detenerse. Sus objetivos habían aparcado en zona azul, así que aún no podría hacerles nada. Tendría que esperar a otro momento, a otra oportunidad. Enseguida detuvo un taxi y, con sonrisa fingida, miró al chófer por el retrovisor.

—Sigue a ese coche, por favor. A ver si consigo sorprenderles con los regalos de su aniversario.

El taxista no ocultó su emoción.

—¡Sorpresa en marcha! —carcajeó.

XX

EN FRANCIA

Andrés salió del coche, se colocó las manos en la cintura e hizo un par de estiramientos para relajar los entumecidos músculos de su espalda. El sol asomaba por el horizonte y sus rayos se estampaban sobre un torreón de piedra, más propio del siglo XVII, alzándose majestuoso con la bandera francesa y ondeado a lo más alto. El amarillento de la piedra, adornado con el lila del amanecer, en cierto modo deslumbraron al joven que acababa de pasar una noche terrible. Se frotó los ojos y olisqueó sus axilas.

—¡Qué asco! —dijo en voz baja.

El tacto de la hierba fresca bajo sus pies descalzos le espabiló un poco, aunque lo que más le apetecía era un café bien cargado acompañado por una tostada o un cruasán. «¡Qué demonios! Estamos en Francia», pensó.

—Buenos días —dijo Juan, con voz perruna.

Su aspecto era aún más desalineado que el de Andrés. Con los pelos revueltos, la chaqueta arrugada, la cara marcada por el asiento y la mitad de la camisa saliéndose de los pantalones, sería un milagro que entrase en la universidad Gala sin que le tomaran por un vagabundo o por un loco.

—Menudas pintas...

—Anda que las tuyas... —terminó Andrés.

—Tienes razón, será mejor asearnos un poco antes de entrar con una postal en busca de una mujer que ni siquiera sabemos si sigue aquí.

—O si ha estado aquí en algún momento.

—Eso mejor ni pensarlo. Busquemos unos aseos para arreglarnos y así evitar que piensen que somos unos cerdos. Estoy seguro de que cerca de las instalaciones deportivas encontraremos unos.

Andrés asintió, se calzó los zapatos y caminaron ambos hacia un campo de rugby. Poco a poco, por todos lados empezaron a aparecer estudiantes, cruzándose y dirigiéndose a diferentes lugares del campus. Muchos de ellos, principalmente las chicas, les miraban con cara de asco, procurando evitarles, mientras unos pocos levantaban el pulgar diciendo frases como *yea man*, *ok* y otras cosas que sencillamente indicaban que les comprendían y les envidiaban por el fiestón que se acababan de pegar. Ellos decidieron hacer caso omiso a todos, buscando los aseos.

No lejos de allí, cerca de un jardín cubierto y repleto con flores de todas clases, encontraron lo que buscaban. El olor a lejía les despejó bastante y el agua fría terminó de despertarles.

—¿Has pensado cómo preguntaremos por esa tal Maribel? —dijo Andrés.

—Sí.

—¿Y me lo podrías contar?

Juan intentaba secarse con papel higiénico, que se le pegaba por todas partes, cuando le contestó:

—Claro.

Sin decir nada más, se abrochó la camisa, terminó de arreglarse, y se dirigió hacia la salida.

—Termina, que no tenemos todo el día —subrayó.

Después de preguntar a un par de estudiantes, en francés hispanizado, por el edificio donde se encontraba el despacho del decano y recibir indicaciones en mejor castellano que el que ellos hablaban, la complejidad del plan del inspector brilló por su ausencia.

—Aquí sí que ponen interés en aprender idiomas —comentó Juan, mientras caminaban.

Básicamente, tenían que seguir un camino de piedra grisácea hasta llegar a un edificio inclasificable. Las paredes, con forma de barco tumbado, las ventanas de estilo moderno espantoso, los acabados perfectos y pintados de color ladrillo. Nada más entrar, se acercaron a una mujer de avanzada edad que parecía haber salido de un libro de recetas para ancianas, con su típico peinado, sus gafas de pasta negra y una camisa blanca pasada de moda. Estaba sentada, tras una especie de recepción empotrada bajo unas escaleras de caracol, y pocos minutos después de preguntar dónde podrían encontrar el despacho del decano, ambos estaban sentados frente a un hombre mayor, con pinta de sabio del siglo xx. La exuberancia de su barba blanca, que terminaba en punta, únicamente era superada por unas pobladas cejas que le otorgaban un aspecto aún más respetable y sombrío. Se le podía imaginar con una regla en la mano, dando palos en la punta de los dedos a los alumnos que no prestaban atención a la lección o que tachaba de rebeldes.

—¿En qué puedo ayudarles, caballeros? —preguntó el decano.

—Venimos de España —dijo Juan y mostró su placa—. Yo soy policía y mi compañero periodista.

—Una extraña combinación —comentó el decano, endureciendo su mirada.

—Ciertamente, lo es.

—Aunque supongo que el asunto no es oficial.

Juan guardó la placa, echándose hacia delante.

—¡Ohh! Sí que lo es, lo que ocurre es que, dada la gravedad del asunto, no hemos tenido el tiempo necesario para realizar los trámites oportunos y ponernos en contacto con las autoridades locales.

—Entiendo —contestó, juntando los dedos de las manos—. Bueno, de todas formas intentaré ayudarles en la medida de lo posible; deberán comprender que debo ser prudente en mis actuaciones.

—Por supuesto.

—¿A quién buscan? —preguntó el decano, clavándoles la mirada.

—A una mujer.

—Me temo que deberán ser más explícitos, aquí hay muchísimas mujeres. Una descripción sería de gran ayuda y un nombre completo mucho más.

El inspector sacó del bolsillo interior de su chaqueta la postal y la entregó al decano.

—Esto es todo lo que tenemos.

Con tan sólo tocar la postal, su cara cambió de color. Primero rojo, después amarillo y luego con una mezcla de ambos; sus labios temblaron y no paraba de removerse en su asiento.

—Necesitaría algo más que una simple postal.

—No sé si se ha dado cuenta del nombre del firmante.

El decano permaneció en silencio.

—Maribel —dijo Andrés, levantándose para enseñárselo.

—Sí, sí. Lo he visto.

—¿Ese nombre le es familiar? —preguntó Juan.

—No.

—¿Nunca ha conocido a una mujer que se llamara Maribel? Siendo decano de una universidad habrán pasado decenas de alumnas por aquí. Puede que hasta profesoras o familiares de los empleados.

—Seguramente, pero eso no significa que haya conocido alguna de ellas lo suficientemente bien para considerar identificarla como la firmante de esta postal.

Dejó la postal sobre el escritorio. Su cuello se tensó y empezó a mover los dedos con nerviosismo. Cogió un bolígrafo, lo palpó, lo volteó, y lo colocó de nuevo en su sitio.

—Lamento no poder ayudarles —terminó, a la vez que les mostraba la salida con la mano.

Andrés se revolvió en su asiento.

—Me gustaría hacerle otra pregunta.

El decano se sentó y asintió, aunque aparentaba molesto e incómodo.

—Querría saber qué opina sobre el secuestro y la venta de recién nacidos.

—Pues me parece algo espantoso ¿por qué lo pregunta? —se mordió los labios.

—Esta tal Maribel está...

Juan le interrumpió, al mismo tiempo que se inclinó para susurrarle en el oído.

—¿Qué estás haciendo?

—El decano no es trigo limpio.

—Eso he podido deducirlo yo solito, gracias —dijo Juan con ironía.

—Yo siempre confío en ti. Déjame que termine con mis preguntas; de todas formas, no parece que vayamos a sacar algo en claro y tampoco tenemos la intención de permanecer en este lugar demasiado tiempo.

El inspector meditó las palabras de Andrés durante un instante y acabó retorciendo la boca.

—De acuerdo, adelante.

Andrés resopló y continuó:

—Como le estaba diciendo, ¿sabía usted que esa tal Maribel está involucrada en casos de rapto y asesinato?

La mirada del decano, ausente, reflejó una profunda indignación. En sus gélidas retinas se dibujó la frase «no tienes ni idea de lo que estás hablando», pero el hombre se limitó a mover la cabeza negándolo todo.

—No es necesario repetirles que no conozco a ninguna Maribel, y mucho menos la que me están describiendo.

Volvió a levantarse, deseoso de acompañarles hacia la salida de su despacho.

—¡Bebés! —voceó Andrés, mostrándole los documentos con las cruces y los nombres tachados—. Recién nacidos junto a sus incautas madres. Confiaron en esta gente, que no es más que basura, y desaparecieron de la vida.

La mandíbula del decano no dejaba de temblar. Sus emociones le delataban, pero no deseaba hablar con ellos.

—Caballeros —dijo con firmeza—, si no desean formularme otra pregunta a la que pueda contestar, les rogaría que me permitieran continuar con mi trabajo.

Andrés se lanzó endemoniado a su mesa para recoger la postal y los papeles.

—Váyase usted al infierno, porque ése es el lugar que le corresponde.

Los nervios se apoderaron del decano. Sus manos temblaban como si un fuerte viento las estuviera sacudiendo, su rostro había palidecido por completo mientras sus orejas destacaban a causa del color rojo fuego, respiraba con ansiedad y tenía la mirada perdida. «Puede que al final Andrés consiga algo», pensó Juan, sorprendido.

—No saben... —balbuceó el decano, señalándoles con el dedo.

—¿Qué es lo que no sabemos? —preguntó Andrés.

—Será mejor que se marchen o me veré obligado a llamar a seguridad y a la Policía.

Juan se situó frente al decano, a la distancia de un suspiro, y le contestó calmado:

—No se preocupe, usted —dijo la última palabra con retintín—, ya nos marchamos.

Agarró a su compañero y, antes de cerrar la puerta, se detuvieron en el pasillo, echándole una mirada inquisidora.

—Y que Dios le perdone —terminó el inspector.

La última frase alteró tanto al decano que no logró mantenerse de pie y cayó en su sillón derrotado, perseguido por los recuerdos.

* * *

Cuando salieron del edificio, Andrés observó con recelo a Juan y, sin disimular su enfado, le dijo:

—¿Por qué no me has dejado terminar?

—¿A qué te refieres? —preguntó confundido.

—Si me hubieras dejado un par de minutos más seguro que habría conseguido información.

—No lo creo —afirmó Juan con seguridad—, no sólo no estaba dispuesto a hablar, sino que si llega a verse acorralado hubiera avisado a la Policía y estaríamos arrestados. Aquí no tenemos ninguna jurisdicción, y él lo sabía.

—Pero...

—Nada de peros. En realidad, has hecho un trabajo magnífico.

—¿De veras?

—Le has sacado de sus casillas. Lo normal es que se hubiera mantenido callado, esperando a que nos fuéramos. En vez de eso, sus miedos aparecieron y le delataron.

—¿Y qué ganamos con saberlo?

—Es muy sencillo; ahora sabemos que merece la pena plantarnos aquí y esperar a que termine su trabajo para poder seguirle hasta un lugar donde él se crea seguro. Con un poco de suerte, y viendo la facilidad con la que se pone nervioso, lo más probable es que contacte con alguien para contarle lo ocurrido, o que intente destruir cualquier prueba que le pueda relacionar con el caso.

—O llamar a Maribel.

—Todo es posible, aunque también cabe la posibilidad que no haga absolutamente nada.

Andrés metió las manos en los bolsillos y resopló:

—A esperar se ha dicho.

XXI

BAJO EL SUELO

El sol acababa de alcanzar la hora vaga, bajando con su cósmica parsimonia para esconderse tras las montañas que, como dueños y señores de la tierra, ocupaban el interminable horizonte. El frescor de la noche se acentuaba con el paso del tiempo, aunque la piel de los dos compañeros se había insensibilizado a causa de la curiosidad. No sentían sus propios cuerpos. Al verse tan cerca de alguien con respuestas que ofrecerles, sus mentes divagaban entre hipótesis imposibles de demostrar y macabros detalles difíciles de digerir. Ni el hambre, ni el dolor de cuello, ni la falta de aseo les preocupaba demasiado.

—¿Será ése? —preguntó Andrés.

—Noooooo. Deja de preguntarme lo mismo cada vez que alguien abre la puerta para salir del edificio.

—Lo siento, es que estoy deseando acercarme...

—De eso, nada —replicó Juan con seriedad—, le seguiremos de lejos, sin perderlo de vista. Quiero interrogarle en un lugar más... íntimo, por así decirlo.

—¿Piensas pegarle?

—Tanto como pegarle, no; aunque si tengo que agitarle los huesos un rato no me lo voy a pensar dos veces.

—No comprendo cómo alguien podría vivir con una carga tan pesada. Formar parte de un grupo o una organización que se dedica a raptar a bebés, asesinar a madres, traficar con vidas o Dios sabe qué más, a mí me robaría el sueño.

—Deja de parlotear, que ahí va nuestro hombre —dijo Juan, señalando al decano a la vez que se apartaba para ocultarse.

Tenía aspecto desaliñado, como si hubiese estado discutiendo durante todo ese tiempo. La camisa mal puesta, los pantalones torcidos, el pelo revuelto, la barba enredada. No parecía la misma persona de antes. Con el paso acelerado y la mirada perdida en el suelo, bordeó el edificio hasta perderse por un camino que daba a la parte trasera.

—Rápido —indicó Juan—, no le perdamos el rastro.

Esprintaron hasta la esquina y se apoyaron sobre la pared, jadeando.

—¿Le ves? —preguntó Andrés.

—Sí, está abriendo la puerta metálica de un cuarto de electricidad o algo parecido.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque es unas de esas estructuras de cuatro por cuatro que, o sirve de almacén o de zona de trabajo.

—¿Qué habrá escondido ahí?

—Pronto lo averiguaremos.

Cuando el decano cerró la puerta, los dos corrieron hasta situarse uno a cada lado. Con el dedo en la boca, indicando silencio, Juan arrimó la oreja con la intención de escuchar qué ocurría en el interior. Un ruido lejano se perdía entre las paredes. Daba la impresión de que el decano estaba dando golpes con un tubo a un baúl vacío. «¡Qué extraño!», pensó Juan. Andrés le interrogaba con la mirada, sin obtener respuesta, ansioso por saber qué estaba pasando. La confusa expresión del inspector le intrigaba, incitándole a imaginarse escenarios cada vez más imposibles. Un archivador repleto de pruebas incriminatorias, unos vídeos donde aparecen los culpables, una caja llena de trofeos, como joyas o prendas, un altar de sacrificios, una habitación donde torturar a sus víctimas... cualquier suposición valía.

—Ahora no oigo nada.

Andrés acercó la oreja:

—Es como si no hubiese nadie ahí dentro.

—Ha llegado el momento de entrar —dijo Juan, antes de girar el manillar.

La puerta no se abría.

—El muy cabrón ha cerrado con llave.

—No importa, forzaremos la cerradura.

—¿Sabes hacerlo? —preguntó Andrés, sorprendido.

—Siempre es bueno saber cómo se hacen las cosas. Hasta las indecentes.

—Tengo la sensación de que cuando pasas mucho tiempo con delincuentes al final algo se te pega.

Juan sacó de su cartera dos ganzúas y empezó a trastear la cerradura.

—Date prisa —susurró Andrés.

—A ver si vas aprendiendo a cerrar la boca cuando otro intenta concentrarse, a menos que tú quieras abrir la puerta.

—Yo no sé cómo hacerlo.

—Entonces, cállate y aprende.

Cuando por fin lo consiguió, una sonrisa rozó la comisura de sus labios.

—Con cuidado —dijo Juan.

A la derecha, una enorme pila de cajas de cartón se amontonaba hasta el techo; mientras, a la izquierda, una estantería de madera albergaba incontables botecitos llenos de tornillos, clavos, arandelas, alcayatas y un montón de herramientas de uso diverso. En el centro, una escalera metálica, parecida a la de los barcos, descendía hacia un corredor por donde pasaban varias tuberías de considerable grosor.

—Seguro que son los conductos de agua, gas, electricidad y los desagües —supuso Juan—. Veamos hacia dónde nos llevan.

El lugar estaba cuidado. A primera vista, no se distinguía algo sospechoso o fuera de lugar. Las tuberías, pintadas de rojo, verde, amarillo y azul, parecían nuevas, como si el responsable de mantenimiento dedicase largas jornadas de trabajo y no tuviera

otra cosa que hacer. Las paredes también estaban en excelente estado. Los dos hombres caminaron en línea recta, lo más sigilosamente posible, con la intención de sorprender al decano con una prueba en la mano y así poder sonsacarle las respuestas que buscaban. En el techo, atornillada cada cuatro metros, una línea de fluorescentes daba la impresión de perderse en un túnel sin fin.

—Fíjate en esto, a partir de este punto alguien ha anulado las luces —observó Juan.

—Creo haber visto una linterna junto a las herramientas, voy a por ella.

—Buena idea, te esperaré aquí.

Juan aprovechó para examinar mejor el lugar. En este punto, las paredes no estaban conservadas igual de bien; la humedad lagrimaba sobre su superficie, creando manchas negras que se alargaban hasta el suelo y las tuberías seguían en buen estado, sin duda cuidadas por el mismo hombre, aunque a estas alturas no tenían el mismo aspecto que al principio. El óxido rodeaba los soportes, que se hundían en la pared, y la pintura estaba desconchada.

—No vienes mucho por aquí, ¿verdad? —susurró el inspector.

Pasó el dedo por una grieta, que le llamó la atención, y comprobó que el cemento se deshacía con muy poca presión.

—O puede que no seas el mismo encargado de mantenimiento. Es otro quien viene por aquí... pero, ¿por qué? —dijo, quedándose pensativo.

—Traigo la linterna —le interrumpió Andrés.

—Yo iré delante.

Para evitar preocupar a su joven compañero, no desenfundó la pistola, aunque sí mantuvo la mano cerca de la funda. La luz de la linterna no iluminaba demasiado, sólo desvelaba trazos de aquel lugar que cada vez tenía más aspecto de haber sido abandonado. Unas pintadas extrañas les llamaron la atención. Muy similares a las chapuzas de un grafitero novato, las líneas rojas se cruzaban con otras amarillas creando una forma difícil de definir; se mezclaban de manera aleatoria, aunque un detalle llamó la atención del inspector.

—Sujeta la linterna —le dijo a Andrés, alargando el brazo—, creo que he visto algo.

Rebuscó en su cartera, encontró una vieja tarjeta de crédito y empezó a rascar la pintura de la pared.

—¡No puede ser! —exclamó dando un paso hacia atrás.

Siguió retirando la vieja capa de pintura, sin evitar dañar la pared, aunque eso poco le importaba. El grafiti desaparecía, dejando lugar a un letrero de caligrafía sobria, donde de momento se distinguían las letras «LAN» de un considerable tamaño.

—Busca algo para ayudarme —le dijo a Andrés.

El polvo caía al suelo con celeridad, dejando al descubierto las letras «P» y «T».

—¡Bingo! —dijo Juan, manteniendo la calma.

Antes de desenfundar su arma, miró a su joven compañero, indicándole que a partir de ahí debería mantenerse detrás de él.

—Vamos por el buen camino, lo que implica que debemos ir con precaución.

—Estoy de acuerdo —asintió Andrés, sin apartar la vista de la pared.

«PLANTA 14»

Continuaron la búsqueda del decano, pero ahora sabían que se trataba de uno de los culpables y, por ello, debían tener mucho cuidado. Medían cada paso que daban, se detenían cada vez que algo les hacía dudar, examinaban toda rareza aunque no lo fuera y calculaban las probabilidades de ser atacados. La humedad resultaba tan espesa que se les pegaba en la garganta, a la vez que convertía el simple hecho de respirar en una detestable necesidad. Entre los nervios y los malos olores, las tripas daban vueltas, revolviéndose de asco, aumentando la sensación de malestar.

—¿Ves lo mismo que yo? —preguntó Andrés, iluminando el fondo del pasillo.

Con las tuberías desapareciendo en el interior de una pared, los dos hombres se rascaban la cabeza, confundidos, intentando recordar algún detalle que se les hubiera escapado; indicándoles una puerta tapiada, la existencia de otro pasillo, un boquete en el techo u otra escalerilla hacia un segundo sótano.

—¿Dónde nos hemos equivocado?

El inspector golpeó la pared.

—El decano de las narices no habrá desaparecido por arte de magia. Seguro que algo se nos ha escapado. A lo mejor, hay una puerta oculta en el lugar donde encontramos las pintadas —continuó cabreado.

—No recuerdo haber visto algo relevante.

—Yo tampoco, pero debemos empezar por alguna parte.

—Maldita sea —blasfemó Andrés.

—Venga, no podemos perder más tiempo.

Juan dio media vuelta.

—¡Espera! —exclamó Andrés con cara de sorprendido—. Mira lo que he encontrado.

Alargó el brazo, apoyado sobre la pared, y lo extendió hasta que desapareció en la nada.

—¿Cómo has hecho eso?

—Sólo es una ilusión óptica —dijo Andrés, sonriendo—. En realidad, es muy sencillo, acércate y lo comprobarás.

—Vaya, vaya... un estrecho pasillo oculto.

—Necesitas acercarte mucho para darte cuenta. Es ingenioso, ¿verdad? —comentó Andrés, mientras se apretujaba para pasar al otro lado.

El inspector metió la cabeza por la abertura.

—¿Ves algo?

—Sí, estoy seguro de que el decano ha pasado por aquí.

Metió barriga, resopló para soltar el aire y cruzó.

—Menos mal que llevo unos días sin hincharme a comer —bromeó, sacudiéndose el polvo de la ropa.

Cuando levantó la mirada, no era capaz de creerse lo que veía. Acababa de entrar en una sala de control literalmente cortada por la mitad. Por un lado, se distinguía un armario hecho pedazos, un escritorio con un flexo en la parte izquierda, cuatro literas donde antaño descansaban los guardias, una especie de calabozo improvisado, aunque de gruesos barrotes, y una ventanilla para el control visual. Por el otro lado, la pared se alzaba impenetrable, pero con un boquete hecho a mazazos en la parte inferior. Justo en el centro.

—Me recuerda un poco lo que vimos en la vieja película —comentó Andrés, pasando la linterna por todas partes.

—Es muy similar —concordó Juan—. Si no fuera porque el techo es más bajo, no sería capaz de distinguirlas.

—Veamos qué hay detrás de la pared.

El joven periodista se agachó, metiéndose de lleno en el boquete.

—¡Tienes que ver esto! —le dijo a Juan sacando la cabeza.

XXII

SABOTAJE

Antes de aparcar el coche, decidió dar vueltas por el campus para cerciorarse de que nadie se encontraba cerca. De noche, era más fácil detectar a los viandantes, que siempre paseaban bajo el cobijo de las farolas o se juntaban en los bares cercanos donde abundaba la diversión. Pero también existían los curiosillos que, con el afán de mantenerse alejados de los habituales garitos, se reunían en los rincones más oscuros para charlar, tomarse unas latas de cerveza o embriagarse con el humo del cannabis. Al asegurarse de que el perímetro no era frecuentado por miradas extrañas, aparcó al lado del Land Rover del inspector y lo acarició con un enfermizo cariño.

—¿Estás aquí solito? —preguntó Gabriel Silvas Rivero a la inerte máquina—. Supongo que no te gusta que te metan mano, pero yo necesito quitarme unos problemas de encima y me temo que acabarás malparada. Así es la vida.

Abrió el maletero de su coche, sacó una caja de herramientas y una mariconera negra. Contento por aprovechar la oportunidad de matar a sus objetivos fuera de España, silbaba una melodía más apropiada para ocasiones festivas que fúnebres.

—¿Me permites hurgar bajo tus faldas? —continuó Gabriel Silvas Rivero con su ridícula, aunque satisfactoria, conversación—. Porque eres una chica, ¿verdad? Como si no aguantarías las conversaciones de dos malnacidos que no han dejado de provocarme dolores de cabeza.

Se detuvo durante un segundo.

—¿Cómo dices? Pues claro que soy consciente de que han tenido mucha suerte, pero como todo lo bueno, tarde o temprano llega a su fin, la vida de estos dos tormentos también lo hará muy pronto.

Jugó con unos cables de colores, envolvió con cinta un troco de C-4, clavó el detonador en el explosivo, conectó un interruptor que se activaba con cualquier cambio de corriente y acabó tirándose al suelo.

—Ahora he de tocarte las entrañas. Espero que no te ofendas.

Introdujo una pinza en la parte inferior de la rueda, para llegar hasta el cierre del capó, y la movió con mucho ahínco.

—No me vale, creo que lo intentaré con el alambre.

Estiró la mano para coger lo que necesitaba de la caja, pero entonces se topó con el pie de un extraño.

—¿Puedo ayudarle?

Gabriel Silvas Rivero asomó la cabeza, sonriendo.

—Claro, cómo no. ¿Podría hacer fuerza en el capó del motor? Se ha atascado y no consigo abrirlo.

Sorprendido por haberle respondido de una manera tan espontánea, el guardia contestó:

—Ahora mismo.

—En cuanto se lo diga, tire con fuerza.

—De acuerdo —contestó el guardia, colocando los dedos en el extremo del capó.

—¿Preparado?

—Preparado.

—Ahora.

A pesar de tirar con mucha fuerza, el capó no se abría.

—Creo que no lo estoy haciendo bien —dijo, apretujando los labios Gabriel Silvas Rivero—. ¿Me puede acercar el trozo de alambre grueso que hay en la caja?

—¿Este de aquí? —preguntó el guardia, enseñándoselo.

—Ese mismo, gracias.

Lo introdujo hasta donde se suponía que estaba el enganche de seguridad y tiró con fuerza.

—Creo que ya está —dijo contento Gabriel Silvas Rivero.

El guardia levantó el capó, movió la palanquilla del cierre e hizo fuerza hasta abrirlo.

—¿Le puedo ayudar en algo más?

—Mi querido amigo —le sonrió mientras se sacudía el polvo de la ropa—, me ha evitado un disgusto. No quiero abusar de su buena voluntad, además, ahora sólo he de conectar la batería.

—Entonces me marchó —dijo el guardia, saludando cortésmente.

—Gracias por todo.

Buscó el cable que conectaba el interruptor del motor de arranque con la batería, le colocó un clip de puenteado y enchufó el explosivo.

—*Et voilà*. Listo para los fuegos artificiales. Menuda sorpresa les espera —bromeó el asesino.

Subió al coche, satisfecho por un trabajo bien hecho, arrancó, condujo hasta un lugar lo suficientemente lejos y a la vez cerca para no perderse el espectáculo. También quería asegurarse de que los dos morirían en la explosión. Ya habían escapado demasiadas veces y deseaba cerciorarse de que, esta vez, el asunto quedaría zanjado. «Ahora toca esperar», pensó al apagar el motor. Abrió su macuto en busca de un paquete de galletitas saladas que había guardado, por si acaso, pero encontró algo muy diferente; el picardías negro de Mónica. Los pelos se le pusieron de punta. Con el corazón latiendo de una forma poco habitual para él, lo acarició embargado de una extraña ternura antes de acercárselo a la nariz. Impregnado por el aroma de su piel, la prenda le transportó a los brazos de la mujer que le había devuelto a la vida. Una vida con la que él había dejado de soñar desde hacía mucho tiempo o que quizás jamás llegó a plantearse.

—De inmediato, regresaré a casa —susurró.

Entonces apartó la nariz del picardías y miró por la ventanilla del coche. La palabra «casa» le perforó la mente. Permaneció pensativo, intentando averiguar qué significaba para él aquella sencilla e impronunciable palabra, que ahora no era capaz de olvidar. «Me estoy haciendo viejo, —pensó—. Viejo y débil». Analizó el resultado de los largos años de duro trabajo que llegó a emplear para llegar a ser quien era. Pero, ¿quién era en realidad?

—Viejo y débil —repitió en voz baja.

Recordó las palabras de uno de sus amigos de la adolescencia, quien solía decir: «Es inteligente triunfar en la vida, volcando todo tu empeño en lo que haces, pero es aún más inteligente retirarte justo en el momento que presientas que algo no va acorde a tus planes».

—Supongo que es demasiado evidente, no me caben dudas —se dijo a sí mismo, hablando al espejo retrovisor.

XXIII

BAJO TIERRA

Mientras tanto, en los túneles...

—Nunca me imaginé que vería una cosa así y menos buscando a un depravado asesino de criaturas indefensas —suspiró Juan, sin ser capaz de percibir la totalidad de aquel lugar.

La oscuridad se rompía por la débil luz de la linterna, desvelando los soportes de una antigua construcción. El techo de piedra grisácea, colocada formando arcos que se cruzaban una y otra vez, estaba colonizado por un sinfín de arañas que permanecían ocultas en las grietas, desde donde nacían las extremidades de sus telarañas. El blanquecino grisáceo acumulaba la humedad que lagrimaba por las antiguas paredes, brillando cuando el filo de luz pasaba por su superficie.

—Este lugar parece inmenso —comentó Andrés.

Las paredes terminaban en un fondo lejano, uniéndose en bases robustas parecidas a columnas empedradas. Algunas más gruesas, otras más finas, aunque al final todas construidas para cumplir un propósito tanto desagradable como deplorable.

—Son unas viejas mazmorras —dijo Juan—. Cerca de donde se encontraban, en la parte derecha de la pared, unas escaleras metálicas descendían hasta el fondo de aquel lugar. Eran parecidas a las que solían verse en los barcos de guerra. Muy inclinadas y de color azul insípido. La aparición de óxido era evidente, haciendo que la estructura resultase inestable y que los dos compañeros dudasen de su seguridad, pero a primera vista no existía otro camino; así que si el viejo decano había bajado por allí, ellos también lo harían.

—Si este lugar en su día fue modificado para ser un sitio donde realizar experimentos o para servir de almacén, seguro que por aquí encontramos un interruptor de luz —supuso Andrés.

—No me parece una idea descabellada. Dirige la linterna hacia el inicio de la escalera.

En la parte superior de la barandilla, pegado a la pared, no había nada.

—Un momento, si de verdad existe un interruptor ha de estar en un lugar donde sólo unos pocos tienen acceso —dijo el joven periodista.

—En la sala de vigilancia —asintió Juan—. Es muy probable que esté justo detrás de nosotros.

Dieron la vuelta, terminaron de levantarse y de sacudirse el polvo, y empezaron a buscar un cuadro de luces.

—¡Lo he encontrado!

Andrés intentó abrir la puerta metálica, pero no lo consiguió.

—Déjame que lo intente —intervino Juan.

Agarró una piedra del suelo y golpeó el cuadro de luces.

—Más vale fuerza que maña.

—Pensaba que el refrán decía lo contrario —sonrió Andrés.

—¿Qué más da? Lo que importa es el resultado.

Se cubrió la mano con la manga, para evitar ser golpeado por la corriente, estiró la cabeza hacia atrás, con la intención de protegerse de un chispazo, y levantó los interruptores.

—No funcionan —observó Andrés.

—Ya me parecía demasiado fácil. En fin, que hemos de conformarnos con la linterna.

El joven se adelantó. Regresó al boquete de la pared y se dirigió hacia las escaleras de antes.

—Será mejor que baje el primero.

—¿Por qué? —preguntó Juan, que se encontraba a unos pasos de él.

—Muy sencillo. Peso menos y llevo la linterna.

—Muy bien... adelante.

—¿No me vas a decir que no, o sermonearme? —dijo Andrés, extrañado, apuntándole con la linterna.

—Tus argumentos son válidos. Entre eso y el hecho de que si la escalera acaba desplomándose quien se llevará el golpe serás tú, me has convencido —contestó, cruzando los brazos; aunque mostrándose molesto por la luz que le cegaba.

Andrés torció la boca antes de agarrarse a la barandilla. La idea de caerse desde una altura sin determinar no le agradaba demasiado, pero ahora no podía echarse atrás. El primer paso fue bastante tímido, por no tildarlo de miedoso o cobarde. Cuando el quejido del metal resonó por las paredes, la piel se le puso de gallina, su corazón palpitó con fuerza, el aire de los pulmones casi se le congela y la linterna por poco se le escurre de las manos.

—¡Deja! —dijo Juan, tirando de él para alejarle de la escalera.

Agarró la barandilla y pisó con fuerza el primer escalón.

—Esto aguantará sin problemas, ahora dame la linterna.

Bajó la escalera como si nada y comprobó que el suelo se encontraba a unos ocho metros de profundidad. El interior de aquel lugar parecía diferente desde abajo; era como si estuviera en el fondo de un enorme agujero negro rodeado por paredes de piedra, pero sin techo. Entonces oteó su alrededor hasta fijarse en un montón de cajas de madera apiladas en una esquina que tenían escrito a soplete «PLANTA 14».

—¡Es seguro, baja! —avisó a su joven compañero, antes de dirigirse hacia las cajas.

A primera vista, parecían muy deterioradas. Al acercarse, Juan se percató de la cantidad de polvo que tenían incrustado a modo de capa protectora, la cual las mantenía de una sola pieza.

—Es como pegamento de porquería —susurró, frotándose las yemas de los dedos—. Encontró un pestillo oxidado e intentó abrir una de las tapas.

—¿Qué trastos habrá ahí dentro? —dijo en voz baja—. Tiró con suavidad, sintiendo cómo los restos de suciedad, mezclados con el desgastado metal, le impedían abrirlo.

—¡Mierda de cachivache! —exclamó molesto—. Forzó el pestillo hacia arriba y hacia abajo, pero no consiguió ningún resultado. Se mordió los labios, luchando por contener su mal humor, a la vez que sus codos temblaban con cada forcejeo con la caja y que, al final, resultaba infructuoso.

—¡Será posible! —masculló enfadado—. Levantó una pierna, empujó con ansia, le balanceó un par de veces, soltó unos cuantos improperios, acordándose de los padres y las madres de los fabricantes de las cajas, hasta que desistió; pateó una, iracundo, y terminó con la pierna encajada entre los trozos de madera.

—Buen trabajo —dijo Andrés, observando a su espalda.

—Veo que has conseguido bajar —le contestó con retintín—; ahora, si no te importa, sujétame para que pueda liberar la pierna.

—Claro, claro.

Se colocó a su lado, le agarró del hombro y se inclinó hacia atrás.

—Cuidado, cuidado —empezó Juan a quejarse.

Unos saltitos después, el inspector terminaba de liberarse.

—Tanto jaleo y sigo sin saber qué guardan estas cajas.

Andrés no lo pensó demasiado. Empujó una de las cajas, haciéndola añicos contra el suelo. El polvo que levantó ocultó el contenido y se les metió en la boca, los ojos y la nariz, provocándoles un insoportable ataque de tos, por no mencionar el escozor de ojos. Instantes después, cuando la polvareda desapareció, el todo quedó al descubierto.

—¿Qué diablos es esto? —dijo Andrés, recogiendo una bolsa de plástico del suelo.

Juan, desconcertado, cogió otra y dijo:

—Parecen bolsas de suero.

—¿Estás seguro? —preguntó el joven periodista, limpiando la bolsa con la manga.

—Espera, voy a dejar lista la lente de la linterna.

Tres restregones después, Juan acercó la luz a la bolsa.

—¡Es sangre! —reaccionó sorprendido.

—Cajas de sangre, pero ¿cuántas habrá y desde cuándo estarán aquí? —preguntó, Andrés rascándose la cabeza.

Juan regresó a la escalera metálica. Subió unos pocos escalones, levantó la linterna por encima de su cabeza e iluminó su alrededor.

—Hay muchas —comentó.

—¿Cómo cuántas? —dijo su compañero al acercarse.

Las cajas se amontonaban en pilas de una altura considerable. Puede que de tres metros o más. Pero lo que terminó por impresionarles fue el hecho de que no parecían tener fin. La débil luz de la linterna no era capaz de desvelar la verdadera magnitud de aquel lugar, que se perdía en la oscuridad de la antigua mazmorra.

—¿Todas son cajas llenas de bolsas con sangre?

—No lo sé Andrés, pero una cosa está clara, nos enfrentamos a una organización que en su día contó con recursos imposibles de conseguir. Tecnología, mujeres embarazadas, comida, sangre, asesinos a sueldo e instalaciones en varios lugares del mundo.

—De momento, conocemos dos —comentó Andrés.

—Cierto, el que vimos en la película y éste. No me quiero imaginar el alcance de la organización a día de hoy —dijo Juan, preocupado.

—Cuando atrapemos al viejo decano seguro que conseguiremos información.

—Eso espero, porque estos tipos se muestran muy reacios a hablar, pero he de confesarte que estoy perdiendo la paciencia.

—¿Eso qué significa?

—Significa que si el viejo se niega a colaborar, no dudaré en arrancarle las uñas con el fin de conseguir información.

—La idea de torturar a alguien no me gusta.

Juan le iluminó la cara con la linterna y le contestó:

—Eres joven e idealista, como debe ser, pero estoy seguro de que el suelo de este sitio oculta una fosa común llena de restos humanos que fueron torturados antes de ser asesinados. Si quieres, nos ponemos a buscarla y también comentas con ellos tus inquietudes. Pero, claro, no es posible hablar con los muertos.

—Sabes muy bien que no quería decir eso —se excusó Andrés, apartando la linterna de su cara.

—Lo sé, pero todo este asunto me está sacando de quicio.

Andrés le dio un par de palmadas en la espalda antes de señalarle el camino a seguir. En aquel inmenso lugar destacaba un disimulado pasillo construido con planchas de aglomerado, señal inconfundible de que fueron colocadas hacía relativamente poco tiempo. Con cada paso que daban, se liberaba un estridente quejido de madera que resonaba por todas partes, aunque ninguno de los dos se molestaba en suavizar sus andares. Por una parte, deseaban que el decano detectase su presencia para así sentir el miedo apoderándose de sus emociones, igual que sucede con aquellos que son perseguidos; y, por otro, estaban ansiando ponerle las manos encima para sonsacarle toda la información que ocultaba.

No tardaron mucho en sortear las cajas, dejar atrás las planchas de aglomerado y llegar hasta una enorme puerta de metal que daba la sensación de no haber sido abierta durante unos cuantos años. Ambos intentaron abrirla a base de empujones, seguidos de fuertes tirones, pero todo el esfuerzo fue en vano.

—¿Cómo habrá pasado por aquí el viejo? —preguntó Andrés—. Se acercaron a la cerradura y comprobaron que había sido inutilizada por unos clavos de acero que alguien se había tomado la molestia de martillar en su interior.

—Busca una puerta falsa —le indicó Juan al joven periodista.

Pasaron las manos por la superficie, con cuidado de no cortarse, a la vez que retiraban el polvo endurecido que estaba incrustado por doquier.

—Me da la impresión de que el decano no ha pasado por aquí —supuso Andrés—. A lo mejor no hemos hecho bien en seguir el pasillo de los tablones.

—Puede que tengas razón —resopló Juan—, este lugar es un laberinto donde es fácil perderse. Quizás deberíamos volver a las escaleras para empezar de nuevo.

Cuando estaban a punto de regresar Andrés se detuvo.

—Ilumina ese rincón —dijo, señalando la parte derecha de la puerta.

—¿Qué has visto?

—Unas pisadas que desaparecen detrás de ese montón de basura —contestó Andrés, poniéndose de cuclillas.

Los dos siguieron el rastro hasta que llegaron a un lugar rodeado de plásticos parecidos a los que se utilizan en las construcciones cuando quieren evitar manchar el suelo, sólo que en esta ocasión los plásticos servían como cubiertas para pilas de sacos de harina caducada. Las ratas que deambulaban por allí eran de un considerable tamaño, conseguido sin lugar a dudas gracias a la abundante dieta que seguían desde Dios sabe cuándo. Eso sí, la peste de aquel rincón era mucho más nauseabunda que la del resto del lugar. La mezcla de excrementos y cadáveres de roedores podridos no era fácil de soportar, pero detenerse no era una opción. Después de cubrirse la cara con las mangas, se esforzaron por aguantarse las ganas de vomitar y siguieron las huellas conteniendo la respiración todo lo que sus pulmones daban de sí.

Otra puerta de metal, bastante más pequeña, era perceptible en la oscuridad. Juan se dirigió hacia ella impaciente por comprobar si estaba trabada o si, por fin, habían encontrado la salida que tomó el decano. Agarró una palanca e iluminó a Andrés que cruzaba los dedos mientras murmuraba:

—Que se abra, que se abra, que se abra —y empujó con fuerza hacia abajo.

—Lo he conseguido —dijo Juan, contento.

A pesar de su aspecto de vieja, alguien la mantenía operativa, engrasando las bisagras y limpiando el sistema de cierre.

—Al parecer, el viejo decano baja aquí con cierta frecuencia —comentó Andrés.

Sin mediar palabra, Juan cruzó la puerta para verse en una gran habitación parecida a una sala de conferencias o un teatro de altos techos. Por alguna extraña razón, allí dentro sí que llegaba la corriente o sencillamente ellos no fueron capaces

de encontrar el interruptor correcto que encendía el resto de las luces. Ahora, eso no importaba. Dos focos situados cerca de una serie de butacas, uno frente al otro, iluminaban el techo, diluyendo la oscuridad y desvelando algún que otro detalle de la sala. En el otro lado, por encima de una especie de escenario, otro foco iluminaba aquella área, aunque con menos intensidad. Cuerdas, poleas, engranajes, sacos de arena, un falso barco encallado en unas falsas olas, cuatro nubes de atrezo de un color amarillo ceniza, por culpa de la suciedad, dos destartaladas sillas y una sombra que se balanceaba de un lado a otro.

—¡Me cago en los poleos con sabor a menta! —exclamó Juan, colérico.

XXIV

LLEGÓ «EL RUBIO»

En el exterior, la noche seguía su curso sin verse alterada por los acontecimientos terrenales. El campus, hervidero de conocimiento, mentes por cultivar y incensurables fiesteros, no paraba de recibir visitas; era como si se tratase de un peculiar centro comercial sin demasiados vigilantes paseando por sus calles. Y Gabriel Silvas Rivero se encontraba allí. Sin moverse. Esperando a que sus objetivos volvieran a su coche para hacerles volar por los aires, dando así su trabajo por terminado.

Con la mirada clavada en el horizonte, escrutaba los alrededores para no verse sorprendido por el inspector o su compañero. A veces tarareaba alguna canción absurda como el *Saturday Night*, de Whigfield, o sencillamente repasaba una lista mental que había confeccionado tiempo atrás, pero que ahora debía cambiarla por completo con el fin de incluir a Mónica en ella. Su Mónica. Nunca antes llegó a sentir la pureza y la inocencia que emana de una vida poco perversa. En ella se veía a sí mismo. Él jamás llegó a prostituir su cuerpo, pero sí lo había hecho con su alma, y eso era mucho más sucio que lo que su Mónica solía hacer antes de conocerle; porque intentar sobrevivir no era lo mismo que vivir en un vacío de valores, donde el dinero carecía de importancia y el simple placer de matar envenenaba cualquier resquicio de sentimiento que pudiera quedar en su corazón. Mónica lo había cambiado todo. En ella, terminó por ver la oportunidad que hasta el momento nunca tuvo. La ocasión de apartarse de lo que conocía, para vivir una vida relativamente normal. Aprovechó el momento para mirarse al espejo, cosa que no hacía muy a menudo, y se fijó en sus característicos rasgos, que resultaban inusuales, por no decir difíciles de digerir.

—Tienes cara de asesino —se dijo.

Un dolor en el pecho le obligó a cerrar el puño y a sujetarse al volante. Eran los remordimientos. Una sensación que él jamás había experimentado y que ahora era complicada de comprender.

—No te preocupes —continuó hablando solo y en voz alta—, puede que tengas rasgos de malo, pero también hay tipos con cara de babosos y dirigen el país.

El razonamiento le arrancó una sonrisa. Entonces decidió dejar de torturarse y cerró el espejo.

—Ya habrá otro momento para esto —concluyó, antes de volver a centrarse en su tarea.

Pasado un tiempo difícil de determinar, la relativa tranquilidad de la noche fue alterada por la llegada de tres todoterrenos que aparcaron de una manera bastante accidentada delante del edificio principal de la universidad.

—¿Qué estará pasando? —se preguntó Gabriel Silvas Rivero.

Cuando vio a varios hombres bajándose de los coches, al mismo tiempo que se colocaban las pistolas en los costados, resopló:

—La madre que los parió, ¿por qué no pueden entender que yo trabajo solo?

Gabriel Silvas Rivero fue poseído por una incontenible cólera. En un intento por calmarse empezó a restregarse las manos por la cara, pero no servía de mucho.

—¿Por qué?, ¿por qué?, ¿por qué? —repitió varias veces, golpeando el volante con los puños.

Rebuscó en su macuto, sacó dos pistolas con sus respectivos silenciadores, las cargó, cogió unos cuantos cargadores más y arrancó el coche. Su mirada se perdió durante un breve instante, mientras sus pensamientos le ahogaban, confundiendo el orden de prioridades preestablecidas en su cabeza. «¿Y si algún chaval le da por robar el coche para hacerse el bravo con sus amigos?», pensó. Incapaz de controlarse, empezó otra vez a golpear el volante; pero esta vez con más furia.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Antes de conocer a Mónica me hubiera importado un carajo si un imbécil muere por mi culpa! ¡Sólo sería un daño colateral! —continuó voceando y dando golpes a la vez que se bajaba para desconectar la bomba del coche.

Con el cable en la mano y controlando la respiración para calmarse de una vez por todas, cerró los ojos y dijo:

—Primero mataré a todos los capullos que se están entrometiendo en mis asuntos y después me cargaré al detective, junto a su amigo, delante del maldito imbécil que no deja de mandar tarados para incordiarne.

Regresó a su coche, se dirigió al edificio principal y aparcó en una esquina, para no dar el cante.

—Ha llegado el momento de poner punto y final a esta historia —refunfuño, a la vez que se arreglaba la chaqueta colocando las armas.

Cuando estuvo satisfecho con los escasos preparativos de su inminente escaramuza, abrió la puerta del pequeño almacén y bajó las escaleras que le guiarían hacia los túneles.

* * *

Mientras tanto, en el despacho de Víctor Sampedro...

—Me he hartado de los contratiempos —dijo el joven sentado en su sillón.

El nuevo responsable de seguridad que había contratado hacía poco tiempo aún no era capaz de asimilar lo joven que era su jefe. Estaba acostumbrado a seguir descabelladas instrucciones de individuos que carecían de sentido común, pero que tenían suficiente dinero para pagarle, aunque jamás pensó que trabajaría a las órdenes de un chico de casi diecisiete años. Puede que al principio le resultase chocante, pero

a los pocos días comprendió que la madurez del joven superaba con creces su propio raciocinio.

—¿Cómo llevas la actualización del circuito de vigilancia? —preguntó Víctor Sampedro.

—Estará listo, según lo previsto —contestó el fornido hombre.

La carencia de pelo era acentuada con unas patillas demasiado vistosas para el gusto de Víctor; si no fuera por las buenas referencias que traía con él, jamás se habría planteado contratar a alguien así. Vestía traje y corbata, siempre iba muy bien aseado, cuidaba cada detalle de su aspecto y sólo hablaba cuando era necesario. El empleado perfecto para el puesto, aunque el detalle de las patillas le estropeaba la vista.

—Bien —se limitó a contestar el joven.

El responsable interpretó la monosílaba respuesta como el final de la conversación, así que dio media vuelta con la intención de salir del despacho de Víctor Sampedro.

—Me gustan los hombres que hacen pocas preguntas —dijo el joven, deteniendo al fornido hombre—, pero, en ocasiones, uno no muestra inquietudes porque carece de inteligencia.

—Con todo respeto, señor, soy perfectamente consciente de que cuando uno se molesta tanto en perfeccionar un sistema de seguridad, y además contrata alguien como yo para hacerlo, es porque tiene algo que esconder. Estoy seguro de que mi vida está en peligro en todo momento y que el enemigo puede provenir de fuera o de esta misma casa, pero a lo largo de mi carrera profesional he aprendido que sólo tengo que centrarme en proteger al hombre que me contrata. A fin de cuentas, se trata de mantener a salvo su vida, una noble causa a mi entender ya que no existe nada más valioso que la vida humana. Es posible que usted no comparta mi punto de vista sobre lo que es valioso y lo que no lo es, pero ése no es mi problema, sino el de su conciencia.

—Eso me tranquiliza —añadió Víctor Sampedro, con una sonrisa dibujada en los labios que suscitaba temor.

—Pero mi intención no es confundirle, señor. Le protegeré de quien intente acabar con su vida, sin lugar a dudas, pero no mataré por usted. Se lo dije cuando nos conocimos y volví a repetírselo cuando cerramos el acuerdo.

—Mi memoria es mi recurso más preciado. Recuerdo perfectamente nuestro acuerdo.

En ese momento, sonó el teléfono. Víctor Sampedro se limitó a indicarle al responsable de seguridad que le dejase solo antes de levantar el auricular.

—Estamos dentro —le dijo El Rubio—. ¿Qué hacemos si damos con el inspector y su amigo?

—Matadles.

Y colgó el teléfono. Todavía le costaba creer la cantidad de problemas que le habían causado aquellos dos metomentodo. Uno de sus médicos, muerto; uno de los principales investigadores del sector norte, desquiciado; un peligroso asesino, que él mismo había contratado, amenazando a sus hombres. Demasiados cabos sueltos, demasiadas variables sobre el tablero de juego.

* * *

Cuando Víctor Sampedro le colgó el teléfono...

—Estad atentos. Sabemos con certeza que el inspector y el periodista han visitado al decano. Incluso es posible que, ahora mismo, estén con él, así que mantened los ojos abiertos.

El Rubio estuvo a punto de guardar su móvil cuando sonó de nuevo.

—¿Cómo es posible? —se preguntó, mirando incrédulo la pantalla.

Instintivamente, se tapó la boca con la mano. Miró a su alrededor, disimulando el miedo que acababa de recorrer su sistema nervioso y amartilló su pistola.

—¿Qué te pasa? —le preguntó el tipo raro que siempre le acompañaba.

—No estamos solos —dijo, tragando saliva.

—Eso ya lo comentaste hace poco.

—No me refiero a nuestros objetivos.

El Rubio cubrió sus espaldas sobre la pared del túnel.

—Dime qué diablos pasa. Me estás preocupando.

—Mira —le dijo al chepado mostrándole el móvil.

—El número de los hermanos. ¿No los habían matado?

Un disimulado movimiento de cabeza respondió a la pregunta.

* * *

En la entrada de los túneles...

Gabriel Silvas Rivero estaba muy molesto. Lo que su instinto le indicaba a gritos, su mente no era capaz de asimilar. ¿Cómo era posible que el tipo que supuestamente era el jefe de los dos incompetentes que terminó matando en la gasolinera, se encontrase a unos pocos pasos de él acompañado por una docena de matones?

Al haber llamado al «TOCAPELOTAS», se cercioró de la conexión entre los que le contrataron y los hombres que estaba a punto de eliminar. «Cuando te plante una bala en el cerebro no podrás quejarte de no haberte avisado», pensó mientras colgaba. Pronto daría una lección a los indeseables, se desharía de sus objetivos, cobraría lo pactado y regresaría a los brazos de Mónica. Su Mónica.

SÁLVESE QUIEN PUEDA

Una sombra parecía balancearse de un lado a otro, acaparando tanto la mirada de Juan como la de Andrés. El viejo decano se acababa de suicidar. Con los ojos abiertos y la lengua descolgada, su cuerpo sin vida aún temblaba de vez en cuando a causa de los espasmos *post mortem*, hecho que paralizó por completo al joven periodista. Presentaba las palmas de las manos abiertas, un zapato se le había caído al suelo, la barba enredada en la cuerda y un taburete tumbado sobre el escenario. La expresión de su rostro era la de un hombre atormentado; perseguido por sus propios pecados hasta verse empujado al abismo de sus pesadillas.

—Puedes hacer algo con eso —dijo Andrés, sin apartar la vista del ahorcado.

—¿A qué te refieres?

—A eso...

—¿Al tembleque?

—Sí.

—¿Y qué quieres que haga? Que le pegue un tiro.

—¿Funcionaría? —preguntó Andrés, con cara de bobalicón.

—¡Por supuesto que no! —contestó Juan, moviéndole la cara para que dejase de mirar al viejo decano—. Ahora, concéntrate y ayúdame a bajarle de ahí.

—¿Estás de broma?

—¿Acaso tengo cara de estar bromeando?

—No sé si seré capaz de hacerlo —dijo Andrés, tapándose la boca.

—Sólo tienes que sujetarme el taburete para que no me caiga. Eso es todo.

—¿El taburete que usó para suicidarse?

—Maldita sea —refunfuñó Juan—, sólo es un taburete... nada más.

Juan reunió fuerzas, tomó aire y recogió el taburete.

—¿Por qué lo habrá hecho?

—Porque le hemos mencionado el nombre de un ser querido. Alguien a quien amaba, pero que le abandonó cuando se enteró de las atrocidades cometidas por él.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Andrés, con admiración.

—Desde luego, te has vuelto tonto —le contestó Juan, mientras subía al taburete—. Sólo es una hipótesis que jamás probaremos. También es posible que se haya asustado... ¿yo qué sé?

Juan agarró al viejo decano por los pantalones, dispuesto a levantarlo, cuando escuchó los pasos de unos hombres que se acercaban.

—Déjalo todo y escóndete —le ordenó a Andrés, después de saltar del taburete.

Una escalerilla conducía hacia una posición elevada, justo por encima del escenario. Por suerte para ellos, un enorme plástico, enredado malamente entre los maderos, resultó ser el lugar perfecto para ocultarse. Lo peor de todo era la peste. Un asqueroso hedor a humedad, mezclado con el de fruta podrida, les revolvió las tripas. Puede que se tratase de excrementos de rata o de un montón de insectos muertos descomponiéndose, pero resultaba más importante cobijarse que preocuparse por encontrar un lugar adecuado.

—¡Me cago en las manzanas que crecen en el jardín de la madrastra de Blancanieves! —gritó El Rubio—. ¡Rápido, bajadle de ahí!

El mercenario levantó las manos, a la vez que empezó a dar patadas a diestro y siniestro. Su misión era la de retener al decano, un cargo importante en los grupos de investigación, hasta que se le pasara el enfado. Cuando el viejo llamó a Víctor Sampedro para informarle sobre la visita que acababa de recibir y del ataque de remordimientos que desde hacía mucho tiempo no le dejaban dormir, el despiadado joven no dudó en enviar un avión privado para poner el asunto en manos de su hombre de confianza. Lo que no esperaba era que se suicidase.

—¿Qué le digo ahora al jefe? —se preguntaba El Rubio, retorciendo la boca, tirándose de los pelos y mordiéndose las uñas.

Cuando el cuerpo cayó al suelo sonó como si un saco de patatas fuese tirado al remolque de un camión de reparto.

—Tened un poco de cuidado, ¿vale?

Los hombres encargados de descolgar al muerto, giraron a la vez.

—Perdón, pero es que no estamos acostumbrados a rescatar cadáveres —contestó uno.

—Cierto. Más bien solemos crearlos. Ya sabe, los transformamos de vivos a muertos —dijo el otro, intentado hacerse el gracioso.

La mirada fulminante de El Rubio fue suficiente para que los dos hombres volvieran a girarse para cargar con el cuerpo.

—Un momento —les ordenó—. Registrarle los bolsillos.

No encontraron nada fuera de lo normal. Su billetera, unas llaves y su teléfono.

—¿Qué es lo que asoma por el bolsillo de su camisa? —observó El Rubio.

Al agacharse, contempló los ojos del muerto. Había llorado. Puede que se tratase de un miembro de la organización, pero también era un ser humano. Egoísta, de eso no le cabía ni la menor duda; sádico y calculador, eso también entraba dentro de las posibilidades, pero un ser humano al fin y al cabo. Con sus debilidades y virtudes. Aquel hombre estaba llorando por algo que le impulsó a quitarse la vida.

—Entiendo... —susurró El Rubio nada más ver el rostro de una mujer en el papel que retiró del cadáver—. Ellas son nuestros sueños. Ellas son nuestras pesadillas.

Un ruido proveniente del exterior le llamó la atención.

—¿Quién se ha quedado fuera para vigilar? —preguntó.

—Antonio y Miguel —contestó el chepado.

—Diles que vengan.

El chepado fue directo hacia la entrada, se detuvo y asomó la cabeza con precaución.

«Chiiiiiiiiiiiiifffffff»

La bala disparada por Gabriel Silvas Rivero le rozó la cabellera, provocándole un tremendo escozor.

—¡¡¡Aghhhhhh!!! —gritó, a la vez que se cagaba en todos los santos conocidos y los que quedaban por conocer—. ¡Me han disparado!

De manera instintiva los hombres sacaron sus armas y se pegaron a las paredes. El Rubio dejó de preocuparse por el cadáver para centrarse en la situación que, en realidad, no debería haberle sorprendido. Le acaban de coger con la guardia bajada. Oteó la parte superior de la sala en busca de ventanas u otro acceso por donde escapar en caso de verse acorralado, aunque también le preocupaba que el asesino terminase por colocarse en una posición elevada, ganando una tremenda ventaja en esta partida de pistoleros. Nada. El lugar parecía ser el punto sin retorno de un complejo olvidado por la organización. A pesar de haber visitado varias «Plantas 14», El Rubio no encontraba ninguna similitud entre ellas, parecían haber sido construidas bajo un patrón caótico, perfectamente disimulado para aparentar organizado. En pocas palabras, los responsables de dirigir aquellos lugares colocaban lo que les mandaban donde consideraban que existía el espacio necesario o donde les daba la gana.

—Concentraos o este sitio pasará a ser nuestra tumba —aclaró El Rubio.

Dos hombres se colocaron en la puerta y otros dos se tiraron al suelo, preparados para rodar hacia el centro, con la intención de situarse en una posición propicia desde donde disparar. El plan era cubrir a los primeros para que pudieran salir los otros y atrincherarse tras las cajas apiladas a unos tres metros de la entrada.

—¿Listo? —susurró uno.

—Listo —contestó el otro.

Rodaron y empezaron a disparar sin ningún objetivo fijado.

«Chiiiiiiiiiiiiifffffff» «Chiiiiiiiiiiiiifffffff» «Chiiiiiiiiiiiiifffffff»

Gabriel Silvas Rivero falló en sus tres disparos.

—¡Localizado! —vocearon los dos, antes de rodar, apartándose de la puerta.

Ahora, Gabriel Silvas Rivero tenía dos opciones. Quedarse en su posición y aprovechar el probable avance de sus enemigos para conseguir un blanco mejor y matarles, o cambiar de posición, ya que se arriesgaba a recibir una ráfaga de balas que podría resultar letal. Sólo disponía de unos pocos segundos para tomar una decisión. Realizó un disparo a ciegas hacia la puerta para detener el posible avance y,

dando una patada, tiró una pila de cajas al suelo, provocando un desconcertante barullo.

—Se ha movido —aseguró El Rubio.

Los dos hombres que esperaban al lado de la puerta aprovecharon la ocasión. Agacharon la cabeza, encogieron el cuerpo, levantaron sus pistolas y salieron corriendo para ocupar unas posiciones más avanzadas desde donde poder controlar mejor al tirador enemigo.

«Chiiiiiiiiiiiiifffffff» «Chiiiiiiiiiiiiifffffff»

—¡Aghhhhhh! —gritó uno.

—Hombre herido —avisó el otro.

Habían conseguido cobijarse detrás de una pila de sacos, pero uno de ellos fue alcanzado. La bala, clavada justo por debajo del costillar derecho, muy cerca del riñón, se había partido en varios pedazos provocando a su víctima un inmenso dolor, aunque sin terminar de matarle.

—¿Está grave? —preguntó El Rubio.

—No estoy muy seguro, pero no tiene muy buena pinta.

El nerviosismo acabó por apoderarse de la templanza de los matones. Otros dos se resguardaron en ambos lados de la puerta, mientras los que iban a cubrirles desde el suelo se estaban preparando. Revisaban sus armas, recargaban los cargadores, quitaban el polvo de sus pantalones y se concentraron. Por otra parte, el hombre que ya estaba fuera intentó cubrir los ángulos de disparo que no le parecían demasiado peligrosos.

—¿Preparados? —susurró El Rubio, dispuesto a dar la orden de reposicionamiento.

La tensión espesaba el ambiente.

—Pinto, pinto gorgorito, quién será el próximo a quedarse sin pito... —canturreó Gabriel Silvas Rivero.

Aquello les desconcertó. Acostumbrados a tratar con maleantes, chulos de poca monta, comerciantes indefensos, ludópatas perdedores, borrachos y tontos de mal pensar, el hecho de enfrentarse a un profesional de sangre fría les hizo sentir un miedo que les recorría el cuerpo a la vez que les paralizaba el raciocinio.

Al ver que sus hombres estaban un tanto confusos, El Rubio decidió que no perdería nada por intentar dialogar con el enemigo en vez de mandar a otro hombre de su equipo hacia una muerte inminente.

—¡Esto no conduce a ninguna parte! —voceó, para que Gabriel Silvas Rivero le escuchase—. ¿Por qué no tratamos de solucionar nuestros problemas sin matarnos?

Gabriel Silvas Rivero, que no paraba de cambiarse de posición, le contestó:

—Eso debiste pensarlo antes de meterte en mis asuntos. Lo peor de todo es que ya estabas avisado, pero no me hiciste caso. Ahora yo cumpliré con mi promesa y tú,

junto con los paletos que te acompañan, dejarás de molestarme.

El Rubio entrecerró los ojos, intentando comprender la situación.

—No sé a qué te refieres. Nosotros hemos venido a por el decano de la universidad. Que yo sepa, tú no tienes nada que ver con este asunto.

—¿Y qué hay de mis objetivos?

—Aquí no hay nadie. Sólo nosotros y el decano, que lo encontramos ahorcado.

—No es posible —voceó Gabriel Silvas Rivero—. El inspector y el mocosito entraron aquí, pero no salieron. Estoy seguro de que los tenéis vosotros.

«¿De qué demonios está hablando?, —pensó El Rubio—. La hemos cagado. Ahora empezarán a buscarnos», interiorizó Juan. «Menuda pandilla de idiotas», rumió para sí Gabriel Silvas Rivero.

La incertidumbre duró unos pocos minutos, transformando el pesado silencio en una insoportable carga psicológica.

—Te repito que aquí no hay nadie —insistió El Rubio, a la vez que señalaba a sus hombres que debían ponerse a buscar por toda la sala.

Nada encajaba. Gabriel Silvas Rivero empezó a preguntarse si de verdad estaba siendo objetivo o si por primera vez en su vida había permitido que sus emociones terminasen por mezclarse con su habitual forma de proceder; es decir, fríamente y sin ninguna consideración por la vida de los demás. Ahora la rabia no le dejaba pensar con claridad, o más bien le impulsaba a pensar demasiado. Sólo deseaba acabar con el contrato antes de regresar a los brazos de Mónica, lo que conllevaba perder concentración y cometer errores.

Los hombres empezaron a buscar por todos los rincones. Tampoco les estorbaban demasiadas cosas; en realidad, sólo tenían que mirar detrás de las destartadas sillas, en las partes menos iluminadas del escenario y en los escasos lugares situados por encima de sus cabezas. Pero, mientras registraban la sala, una voz se escuchó cerca de la puerta que les puso los pelos de punta.

—¡Ha muerto! —exclamó el hombre que vigilaba a Gabriel Silvas Rivero.

—¿Estás seguro? —preguntó El Rubio.

—Claro que lo estoy. Ni respira ni tiene pulso —subrayó.

Los matones se soliviantaron al enterarse de la muerte de su colega. Se vieron vulnerables. A pesar de tener la superioridad numérica, de ir bien armados y de considerarse tipos duros, los hombres de El Rubio estaban embargados por un profundo desconcierto mezclado con miedo.

Seis de ellos se apetonaron cerca de la puerta, sacaron los brazos y empezaron a disparar hacia todas partes. Seis por doce, setenta y dos; esas fueron las balas que volaron por encima, los lados y los pies de Gabriel Silvas Rivero en menos de un minuto. Una demostración de fuerza aderezada con estupidez, que no le impresionó demasiado.

—¿Habéis terminado? —preguntó Gabriel Silvas Rivero.

El que se encontraba junto al cadáver, excitado por la intensidad del momento, siguió con el oído el timbre de voz del bastardo responsable de la pérdida de su amigo. Guiado por un impulso descerebrado, se levantó disparando hacia la dirección que él creía que se ocultaba Gabriel Silvas Rivero. Pero las grandes estupideces conducen a grandes errores; así que acabó con un agujero en la cabeza, tumbado sobre su compañero muerto.

—¡Dos menos! —dijo el asesino, cambiando de posición.

Nada iba bien para El Rubio. Los dos hombres que habían avanzado posiciones ahora estaban muertos a dos pasos de él, pero no era capaz de llegar hasta ellos; el resto, acorralado en un lugar sin salida, era poseído por un irracional nerviosismo, similar al de una rata enjaulada que mordisqueará cualquier cosa que obstaculice su camino con tal de salir. Otro problema era la profundidad en la que se encontraban. Sin cobertura de teléfono, respirando aire viciado, sin agua y sin comida.

—Vosotros dos vigilad la entrada —les dijo El Rubio a quienes estaban tumbados en el suelo esperando instrucciones—, el resto peinar la sala en busca de los dos malnacidos que busca el tarado de afuera.

Realizando una búsqueda más meticulosa, y gracias al vacío del lugar, los matones se situaron bajo un bulto de plástico que no tenía ningún sentido que estuviese allí.

—¿Subimos? —preguntó uno.

—Creo haber visto una escalera en esa esquina —contestó otro.

—Mejor disparamos y evitamos el peligro de caernos —comentó un tercero.

—Buena idea —dijeron todos al unísono.

Levantaron sus armas, apuntaron... y...

XXVI

LA LARGA ESPERA

—¿Ha llegado alguna noticia desde Pau? —preguntó Víctor Sampedro.

—No señor.

—¿Has intentado contactar con ellos?

—Sí señor, pero los móviles están apagados o fuera de cobertura.

—¿Sabemos algo del... mayordomo del doctor Urrutia?

—Todavía lo estamos buscando.

Apretando los dientes, Víctor Sampedro luchaba por mantener la calma. De pronto, su mano comenzó a temblar de una forma exagerada, lo que le obligó a colocarla entre sus muslos para detener el tembleque aplicando presión. Por los ojos lagrimaba sangre que le dibujaba unos desagradables trazos rojos. Su cuerpo entero temblaba.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó el jefe de seguridad, acercándose para sujetarle.

—Puedes marcharte —contestó el joven entre dientes.

—Pero...

—¡He dicho que te marches! —gritó enfurecido—. ¡Y cierra la puerta!

Con mucho esfuerzo abrió el primer cajón de su escritorio. Los temblores se acentuaban, impidiéndole moverse con facilidad. Con la mano izquierda, la menos afectada, destapó un diminuto lector de huellas y colocó el dedo índice sobre él. «Ya falta poco», pensó el joven. Una luz verde parpadeó y el cajón de al lado se deslizó con suavidad hasta rozarle el abdomen. Siguiendo las instrucciones programadas, en el interior del cajón se abrió un botiquín de emergencia que consistía en una cavidad donde Víctor Sampedro podía colocar su mano, una aguja que le pincharía cerca de la muñeca para inyectarle una droga especialmente diseñada para él y un medidor digital que controla la dosis exacta.

—¡Malditos fallos! —exclamó, antes de soltar insultos sobre los habitantes del cielo.

Agotado por el ataque, Víctor Sampedro apenas lograba mantenerse sentado; pero, a pesar de todo, luchaba por colocar el brazo sobre el botiquín. Un sudor frío recorría su frente; con una espesa niebla de negrura empañándole la vista, su cuello giraba como una botella que está a punto de caerse. Cada vez que conseguía levantar el brazo lo suficiente como para poder inyectarse la medicina, la flaqueza aflojaba sus músculos y no lograba lo que quería. Le costaba respirar, no era capaz de mantener los ojos abiertos, los temblores le golpeaban como si un rayo estuviera atravesando su cuerpo, salivaba como un bebé y la lengua le colgaba. Se moría.

Con el sistema nervioso fuera de control, sin mencionar el intenso dolor que terminó por atacar la musculatura hasta inutilizarla, el joven cayó al suelo aferrándose a la vida por mero instinto, puesto que no era consciente de nada. Los temblores terminaron por transformarse a leves convulsiones, semejantes a la de los cuerpos que están próximos a la muerte.

* * *

Mientras tanto, a las afueras de Madrid...

El mayordomo que consiguió escapar a tiempo de la casa del doctor Fabio Urrutia Pelayo, rebuscaba en unas viejas cajas que había escondido en el trastero de un viejo bloque de edificios. Con la mirada extasiada, como si entre los trastos y los amarillentos documentos hubiera escondido un trocito de su alma, reordenaba lo desordenado para después tirarlo al suelo al percatarse de que allí no estaba lo que buscaba.

—No me acuerdo... no me acuerdo —decía sin cesar.

Cuando creyó terminar de revisarlo todo, decidió tomar medidas drásticas que le garantizarían el resultado que tanto deseaba. Encontrar el único objeto que en este momento le importaba. Más que el dinero, más que su propia vida.

—¿Dónde lo habré metido? No es posible. ¿Cómo he podido perderlo? —Repetía una y otra vez.

Se movió bruscamente y tiró una caja con recuerdos de porcelana. No contenía baratijas de mercadillo para los turistas, sino de valiosísimas teteras de colección. Nada más ver el busto de bronce de un general romano, también objeto de coleccionista, lo alzó agarrándolo del cuello y lo lanzó por la puerta.

—Basura... sólo encuentro basura —murmuraba.

Papeles, carpetas, sobres, libros... todo iba fuera para ser llevado por el viento, desparramado por los golpes, para perderlo de vista.

—¡No lo encuentro! —comenzó a sollozar.

Rendido por la impotencia, el mayordomo se arrodilló. Enloquecido, se tiró de los pelos, se golpeó la cabeza con los puños al mismo tiempo que maldecía los pecados cometidos durante su vida.

—Me lo merezco, me lo merezco —no dejaba de repetir.

Entonces, por pura casualidad, acabó fijándose en una caja de habanos que sobresalía en la parte inferior de una de las estanterías metálicas.

—Ahora me acuerdo. Sólo espero no haberlo cambiado de sitio.

De la misma forma que el sediento se lanza al oasis en medio del desierto para refrescarse, el mayordomo eliminó de su camino todo lo que le estorbaba para coger la caja. Abrió el cerrojo, examinó el contenido, se deshizo de lo que no le interesaba y sacó un paquete de fotos.

—¡Por fin! —exclamó, apretándolas sobre su pecho—. Las acarició, ojeó, olió, hasta que encontró una donde aparecía un hombre mayor al cual no recordaba muy bien, abrazado al joven Marco Álvarez Villar. El chico que hacía unos días decidió quitarse la vida en el lujoso piso de Madrid, pegándose un tiro en la cabeza.

—Perdóname —musitó el mayordomo, vencido antes de guardarse la fotografía dentro de su cartera.

* * *

En un bar de mala muerte...

El inspector Pedro Soriano tomaba un café cortado, endulzado con un poco de anís. Mientras, apoyado sobre una desgastada barra, se relamía viendo el trasero de la preciosa venezolana que le servía. La encargada de rehogar a los parroquianos de aquel lugar con licores de tercera y cebarles con cacahuets importados de «vete tú a saber», era la principal atracción del bar, que atraía a hombres de dudosa categoría.

—¿A qué hora sales esta noche, guapa? —le dijo a la camarera.

—Sabes muy bien que termino a las dos, pero si se lo pides a don Manuel seguro que me deja salir antes —le contestó la guapetona, apretando sus voluminosos pechos sobre la barra.

—¿Y cuándo piensa acercarse tu jefe por estos lares?

—No creo que tarde mucho en llegar —dijo, a la vez que servía una cerveza a un cliente que acababa de acercarse.

—¿Por qué no te vienes conmigo? —le preguntó el cliente borracho, entrometiéndose y mirando a Pedro de reojo como si le estuviera vacilando.

El inspector, a quien gustaban las confrontaciones rápidas que terminaban dejando en ridículo a su adversario, apartó la mano de la cintura y le mostró al borracho su revólver.

—¿Tienes algún problema conmigo o con la señorita? —le preguntó, torciendo la boca.

El borracho, asustado, no supo cómo reaccionar.

—Claro que no tiene ningún problema, mi amor —se interpuso la venezolana—. El hombre sólo bromeaba. Anda, mira qué suerte, por ahí entra mi jefe. ¿Por qué no te acercas y arreglas lo de esta noche?

En aquel momento, un mensaje hizo que el Smartphone de Pedro vibrase. Palpó la pantalla, entró en su correo y, cuando lo leyó, la cara se le transformó.

—Me temo que habrá que dejarlo para otra noche, muñeca —dijo al mismo tiempo que terminaba su café.

* * *

En el piso de Mónica...

El habitual orden, distintivo de las costumbres de la joven, acabó por convertirse en un completo caos donde las camisas sobresalían de las maletas; las cosas de valor eran almacenadas en recipientes de plástico y apretujadas entre la ropa, los utensilios de cocina apilados en un rincón y los escasos recuerdos de sus padres atesorados en su bolso.

«Si así lo deseas, prepárate para desaparecer conmigo. Sin preguntas. Sin demoras. Solos tú y yo.»

La joven releía el mensaje que Gabriel Silvas Rivero le había enviado a su móvil antes de entrar en los subterráneos de Pau. Los nervios la traicionaban. De manera impulsiva no dejaba de morderse las uñas, de mirar el reloj con forma de gato, colgado en la pared de la entrada, de rizarse el pelo con el dedo y de beber sorbitos de agua para refrescar la sequedad en su boca, provocada por la ansiedad.

Tic tac, tic, tac. El sonido del reloj se le clavaba en la mente, convirtiendo los segundos en una larga eternidad. Recordó cuando sólo era una colegiala y aguardaba con impaciencia que sonase el timbre para salir al recreo. Aquella insoportable espera, hace tiempo olvidada, regresó para tensarle los nervios, para sentirse impotente a la vez que deseaba que la tortura llegase a su fin.

XXVII

COMO MONOS ENJAULADOS

—¡Abajo! ¡Abajo! —gritaba El Rubio, apuntándoles con la pistola.

Juan le indicó a Andrés que no hiciera ninguna estupidez. Debía seguir las órdenes de aquellos tipejos al pie de la letra, por lo menos hasta que él se viera en situación de actuar.

—Tirad vuestras armas —les indicó El Rubio.

El inspector levantó la mano izquierda. Con un movimiento sumamente lento, cogió la pistola con los dos dedos y la dejó en el suelo.

—Ahora tú —dijo uno de los matones, señalando a Andrés.

—Yo no voy armado —contestó con las manos apoyadas sobre su cabeza.

—Déjate de tonterías —voceó el matón antes de golpearle en la cabeza con la culata de su pistola.

Reaccionando a la agresión, Juan le sujetó la mano evitando que Andrés recibiese otro golpe.

—Él no lleva pistola, es más, ni siquiera sabe disparar.

A los matones no les gustó que aquel tipo se entrometiera. Sin parar a pensárselo, le lanzaron al suelo y empezaron a darle patadas sin piedad.

—A ti quién te ha preguntado —dijo uno de ellos irritado.

El Rubio no sabía qué hacer. Por una parte, tenía instrucciones de matarlos, pero ¿por qué iba a eliminar la única moneda de cambio que aceptaría el asesino que les tenía acorralados? Matarles o utilizarles como escudo.

—¡Basta ya! —ordenó a sus hombres porque no conseguía poner en orden sus ideas.

Al otro lado, en el ruinoso almacén, dos de sus hombres yacían muertos en el suelo; mientras, en aquella sala olvidada por todos, el cadáver de uno de los colaboradores más importantes de la organización se balanceaba de un lado a otro, mirándoles con los ojos bien abiertos y la lengua colgando. Y para terminar, los tipos más buscados por su jefe se encontraban a sus pies. La orden aún retumbaba en su cabeza:

«Matarles»

Encañonó a Andrés, apretó los labios, aguantó la respiración y...

—Parece que tenéis lo que ando buscando —gritó Gabriel Silvas Rivero—, os garantizo que ninguno saldrá vivo de ahí hasta que no consiga lo que quiero. Aunque tenga que congelar el mismísimo infierno.

La voz del asesino era fría, metálica, rechinando como las cuchillas de los barberos cuando las afilan para repelar cuellos. Al instante, penetró en la cabeza del Rubio, provocándole un tremendo dolor. Sin saberlo, el cazador acababa de salvar la vida a una de sus presas, aunque todavía no estaba claro si le importaba que le entregasen sus trofeos, vivos o muertos.

—¡A tomar por saco! —exclamó El Rubio, apartando su arma de la cabeza de Andrés—. Vosotros dos, subid ahí arriba y empezad a cavar en el techo hasta que hagáis un agujero.

—¿Vamos a escapar cavando? —preguntó uno con cara de bobalición.

—No seas paleta, lo que quiero es ver si podemos conseguir algo de cobertura para los móviles.

—¿Con qué cavamos?

El Rubio estiró el cuello hacia atrás, esforzándose por mantener la compostura, pero no fue capaz de contenerse.

—¡Con los cuernos si hace falta! —gritó como un poseso—. ¡Me da igual si hacéis el agujero con las sillas, con vuestros cinturones o disparando; pero hacedlo ya!

Una ráfaga de balas provocó que parte del techo se desprendiera. Los hombres recargaron, apuntaron y concentraron el fuego en un lugar donde el agua parecía haber corroído parte de la estructura.

—¡Ése es el lugar, bien hecho! —exclamó El Rubio.

Pocos minutos más tarde, y con casi la mitad de la munición gastada, el más alto trepó como pudo, con la ayuda de sus compañeros, y se introdujo en el boquete desde donde aún caían trozos de piedra, argamasa de arcilla y tierra mojada. Una vez dentro, encendió la pantalla de su móvil para ver si tenía señal.

—Nada —dijo disgustado.

—Prueba con otros teléfonos —reaccionó El Rubio al instante.

Uno tras otro le lanzaban los aparatos y él observaba atento la parte superior donde aparecían las rayas de cobertura. Con cada descarte más se enfadaban.

—Espera, espera. Creo que tengo algo —dijo entusiasmado—. Sí, sí... tenemos cobertura. ¿Qué hago ahora?

—Llama al jefe y explícale nuestra situación. Que manden refuerzos de inmediato. Ah, y no olvides decirle que el decano está muerto.

* * *

Al otro lado del muro, Gabriel Silvas Rivero escuchaba las risas de sus enemigos. «¿Qué habrá pasado para que estén tan contentos?», pensó. Algo acababa de suceder y era ventajoso para ellos. Ni le disparaban, ni intentaban tomar posiciones para atacarle, ni nada. Hacía tan sólo diez minutos que los de ahí dentro estaban nerviosos y parecían discutir; lo que significaba que él había acertado cuando tomó la decisión

de acorralarles. Pero ahora las posibilidades de éxito debían recalcularse. Sin duda, ahora tenían un as en la manga.

Antes de ponerse a meditar sobre el asunto contó las balas de su cargador. Tampoco podía permitirse el lujo de malgastar el tiempo. Debía tomar una decisión que le costaría la vida o que le ayudaría a ganar la partida y conseguir el premio.

—¿A qué premio me refiero? —se preguntó en silencio.

El recuerdo de Mónica apareció en la retina de sus ojos. Lo único que le importaba. La idea de levantarse y marcharse, sin más, se le pasó por la cabeza. ¿Qué pintaba en ese embrollo? ¿Qué ganaría? El dinero no le importaba, el prestigio profesional tampoco. El plan urdido para desaparecer del mapa junto con la mujer que le había devuelto la vida, era perfecto. El único cabo que quedaba por atar era la actual situación, y en realidad estaba arriesgando mucho. Demasiado. En su mente vinieron imágenes de películas donde los protagonistas deciden dar un último golpe, el definitivo, y termina siendo ruinoso. ¿Cuántas veces se dijo a sí mismo que no caería en la trampa? Tonto. Ahora se encontraba en la misma situación que los payasos de la tele.

—Me voy —musitó—, que les den por saco a todos.

Agachado, cubriendo sus espaldas, retrocedió de su posición actual hasta que encontró cobijo tras un montón de destartaladas cajas.

* * *

El Rubio felicitó a su hombre por haber conseguido comunicar la situación. No pudo hablar con Víctor Sampedro, pero sí con el nuevo jefe de seguridad. Quien le indicó que debía mantener con vida a los capturados mientras se encargaba de enviar refuerzos. En cuestión de horas, el embrollo llegaría a su fin y la organización continuaría con sus planes.

—Espérate sentado, que ahora vienen a acribillarte —gritó el hombre alto, eufórico.

Sin creérselo, El Rubio se quedó pasmado ante la imbecilidad de su hombre.

—Acabas de mandar al carajo el factor sorpresa —le dijo, mordiéndose los labios e intentando contenerse para no darle un puñetazo.

Gabriel Silvas Rivero se detuvo. Ahora comprendía por qué esos matones de poca monta no paraban de reírse. De algún modo, contactaron con el exterior y solicitaron refuerzos.

—Con que esas tenemos —masculló rabioso—. La ira se apoderó de su raciocinio y acabó olvidando su plan de fuga junto a Mónica. Nadie tenía los huevos de mofarse de él. Nadie. Acostumbrado a reaccionar para matar, continuó con la retirada, pero no para desaparecer, sino para esperar en el exterior a los refuerzos y según creyera conveniente... acabaría con todos.

* * *

El nuevo jefe de seguridad tocaba la puerta del despacho sin recibir respuesta alguna. No le gustaba entrometerse en los asuntos de nadie y menos de alguien tan peligroso como su joven jefe, pero no evitó preocuparse cuando tuvo que contestar a una llamada a la que normalmente no le estaba permitido. Algo debía ocurrir en el despacho del joven Víctor Sampedro.

—¿Señor, se encuentra bien? —decía, a la vez que tocaba la puerta con ahínco.

La puerta era maciza. Difícil de forzar. Tiró del pomo con fuerza, sin lograr abrirla. Víctor Sampedro había cerrado a cal y canto para que nadie pudiera sorprenderle, inyectándose la sustancia que le mantenía con vida.

—¡Señor, señor!

Tres golpes de hombro no fueron suficientes ni para hacer temblar la puerta. El fornido hombre mantuvo la calma y empezó a pensar. En aquel momento, se fijó en la estatua de un caballo que decoraba el amplio pasillo.

—Es demasiado grande, pero a lo mejor vale —dijo en voz baja.

De una patada tiró al suelo la imponente escultura, rompiéndola a pedazos.

—Con esto servirá.

La cabeza del caballo tenía el tamaño perfecto para ser utilizada como ariete. La sujetó con los dos brazos, porque pesaba bastante, y se tambaleó hacia los lados hasta que acabó lanzándose hacia la puerta con todo su peso.

¡¡¡Brrrrrrraaaaaammm!!!

Con la puerta quebrada por la mitad, el jefe de seguridad irrumpió en el despacho, cayéndose al suelo y casi rompiéndose las costillas. La cabeza del caballo, de manera milagrosa, parecía indemne; cercenada del cuerpo al que pertenecía, pero intacta. Tumbado sobre la moqueta, alzó la vista para descubrir que Víctor Sampedro estaba en el suelo, temblando como un flan y echando espuma por la boca.

—Aguanta chico —dijo el jefe de seguridad, arrastrándose hacia él.

Le levantó la cabeza y se percató de que le señalaba el cajón donde guardaba su medicina. Sin dudarle, le cogió en brazos, le sentó en su sillón y le colocó la muñeca en el aparato.

—¿Es esto lo que necesitas? No te preocupes, pronto te pondrás bien.

Cuando la aguja penetró su piel, sus ojos se abrieron de par en par, como si le hubiesen inyectado un chute de adrenalina. Lentamente, respiraba con normalidad. El oxígeno purificaba sus pulmones, se mezclaba con la sangre, circulaba por sus venas y reforzaba los pálpitos de su corazón.

—Menos mal que he llegado a tiempo.

Víctor Sampedro le miró fijamente a los ojos y le dijo:

—Nadie puede saber jamás cuál es mi debilidad.

—Lo entiendo.

—Ahora llama para que recojan este desastre.

—Desde luego, señor —contestó el fornido hombre antes de ponerse de pie.

Nada más darse la vuelta, Víctor Sampedro sacó una pistola de otro cajón y disparó a su salvador en la cabeza, por la espalda.

—Como ya te dije antes, nadie debe conocer mi debilidad. Y, por cierto, nadie me llama chico —susurró con flaqueza, mientras aún intentaba recuperar el aliento.

XXVIII

RETIRADA ESTRATÉGICA

Estaba claro. Sólo era cuestión de tiempo para que una banda de paletos, armados hasta los dientes, llegase a los subterráneos de la universidad y le dieran caza. El contrato había sido quebrantado. Bajo ninguna circunstancia le pagarían, incluso con el trabajo terminado, sin mencionar el hecho de que cabía la posibilidad de que fueran a por él incluso si decidiese desaparecer. No le preocupaba demasiado ese detalle, puesto que conocía muy bien los métodos a aplicar para escabullirse de una encerrona o para matar al asesino de turno que le persiguiese, pero no estaba dispuesto a arriesgar la vida de Mónica.

Gabriel Silvas Rivero, dentro de su coche, maldecía, blasfemaba, gruñía y tarareaba en un vano intento por recuperar la compostura. La cabeza le dolía, las piernas le temblaban a causa de los nervios, sus ojos se enrojecían como los de un demonio y apretaba los puños dispuesto a golpear lo que fuera con tal de acallar su ira.

—Bastardos de mala madre. Hijos de cabra. Malnacidos.

Se frotó la sien con suavidad hasta que se repantingó en el asiento.

—Más vale prevenir que curar —susurró, meditando de nuevo las opciones de las que disponía.

Por desgracia para él, por mucho que repasase los diferentes escenarios mentales, la conclusión siempre era la misma. Primero acabar con los pormenores y después disfrutar de una vida en paz junto a Mónica. No había otra solución.

Permaneció quieto. Inmóvil. Más parecido a un cadáver que a un ser vivo. La frialdad corría de nuevo por sus venas, como siempre, transmitiendo mensajes sencillos y claros, fáciles para que él los asimilase. Primero esperar, luego contar los que entran, después contar los que salen, medir a ojo la estatura de los hombres, calcular su brusquedad, para saber quién era el más ágil para matarle primero y quién el más torpe, reservándose para el final, procurar distinguir las armas que llevarían y así... Una vez localizados, analizados y clasificados los objetivos, sólo le faltaría seguirles. Esperaría hasta llegar a un lugar que él considerase manejable, buscaría tres vías de escape, en el caso que se tratase de un lugar abierto lo mejor sería subirse al punto más alto o, si no fuese así, debería identificar un punto de acceso apartado, pero que le condujese hacia los lugares que posiblemente necesitaría. No era fácil. Incluso para muchos era una tarea imposible, aunque para Gabriel Silvas Rivero no era más que una sencilla maniobra. Su pan de cada día, por así decirlo.

Aún era de noche cuando una fila de coches negros apareció de la nada. Si no fuese por la molesta luz de sus faros, parecerían invisibles. La manada de

mercenarios que se apearon no correspondía al peligro que suponía un solo hombre. ¿O sí? Lo único que les faltaba era sacar del maletero una ametralladora pesada, un mortero y esperar que llegase un carro blindado. «Me lo están poniendo muy difícil», pensó Gabriel Silvas Rivero. Su arsenal, más que abundante, no alcanzaba las dimensiones del que portaban sus oponentes. De nuevo, su cerebro inició un proceso de selección, clasificación y ordenación, sin ser consciente de ello. Había nacido para matar, pero su deseo de amar le resultaba placentero, apetecible.

Media hora después, el equipo al completo salía del subterráneo. Al parecer, no tardaron demasiado en darse cuenta de que se había marchado y actuaron con determinación. El resultado de esta revuelta, tres cadáveres dos prisioneros y un puñado de trajeados mirando a su alrededor en busca de un único hombre.

Arrancaron los coches, casi a la vez, y se alejaron por el mismo lugar del que llegaron. No había tiempo que perder. Gabriel Silvas Rivero se puso en marcha. Para evitar ser detectado, les siguió de cerca sin encender las luces de su coche, hasta llegar a una carretera con suficiente tránsito para poder camuflarse entre los demás vehículos. Primero optó por situarse detrás de un camión con la intención de encender las luces sin llamar la atención; después adelantó hasta permanecer a medio centenar de metros del convoy, oculto por un Peugeot 308, un coche que abundaba de manera considerada. Pasados veinte minutos, giraron a la izquierda, saliéndose del casco urbano para dirigirse a las afueras. Poco a poco, las luces de la ciudad desaparecían para dejar paso a las angostas carreteras comarcales, faltas de luz.

—Se dirigen a España —afirmó Gabriel Silvas Rivero, consultando un GPS.

Aquella ruta no aparecía en los mapas convencionales. No es que fuese un secreto, simplemente en su momento alguien decidió no incluirla en las guías de viaje que la mayoría de los turistas consultaba. Con cada kilómetro conducido, la temperatura exterior bajaba de manera considerable, por lo que decidió encender la calefacción aún a riesgo de entrarle morriña, ya que el cansancio acumulado le restaba reflejos y concentración. Por mucho que deseara alimentar sus fuerzas con la rabia acumulada, cualquier recuerdo de su amada Mónica le distraía, ablandándole el corazón. Ahora estaría mucho mejor en sus brazos, en silencio, porque no era muy conversador y ella respetaba aquella faceta suya.

Las luces de los coches se alejaban. El calorcito le adormecía. Sus párpados se cerraban. Una cabezada, un giro brusco, una curva mal calculada y...

* * *

Con el aliento empapando la bolsa de tela que le cubría la cabeza, Juan no sabía cómo reaccionar. Jamás se había visto tan comprometido como en aquel momento. Moviendo el codo con disimulo, se cercioraba de que su compañero estaba a su lado, vivo. Tenían terminantemente prohibido hablar. Durante el brusco traslado intentó dialogar con ellos, pero lo único que consiguió era un golpetazo en la cabeza que le hizo comprender la realidad.

—Ni una palabra —ordenó entonces El Rubio—, o le meto un balazo a tu amigo.

El resto de ocupantes tampoco hablaba demasiado. Se limitaban a decir «correcto» o «sin problemas», siendo estas breves contestaciones realizadas a través de un radiotransmisor colocado en sus orejas, puesto que en ningún momento logró escuchar la orden dada.

La leve inclinación que sentía en su asiento, señal inequívoca de que el vehículo se desviaba de su rumbo inicial, le incitó a pensar en una posible fuga, si es que lograba ver dónde se encontraba. Tres minutos de baches, dos minutos de derrapes y cuatro minutos después de lo mismo, terminaron con una brusca frenada mientras el conductor salía corriendo a voz de «tardo sólo un instante». El posterior ruidito a meada aclaró el motivo del desvío. Pero, ¿tanta complicación para que uno de ellos mease? En cierto sentido, era razonable. Tres cadáveres en los maleteros y dos hombres con la cabeza cubierta por unas bolsas de tela, no eran precisamente una carga habitual; por eso, no se arriesgaron a parar al lado de la carretera o en una estación de servicio. ¿Y qué importaba? Juan notó la brisa que entraba por la puerta abierta del conductor y decidió reaccionar. «Mejor morir como perro, mordiendo que como gallina empollando», pensó. Con el zapato tanteó la apertura existente entre los dos asientos, con el codo le indicó a Andrés que debía prepararse para lo imprevisto, apretó los glúteos listo para lanzarse, y cuando hizo el primer movimiento hacia adelante el copiloto le propinó un culatazo en la cabeza que le dejó inconsciente.

—¿Has terminado de mear? —preguntó El Rubio desde otro coche.

El conductor corrió como el demonio hacia el vehículo sin rechistar; casi escurriendo las últimas gotas sobre su pantalón.

—¿Qué le pasa a éste? —dijo el conductor, señalando a Juan al verle tumbado.

—Le apetecía salir a tomar el aire, pero al final le dio un patatús —bromeó el copiloto.

* * *

En Madrid...

El revuelo producido en el domicilio de Víctor Sampedro, debido al intento de asesinato por parte de su jefe de seguridad, era un hecho insólito, según alegaba él, donde se vio obligado a dispararle y así lograr salvar la vida. Como el fallecido tenía familia y amigos importantes, tuvo que inventarse un escenario coherente y creíble. Las credenciales que traía también eran de altísimo nivel, avaladas por un grupo de personalidades muy valoradas. Por ello, no podía permitirse fallos al relatar el «infortunio». Aunque debido a su posición, su fortuna, sus contactos y el poder que ostentaba, nadie se atrevería poner en duda su versión de los hechos. Aquel individuo intentó asesinarle. Punto. Los informes policiales omitirían cualquier detalle que pusiera en duda su palabra. Los funcionarios del estado, sabedores de cuál sería el resultado si decidían enfrentarse a él, se limitaban a hacer la vista gorda. No

añadieron la puerta derribada con la cabeza de la estatua, ni el detalle de que la pistola con la que Víctor Sampedro se «defendió» carecía de registro legal. Tampoco mencionaron que el muerto había recibido el tiro de espaldas.

—¿Habéis terminado? —preguntó, imponiéndose sobre los investigadores.

Trabajadores con familias a las que alimentar, fines de semana que disfrutar, e hipotecas que pagar. ¿Quién pondría en peligro a sus hijos? Las respuestas fueron escuálidas, monosílabas y afirmativas.

—Sí, señor. Ahora mismo recogemos. Lamentamos las molestias. No se preocupe por nada.

Era lo que los agentes de la ley contestaban. En menos de un cuarto de hora, no quedaba nadie ni nada.

—Prepara uno de mis coches y mi maleta, sólo con lo imprescindible, me voy de viaje —ordenó a uno de sus empleados domésticos.

—¿Qué coche quiere el señor? —preguntó él, erguido con firmeza y sin un ápice de expresión humana en su semblante.

—Me es indiferente, pero que sea cómodo. El viaje será largo.

—Entonces el Rolls Royce. Ahora mismo, dispondré de lo necesario, señor —contestó el empleado antes de marcharse.

Pasadas dos horas, el lujoso vehículo se dirigía hacia el nordeste del país. El conductor tenía instrucciones de no superar el límite de velocidad bajo ningún concepto; no era necesario llamar la atención de las autoridades responsables de cumplir con el código de circulación. De haber tenido prisa, hubiera hecho uso de su helicóptero. Ahora deseaba viajar sin tener que dar muchas explicaciones.

—No quiero ser molestado —le dijo al chofer, antes de levantar la ventanilla que separaba la parte trasera con la de delante.

Pulsó un botón y una compuerta se abrió, deslizándose hacia fuera un ordenador portátil conectado a un teléfono. Al encenderlo, un sistema operativo, utilizado sólo por los militares, realizó un escaneo de la zona aérea antes de aparecer en la pantalla el siguiente mensaje:

«CONECTANDO CON EL SATÉLITE»

Automáticamente aparecieron dos ventanas cuyas imágenes eran ecualizadores de voz que registraban el tono de la conversación y las pautas que marcaban los conferenciantes a la vez que analizaban patrones de palabras con el fin de detectar posibles mentiras o información tergiversada.

—Caballeros, buenos días —dijo Víctor Sampedro, con sequedad—. Quiero conocer los avances del nuevo proceso.

En la ventana de la derecha las frecuencias comenzaron a registrarse:

—No es fácil continuar con nuestra labor sin el jefe médico. Sin sus notas, sin sus conocimientos, nos llevará mucho tiempo alcanzar el punto donde él lo había dejado.

—Coincido con mi colega —dijo el médico, cuya ventana de voz se encontraba a la izquierda—, sin el jefe no...

—No necesito escuchar el problema, sino la solución —les interrumpió Víctor Sampedro—. Estoy al tanto de que la ausencia del doctor ha provocado cierto retraso; lo que me interesa es saber cómo pensáis sortear esta dificultad.

—Señor —empezó el interlocutor de la derecha con voz temblorosa, señal inequívoca de que tenía miedo—, nos encontramos en punto muerto. Si no volvemos a la fase A...

—¿Cómo no vamos a ser capaces de continuar con el proyecto sin ese maldito desertor? —gritó enojado Víctor Sampedro—. No me importa lo que estéis obligados a hacer, pero hacedlo. Espero ver resultados en menos de dos semanas —sentenció antes de apagar el ordenador.

Murmurando, maldiciendo y contemplando los temblores de su mano; pulsó el botón que bajaba la barrera delantera y le dijo al chófer:

—Llévame al centro de operaciones. He de aclarar este asunto cuanto antes.

—Sí, señor. Ahora mismo —se limitó a contestar el chofer, asintiendo con la cabeza.

XXIX

VÍCTIMA DE LAS CIRCUNSTANCIAS

Cuando abrió los ojos, Gabriel Silvas Rivero estaba rodeado por un aura vaporosa procedente del motor. El humo, mezclado con los gases del vehículo, entraba en la cabina a través de las rendijas de la ventilación. Atontado, drogado por las venenosas mezclas, se esforzó por quitarse el cinturón; meneando su mano de un lado a otro, sin lograr dar con el cierre de seguridad que le ataba a la mortal trampa. Intentó alcanzar la navaja oculta de su tobillo, pero el cinturón no le permitía moverse. Cuando sufrió el accidente, sin duda le salvó la vida, aunque ahora le tenía apresado, acercándole a las garras de la muerte.

Con el cuerpo intoxicado, le embargó la necesidad de relajarse y evadirse. No sentía dolor y cualquier preocupación anterior ahora carecía de sentido. Decidió acomodarse. Se fijó en la arboleda que le rodeaba. El sol nacía de entre las montañas, tiñendo el entorno de un amarillo vivo, salseado por motas de un rosa azulado. Precioso. Era como si los ojos de su amada Mónica estuvieran centrados en su penosa existencia.

La memoria empezó a jugarle malas pasadas. Alargó la mano en busca de la de su hermano; aquel que se perdió en el río cuando eran pequeños. El pequeño Gabriel corría detrás de las libélulas, perseguía las ranas y molestaba a los patos que nadaban cerca de la orilla. Su hermano le seguía por todas partes. Si Gabriel se metía en el agua, él lo hacía también; si Gabriel se subía a un árbol, no dudaba en arañarse los muslos para estar a su lado; Para él pequeño de la familia Silvas, Gabriel era la personificación de un ser supremo, alguien con quien sentirse seguro, pero con tan sólo ocho años, el pequeño Gabriel tampoco era consciente de los peligros que le rodeaban.

—No sueltes la rama —deliraba Gabriel Silvas Rivero, escrutando el vacío sin sentido.

En la retina de sus ojos, marcado a fuego por el paso de los años, se distinguía el reflejo de su hermano luchando por mantenerse a flote, mientras la corriente del río le arrastraba hacia su gélido y escarpado fondo. Lo llantos del pequeño Gabriel no solucionaban nada. Gritaba asustado el nombre de sus padres, corría de un lado a otro; incluso saltó al río arriesgando su vida, pero la corriente era demasiado fuerte y el cuerpo de su hermano muy ligero. La presa perfecta.

—¿Por qué te has soltado? —musitó rendido.

Ahora, con los brazos holgados, aguardaba el castigo. Nada parecido a las palizas que le propinaba su padre, aturdido por el alcohol, o a las constantes acusaciones de su madre, culpándole de la pérdida de su pequeño. El verdadero castigo era la muerte.

La puerta final que hemos de atravesar para enfrentarnos a nuestros pecados. A nuestro pasado.

—¡Aguanta, ya voy! —gritó el conductor de un coche que se detuvo al ver el humo.

Al no poder abrir la puerta, cogió una piedra y reventó el cristal de la ventanilla.

—Respira, no te rindas —le decía el desconocido.

Metió su cuerpo hasta la cintura, desabrochó el cierre del cinturón de seguridad, abrazó el cuerpo de Gabriel Silvas Rivero con sumo cuidado y lo sacó.

«Ghhhuujjj, ghhhuujjj, ghhhuujjj».

Parecía que iba a ahogarse a causa del ataque de tos. Cualquiera diría que aquel extraño le había causado daño en vez de salvarle la vida.

—Gracias, ghhhuujjj, gracias, ghhhuujjj —repetía mientras tosía.

De manera instintiva, Gabriel Silvas Rivero acabó apoyándose sobre el hombro de su salvador, experimentando una sensación de alivio.

—Menuda suerte has tenido. Podrías haber muerto. Por lo que veo, tu coche ha acabado como un acordeón.

—Sí, ghhhuujjj ghhhuujjj. Ha sido un milagro.

«Pero no para ti», pensó el asesino que de nuevo maquinaba una estrategia para robarle el vehículo y seguir con su misión. Se agachó, palpó la navaja que guardaba en su tobillo, la desenvainó lentamente y...

—Cariño ¿estáis bien? —se oyó la voz de una mujer proveniente del otro coche —. ¿Os llevo un poco de agua?

—Buena idea, Mónica. Date prisa —contestó su marido.

¡Mónica!

«¿Cómo vas a matar al hombre que acaba de salvarte la vida?», se imaginó que le diría su Mónica, aunque en realidad ella jamás le cuestionaba. Enseguida, abandonó la idea de matar a aquel hombre.

—Muchas gracias por el agua —dijo, alejando la mano de la navaja para coger la botella.

La mujer no era tan agraciada como su Mónica, pero el semblante sembrado de preocupación le recordó su dulzura.

—Es usted muy amable —le dijo a la mujer.

La pareja no dudó ni un instante. Abrieron la puerta de su coche, adecentaron el asiento delantero, que estaba lleno de migajas y juguetes para que los niños sentados en la parte trasera se entretuvieran, y le invitaron a viajar con ellos.

—No quiero estropearos el viaje —dijo Gabriel Silvas Rivero, sin apartar la mirada de los niños.

«¿Qué pinto yo con estas personas?, —pensó—, son buena gente. Me han salvado la vida. Me han regalado una oportunidad».

—De eso nada —aseveró la mujer—, no vamos a dejarle tirado aquí. Ni hablar —reafirmó con una sonrisa.

—A lo mejor, deberíamos llamar una ambulancia —dudó el marido.

—No hace falta. Lo cierto es que llamaré a mi compañía de seguros, cogeré un par de cosas del maletero y me iré con vosotros. Pero sólo hasta el pueblo más cercano —reaccionó Gabriel Silvas Rivero, a la vez que fingía marcar un número con el móvil.

Cuando colgó e indicó con el pulgar que todo estaba arreglado, abrió el maletero a porrazos, sacó el macuto con las armas, cogió el maletín metálico donde guardaba el equipo informático y se dispuso a abandonar el lugar.

—Un momento —susurró al ver el teléfono de los palurdos eliminados en la gasolinera—. Veamos si cae en la trampa.

Y guardó el teléfono en el bolsillo de la chaqueta.

—¡Listo! —exclamó, esbozando una sonrisa forzada, aunque no fingida.

* * *

A tan sólo cien kilómetros de Andorra, el chófer del Rolls Royce se encontraba al lado de la carretera, remangado, cambiando la rueda trasera que acababa de pinchar. Podría llamar al servicio de la prestigiosa marca para enviar una unidad móvil y que hiciera todo el trabajo, pero el todopoderoso empresario insistía en mantener el secretismo de su viaje.

—¿Falta mucho? No tenemos todo el día —inquirió desde la ventanilla.

—No, señor —mintió el chófer porque le costaba horrores retirar los tornillos de seguridad.

El frescor de las alturas no aliviaba el sofoco provocado por el esfuerzo. El hombre, de mediana edad, sudaba a la vez que, con el rostro enrojecido, empujaba, gruñía, forzaba las herramientas y golpeaba el gato porque no conseguía elevar el Rolls Royce a la altura necesaria. Colocaba piedras para que el desgastado asfalto no cediera a causa del enorme peso del vehículo. También se rompían. Buscaba otras mayores... no lograba situarlas donde las necesitaba. Encontró un tablón, comprobó que era firme, se alegró de tener por fin un soporte apropiado y cuando giró el manillar del gato, la madera se hizo astillas.

—¿Le puedo ayudar? —preguntó un guardia civil.

El rostro del conductor cambió de rojo tomate a pálido fantasma en cuestión de segundos, hecho que el guardia civil detectó al instante y le hizo sospechar.

—Estoy terminando —mintió el chófer, secándose la frente con la manga de su camisa.

El agente de la Benemérita ladeó la cabeza. De inmediato, comprobó que el susodicho estaba lejos de terminar con el cambio de rueda y decidió investigar un poco más.

—¿Hay alguien en el interior del vehículo? —preguntó.

—Ehhh... sí —dudó en contestar el chófer.

—¿Y quién es?

—Mi jefe.

—Eso ya lo suponía —dijo el agente, antes de girar la cabeza y comprobar que su compañero aparcaba la moto al lado de la suya.

—...

Cuando el conductor enmudeció, el guardia dejó caer la mano sobre la funda de su pistola y dijo:

—¿Me puede mostrar la documentación del vehículo, por favor?

—Ehhh...

Como sabía que su jefe no quería ser molestado y que tampoco deseaba que su presencia registrada en ningún documento, como una ruta de viaje o una multa, asintió con la cabeza, pero no se movió del sitio.

—¿Acaso no me ha entendido, señor?

Aprovechando la tesitura, el otro guardia civil se acercó al coche e inspeccionó los alrededores. Después de comprobar que no existían peligros aparentes, acercó el morro al negro cristal de la ventanilla trasera e intentó ver quién era el misterioso ocupante.

«Unidad 185 responde»

«Unidad 185 responde»

Una femenina voz, proveniente de la radio, detuvo la tentativa del agente de abrir la puerta del Rolls Royce.

—Adelante, central.

«No tenéis permiso de registro para el vehículo en cuestión»

«Repito»

«No tenéis permiso de registro para el vehículo en cuestión»

XXX

EL HOSPITAL DEL HORROR

«Aaaaghhhhhhhhhhhhhhhhhhhh»

«Aaaaghhhhhhhhhhhhhhhhhhhh»

«Basta yaaaaaaaaaaaaaaaaa»

«Bastaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa»

«Aaaaghhhhhhhhhhhhhhhhhhhh»

Los gritos de angustia y dolor le revolvieron las tripas a Andrés. El eco de la tortura, proveniente de un lugar desconocido aunque lejano, le desconcertaba de tal forma que la locura acaparó todo su raciocinio. Con la cabeza cubierta por una capucha y maniatado a una silla, luchaba por moverse en un espacio oscuro y angosto. Aceleraba la respiración, giraba el cuello con brusquedad, con el fin de seguir aquella voz que gritaba auxilio; temblaba igual que un pez fuera del agua y murmuraba plegarias, que más bien sonaban a galimatías de ancianos pseudohechiceros o a incongruencias de moribundos. «No quiero morir, —pensaba—, ¿qué le estarán haciendo a Juan? ¡Dios mío, no quiero morir!».

Cada vez que notaba que se iba a desmayar, un cubo de agua fría le obligaba a regresar a la cruda realidad. El gemido que exhalaba, causado por el shock, le emblanquecía los ojos, le provocaba espasmos musculares y le hacía tiritar incontroladamente.

—No pensarás perderte la fiesta —le decía una voz extraña, después de cada empape.

Las palabras no le salían. Permanecían atragantadas en su laringe, mientras sus ojos se retorcían en busca de cualquier atisbo de luz bajo el pesado manto de la oscuridad. Una electrizante sensación se le clavaba en la espina dorsal, como si mil agujas le penetrasen el cuerpo a la vez. No lograba mover los dedos de los pies; no sabía si sus piernas aún estaban en su sitio o si le habían administrado alguna sustancia que terminó por adormecerle de cintura para abajo. Eso sí, las muñecas le dolían horrores de tanto moverlas en sus desesperados intentos de liberarse.

«Aaaaghhhhhhhhhhhhhhhhhhhh»

«Dejaaaaadme marchaaaaaaaaaaaaaar»

«Aaaaghhhhhhhhhhhhhhhhhhhh»

«Aaaaghhhhhhhhhhhhhhhhhhhh»

«Por favooooooooor»

De nuevo, aquellos gritos de sufrimiento. Ahora sonaban desde un lado distinto. Por la izquierda. ¿O es que estaba dando vueltas sobre una silla giratoria? Se mareaba. Con el estómago revuelto, intentaba dominar su cuerpo, aguantando las ganas de vomitar.

—¡Haré lo que queráis! —tartamudeó, desesperado.

Otro cubo de agua le resquebrajó la moral.

—¿Y quién te ha dicho que queremos saber algo de ti? —respondió alguien entre risas—. Sólo estamos jugando contigo hasta que nos ordenen que te matemos. Eso es todo.

—Jajajajaja —se mofó otro—, no veo la hora de hincarte mi cuchillo en las tripas y reventarte como a un marrano en un día de matanza. Jajajaja.

Las lágrimas corrían como chorros de agua. Imparables. Incontroladas. Se imaginaba a las mujeres quemadas, enterradas en fosas comunes junto a sus bebés y no conseguía quitarse de la cabeza una imagen sórdida: el verse ahí con ellas. Respirando la inminente muerte que le acechaba. Buscando cobijo entre los gélidos abrazos de los desafortunados.

Abrió los ojos para verse lejos de la realidad que le atormentaba. La luz imperaba sobre la oscuridad impuesta por la capucha y unas gaviotas sobrevolaban el terreno verdoso, como si estuvieran planeando sobre un fondo azul. Las nubes se deslizaban suavemente hacia la derecha, acompañadas por una suave brisa similar a las que disfrutaba en la casa de su abuelo, en el campo, cuando era pequeño. La vida volvía a tener sentido, volvía a ser agradable.

Hasta que miró a su alrededor.

Los copos de nieve se posaban sobre los cadáveres de las madres que, atemorizadas por las masacres masivas, abrazaban a sus hijos con fuerza para ocultarles lo que sucedía. Algunas incluso llegaron a aplastarles el cuello, matándoles ellas mismas. No adrede, sino siendo poseídas por el irrefrenable impulso de proteger a sus inocentes retoños; los nervios les traicionaban y presionaban más de lo permitido. Una de ellas, cuyo rostro se difuminaba tras un vaporoso halo gris, se había colocado en posición fetal acurrucando a su recién nacido con el fin de protegerlo del abrasivo calor de los lanzallamas. En su enfermiza imaginación, viciada por el miedo, Andrés incluso veía cómo las calaveras quemadas le sonreían. Carentes de piel, de rasgos o de humanidad alguna.

El cielo, ahora nublado, soltaba gotas de lluvia espesa y roja. La tormenta de sangre que cayó sobre la fosa lavaba los calcinados cuerpos otorgándoles el aspecto que antaño lucían. Llenos de vida. Era como si de un milagro se tratase, pero no divino, sino del demonio. La zanja en la tierra parecía elevarse hasta transformarse en una llanura verde y rosada. Bañada por sombras amarillas con olor a jazmín y manzanilla. Las mujeres paseaban con batas blancas por el césped, meciendo a sus hijos, cantándoles canciones de cuna y alimentándolos con sus pechos.

De pronto, un trueno rompió la frágil imagen en mil pedazos, esparciéndolos por el aire, convirtiéndolos en ceniza, diluyéndolos en polvo brillante, hasta que la oscuridad se hizo de nuevo.

—No te desmayes —voceó uno de los hombres lanzándole un cubo de agua.

* * *

Grietas, polvo y óxido. Con las paredes impregnadas de todo tipo de suciedad, asquerosidad y restos de sustancias desconocidas, el inspector Juan Marengue mantenía la calma mientras aguardaba con paciencia cualquier error por parte de sus captores para aprovecharlo y escapar, o al menos caer intentándolo. Curiosamente no lo habían tocado. Desde que llegaron, sólo se limitaron a quitarle la capucha para luego atarlo en una destartada silla de dentista situada en el centro de una habitación desalineada.

—¿Qué queréis de nosotros? —preguntó a dos trajeados que hacían de guardias.

Los dos malas pulgas se limitaron a mirarle con desinterés antes de seguir con la susurrante conversación que les mantenía ocupados. Un par de ratas, que mordisqueaban la envoltura de unos cuantos cables que sobresalían por un agujero en la pared, detuvieron sus mandíbulas durante un breve instante. Oisquearon el hedor que desprendía aquella cosa que estaba atada a la extravagante invención de los bípedos parlanchines, la cual no terminaba de llamarles del todo la atención o de asustarles, y continuaron con la degustación del plástico, aderezado con la amargura del cobre.

Con la negrura abrazando los cantos del techo, extendiéndose hasta las lámparas que colgaban escuálidas en el centro de la habitación, el aire se viciaba con el irrespirable veneno de bacterias y malos olores que incluso acababan pegándose en el paladar. Sabía a babas. De vez en cuando, El Rubio pululaba cerca de la entrada, obsesionado con su teléfono móvil, esperando nuevas instrucciones. Desconocía el hecho de que la orden de mantener a sus rehenes con vida era un mero error, cometido por el asesinado jefe de seguridad.

—¿Qué queréis de nosotros? —gritó Juan.

El Rubio decidió asomarse.

—Cállate —dijo ofuscado.

Los gritos que atormentaba a Andrés en la otra parte del hospital abandonado, se escuchaban como matices lejanos, testigos de una tortura inhumana.

—Dejad al chico tranquilo —musitaba Juan—, él no tiene nada que ver con este asunto. Sólo es un chico.

—Ha metido sus narices en nuestros asuntos. ¿De veras crees poder disuadirnos para que le soltemos? Así, sin más.

—Pero no es necesario torturarlo.

Sin ser capaz de contenerse, El Rubio se acercó velozmente, agarró al inspector de la mandíbula y le contestó:

—Aquí, el único que decide qué es necesario o no, soy yo. Cuanto más te quejes, más daño le haremos. ¿Te ha quedado claro?

La amenaza surtió efecto. Juan sencillamente se limitó a morderse los labios, blasfemando en su interior cualquier frase inventada o todavía por inventar. Se fijó en los azulejos caídos, contó los espacios en la pared, apretó los puños y toqueteó los mangos donde le tenían atado.

—Aaaaiiichhh —se quejó en voz baja—. «Casi me corto», pensó. E inmediatamente se percató de que existía una oportunidad.

* * *

El angosto corredor, atestado de trastos inútiles, basura y restos del edificio, alcanzaba su fin en lo que antaño era el ala donde mantenían «a salvo» a los psicóticos. Peligrosos para ellos mismos y para los demás. Las acolchadas paredes de las celdas, ahora desgarradas por la humedad, el vandalismo y el tiempo, todavía conseguían retener los aterradores gritos de aquellos que eran torturados en ellas. En la más lejana, un hombre estaba sentado en una silla de corte moderno, sin roturas o suciedad, y gritaba mientras jugaba con su PSP, con la puerta abierta para que se pudiera escuchar dando la sensación de que provenía lejos.

—¡Agggghhhhhh! ¡Paraaaaaaad!

Su apático semblante contrastaba con las deformadas expresiones, fruto de la falsa tortura. El Rubio le había ordenado gritar sin parar, con el fin de asustar a sus dos presas y así mantenerles ocupados pensando el uno en el bienestar del otro, y no en escapar. Además de lo divertido que les resultaba al principio ver las reacciones de los dos hombres.

—Deja de gritar —le interrumpió El Rubio.

El hombre, asustado, saltó de la silla cayéndosele la PSP al suelo, pero sin llegar a romperse.

—¿Ya han confesado lo que queríamos? —preguntó, arreglándose el traje.

—¿Qué van a confesar? Si no queremos saber nada de ellos —contestó El Rubio, entrecerrando los ojos.

En sus manos acariciaba el teléfono en busca de respuestas. Aguardaba con impaciencia la llamada de su jefe con nuevas instrucciones, pero el silencio le agobiaba. No tenía claro si debía llamar él o si era mejor contactar con el jefe de seguridad. La incertidumbre se le clavaba en la sien a la vez que pasaba los dedos por encima del teclado alfanumérico.

—Al jefe no le gusta que le molesten —musitó de camino a la habitación donde tenían atado a Andrés.

Lo que desconocía, era que su jefe no tenía ni la más remota idea de dónde estaban, ni de que lograron capturar a los dos entrometidos.

LA MIRADA DE SAN JUDAS

Con un café en la mano, Gabriel Silvas Rivero alzaba la vista sólo para verse rodeado por un montón de desconocidos. Gente que sonreía, que regañaba a sus hijos, que contaba chistes malos mientras compartía su comida e incluso que metía la mano en los platos de los demás. Se trataba de un ambiente al que él no estaba acostumbrado. En absoluto. Daba la sensación de que las camareras conocían a cada cliente y que todo el mundo era feliz. No entraba nadie sin dar los buenos días, ni se marchaban sin antes despedirse como es debido, dejando una propina acorde con el tratamiento. El olor proveniente de la cocina melaba el aire, agradaba los estímulos e imprimía en los recuerdos de los comensales imágenes de cuando eran pequeños y se disponían a ir al colegio mientras sus madres les preparaba el desayuno. Tortitas con mermelada de fresa, arándanos, melocotón, albaricoque, frutas del bosque; café recién molido, acompañado con madalenas frescas, azúcar y canela. Zumos naturales decoraban los vasos con colores exóticos, oscuros, de tonos suaves y diferentes, a la vez que la dueña sacaba hornadas de pan que ofrecía con mantequilla del pueblo o chocolate untado. «¡Qué pinto yo aquí!», pensó el asesino y se le escapó una sonrisa. La pequeña de la pareja, la hija de Mónica, que jugaba con una muñeca rosa con lacitos monos, dientes de vampiro y vestida como Frankenstein, no dejaba de utilizar el hombro de quien ella llamaba «señor», a modo de trampolín desde donde su muñeca se lanzaba a un lago imaginario y vivía maravillosas aventuras monstruosas.

—Deja de molestar al señor —le reñía su padre.

Gabriel Silvas Rivero se removió en su asiento antes de contestar:

—No importa.

El padre alzó el dedo.

—Camarera, por favor. ¿Nos puede traer otros tres cafés?

—No, no —dijo el «señor», amablemente—, o al menos déjenme pagar.

—De eso nada, que bastante has sufrido —sonrió el hombre—, y si nos es molestia, otra bandeja de madalenas.

Embriagado por un sosiego que sólo con su Mónica solía disfrutarlo, los remordimientos desaparecieron dejando lugar a una sencilla idea. «Bastante has sufrido —pensaba una y otra vez—, y más daño he infligido».

—Me disculpáis, necesito ir al baño.

Apuró su taza de café para que la camarera pudiera cambiárselo por la nueva y se dirigió a la parte trasera del local donde se encontraban los aseos. Después de aliviarse, se acercó a lavarse las manos y observó su imagen reflejándose en el espejo.

—Te veo diferente —le habló a su reflejo—. Creo verte... más humano.

Estiró la piel de su rostro hasta tensarla. Buscaba a quien hacía ya mucho tiempo ocupaba el lugar que él había usurpado. Abría los ojos, parpadeaba con celeridad, examinaba todos sus dientes y se acariciaba el cuello. La barba de dos días le ocultaba las arrugas que le afeaban con las manchas de la edad.

—Ahí estás —dijo sonriendo.

Permaneció inmóvil durante un buen rato. Pensativo. Distante. Sus facciones se estaban habituando a las muestras afectivas, desveladas por las sonrisas.

Entonces cogió su teléfono.

—Mónica ¿estás bien?

—Gracias a Dios que has llamado. Estaba muy preocupada ¿por qué no has vuelto todavía? Te estoy esperando justo donde me dijiste. Frente a la puerta y con las maletas hechas. ¿Qué ha pasado? —dijo ella confusa.

—No te preocupes. He tenido un pequeño accidente y...

—¿Un accidente? ¿Estás en el hospital? ¿Quieres que vaya?

—Tranquila, tranquila. No estoy en el hospital y no me pasa nada. Todo lo contrario.

—¿Entonces vienes a por mí?

—Eres la única persona en el mundo que me importa. Iré a por ti en cuando pueda.

—¿Y cuándo va a ser eso?

—...

—Perdona, no era mi intención importunarte. Confío en ti —rectificó ella al reconocer que preguntaba demasiado.

—No es eso. Pronto podrás hacerme todas las preguntas que tú quieras y te las contestaré.

—¿Todas?

—Todas. Pero una cosa es segura, no te va a gustar lo que averigües. Por ello, te lo advierto desde ya, pregunta sólo sobre aquello que deseas saber.

—Lo entiendo.

—Me alegro.

—¿Te puedo hacer una pregunta ahora? —susurró con timidez.

—Hemos dicho que cuando termine con este último trabajo.

—Sólo una. La que de verdad me importa.

Gabriel Silvas Rivero apartó el auricular de su oreja y suspiró.

—De acuerdo. Sólo una.

—¿Me quieres?

—...

—Sientes amor por mí —repitió Mónica.

—Sí —contestó Gabriel Silvas Rivero, antes de colgar.

Al salir del aseo presintió que sucedía algo malo. Con la piel erizada y las pupilas dilatadas, giró la cabeza para observar a tres tipos que acababan de entrar en el bar. Por la pinta que llevaban, con mallas apretadas de colorines, números en la espalda, muslos y antebrazos, y marcas publicitarias diseminadas por sus ropajes, sólo podrían ser... ciclistas.

—¡Guapa! —exclamó uno de ellos—. Sírvenos unos chaticos de vino, que estamos sedientos.

La camarera sonrió e hizo su trabajo.

—Hay que ver lo buena que estás —dijo otro.

Aquel hombre, con aspecto de gorila vestido para el circo, no escatimó en miradas lascivas. Cuando la camarera le sirvió, no se le ocurrió otra cosa que remangarse, dejando al descubierto una mata de pelo rizado, y darle una palmadita en el culo.

—¡Señor! —replicó la joven.

Las risotadas de los tres ciclistas enmudecieron al resto de los clientes, estropeando el ambiente familiar.

—No te gires Antonio —le dijo Mónica a su hijo mayor de nueve años.

—Deja al mocoso que mire todo lo que quiera —intervino el ciclista gorila—, así aprenderá a no callárselas.

Gabriel Silvas Rivero enfureció. Su sangre le quemaba en las venas, mientras sus ojos apenas conseguían mantenerse quietos. Decidió acercarse educadamente a la mesa de los ciclistas para pedirles que respetasen a los demás clientes.

—Por favor ¿podrías bajar la voz? Estáis molestando a las inocentes familias.

—¿Inocentes? —carcajeó el más delgaducho, que lucía una estampa de *Picachu* en sus mallas—. ¿De dónde has salido tú, tío? ¿De un anuncio de coches?

Gabriel Silvas Rivero contuvo la respiración, intentando mantener la calma. No deseaba salirse de tono, ni ser amonestado por las miradas de la buena gente. Además, la pequeña parecía asustada; acurrucándose en los brazos de Mónica mientras apretaba la muñeca en busca de cobijo.

—No he salido de ninguna parte, ni busco problemas. Sólo os pido que dejéis a esta gente en paz —terminó diciendo, antes de darse la vuelta con la intención de regresar a la mesa.

Entonces, al medio homínido no se le ocurrió otra cosa que lanzarle un panecillo. Los reflejos de Gabriel Silvas Rivero estaban muy afinados. Casi sin inmutarse, alargó el brazo y cogió el panecillo en el aire.

—Veo que os sentís generosos. Muchas gracias por el detalle —dijo, sin mirarlos.

Mordisqueó el panecillo y continuó:

—Estos tres señores corren con todas las cuentas. Un gran detalle por su parte.

Los tres hombres, visiblemente enfadados, dejaron sus asientos para acercarse al bocazas.

—Dadme un segundo —les dijo el asesino, levantando el dedo—, ahora mismo vuelvo.

Salió del bar, abrió el maletero del coche, sacó su maletín metálico y regresó.

—Mejor discutimos esto en los aseos, lejos de miradas curiosas.

Pensando en la paliza que le iban a dar, los ciclistas siguieron a su víctima y se metieron en los lavabos.

—Sólo un breve instante más —solicitó Gabriel Silvas Rivero, mientras abría su maletín al lado del lavamanos—. No deseo ponerme perdido de sangre.

Sacó un paquetito, similar al de tabaco, y al desenvolverlo transformó esa cosita en una especie de chubasquero, fino aunque resistente.

—¿No serás retrasado mental? —preguntó el más delgado, poniendo cara de circunstancias.

—En absoluto —contestó él.

Entonces mostró una pistola y empezó a atornillar un silenciador.

—Ya os dije que no quiero mancharme, eso es todo.

Los tres hombres no sabían cómo reaccionar.

—A ver, tú... el peludo. Ponte a cuatro patas, que necesito utilizarte como silla.

—...

—¿No me has oído? ¿O prefieres que pinte un Picasso con tus sesos en la pared? No lo dudó y obedeció.

—Y tú... el delgaducho. Haz guardia en la puerta. Que no entre nadie ¿entendido?

Igual que un zombi, el otro hombre se apostó al lado de la puerta, sujetando el pomo.

—Muy bien, chicos. Así me gusta. Ahora tú... el listillo. Saca tu teléfono móvil y marca el número que te voy a mostrar.

—Sí, sí...

Gabriel Silvas Rivero conectó el aparato al ordenador que guardaba en el maletín y puso en marcha un programa de rastreo.

—Ok. Ahora te contestará un hombre, pero quiero que le ignores y hagas como si estuvieras hablando con tu esposa ¿entendido?

El otro movió la cabeza, asintiendo con nerviosismo.

—Marca —le ordenó, mostrándole el número del Rubio.

Dos tonos de llamada después...

—Hola cariño ¿cómo estás? Yo me lo estoy pasando genial. Sí, sí... los chicos están tomando unos vinitos y unas cuñitas de queso. Ya sabes. Recargando energías —mentía de maravilla.

—¿Quién eres? ¡Yo no soy tu mujer! —contestó El Rubio.

—La ruta ha sido maravillosa —continuaba el listillo—. Algún día, deberíamos hacer esta ruta juntos. Pero no en bicicleta, sé que no te gusta. Jejejeje. ¿Los niños bien?

—No sé con quién hablas, cretino. Se han cruzado las líneas —dijo El Rubio, irritado, antes de colgar.

El rostro del hombre se tornó rojo como un tomate.

—Lo siento mucho, ha colgado.

—No importa —sonrió Gabriel Silvas Rivero—, sé dónde encontrarle.

Recogió las cosas como si nada y, por último, guardó el chubasquero.

—¿Nos olvidamos del asunto o termino con el trabajo? —preguntó con una mirada sangrante.

—Nos olvidamos —contestaron los tres al unísono y lo volvieron a repetir.

Salieron de los lavabos, sonriendo y como si hubieran estado contando chistes durante la aclaración del malentendido, se sentaron en la mesa y Gabriel Silvas Rivero, entre risotadas y falsas lágrimas de felicidad, se levantó, situándose en medio del bar, preparado para dar un discurso.

—Quiero agradecerlos a todos el saber estar y la bondad que mostráis hacia vuestros semejantes. Esta mañana fui rescatado por una maravillosa familia (señaló la mesa) y no saben hasta qué punto me han salvado la vida. Ahora me despido para tratar unos asuntos personales, no sin antes agradecer a nuestros tres amigos su insistencia en pagar la cuenta de todos.

—Perdón, perdón —interrumpió el listillo, arqueando las cejas—, pero no tenemos dinero suficiente.

—¿Tienes tarjeta? —susurró el asesino.

—Ehhh... ehhhh...

—¿Tengo que llevarte al lavabo para registrarte?

—No, no. Por supuesto que tengo tarjeta.

—¡Y pagarán con tarjeta! —exclamó Gabriel Silvas Rivero, aplaudiendo.

Aprovechando la tesitura, cogió sus cosas, se despidió de la familia y llamó a un taxi. Justo en la salida, enmarcado con madera vieja, la mirada de San Judas, patrón de los arrepentidos, permanecía inmóvil. Era como si se alegrase por lo que acababa de presenciar. Y Gabriel Silvas Rivero se sintió liberado.

XXXII

IMITANDO A HOUDINI

En el exterior se avecinaba una tormenta. La humedad invadió aquel lugar, dejado de la mano de Dios, calando profundamente en los huesos de los intrusos del hospital abandonado. Quien más lo sentía era Juan, tan consciente de lo que sucedía a su alrededor, que resultaba imposible de creer. Sin ser capaz de distinguir si era de día o de noche, rascaba con lentitud las cuerdas sobre el diminuto trozo de metal que sobresalía cerca de su muñeca. Cuando más dolor se infligía, más vivo se sentía. Con los truenos acercándose, contaba los segundos que transcurrían entre uno y otro, en un desesperado intento por mantener una disciplina en la que apoyarse. Lo tenía todo previsto. Menos el azar, claro está, aunque no iba a caer sin pelear. Los pasos que daban los guardias hasta la esquina, lo que tardaban en regresar, la frecuencia con la que uno de ellos encendía un cigarrillo y cuánto tardaba en fumárselo, la debilidad que mostraba otro por culpa del hambre, la falta de suministros. Al principio, le daban un vaso de agua cada cuatro horas, pero ahora tardaban bastante. Si sus cálculos no le fallaban, esta gente no estaba tan organizada como era de esperar. Su jefe, El Rubio, no dejaba de deambular de un pasillo a otro observando con impaciencia la pantalla de su teléfono. Nada. La comunicación habría de calificarse como nula.

Ahora la lluvia golpeaba la chapa que cubría las ventanas. Daba la impresión de que el infierno bajaba con parsimonia hasta lograr cubrir aquel trozo de tierra maldito. El hospital llevaba veinticuatro años cerrado y había sido testigo de la crueldad que posee al ser humano cuando sostiene en sus manos algo tan frágil como la vida de otros. La omnipotencia reconcome los resquicios de bondad al ser manchada con la rutina de convivir con la desgracia y el dolor. La peste de los muertos aún se percibía en algunos rincones; testigos del maltrato y la dejadez, provocados por la infelicidad y la ignorancia. Durante la guerra civil, ninguna persona cuerda se atrevía aceptar trabajar ahí. Era como si se tratase de un castigo para los médicos, enfermeras, celadores, sanitarios y el resto de personal, siendo aquel el lugar donde expiar sus pecados, u olvidarse de su propia existencia. Desterrados.

El escozor que inflamaba su muñeca no le impedía seguir rasgando la cuerda junto con su piel. Deshidratado, una sensación de mareo insistía en conducirlo hacia un estado vegetativo, apartándole de la realidad a la que necesitaba aferrarse. Los constantes pinchazos le electrizaban el sistema nervioso, obligándole mantener los ojos abiertos. Continuaba con su tarea. Cualquier instante le resultaba exasperante.

«Uno, dos, tres, cuatro, cinco...» contaba en su cabeza. El sonido del trueno reiniciaba la cuenta mental. «Uno, dos, tres, cuatro, cinco...», otra vez el estruendo se le clavaba en la cabeza. Apretaba las muñecas sin parar de moverse. Uno, dos, tres, cuatro... Ahora la tormenta estaba cerca. «Uno, dos, tres.... —La cuerda cedía; se debilitaba—. Uno, dos, tres...». Incluso las paredes temblaban. El constante goteo que recorría los antiguos y abandonados techos, se sumaban a la métrica empleada por Juan. Las neblinas de la humedad lagrimaban sobre los recientes charcos, salpicando la habitación con los deshechos que arrastraban. «Uno, dos, tres.... —Uno de los guardias se asomó, le echó una mirada despectiva antes de bostezar y continuó su marcha—. Puede que sea de noche», pensó y continuó contando. «Uno, dos, tres...». Los pasos acababan perdiéndose al fondo de los pasillos, apagándose con los susurros del resto de hombres. «Uno, dos, tres...». Con la espalda dolorida, cualquier movimiento le resultaba tedioso, molesto. Sus músculos, tensados como alambres de carga, aguantaban el peso de sus huesos estoicamente. «Uno, dos, tres...». Incluso las ratas habían desaparecido. Sin duda, terminaron por hartarse de comer envoltura de cable o de escuchar la respiración del maniatado. Una extraña paz deambulaba por el ambiente. Silencio. Como si el ojo de un huracán estuviera posándose por encima de sus cabezas, generando esa falsa impresión de tranquilidad. El inspector Juan Marengue alzó la mirada, imaginándose un claro cubierto por un manto azul y rodeado por algodones de cenizas. Pero pronto la tormenta hizo notar su presencia. Los millares de diminutos golpes formaban un lienzo de guerra, donde los tambores repicaban la imparable marcha de los demonios y los corazones se colmaban de pesadillas. «Uno, dos, tres..., —continuó el inspector con su cuenta mental—. Uno, dos, tres... ¡ya!».

* * *

En una habitación apartada, los trajeados habían improvisado unas camas, colocando varios escritorios en fila y extendiendo sus chaquetas por encima; emulando un colchón. Tres de ellos dormían, mientras otros dos vigilaban sentados, aunque dando cabezadas y soportando incómodas posturas. El único que se mantenía en vilo era El Rubio. Daba vueltas como una peonza, paseaba de arriba abajo sin sentido, meneaba los dedos en el interior de su bolsillo; acariciando el móvil, resoplaba, sin parar de frotarse los ojos, bostezaba, gruñía y vuelta a empezar. Unos marcos vacíos, antiguos portadores de obras de arte valoradas en cuatro duros, le llamaron la atención. Se acercó cuidadosamente, como si algo etéreo hubiera aparecido, acarició la astillada superficie de un par de ellos, ladeó la cabeza y musitó:

—¿Qué demonios estoy haciendo?

Entonces un fuerte golpe atrajo su atención.

Desenfundó su arma, olvidándose del resto de asuntos que le perturbaban. Giró la cabeza para ver si alguno de los otros llegó a percatarse del golpe, pero no vio a nadie. «Malditos imbéciles», pensó. Lo tenía claro, alguien acababa de entrar por una

de las puertas auxiliares. Creía haber apostado hombres en todo acceso que no estuviera atrancado por escombros. En este momento, embargado por sentimientos de controversia, odio y amedrentado por el cansancio, caminaba con mucha lentitud, pegado a la pared, hacia otro posible peligro.

De pronto, escuchó un suspiro.

También cabía la posibilidad de que se tratara de una parejita en busca de un lugar para consumir su amor furtivo. Las dudas rondaban en su cabeza, mientras acariciaba el gatillo del arma con cada paso hacia adelante.

Un trueno le asustó. Giró la cabeza. Sus nervios se tensaron.

Cada vez estaba más cerca de la entrada desde donde provenían los ruidos. Otro suspiro, un resoplido, un murmullo, un estornudo. Fuese quien fuese, se trataba de alguien muy descuidado; inconsciente de lo que podría sucederle.

Acarició el gatillo, otra vez.

Cuando llegó a la esquina del pasillo, dedicó un pensamiento hacia Dios en busca de protección, de suerte o de lo que fuese necesario. Miró con brevedad y retornó a una posición segura.

—¿Pero qué?

Bajó el arma antes de descubrirse y dijo:

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó a uno de sus hombres.

Él, sacudiendo la chaqueta mojada por la lluvia, respondió:

—Salí en busca de un rincón seco para cagar, pero cuando estuve en plena faena el viento sopló en dirección contraria y me he calado hasta los huesos. Maldito temporal. No podría...

—Me importan un carajo lo que te haya pasado. ¿Por qué no avisaste? ¿No te das cuenta que por poco te disparo?

—Se lo dije a Ramón, pero... —intentó contestar sin apartar la mirada de la pistola de su jefe.

—¿Y dónde diantres se ha metido Ramón?

—Está en el coche junto con...

—¿Y no se os ocurre decir nada? —gritó El Rubio, furibundo.

—Yo sólo quería cagar —contestó, con cara de circunstancias.

—¡Quien va a cagarse en todo soy yo! Anda, termina de adecentarte y llama al resto.

—Ahora mismo —dijo, apresurándose.

Vistió la mojada chaqueta, ató uno de los cordones de sus zapatos, se arregló el pelo y salió.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Tres disparos retumbaron por los abandonados pasillos del hospital.

—¿Qué sucede ahora? —se preguntó El Rubio, preocupado.

* * *

Juan Marengue logró acabar con tres de sus secuestradores antes de que los otros dos reaccionasen a tiempo para esconderse detrás de unas mesas. La siguiente ráfaga de disparos ciegos terminó impactando en el marco de la puerta, en la pared del pasillo, pero no alcanzaron al inspector.

—¡Hijo de perra! —gritó uno, al comprobar el estado de sus compañeros muertos.

Recargó la pistola y disparó un cargador entero entre voceríos e insultos.

—Vosotros os lo habéis buscado —replicó Juan, mientras comprobaba las balas que le quedaban.

De reojo vio como El Rubio asomaba desde un pasillo para, de inmediato, esconderse detrás de unos escombros.

—¡No os mováis! —ordenó—. ¡Ahora viene el resto, os sacaremos de ahí!

El inspector debía cambiar de posición. Tampoco se había olvidado de Andrés, pero no sabía dónde le tenían retenido ni si dispondría de las fuerzas necesarias para sacarle de allí; por eso, decidió cargarse a todos lo que fuese capaz antes de desplomarse.

Influenciado por la adrenalina, cojeó hasta una sala de recepción diminuta con la intención de calcular sus movimientos, medir su aguante y serenarse. Los ruidos de las mesas, al moverse, delataron la inminente avalancha de matones que se le venía encima. Con El Rubio encabezando el pelotón de fusilamiento, Juan debía encontrar la forma de sobrevivir. En el exterior, la tormenta vaticinaba desgracias; en el interior, la cólera de Dios iba a caer sobre los siervos de la maldad y los defensores del bien. En este juego, de cara o cruz, la suerte jamás favorecía a los audaces ni a los que estaban dispuestos a dar su vida por un ideal; sencillamente, se resignaba a repartir los favores y las desgracias con arbitrariedad. Para unos más y para otros menos.

Observó el techo con apatía, sintiendo que los objetos se movían como si tuvieran vida propia. Con la rasgada manga de su camisa, intentó secarse el sudor de la frente, restregándose también la cara con el polvo del suelo. Suspiró. Apretó la pistola con fuerza y susurró:

—Sólo quedan siete balas.

Cerró los ojos y dejó caer los brazos al suelo. No tenía la intención de rendirse, pero el cansancio se apoderaba de sus huesos que cada vez se quejaban más con cada movimiento. La falta de agua y comida tampoco ayudaba. Tosió hacia un lado. Palidecía.

¡Bang!

Un disparo hizo saltar por los aires la madera de la recepción podrida, creando una humareda de polvo, astillas y porquería. Aquel ruido penetró los oídos de Juan

obligándole a recomponerse para defenderse.

—No me importan las órdenes. Te aseguro que no saldrás de aquí con vida. Lo juro por mi madre —dijo El Rubio, enfurecido.

La lluvia de plomo se sumó a la ruidosa tormenta, confundiéndose con los golpes de las gotas que retumbaban por doquier, bombardeando los oídos de Juan que se encontraba tumbado en el suelo, pegado en la orilla de la destartada recepción. Los restos de yeso, pintura y cemento del techo caían sobre él, bañándole en un color blanco, ensuciándole a la vez que le impedían respirar con facilidad. Durante unos segundos abrió los ojos, pero el escozor le obligó a cerrarlos de nuevo. «Tengo que salir de aquí», pensó, peleando por mantener la calma. En el borde donde resguardaba los pies, un armario metálico, con las puertas dobladas hacia fuera, por culpa de un saqueo ocasional, le pareció el lugar perfecto para resguardarse; utilizándolo como armadura o como ataúd invertido.

—¡Disparad cerca del suelo por si este cabrón está tumbado! —ordenó gritando El Rubio.

Con las balas silbando cada vez más cerca, Juan empezó a patear la base del armario para que cayese sobre él.

—Vamooooooooossss... maldito trasto... —gruñía con cada golpe.

El amasijo de metal se inclinó hasta que, por fin, terminó cubriéndole, no sin antes recibir un golpe en la cabeza y otro en el hombro derecho.

Dolor y cansancio.

Eso es lo que sentía. La oscuridad le mantenía ajeno a lo que ocurría fuera del improvisado cobijo. Los trozos de pared rebotaban sobre las gruesas láminas, abollando su superficie y amontonándose de tal forma, como si se tratase de la última escena de un funeral en un vertedero.

—Al final me quedaré aquí atrapado —dijo cuando comprobó que el peso aumentaba cada vez que empujaba el armario—. Palpó la pistola y tomó una decisión.

—Saldré y que sea lo que Dios quiera —añadió para sí.

Reunió el ánimo que le quedaba y empujó con fuerza el armatoste. Las balas seguían volando por doquier, siendo un milagro no haber sido alcanzado hasta ese momento. La polvareda se sumaba a los trozos de techo que caían sobre él, arañándole la cara, hiriéndole en la cabeza, rasgándole las manos y clavándose en sus hombros. Aguantó la respiración, en busca de un segundo de paz en el que poder aferrarse.

—Pido perdón por mis pecados —musitó, a la vez que apretaba los dientes.

Hizo el amago de alzarse, deseando devolver el fuego, pero el pantalón se le enganchó en un hierro y regresó al suelo.

—¿Qué es eso? —se preguntó, dirigiendo la mirada hacia la diezmada pared.

XXXIII

MUERTE

El viejo archivador de metal, aparte de servir para lo que fue fabricado, ocultaba un enorme boquete en la pared lo suficientemente grande como para que Juan lograra escapar de aquel infierno. Olvidó los disparos, el dolor y los gritos, para arrastrarse hasta la única salida que tenía a mano. Igual que un lagarto asustado, se deslizó por el agujero hasta desaparecer de la zona de conflicto sin que nadie se percatase de ello. Frente a él, una puerta con aspecto de estar podrida. Aprovechando que no le oirían, pasase lo que pasase, pateó lo que quedaba de la cerradura y echó la puerta abajo. Otra habitación, muy similar a la que acababa de cruzar, le causó una extraña impresión. Con ambas paredes recubiertas con viejos archivadores repletos de carpetas arrugadas, desteñidas y casi podridas, Juan no concebía la utilidad de dichas instalaciones.

Delante de él... otra puerta. Repitiendo la misma maniobra de antes, tosca pero efectiva, echó al suelo la barrera que le separaba de la libertad. O al menos eso esperaba.

—Otra habitación igual —dijo confuso.

Cojeó hasta el otro extremo, derribó la siguiente puerta y... otra habitación. Tuvo la sensación de encontrarse en un laberinto de laboratorio, donde sueltan a los ratones para realizar sus experimentos. Derribo tras derribo, terminó alejándose lo suficiente como para verse a salvo de los disparos que todavía no habían cesado.

—¿Qué es este lugar? —musitó cuando entró en una habitación con escasa luz.

Arrastró los pies para no tropezar, mientras con las manos palpaba el entorno.

—Aquí hay una puerta —comentó aliviado.

Se preparó para dar otra patada, pero por un instante dudó y giró el pomo. La abrió sin dificultad. Si no se equivocaba, ahora mismo estaba en la otra punta del edificio. La salida, entablada y con barras de hierro soldadas en los extremos, resultaba imposible de atravesar. A su lado, una verja impedía la bajada hacia el sótano. «¿Será por ahí?», —se preguntó. Comprobó la firmeza de los agarres—. Ni puedo bajar, ni sé si habrá otra salida», razonó. Cojeó hasta la siguiente esquina y asomó la cabeza por el pasillo. Los fogonazos se distinguían a lo lejos y el olor a pólvora era fácil de percibir.

—No hay salida. He de seguir con mi primer plan. Luchar o perecer.

* * *

Con la furia amansada y la munición escasa, los hombres del Rubio dejaron de disparar al darse cuenta del estropicio que habían causado, siendo imposible que

alguien saliera de ahí con vida. Se miraron los unos a los otros, dándose cuenta del color blanquecino que se había adherido a sus caras y a sus ropas, dejando semilimpia únicamente la parte de los ojos porque la humedad de las lágrimas actuó como repelente para la suciedad. Contaron cuántos eran, porque no sabían si el inspector acabó devolviendo el fuego en algún momento, y se cercioraron de que no estaban heridos.

—Somos nueve, ¿correcto? —preguntó El Rubio.

—Sí, señor. A primera vista, parece que sólo le dio tiempo de matar a tres de los nuestros —contestó uno de ellos.

—Bien, ahora toca encontrar el cadáver.

—¿Qué más da, dejémosle pudrirse esté dónde esté?

—De eso, nada. El jefe no ha ordenado matarle, así que al menos quiero su cadáver para mostrárselo —aseveró El Rubio.

Los hombres guardaron las armas, a regañadientes, empleándose a fondo en la sucia tarea de desenterrar el cuerpo del inspector. Lo primero, era retirar lo que quedaba de la recepción de madera; luego, la cosa se complicaba con los trozos de techo y pared, ya que resultaba tedioso quitarlos de en medio sin una pala, aunque algunos optaron por utilizar cualquier superficie plana y manejable como herramienta; hasta que un rato después se toparon con el armario de metal.

—¿Estará vivo? —se preguntó uno de ellos.

—¡Apartaos, catetos! —ordenó El Rubio—. ¿Será verdad? —comentó, antes de patear lo que podría haber salvado la vida a su enemigo.

Formaron un círculo, como si fuesen buitres; desenfundaron las armas de nuevo, por si acaso; estiraron el cuerpo, igual que los pavos antes de contonearse; y le dieron la vuelta al armario.

—¡No está aquí! —exclamó extrañado.

—A lo mejor está totalmente aplastado.

Agacharon la cabeza en busca de restos, pero no veían nada.

—Estoy aquí —dijo el inspector.

Apoyado en la esquina y apuntando con las dos manos, los disparos alcanzaron a los trajeados que caían como moscas. Acariciaba el gatillo, una y otra vez, tomándose su tiempo con cada blanco, deleitándose con la venganza. Cerdos. La determinación de Juan le mantenía el pulso firme; sumando los años de práctica, logró abatir siete de ellos, quedándole una bala en la recámara y una sonrisa en los labios.

—¡Maldito cabrón! —gritó El Rubio, que había conseguido escapar de la refriega.

Los otros dos supervivientes aún no podían creerse lo ocurrido. Aturdidos, miraban con pasmosa curiosidad a su jefe a la espera de instrucciones. Éste asomó la cabeza para comprobar el estado de los otros, sin evitar el pavor que estremeció su cuerpo al meditar lo que acababa de suceder hacía tan sólo unos segundos. Aquellos que respiraban a su lado ahora yacían muertos entre escombros y porquería. Ni

siquiera comprendía cómo pudo escapar, pero intuyó que no actuó de manera racional, dejándose llevar por un impulso de venganza mezclado con nervios, lo que abocó hacia un completo desastre.

—Ya sé lo que vamos a hacer —le dijo a sus hombres—, seguidme.

Juan se metió la pistola en la boca, apretó los ojos, hizo algunos ruidos con la garganta y... retiró el arma.

—Que sean ellos quienes acaben conmigo —murmuró.

Se encontraba exhausto. Cómo aún lograba mantenerse de pie, ni él podía explicarlo. De una cosa estaba seguro, tres enemigos y una bala, no era positivo para su situación. Cojeó todo lo rápido que pudo, cruzó la recepción, se acercó al pasillo por donde se escondieron los tres que quedaban y aguardó. «¿Dónde se habrán metido?», masculló en voz baja. La verdad era que iba desorientado. No distinguiría el norte del sur o la derecha de la izquierda, conocimientos imprescindibles para planear una buena estrategia. «¿Qué hago ahora?», continuó murmurando.

De pronto...

—¡O sales o le volamos la tapa de los sesos a tu amigo! —gritó El Rubio.

Juan permaneció pensativo: Andrés aún estaba con vida.

—No me creo ni una palabra —respondió Juan.

—Ríndete y no le mataremos.

—De eso, nada. De todos modos, estamos muertos, no creo que tengáis intención de dejarnos vivos.

—¡He dicho que dejes las armas o mataremos a tu amigo! —exclamó El Rubio—. No estoy bromeando.

—Si le matáis os ataré las tripas en un palo y os colgaré desde lo alto —dijo Juan, con la voz bronca.

—¡Qué te rindas, cojones!

—Dejadnos marchar o lo lamentaréis.

—¡Baja la pistola y asómate!

—Soltadnos.

—¡Mataremos a tu amigo!

—Soltadnos.

—¡Mataremos a tu amigo! —repitió El Rubio, enfurecido.

—¡Soltaaaaaaadnoooooooooooooooooossss! —gritó Juan, como un demonio.

¡Bang! ¡Bang!

Aquellos dos disparos que se escucharon de fondo y su eco, rebotaron por todo el hospital, le partieron el corazón.

—Andrés... —musitó con lágrimas en los ojos.

XXXIV

LA MEMORIA DEL MAR

Los gritos habían cesado, dejando a su paso un sepulcral silencio, a pesar de la tormenta que asolaba el exterior. El agotamiento se confundía con el sentimiento de desolación que poseía a Juan, obligándole a ponerse de rodillas, mientras lloraba la pérdida de su amigo. Él era el responsable de lo que había sucedido. Desde el principio, debió comprender que el asunto le venía demasiado grande. Si el difunto Fernando hubiera estado allí para verle, sin duda le habría llamado la atención por haber puesto en jaque la vida de un joven inexperto y sin meditar las consecuencias. Él no llegó a atreverse con el contenido de la carpeta, ni había deseado que nadie cargase con tal peso, pero la obstinación de Juan y su orgullo les condujeron hacia la situación que vivían ahora.

Unos pasos se escucharon de fondo. Con un pitido en los oídos, que le causaba una insoportable jaqueca, el inspector apenas reconoció el movimiento de sus enemigos. Ya le daba igual. Esperaría a que se acercasen lo suficiente como para lograr disparar su última bala sobre uno de ellos antes de morir acribillado por la respuesta. Eso sí, no permitiría irse al otro barrio con lágrimas en los ojos. Se secó el rostro embarrándolo aún más, apoyó la espalda sobre la pared, extendió las piernas y aguardó. El helor del suelo le mantuvo en contacto con el palpito de la vida, repleto de sensaciones agradables, pero también desagradables.

—Menudo sitio para morir —murmuró—. No se podía quejar demasiado, ya que a lo largo de sus días básicamente hizo todo lo que él había deseado; excepto tener una familia, en eso no estaba satisfecho. Los ojos de la mujer que casi llega a ser su esposa alcanzaron su memoria, sembrándola con tristeza. Aquella mirada azulada y profunda que siempre le evocaba tempranos amaneceres cerca del mar. Lástima que no fuese cuerdo y la dejase escapar. Ahora vivía feliz junto a un funcionario del ayuntamiento de Cuenca. Una vida tranquila. Como la que ella deseaba. Juan llegó a darlo todo por la justicia, por las familias que necesitaban un pilar donde apoyarse, por el bien común, pero terminó olvidándose de sí mismo. Con frecuencia, se engañaba él solo con la idea de encontrar una buena mujer y tener hijos. Mentira. Estaba demasiado absorto con su trabajo, demasiado ensimismado. Y ahora moriría solo, sin nadie que le recordase.

—¡No dispaes! —se escuchó una voz de fondo.

No era posible. Le pareció escuchar la voz de Andrés.

—¡No dispaes, soy yo!

Juan exhaló un fuerte suspiro.

—¿De verdad, eres tú? ¿Y los dispaes? —preguntó Juan.

—No te lo vas a creer —contestó el joven, escuchándose su voz cada vez más próxima.

—Seguro que es una trampa —aseguró Juan.

—No, no lo es. Deja la pistola en el suelo y sal de la esquina.

Juan se levantó como pudo, lanzó la pistola al pasillo sabedor que podría tratarse de otra treta, y apareció.

—¡Estás vivo! —sonrió—. No me lo puedo creer, estás vivo.

A unos pocos pasos de él, El Rubio estaba con las manos sobre la cabeza. Gabriel Silvas Rivero le apuntaba con un arma, mientras observaba de arriba abajo el deplorable estado del inspector. Andrés, por otra parte, se acercó dando pequeños pasos hasta que se lanzó a sus brazos.

—Creía que no saldríamos de ésta —dijo, mascullando sus palabras.

—Y puede que no lo hagamos —rectificó Juan.

Gabriel Silvas Rivero empujó al Rubio hacia delante, sin dejar de apuntarle, y le clavó su mirada fría.

—No tenéis de qué preocuparos. Esto ya no va con vosotros —aseguró el asesino.

—¿Y por qué has cambiado de opinión? —le preguntó el inspector.

—Digamos que el contrato por el cual os perseguía ha expirado.

—¿Entonces nos dejarás marchar así sin más?

—No exactamente —continuó Gabriel Silvas Rivero.

—Debéis prometer que nadie me perseguirá. Que no seré mencionado en ningún informe. Quiero desaparecer para empezar una nueva vida, y me gustaría hacerlo sin mataros; aunque... sólo tengo que apretar el gatillo y dejaréis de ser una incógnita para mí.

—Tienes mi palabra de honor.

—Te creo, inspector. No he conocido a muchas personas como tú. Personas que arriesgan su vida por el bien de los demás.

Gabriel Silvas Rivero tiró con fuerza del Rubio para llevárselo con él.

—¿Le matarás? —interrumpió su retirada Juan.

—Sí. ¿Acaso te importa?

—Necesito respuestas.

—No creo que consigas nada de esta escoria. Matándole haré un favor a este mundo.

—¿Sabes por qué te contrataron para matarnos?

El asesino se detuvo de nuevo.

—No suelo hacer preguntas, por eso me pagaban bien. Pero supongo que no te quedarás a gusto si no me lo dices.

—Este hombre pertenece a una organización que ha estado experimentando y matando a mujeres embarazadas, a neonatos y niños durante casi un siglo, o más. Por lo menos, déjame hacerle unas preguntas para que pueda continuar con la investigación.

—Estás hecho un asco y casi te matan, pero todavía quieres llegar hasta el final.

—Mujeres, bebés y niños... —repitió Juan.

Mónica no hubiera permitido algo así, ni tampoco la familia que le salvó la vida.

—Está bien, aunque no creo que este elemento diga nada —asintió Gabriel Silvas Rivero.

* * *

La silla del dentista, donde antes estaba atado Juan, ahora servía como potro de interrogatorios. Durante un buen rato, el inspector repitió las mismas preguntas al Rubio sin recibir respuesta alguna. ¿Quién era el responsable de todo aquello? ¿Dónde continuaban con sus experimentos? ¿Cuáles eran los nombres de los implicados? ¿En qué lugar apresaban a las mujeres? ¿Por qué las mataban junto a sus bebés?

Pero nada.

Con una continua mueca de disgusto en su rostro, El Rubio sólo aguardaba el momento en el que Gabriel Silvas Rivero le metería una bala en la cabeza, o algo peor. Debía concentrarse para soportar el dolor que le iba a infligir hasta que su corazón dejase de latir. Lo tenía claro. Era hombre muerto.

—Os avisé de que no diría nada —dijo, con una cínica sonrisa colgada en los labios.

—No podemos permitirnos el lujo de partir de cero —se quejó Juan—, y en cuanto se den cuenta de lo cerca que estuvimos seguro que reaccionarán de mala manera.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Andrés.

—Quiere decir que no dejarán a nadie con vida —intercedió Gabriel Silvas Rivero—. Lo más seguro es que destruyan todo lo que no sean capaces de transportar a otro lugar.

El joven periodista se echó las manos a la cabeza y exclamó:

—¡A cuántas personas acabamos de sentenciar! ¿A diez, a cien, a mil? Preferiría haber muerto que cargar con eso.

Gabriel Silvas Rivero borró cualquier ápice de humanidad de su cara y, cabizbajo, cerró los ojos para despertarse como otro hombre.

—Dejádmelo a mí —susurró con un hilo de voz nefasto.

Recogió los cables que los roedores mordisqueaban horas atrás, desenfundó un cuchillo con sierra, empujó la cabeza del Rubio hacia un lado y le dijo:

—Hablarás, te lo aseguro.

Primero, le ató una mano en el manillar de la silla. Por un instante, se fijó en las manchas de sangre que había y miró las muñecas del inspector.

—Por lo visto, otros han ocupado este lugar antes que tú —le susurró al Rubio.

Le apretó la muñeca con varios cables, tan fuerte, que casi pudo escuchar la carne crujir.

—Seré paciente contigo. Igual que lo fuiste conmigo en aquella pútrida mazmorra en Francia. Espera y verás. En un par de horas, la mano empezará a dolerte tanto que desearás cortarla con tus propios dientes. Pero no te voy a dejar. Cuando se te hinche la muñeca, seguiremos con la otra mano, después escogeremos una pierna y luego otra. ¿Qué te parece?

El Rubio le escupió sin mediar palabra.

—Eso está bien —continuó Gabriel Silvas Rivero—, tú hazte el fuerte, pero no existe valor suficiente en todos los hombres que habitan este planeta podrido para soportar lo que te viene encima. Llorarás como una niña pequeña.

Juan y Andrés permanecían pasivos. Por un lado, deseaban detener aquella escena y, por otro, un impulso primitivo, lo impedía. La oscuridad vestía con los ropajes de la venganza, apoderándose de sus nobles corazones que buscaban una salida fácil para así continuar con la investigación. Gabriel Silvas Rivero realizó una pequeña incisión en la parte de la muñeca que se estaba hinchando, causando un estrepitoso dolor al Rubio. Éste apretó los dientes, mostrándolos como un lobo mordido por un cepo de cazador, y aguantó la rabia; no quería quejarse, no quería mostrar debilidad.

—No te preocupes, esto va a empeorar enseguida —le susurró el asesino.

Con otro trozo de cable le ató la cabeza. Primero, le obligó a abrir la boca, a base de apretar, y luego estiró los extremos labiales hasta cortarle la piel.

—Bonita sonrisa —ironizó mientras giraba el cable.

Colocó una piedra de afilar sobre la entrepierna del Rubio y comenzó a repasar la hoja de su cuchillo.

—Espero que no se me vaya la mano —dijo, esbozando una asquerosa sonrisa.

Cuando acabó con la tarea preparatoria, se situó detrás de él, donde no pudiera verle, y con relativa lentitud se dispuso a raparle la cabeza.

—No te muevas, jajajajaja.

Los cabellos dorados, casi blanquecinos por el polvo y la suciedad, se balanceaban con suavidad antes de tocar el suelo. Gabriel Silvas Rivero entonó una canción parecida a la que una madre canta a su hijo mientras lo cuida, lo acaricia o lo acicala. La situación era tétrica. Un psicópata azucarando tonos con rimas, bailando notas con la lengua, mientras sangraba, cortaba y despellejaba partes del cuero cabelludo del Rubio.

—Tú sigue sin hablar...

* * *

Un par de horas más tarde...

—Ha perdido la conciencia —indicó Gabriel Silvas Rivero, metiéndole un dedo en el ojo—. Haga lo que haga, este elemento no hablará.

—Seguro que existe una manera de hacerle hablar —añadió Juan, descontento.

—Bueno, puede que haya un método.

Gabriel Silvas Rivero rebuscó en los bolsillos del interrogado hasta que dio con lo que buscaba.

—Veamos. Nombre: Gervasio Anastasio Flores Soler. Con eso bastará.

Meditando el modo de conseguir lo que buscaba, salió del hospital para recoger su maletín. Antes de entrar y terminar con los dos esbirros restantes, lo había guardado en un cuadro de luces donde sólo habitaban arañas, lagartos y otros insectos. No tardó en regresar.

Apoyó el equipo en una mesa, lo puso en funcionamiento y esperó a tener una señal clara.

—Ya está.

A continuación, entró en el sistema de la Policía, rompió un par de claves, sorteó un puñado de cortafuegos, introduciéndose en sus extensos archivos en busca de más datos sobre el sujeto en cuestión.

—Hola, Gervasio Anastasio. ¿Qué tal?

Inició un proceso de recopilación de datos que duró al menos una hora, ordenó la información de menos a más importante, giró la pantalla del ordenador para que El Rubio pudiera verla cuando le reanimasen y exclamó:

—¡Traed agua de fuera, llegó la hora de despertar a este despojo!

De la tarea se encargó Andrés, cuyas ansias de devolver los golpes recibidos terminaron por transformarle en un ser más frío, desposeído de su inocencia. El sonoro respiro que El Rubio voceó hizo que Gabriel Silvas Rivero iniciase su plan B.

—He de admitir que eres un hueso duro de roer. No me cabe ni la menor duda de que no hablarás, te haga lo que te haga. En tu mente ya eres hombre muerto. Te imagino mentalizándote durante las largas noches que has tenido que pasar en las calles o en algún tugurio lleno de mierda humana, convenciéndote a ti mismo de lo duro que llegarás a ser y cómo nadie osará interponerse en tu camino.

El Rubio le miró, asombrado.

—Créeme. Lo sé. Pero he conseguido encontrar tu punto débil. Un pequeño detalle al que yo renuncié por completo el día que decidí convertirme en lo que soy. Un diminuto resquicio de humanidad que te ata al resto del mundo.

Enseguida comprendió de qué hablaba, aunque deseaba estar errado.

—Por lo visto acabas de darte cuenta. Sabes muy bien de qué te hablo ¿no es cierto? Hazme un favor y mira la pantalla del ordenador —le indicó, empujándole la cabeza hacia un lado, cortándole las mejillas con los cables un poco más.

Ahora sí que sintió verdadero terror El Rubio.

—Mira, mira...

Una mujer entrada en años aparecía sonriendo. Sujetaba un sombrero adornado con plumas de pavo real mientras posaba emulando el perfil de una reina o de una famosa de la alta sociedad. Recordaba mucho los retratos de los años 30, aunque el color dejaba bien claro que se trataba de una fotografía reciente.

—Tu madre parece muy feliz. Estoy seguro de que tú le regalaste ese sombrero. Pomposo como tu estupidez y llamativo como la evidente ausencia de inteligencia. Sólo una burda prenda con la que poder fardar. En ella, veo un brillo especial. Está contenta por el presente.

Sus ojos se tornaron vidriosos. Agitó los brazos en un vano intento por liberarse, consiguiendo hacerse más daño.

—Lo mejor viene ahora. ¡Ohhhhhhhh! Mira los brazos del bebé. Cómo se abraza a su madre. Precioso ¿verdad? Analizando sus rasgos deduzco que es tu hermana. He de admitirlo, el no tener esposa e hijos te sitúa en una posición muy ventajosa, pero yo en tu lugar no me hubiera acercado a ningún inocente. De hecho, no hay nadie que me importe en este mundo (recordó a Mónica e intentó seguir ignorando ese pensamiento para que no le afectase). ¿Te imaginas los juegos que sería capaz de practicar con tu sobrino? O sobrina... eso no importa. ¿O sí? A lo mejor que sea chica me es mucho más placentero.

La furia cegó la mente del Rubio.

—¡Ahhhhhhh! Entonces es una niña. Me alegro —se relamió Gabriel Silvas Rivero, haciendo gestos con la boca y sacando la lengua como una víbora hambrienta.

—¿Vais a permitirselo? —masculló la pregunta El Rubio, dirigiéndose a Juan y a Andrés.

Ambos se limitaron a bajar la mirada para no sentir vergüenza, lo que Gabriel Silvas Rivero tradujo en un sí.

—Como ves, nadie hará nada por ti. Menos yo —aseguró el asesino antes de cortar el cable con el que le había atado la cabeza, pasando por la boca.

—Te escucho.

—No te mentaré. No saldrás de ésta con vida, pero te prometo una cosa; si colaboras con lo que te pidan no me acercaré a tu familia. Hasta puede que les mande un regalo agradeciendo tus servicios a este gran país, mintiendo sobre tu trabajo, realizando una sustanciosa transferencia junto a una caja con una bandera y unas medallas. ¿Qué te parece?

—¿No te acercarás a ellos? —dijo El Rubio entre dientes.

—Eso he dicho.

—No creo poder confiar en ti.

—Tampoco tienes demasiadas opciones, además, si he dejado a estos dos vivir significa que algo ha cambiado.

—Puede ser, pero necesito garantías.

—Jajajaja... ¿Garantías? ¿Qué clase de garantías?

El Rubio miró a Juan, fijamente.

—Quiero que me lo prometas tú. Sé que no soportarías sangre inocente en tu conciencia.

Juan no pronunció palabra. Agachó la cabeza y se limitó a contestar:

—Eso es verdad. No más víctimas indefensas.

—Al parecer, acabamos de llegar a un acuerdo, ¿cierto? —preguntó Gabriel Silvas Rivero.

—Cierto —asintió El Rubio, rendido—, pero primero dadme un poco de agua. Y borra lo de tu ordenador.

—Eso está hecho —dijo Gabriel Silvas Rivero, dándole al botón suprimir.

* * *

Con las manos atadas en la espalda, El Rubio les condujo hacia la verja con la que Juan se topó cuando escapaba del tiroteo. Alzando la barbilla, manchada de sangre, señaló las escaleras que bajaban a un sótano al que ningún vándalo consiguió entrar jamás.

—Ahí abajo encontraréis las respuestas que buscáis. O, al menos, parte de ellas —musitó dolorido El Rubio.

Andrés agarró las barras de hierro fundido con fuerza y las meneó. El resultado fue un tirón en el cuello, condimentado con una profunda decepción.

—Si nos ponemos a picar tardaremos todo el día —dijo Juan—. Por cierto, ¿qué hora es y dónde demonios estamos?

—Son las seis de la madrugada —contestó Gabriel Silvas Rivero—. Y este lugar es un hospital abandonado, situado a las afueras de un pueblo en el norte de España llamado Laredo.

—¿Dónde?

—A unos cuantos kilómetros de Bilbao. Es una localidad paradisíaca, nada que ver con el infierno de aquí dentro. Este hospital está construido en un acantilado, estando el mar de frente y el fluir de un río en su costado... pero centrémonos en nuestros asuntos —explicó Gabriel Silvas Rivero, señalando la entrada hacia el sótano.

—Claro, claro... —asintió Juan, confuso.

El asesino acarició las pesadas bisagras e hizo una mueca de disgusto.

—Creo poder deshacerme de esto.

Se fue a la habitación de la silla del dentista, donde tenía el resto de sus cosas, cogió un neceser del macuto y regresó. De su interior, sacó un tubo con pasta de dientes, que vació en un recipiente de plástico; un bote con sal, del cual abocó casi la mitad; y un rollo de hilo dental. Recargó cuatro veces su pistola, haciendo saltar cuatro balas de la recámara, separó los casquillos con su cuchillo, añadió la pólvora en la mezcla y la removió con cuidado.

—Falta un poco de espesante —observó—. Otra vez, acabó perdiéndose en los pasillos hasta que regresó con un puñado de polvo blanco.

—¿Qué es eso? —preguntó Andrés.

—Yeso del techo o sólo polvo... vete tú a saber. Pero servirá.

Cuando concluyó, untó las bisagras con la mezcla, formando una especie de bola que más bien parecía un capullo de mariposa, e introdujo dos centímetros de hilo dental al cual también le había aplicado una fina capa de la mezcla.

—Ahora toca esperar —dijo Gabriel Silvas Rivero, mientras se limpiaba las manos.

—¿A qué? —preguntó Andrés, acercándose para ver mejor el invento.

—A que se seque —le contestó el asesino, apartándole lentamente del explosivo casero.

El tiempo transcurrió en silencio. Sólo la tormenta seguía su curso sin inmutarse por los asuntos terrenales. Aunque se alejaba, daba la sensación de ser eterna; Parecía que hubiera existido desde el inicio de sus vidas y que nunca desaparecería. Marcaría el final de una etapa en la que se vieron cara a cara con la muerte y escaparon de milagro. ¿Acaso ese milagro podría llamarse Gabriel Silvas Rivero? El hombre contratado para matarles, ahora transformado en su salvador.

—Por cierto, ¿qué hay... ahí abajo? —le preguntó Juan al Rubio.

—La última vez no dejamos demasiado, aunque os puedo asegurar que lo poco restante sería mejor no desenterrarlo. Lo más conveniente sería dejárselo a la memoria del mar.

—¿Qué significa eso? —interrumpió Andrés, con su molesta curiosidad.

—El mar no tiene memoria —le contestó Juan—. Y lo olvida todo.

XXXV

CUATRO PISTAS

Los escalones estaban divididos en dos plantas. La primera daba a un descansillo, el cual no servía para mucho, y la segunda terminaba en el recibidor con tres puertas. Vacío, sin nada que dejase indicios de ser diseñado para parecer acogedor. En las cuatro paredes sólo aparecían restos de posters donde destacaban frases rezando silencio y orden.

—Lo que buscáis se encuentra detrás de la puerta derecha —indicó El Rubio.

—Me da la impresión de estar participando en un concurso televisivo.

El humor ácido de Gabriel Silvas Rivero no recibió ninguna respuesta. Era evidente que no acostumbraba a relacionarse con otros, por ello el sarcasmo a menudo era una reacción lógica.

Al cruzar la puerta una gélida brisa se adhirió a sus cuerpos. Era como si el aliento de la muerte revolviese el ambiente con la intención de imprimirse sobre la piel de aquellos que se atrevían a destapar sus secretos. El entorno era oscuro y húmedo, un vivero para arañas, moho, ratas y otras criaturas de la negrura. Con un olor a podrido arqueando sus rostros, los cuatro caminaron por los angostos pasadizos con la ayuda de un par de mecheros y una linterna que portaba Gabriel Silvas Rivero.

—Aquí no hay nada —observó Andrés, que no se separaba de Juan.

La cojera del inspector retumbaba por las paredes. Cuando arrastraba el pie, sonaba como las uñas largas de alguien arañando una pizarra. Tericia. El polvo, pegado en el suelo, señalaba el paso de los anteriores visitantes, desvelando que eran numerosos. Las marcas de fuego, imborrables, eran la prueba de lo sucedido.

—Aquí no se ha salvado nada —comentó Juan.

—Casi —aseguró El Rubio—. Si no fuese por una llamada del jefe, ordenando que nos marchásemos de inmediato, el contenido de la habitación que os voy a mostrar hubiera sido arrojado a las llamas.

—¿Y por qué no le prendisteis fuego, sin más? —preguntó Andrés.

—No lo sé. ¿Eso qué importa?

Con la barbilla señaló la puerta, poniendo punto final a la conversación.

—Hemos llegado.

Nada más tocar el pomo, la puerta se desplomó levantando una nube de polvo. Tapándose la boca, a la vez que meneaban las manos para alejar la polvareda, entraron en la habitación. Tampoco había demasiadas cosas, pero un archivador de metal, parecido al que Juan utilizó como protección, ocupaba una esquina rodeado por maderos podridos.

—¿A qué esperáis? —preguntó Gabriel Silvas Rivero—. ¡Abridlo!

Había un portafolios y cuatro cajas. Juan rebuscó el contenido de éstas, pero no encontró nada; sólo registros, entradas y salidas, altas, bajas, recetas y documentos sin importancia, muy habituales en los hospitales. El portafolios era otra cosa. Con el primer vistazo, comprendió que ahí tenía pruebas de las atrocidades perpetradas en el hospital.

—¡Mirad esto! —exclamó horrorizado.

Ni siquiera la mecánica apatía de Gabriel Silvas Rivero fue capaz de menguar su curiosidad. Infinitas listas de nombres, mujeres recién paridas, neonatos cambiando de manos, o algo peor. Los centros sanitarios a los que hacían mención eran incontables. Santander, La Coruña, Murcia, Madrid, Sevilla, Málaga, Badajoz, Valencia, Barcelona, Alicante, Albacete, Bilbao... Sin mencionar las localidades más pequeñas y los alrededores. Ninguno de ellos se imaginaría jamás la ingente cantidad de médicos, enfermeras, celadores, encargados de seguridad, militares, policías, políticos, curas, monjas, y toda clase de gente que había implicada. Ni siquiera el asesino logró contener su asombro ante tal despropósito. Comparándose con los responsables de aquella trama de aniquilación, contrabando y vergüenza, él era un santo.

—Gente indefensa —murmuró Gabriel Silvas Rivero.

—Como a los que tú cazas —replicó El Rubio.

Con una mueca de angustia en el entrecejo, le agarró del cuello y le dijo:

—De eso, nada. Yo liquidaba objetivos concretos. A adultos. A todos aquellos que suponen un problema para alguien. Un recién nacido no es una amenaza. Mejor no hablemos de los miles que os habéis cargado.

—No es lo que parece.

—¿Y qué es?

—...

—¡Habla! —se impuso el asesino.

—No es muerte, sino vida; no se obliga a nadie, pero hay que sacrificarse; no ganas dinero, sino tiempo; y nunca venceréis, aunque ganéis todas las batallas.

—A mí los acertijos me la traen al fresco.

Juan alzó la mano para detener el impulso de Gabriel Silvas Rivero.

—Recuerda la promesa que le hiciste —le dijo.

—Pero, de todos modos, morirá —comentó con voz pesada.

Lo siguiente fue sacar un cilindro sellado con cera. Seguidamente, partieron el sello y el contenido les dejó de piedra.

XXXVI

PASADO CERCANO

Hace poco menos de treinta años...

Una niebla vaporosa se deshacía con cierta parquedad, conforme las manillas del reloj se atrasaban hasta una época en la que el hospital rebosaba vida... y muerte. En los pasillos, un vaivén de personas, transformando los angostos y oscuros pasillos en luminosos e inmaculados corredores donde una conversación, un saludo, una sonrisa o un comentario sin importancia formaban parte del curso habitual del día a día. Aunque bajo las expresiones de aquellas gentes, la maldad y la codicia habían disimulado una máscara muy diferente; casi siniestra.

La sala de espera apenas recibía visitantes. Las habitaciones, numeradas con un orden desordenado, diseñadas para confundir a las menos que probables visitas de los funcionarios del Gobierno, ajenos a las instalaciones, escondían la realidad que ningún ciudadano común desearía conocer jamás. Y así era. Durante muchos años, todo paciente que ingresaba en aquel lugar no volvía a salir. Al principio, enjaulaban los casos más leves. Ancianos con poca o ninguna esperanza de vida, inútiles para la sociedad moderna, causantes de un enorme agujero presupuestario que los dirigentes no querían subsanar, aminorando su nivel de vida, sino quitándose del medio a quienes habían sido olvidados. Más fácil... más barato. Los médicos ni visitaban esas habitaciones.

En las más alejadas encamaban a los que portaban enfermedades crónicas o extremadamente raras, de las que apenas se sabía nada. A parte de no querer que el pánico cundiese, causado por algún ignorante o por crear morbo periodístico, encontrar cobayas para sus experimentos no resultaba una tarea sencilla. Los clasificaban por colores.

Blanco indicaba *sin restricciones*. Eran los enfermos que más inyecciones, sondas y tratamientos vejatorios recibían, hasta el punto de morir.

Rojo indicaba *estudio del dolor*. Semejantes a las torturas medievales, los responsables de aquellas habitaciones registraban la respuesta emocional y patológica de sus sujetos. La teoría era simple. Provocar una reacción de dolor extremo, incitando al propio cuerpo a rebelarse, con el fin de combatir la enfermedad. «El método de la autocura», lo llamaba el artífice de la idea, pero el resultado solía requerir la presencia de un sacerdote, más que curar la enfermedad.

Por último, el negro. El color de la peste. Los cuartos donde metían a los de esta categoría eran los más limpios, los más cuidados y los menos cargados de objetos. Ni termómetros, ni sondas, ni respiradores... nada. Sólo un par de cajas blancas, empotradas y aseguradas, llamaban la atención. En su interior, había cámaras, sensores, medidores, artilugios difíciles de describir, cables, tubos con líquidos de todos los espectros, grabadoras y un diminuto reloj que activaba un aviso. Allí metían a gente sana. Vagabundos principalmente, aunque, de vez en cuando, también encerraban algún que otro revolucionario cuando llamaba demasiado la atención y peligraban los intereses de los poderosos. Una vez dentro, soltaban una manta con virus, un frasco con gases tóxicos, un alimento salseado con una sustancia exótica, o un animal muerto. Luego esperaban a que el reloj diese el aviso, limitándose a registrar el estado del desgraciado hasta su muerte.

Cerca de esa zona, se encontraban las *suites*. Al menos, ellos las llamaban así. Con las paredes acolchadas, el suelo de corcho e iluminadas con focos suaves; ahí era donde encerraba a psicóticos, paranoicos, esquizofrénicos y curiosos. Muchos periodistas pasaron por ahí hasta convencerse de su propia locura. Los encargados del área disfrutaban de una sencilla tarea. Alimentarles, lanzándoles comida por una apertura en la puerta, asearles, con una manguera desde fuera, y olvidarse de ellos. Quizás fuesen los más afortunados, porque como no eran dueños de sus actos y atacaban a los celadores a la más mínima, nadie les molestaba demasiado. Su locura resultó ser su salvación.

Pero lo peor de todo estaba por llegar. Los pitidos provenientes de los sótanos del hospital enloquecerían a cualquiera; por ello, habían creado un sistema de triple puerta. Sin ser infalible, la mayoría de veces impedía la fuga del molesto ruido, enterrándolo en las profundidades, pero cuando se escapaba por algún motivo, ninguno se libraba de la tortura que suponía. Y aquel fatídico día, cuando el sistema falló estrepitosamente, las consecuencias fueron devastadoras.

Los RDP, también conocidos como *Responsables Del Pánico*, sellaron todas las salidas del hospital, se enfundaron unos trajes tipo escafandra, se colgaron en la espalda unos lanzallamas y rociaron a todo aquel con el que se cruzaron con gasolina, para después prenderle fuego. No importaba quién. Lo que se había escapado del sótano no debía sobrevivir. El hedor a piel quemada no molestaba a los *RDP*. Protegidos por sus impermeables corazas, estaban centrados en realizar su tarea con la mayor eficacia, también motivados por la cláusula del contrato firmado, donde ponía: Eliminado toda amenaza o seréis exterminados. ¿Qué mejor motivación?

Una vez purgadas las plantas superiores se dirigieron al sótano. Soltaron los lanzallamas en una terraza con vistas al mar, contemplaron el sol que se difuminaba por culpa del humo, dejaron las puertas abiertas de par en par y comenzaron la segunda fase de su cometido. Mujeres desnudas, abrazadas a sus bebés, caminaban en fila india por las escaleras, amontonándose en el exterior, justo donde los hombres las

colocaban. Con la mirada perdida, como si careciesen de sentido común, de emociones, de conciencia; o lo peor de todo... de alma. Los *RDP* cargaron con los lanzallamas y encendieron las mechas. Uno de ellos, el más bajito, preparó una *Olympus* de siete disparos y descargó su frustración paso a paso. Primero, le descerrajó un tiro en la cabeza a un neonato y después a su madre. Ninguna mujer se inmutó. Todas permanecían quietas, pese a que estaban a punto de ser sacrificadas. Cuando el grupo iba siendo eliminado, a las tres o cuatro recargas, los *RDP* quemaban los cuerpos para terminar lanzándolos al mar. Como bolas de fuego, los restos humanos se apagaban al sumergirse entre las olas del mar que engullían las pruebas del crimen.

Al día siguiente los periódicos más importantes del país amanecían con el mismo titular.

«TRÁGICO ACCIDENTE»

Los artículos coincidían en lo desafortunados que fueron los pacientes y los trabajadores. Echaron la culpa al sistema de incendios, por haber fallado en su funcionamiento. Cuatro chivos expiatorios fueron conducidos a los tribunales por un crimen no cometido, pero bien remunerado, ya que a cambio de su culpabilidad, sus familias recibieron suculentas sumas de dinero, para así vivir una vida mejor y sin preocupaciones. Los dirigentes políticos lloraron, las diferentes personalidades del momento encogían sus corazones mostrando empatía hacia los familiares de las víctimas, fuesen quienes fuesen; la pantomima mediática alcanzó su punto álgido cuando condenaron a los cuatro vendidos... y después el asunto se olvidó.

Como siempre, la memoria de los hombres es aliviada con una promesa de justicia, y un atisbo de bienestar... sin conocer la verdad. Sin ni siquiera sospechar de ella.

XXXVII

SENDAS DIFERENTES

—Eso es, más o menos, todo lo que sé —explicaba El Rubio—. No sabría diferenciar entre ficción o realidad, porque cuando limpiábamos este lugar incluso hubo quien habló de fantasmas. Y yo no creo en ellos.

Recortes de periódico, fotografías y notas a pie de página de algunas cartas, corroboraban la historia contada por él. De repente, aquel lugar se tornó gris, como si las cenizas del pasado regresasen reclamando su presencia y justicia.

—¿Quién dejó este tubo aquí? —preguntó Andrés.

—No lo sé. Un hombre con conciencia, un descuido innecesario, la propia organización, o puede que yo mismo. ¿Qué importa?

—¿Fuiste tú? —inquirió Gabriel Silvas Rivero, hundiéndole la punta de la pistola en la herida de la mejilla.

—No, no... —respondió quejicoso El Rubio.

—Una posibilidad menos.

—¿Ahora nos dirás de qué va todo esto? —dijo Juan con voz temblorosa, todavía afectado.

—Ya os lo he dicho. Ni me creeríais. Será mejor descubrirlo por vosotros mismos. Ni siquiera a estas alturas, y después de todo lo que he visto, soy capaz de creérmelo. Será como una sorpresa.

—Estás mal de la cabeza —musitó Gabriel Silvas Rivero—. Todos vosotros estáis mal de la cabeza.

—¿Por qué no terminamos con esto? —dijo El Rubio.

—Buena idea.

Gabriel Silvas Rivero le empujó hasta la salita, subieron las escaleras, cruzaron los pasillos del hospital, salieron al lugar donde asesinaron a todas esas madres junto a sus hijos y le pidió que se arrodillase.

La tormenta amainaba, dejando algunos rayos de sol traspasar la densa capa de nubes negras. Igual que en los cuadros de El Greco, la divinidad oscurecida por fin atisbaba pequeños resquicios de luz, imprimiéndose en el rostro del arrodillado. A lo lejos, todavía se vislumbraban los remolinos grises, succionadores de masa marina, filtradores de agua potable que alimentaban las tormentas allá donde fuesen reclamadas por la madre naturaleza. Un paisaje tan dantesco como asombroso. El aire soplaba desde el este, empujando la lluvia a otra parte del interior, hacia el mar, y en dirección a otras desgracias que nunca serían conocidas.

El Rubio alzó la mirada, escrutando el cielo por una señal. *Un algo*. Con los ojos vidriosos, agradeció el roce de las lágrimas porque sentía una caricia en las mejillas,

igual que cuando era niño e inocente. Su pelo bailaba la canción del viento, agitándose de un lado a otro, refrescando las heridas que ya no le molestaban.

—¿Un último deseo? —preguntó el asesino, a la vez que se escuchó el característico ruido de un arma cargándose.

—Estoy preparado —contestó, cerrando los ojos.

Parecía sereno. Juan permanecía callado, sujetando del hombro a Andrés, quien no estaba de acuerdo con la ejecución, pero no se atrevía a interponerse en aquel juego de asesinos.

Gabriel Silvas Rivero extendió el brazo y dijo:

—Que Dios te perdone.

Al escuchar eso, El Rubio reaccionó:

—Un momento, un momento. Tengo una última cosa que decir.

—¡Habla! —ordenó el asesino, relajando el dedo sobre el gatillo.

El Rubio giró la cabeza para dirigirse al policía y al periodista.

—Os diré dónde encontrar el último centro de investigación. El más moderno. La joya de la corona, por así decirlo.

—¿Por qué harás eso? —preguntó Juan para comprobar si se trataba de una trampa.

—No sé. Puede que allá donde vaya me encuentre con San Pedro y tenga que jugar una mano de póker para cruzar las puertas. Me gustaría poder ir con un as en la manga, por si acaso.

—Te escucho —dijo Juan, acercándose.

—A la afueras del casco urbano en Andorra, existe una fábrica de tabaco, no demasiado grande, pero que cumple con los requisitos del Principado, además de tener buen acceso, muelles de carga... Pero la planta de procesado y empaquetado no es más que una tapadera. En la parte norte, donde se almacenan los palés con la mercancía terminada, hay una trampilla de metal. En realidad, es un ascensor que conduce a las entrañas de la verdadera fábrica. Allí encontraréis todo lo que buscáis. Pruebas, testigos, hasta es posible que el mismísimo jefazo esté ahí.

—¿Quién está detrás de todo? —susurró con voz suave Juan.

El Rubio esbozó una sonrisa y suspiró:

—Bueno, supongo que ya todo da igual. Se llama Víctor Sampedro.

—¿El magnate? —interrumpió Andrés—. ¿El hijo de José Manuel Sampedro? Pero si todavía es un crío.

—Nada es lo que parece. Os lo juro por lo más sagrado... mi familia —dijo y dirigió la mirada hacia su ejecutor.

—No tienes por qué preocuparte. Mantendré mi palabra.

Gabriel Silvas Rivero endureció el dedo en el gatillo.

—Reza un padre nuestro —le dijo.

El Rubio serenó el semblante e inició la oración.

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; hágase tu voluntad...

¡¡¡Bang!!!

Un disparo interrumpió la oración, mientras que el cuerpo sin vida de Gervasio Anastasio Flores Soler, alias El Rubio, se precipitaba por el acantilado para ser engullido por el mar, hasta caer en el olvido. Como sus víctimas.

—¿Qué has hecho? —dijo Andrés, enfurecido—. No le has dejado terminar. Sólo estaba rezando y...

La mano firme de Juan le apretó del brazo para calmarle.

—Le ha hecho un favor —sentenció el inspector—. Le ha ahorrado conocer el momento exacto de su muerte. Así no se lo esperaba. Que descanse en paz y sus pecados sean perdonados. A ser posible.

* * *

Los tres hombres se reunieron en el otro lado del hospital, donde estaban los coches aparcados. No resultó difícil encontrar las llaves de los todoterrenos y averiguar cuál correspondía a cada vehículo. Registraron los maleteros y encontraron un par de botellas de agua con las que se refrescaron, comieron tres barritas de chocolate, guardando las dos restantes, y permanecieron ensimismados durante un buen rato. Descansaban. El gorgoteo del río ejercía de música tranquilizadora, mientras los escasos relámpagos aparecían en el horizonte, lejanos testigos de la tormenta pasada. El sol bañaba las costas, las praderas, la hierba con olor a manzanilla, y el cantar de los pájaros indicaban que la vida continuaba, a pesar de lo ocurrido.

En cierto momento, sus miradas se cruzaron. En ellas, hubo una sensación de fraternidad, aunque era inevitable que surgieran determinados sentimientos contradictorios. La tensión presionaba sus pulmones, a la vez que la sangre les caldeaba la piel. Eran supervivientes, los afortunados. Pero el momento tenía fecha de caducidad.

—Aquí nuestros caminos toman direcciones diferentes —dijo Gabriel Silvas Rivero—. Supongo que no es necesario advertiros de lo que pasará si venís a por mí. Sólo quiero una oportunidad para cambiar de vida. Y al salvaros la vuestra doy por hecho de que estáis en deuda conmigo.

—Eso es cierto —asintió Juan—. Por mi parte, eres libre de marcharte, aunque nos vendría muy bien tu ayuda.

—Lo siento, pero tengo otros asuntos pendientes.

Sin decir nada más, los dos hombres estrecharon sus manos. Andrés se mantuvo alejado de aquella conversación. No se encontraba cómodo con el asesino y sus métodos.

—¿Y él? —preguntó Gabriel Silvas Rivero, con gesto de sospecha.

—No te preocupes por él. Yo me encargaré... tienes mi palabra.

Gabriel Silvas Rivero sonrió.

—Está bien.

Dicho esto, subió al todoterreno y desapareció.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó Andrés.

—Es muy sencillo, avisaré al capitán e iremos a Andorra.

—De acuerdo.

—No; de eso, nada. Tú te quedarás en el pueblo. Encontraremos una pensión y esperarás hasta que todo esto termine.

—De eso, nada —replicó el joven periodista, con la frente arrugada. Llegaremos hasta el final, juntos.

—He dicho que...

—¡Llegaremos hasta el final juntos! Te guste o no.

XXXVIII

REGRESO

En ese preciso instante, en la fábrica de Andorra...

El mayordomo aprovechó el momento de descarga de mercancías para introducirse en el edificio. Cubierto con una gorra publicitaria, agachó la cabeza, haciéndose pasar por uno de los camioneros, subió las escaleras del muelle, se escurrió entre los apilados cartones de tabaco, pulsó un botón, accionando el cierre de la puerta del elevador y desapareció descendiendo hacia las entrañas de la tierra. La bajada no era larga, apenas unos minutos, pero la distancia recorrida distaba mucho de ser la de unos pocos metros. Las principales cabezas del país se habían asegurado de enterrar lo máximo posible aquel lugar, evitando así cualquier contacto con el exterior.

Al llegar a su destino, una luz verde quedó iluminada en el panel. Dos puertas se abrieron de par en par, deslizándose hacia los lados, desapareciendo en la pared. La sala blanca que había a continuación, estaba completamente vacía. Cuando un gas azulado roció al mayordomo, éste ni se inmutó. Se limitó a levantar los brazos, la barbilla, e incluso abrió las piernas para que la sustancia pudiera adherirse bien a su cuerpo. Desde el centro de la sala, sólo eran apreciables tres difuminadas grietas, de líneas perfectas, a las que nadie sería capaz de distinguir a no ser que supiera dónde mirar. Dio siete pasos al frente y se situó delante de las grietas. Alzó las palmas de las manos, apoyándose sobre la pared, acercó el rostro y un escáner tipo láser le tomó las huellas oculares.

«Bienvenido, doctor»

La mecánica voz, aunque femenina, le provocó una desagradable sensación, de la cual intentó alejarse durante muchísimo tiempo.

—Gracias, Dora —contestó él, dando lugar a un reconocimiento de voz, necesario para acceder al laboratorio.

«D.O.R.A.» (Data Organizing & Recognizing Application)

Las grietas se ensancharon hasta dejar una puerta por donde pasar. La luz del interior era más intensa que la de exterior. Nada lograba escaparse del ojo avizor de la computadora. Cada sombra, cada rincón, cada movimiento, cada palabra escrita sobre un trozo de papel... absolutamente todo. La planta central estaba separada en varias secciones. La principal, que ocupaba un área de quinientos metros de largo por

cuarenta de ancho, y la periférica. Esta última, repartida en decenas de laboratorios independientes, albergaba a científicos, ayudantes y auxiliares, que trabajaban sin ser conscientes del día o la hora. En cuanto uno de ellos necesitaba cualquier producto, utensilio u otra cosa, la computadora accionaba uno de los brazos robóticos que colgaban en el techo de la zona central, recogía aquello que fue solicitado y lo introducía en una cámara estanca (cada laboratorio tenía la suya) para ser desparasitado y listo para su uso. Varios corredores de cintas mecánicas se extendían como autopistas de objetos. No paraban de moverse. Cuatro niveles a lo alto y tres a lo ancho, en total doce cintas transportadoras, perdiéndose en las paredes de fondo. Allí se encontraba la zona de almacenaje, pero funcionaba de manera independiente.

El mayordomo ignoró aquel coloso tecnológico y caminó hacia un enorme portón de metal, situado al fondo y a la izquierda. Quienes percibieron su presencia no dudaron en acercarse al cristal de sus *cuartos*, observando impresionados el paso de aquel hombre. Algunos le saludaban, otros aplaudían y muchos sólo se limitaron a mirar, aunque la mayoría continuó ensimismada, absorta por su trabajo.

Dora, la computadora, vigilaba sin descanso. Percibía movimientos extraños, alto ritmo cardíaco, respiraciones fuertes e inusuales registros en aquel individuo. Cuando llegó al portón, lo usual habría sido denegarle la entrada, puesto que era la parte más restringida del lugar, pero Dora otorgó acceso inmediato y el mayordomo pasó sin problemas.

Un mar de cables, distribuido por todo el techo, se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Aquí la luz era menos intensa, pálida. Ordenados con sumo cuidado, decenas de cilindros de cristal, colocados sobre ordenadores redondos, parecidos a esferas, ocupaban la mayoría del espacio. Un azulado líquido burbujeaba en su interior, emitiendo un halo fosforescente parecido a una gigante bombilla de discoteca. Y en el interior de cada una, adormilado, flotaba un feto, acurrucándose de manera instintiva, formando una curva semilunar, buscando su postura natural. Parecían idénticos, aunque en realidad cada uno era único en el mundo. Modificados genéticamente para que el comprador encontrase exactamente lo que necesitaba.

Los ojos cerrados de las criaturas les otorgaba esa inocencia perdida, anhelada por algunos adultos y odiada por otros. Con las manos acurrucadas en el esternón, las piernas dobladas, el cuerpo curvado, la cabeza redondita, lo único extraño era el cordón umbilical que les unía a la esfera de la base, la cual calculaba lo que necesitaban, cuándo lo necesitaban y cómo lo necesitaban. A quienes miraban fijamente, les invadía un extraño deseo de verles abrir los ojos, para contemplarlos; y también para comprobar que no estaban solos.

El mayordomo ignoró aquella parafernalia y se detuvo frente a un escáner dactilar. Había que introducir la mano entera en un cubo lleno de gel deslizante, recubriéndola y adaptándose a cada huella, imperfección y poro de la piel, para analizarla con milimétrica precisión. Abrió la puerta y entró con aire pomposo. Una enorme mesa ovalada, rodeada por sillas de oficina, era todo el mobiliario existente.

Los allí reunidos se giraron sorprendidos, expectantes. Los dos guardaespaldas, también.

—Damas... caballeros... —dijo el mayordomo con voz cortante.

Le siguieron con la mirada hasta que alcanzó el otro extremo de la mesa. En el legítimo lugar del jefe, Víctor Sampedro. A su derecha, un asiento vacío era el único lugar que no encajaba en el perfecto simposio que estaban celebrando. Sin dar explicaciones, se sentó en la silla, girándose hacia Víctor.

—Por fin, has vuelto a tu sitio —dijo el jefe, intentando ocultar su asombro.

Con una mirada irónica y una mueca de reprimido disgusto, el mayordomo le contestó:

—Sí, mi sitio. Aunque me imaginé que otro lo ocuparía después del mensajero que llegó a mi casa para entregarme la jubilación.

—El protocolo ha de cumplirse, pase lo que pase.

—Por supuesto. Aunque también supongo que no me han sustituido por una sencilla razón.

—¿Cuál? —preguntó Víctor Sampedro, apoyando los codos sobre la mesa y entrelazando los dedos.

—No habéis conseguido avanzar. ¿Me equivoco?

Los murmullos entre los presentes resultaron incómodos.

—¡Silencio! —voceó Víctor Sampedro.

—Entiendo —contestó el recién llegado—. En fin, ¿por qué no retomamos el asunto y llegamos a un buen puerto? Siempre, claro está, que nadie intente matarme otra vez.

—El protocolo...

—Puedes liquidarme ahora mismo o meterte el protocolo por donde te quepa —interrumpió al jefe.

De nuevo, aparecieron los murmullos. Bajo ninguna circunstancia permitiría un comportamiento parecido, excepto ahora. En cualquier otra ocasión, chasquearía los dedos y la molestia desaparecería. Así, como por arte de magia. Pero si lo hiciera al recién llegado, desaparecerían años de duro trabajo, perdiendo la oportunidad de alcanzar sus objetivos.

—Al carajo el protocolo —dijo Víctor Sampedro, apretando los dientes para contener la rabia—. Bienvenido seas... doctor.

XXXIX

LA REDADA

Aún era de día cuando Juan aparcó el coche cerca de la fábrica. En un lugar donde nadie les viera, pero con amplias vistas a las instalaciones y a la carretera. El vaivén de los camiones era constante. Cada hora dos o tres entraban en el recinto, descargaban, cargaban contenedores de plástico, parecidos a los que se utilizan para transportar fruta licuada, y atravesaban la barrera tras un riguroso examen alrededor del vehículo.

—Demasiada vigilancia para tratarse de una fábrica de tabaco —comentó Andrés—. A la vez que tomaba apuntes, Juan miraba el reloj del coche, impaciente. Quería registrar toda la actividad para cuando llegasen los refuerzos.

Antes, cuando partieron hacia Andorra, el inspector llamó a la central, situada en Madrid, para informar al capitán sobre lo que acababa de descubrir. El teléfono móvil que utilizó se lo había dado Gabriel Silvas Rivero y, cuando conectó con la capital, de inmediato comprobaron que su dueño había sido asesinado en los aseos de una gasolinera, junto a otro individuo. Tuvo que dar muchas explicaciones, hasta que se hartó y mandó a la inspectora de turno a hacer puñetas, solicitando a voz en grito que se pusiera el capitán al aparato. Sólo después de repetir su número de placa una docena de veces y soltar la bromita de que se trataba del inspector Marengue, comprendió la inspectora que no estaba hablando con un criminal, ni era víctima de una broma de mal gusto, sino que la cosa iba en serio.

—El capitán está ingresado en el hospital —le reveló la inspectora—, no es muy grave, pero nos han prohibido molestarle.

Entonces le remitió a «operaciones especiales» e informó de sus intenciones. El jefe de la unidad le aseguró que se pondrían en marcha en cuanto consiguieran el beneplácito de los altos mandos, junto a la correspondiente orden judicial.

Lo que Juan no sabía, era que nada más colgar el teléfono el primero en ser informado sería el inspector Pedro Soriano, colocado en el puesto gracias a un enchufe comprado a punta de talonario. Cuando el jefe de operaciones le contó lo sucedido y su idea sobre cuál era el procedimiento a seguir, Pedro Soriano torció los labios y contestó:

—El asunto es demasiado importante como para actuar por nuestra cuenta. Lo más acertado será informar al señor ministro del interior y que él tome la decisión. El jefe de operaciones jamás había escuchado semejante despropósito, pero tampoco quería discutir con su superior, sabiendo de quién se trataba y lo que era capaz de hacer a quienes se interponían en su camino. Se limitó a levantar los hombros y contestó con un rotundo:

—Sí, señor.

Uno de los mejores inspectores del cuerpo acababa de descubrir la actividad de una enorme organización, que parecía dedicarse al comercio de niños robados, al asesinato, la extorsión y Dios sabe qué más. Puede que incluso comerciasen con órganos humanos o estuviesen involucrados en la prostitución infantil. El jefe de operaciones, cuando salió al exterior para fumarse un cigarrillo y tranquilizarse, maldijo a Pedro Soriano y su avaricia.

—A ver qué más hace para conseguir ascensos y medallitas —murmuró enfadado.

El inspector Soriano cursó una orden de transporte y utilizó el helicóptero del cuerpo para volar hasta Andorra, donde su verdadero jefe, el que le pagaba como se merecía, según él mismo, le esperaba para informarle de la situación. Una vez conocidas las intenciones de Juan y Andrés, los dos hombres más buscados de la organización, acabar con ellos iba a resultar un juego de niños.

—Me acercaré al coche y les pegaré dos tiros. Uno a cada uno —dijo Pedro, sin apenas pestañear.

—¿Y arriesgarnos a ser descubiertos por algún excursionista? De eso, nada —atajó Víctor Sampedro—. Pongámosles la miel necesaria y caerán como moscas en una trampa. Así nos desharemos de ellos y será como si nunca hubieran existido.

—De acuerdo, les atraeré antes de acabar con ellos.

—La verdad es que quiero verles en persona. Tengo curiosidad.

—¿De qué? —preguntó Pedro.

—Quiero ver cómo es cuando le quitas la vida a dos individuos como ellos. ¿Les embargará la misma impotencia que al resto o será diferente?

—¿Cuál puede ser la diferencia?

—La fuerza del alma. La mirada es su espejo. ¿No lo sabías? —dijo el joven Víctor Sampedro.

—Eso dicen.

—Pues veamos si todos los espejos son iguales... antes de romperse.

* * *

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Andrés.

—Esperar —contestó Juan de manera escueta.

—¿A qué esperamos?

—Al momento justo.

—¿Y cuándo será ese momento?

Juan fijó su mirada enfurecida en los ojos de Andrés.

—Vale, vale. Estoy algo nervioso. Eso es todo. Me quedaré calladito a esperar el momento justo.

Con una mueca de resignación, Juan contestó:

—Estamos esperando a los refuerzos.

—¿Cómo sabrás cuándo llegarán?

—Es difícil saber —intervino Pedro Soriano al entrar en el coche, sentándose en el asiento trasero.

Los dos hombres se asustaron, reaccionando de diferentes maneras. Andrés soltó un grito y Juan le apuntó con la pistola.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó el último.

—Me enteré de lo que descubriste y he venido a sacar tajada. ¿Tú qué crees?

—No me sorprende.

—Me alegro. Para que quede claro, aquí el jefe de la operación soy yo. Todos los méritos serán míos. ¿Me explico?

—Los méritos me importan un carajo —replicó Juan con un gesto de furia.

—Veo que tenemos un acuerdo —sonrió Pedro—. Bueno, como mucho, aparecerá tu nombre en una nota a pie de página.

—Ya te he dicho que no tengo ningún interés en aparecer en tus informes o en los periódicos. Lo único que quiero es terminar con esta gentuza.

Pedro se acercó la muñeca a los labios y dijo:

—Que nadie se mueva hasta que no dé la orden.

Juan miró los alrededores.

—¿Dónde están los hombres?

—Apostados estratégicamente. Ahora mismo, tenemos a varios francotiradores en los tejados. Mira...

Pedro sacó la mano de la ventanilla e hizo una señal con la mano, a la vez que hablaba por el micro escondido en la manga de su chaqueta.

—Mostrar vuestra posición —ordenó.

Acto seguido, cuatro destellos de luz, apenas perceptibles, desvelaron durante un breve instante la posición de los francotiradores.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Juan, sin esconder su asombro por la rapidez y profesionalidad del equipo de Pedro.

—En cuanto anochezca, durante el cambio de guardia, más hombres nuestros ocuparán los puestos clave de las instalaciones. Entonces actuaremos. Queremos apresar a los responsables sin causar bajas. Sólo las inevitables.

Juan le miró extrañado. Lo suyo sería provocar una carnicería para que terminase en una noticia más morbosa. Los medios de comunicación se lanzarían sobre ella como perros rabiosos, peleando por un triste hueso en mitad del desierto.

—Sé lo que piensas —saltó Pedro—. No creas, fue lo primero que planeé. Pero me informaron de que, ahí dentro, habrá alguna que otra cara conocida. Las fotos son mejores cuando los atrapas vivos.

* * *

La noche abrazó la fábrica y sus alrededores, siendo la luna el único faro que alumbraba las sombras que se movían por doquier. La operación estaba en marcha.

No eran las condiciones más propicias, pero tampoco podían arriesgarse a que los peces gordos, reunidos en el interior, tuviesen la oportunidad de escaparse. Si uno no fuese conocedor de lo que estaba a punto de suceder no se percataría del vaivén nervioso en los tejados, del atropellado cambio de guardia, de los coches tomando posiciones con las luces apagadas o de los tres hombres saliendo de su vehículo y aproximándose al supuesto centro de mando.

—Todo listo, señor —le dijo a Pedro un fornido hombre cubierto con pasamontañas.

—Empezamos —ordenó.

Dos de los coches encendieron los faros. Cuando se acercaron a la barrera de la entrada, ésta se levantó, dejando el paso libre. Los hombres de la garita, tras desconectar las alarmas e inutilizar la radio, alzaron sus subfusiles y se cobijaron en la parte trasera de los coches. Los primeros en ser tirados al suelo fueron los conductores de los cuatro camiones que descargaban y los mozos del almacén. Con un sigilo sin igual, los operativos les esposaron y amordazaron con cintas adhesivas, en cuestión de segundos. Un grupo de seis hombres, protegidos por un escudo de asalto negro, tipo legionario, se acercaron a la entrada de las oficinas, lanzaron gas lacrimógeno para generar confusión, controlaron las alarmas y los terminales de comunicación, y aseguraron aquel punto vital.

Las filas de hombres se movían cual serpientes, deslizándose por la maleza a la caza de su presa. Perfectos. Con una coordinación pasmosa, a pesar del silencio aparente, neutralizaron las posibles amenazas mientras aseguraban el perímetro.

Pedro, Juan y Andrés, caminaban en dirección a los muelles de carga con una sensación de orgullo y poderío, como cuando los grandes generales desfilan por la vía principal de una ciudad recién conquistada. Impasibles, la seguridad de sus pasos se afianzaba gracias a la presencia de los hombres de las operaciones especiales, que aguardaban en cada esquina, en cada rincón del techo, en cada vehículo, las instrucciones de sus superiores. Si algún desalmado saliese de algún escondrijo y decidiera disparar, en cuestión de segundos estaría cubierto de puntos rojos láser, antes de ser acribillado por las semiautomáticas, rifles, pistolas, y demás artillería.

—Por aquí —ordenó Pedro, señalando el ascensor del suelo.

Tres efectivos salieron de la nada y se lanzaron encima de una caja, atornillada a la pared, donde confluía un puñado de cables. Parecía que uno estaba encima del otro, pero en realidad trabajaban en sintonía, pinchando clips de control, atornillando fusibles piratas, puenteando conexiones y enchufando un ordenador.

—Listo, señor —dijo una voz femenina.

Nada más abrirse las compuertas, Pedro, Juan y Andrés, acompañados por tres policías, subieron a la plataforma y desaparecieron bajo tierra. La luz en el ascensor era neutra y las cámaras vigilaban los movimientos de los intrusos. Cuando Dora detectó las armas, enseguida detuvo el ascensor a medio camino. Así neutralizaba

cualquier reacción o agresión por parte de los asaltantes, reteniéndoles en mitad de la nada.

—¿Ahora qué? —preguntó Pedro, mientras buscaba un botón al que pulsar.

De pronto, una luz de un carmesí intenso, como la sangre, se adueñó del ascensor, sembrando la incertidumbre. Las alarmas sonaron y Dora cambió su programación en modo alerta.

—Acabamos de perder el factor sorpresa —dijo Pedro, al mismo tiempo que blasfemaba—. ¿Qué estarán haciendo esos malditos informáticos?

Nada más terminar la frase, tres golpes secos rebotaron en el techo del ascensor. El ruido de una radial les hizo desenfundar sus armas y apuntar hacia arriba.

—Vienen a por nosotros —comentó Andrés, nervioso.

Las chispas caían en el interior. Sin saber muy bien cómo reaccionar, las miradas estaban fijadas en aquel punto de entrada, preparados para lo que fuese necesario. Pelearían con los dientes si hiciera falta.

El trozo redondo de metal deformado cayó en el centro y una voz se escuchó del exterior.

—¡Amigos! —vociferó uno de los hombres.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Pedro.

—Los informáticos lograron puentear el sistema, pero se les escapó el control secundario y las alarmas saltaron. En pocos minutos, lo tendrán controlado —informó el encapuchado—. Mientras tanto, decidimos descender en rappel y asegurar vuestra posición.

—Bien pensado —contestó Pedro con una mueca de disgusto.

La luz volvió a su anterior estado y las alarmas dejaron de sonar.

—Entrad antes de que este trasto vuelva a funcionar —dijo a los hombres apostados encima del ascensor.

Dieron un salto justo antes de que volviera a funcionar.

—¡Estad atentos! —ordenó Juan—. Ahora conocen nuestras intenciones.

Cuando se abrieron las puertas, la sala blanca les pareció un cubículo sin salida. Primero, aseguraron la posición los de las fuerzas especiales, seguidos por Pedro; luego, al grito de «libre», Juan y Andrés salieron del ascensor.

—¿Ahora qué? —dijo Andrés, boquiabierto.

Y Dora contestó:

—Tenéis denegado el acceso a las instalaciones. La seguridad del edificio ha sido avisada. Disponéis de diez minutos para dejar las armas y rendíos.

Pedro dio un paso al frente, escrutando el techo en busca de una cámara.

—Les habla la policía. Estáis rodeados. Es inevitable impedirnos el acceso. Disponemos de una orden judicial —levantó la mano con el papel firmado por un juez— y sólo es cuestión de tiempo que entremos. Vosotros decidís. Dejadnos entrar o nos veremos obligados a utilizar la fuerza.

De inmediato, dio la orden de colocar explosivos en las casi imperceptibles ranuras.

—Acceso concedido —anunció Dora tras analizar la situación.

La puerta se abrió.

—Adelante y con cautela —dijo Pedro a los hombres.

Levantaron las armas, apoyaron la careta sobre la culata para apuntar, se situaron unos detrás de otros y entraron. Los brazos robóticos colgaban inertes por sus enganches, como si nunca hubieran funcionado; las cintas transportadoras, que antes desplazaban innumerables paquetes y artefactos, ahora se habían paralizado; varios miembros del personal permanecían tumbados en el suelo, con las manos en la cabeza.

—¡Que nadie se mueva! —vociferó Pedro.

Dando pasos cautelosos, aunque firmes, los de las fuerzas especiales se abrían paso, creando un círculo de seguridad por el que avanzar el resto del equipo. Juan observaba su alrededor, con recelo, mientras Andrés no dejaba de entreabrir la boca, forzándose por ocultar su asombro. Cuando llegaron a la puerta grande, Pedro dirigió la mirada hacia la cámara que coronaba la esquina superior derecha, indicando con el dedo su deseo de entrar.

Sonó un crujido.

Las cerraduras se abrieron.

La puerta se deslizó.

El laberinto de tubos de cristal apareció ante ellos, provocándoles un escalofrío de asombro y terror. Los fetos flotaban en un líquido parecido al amniótico, de procedencia artificial, dando la impresión de que, de un momento a otro, acabarían girándose para observar a los intrusos. La luz era tenue, para no molestar a las criaturas; en el ambiente se respiraba un olor parecido a lejía mezclada con alcohol, aunque más suave y a florada; de vez en cuando, un leve sonido, similar a un pitido, aparecía en algunos de los ordenadores sobre los que se erguían los tubos de cristal.

Juan y Andrés caminaban hacia el centro de aquel lugar cuando unas sombras aparecieron en el fondo. Encabezando un grupo de tres científicos, un joven de aspecto pulcro y mirada envejecida les habló.

—Bienvenidos —sonrió Víctor Sampedro—, por fin, habéis llegado.

Ninguno de los dos comprendía lo que estaba ocurriendo. De pronto, Pedro se separó del grupo para arrimarse al joven.

—¡Ahora lo entiendo todo! —exclamó Juan—. Pero, ¿por qué esta pantomima?

—Porque quería conoceros con vida. A ser posible. Y era la única forma de conseguirlo —aseguró Víctor Sampedro—. Además de ser una magnífica ocasión para poner a prueba el sistema de seguridad.

—Estáis enfermos —escupió Andrés.

Pedro le abofeteó y apuntó a Juan a la cabeza.

—¡Cállate, niño! —le gritó.

Fue entonces cuando otro científico dejó su rostro al descubierto.

—Tú eres el mayordomo del médico —dijo Juan, asombrado—. ¿Qué haces aquí?

—Me temo que es mucho más complicado de lo que parece —contestó él.

—Explíqueselo, doctor —asintió Víctor—. Por lo menos, morirán sabiendo la verdadera envergadura de lo que hacemos.

—No es momento para regodearse.

—Muy bien, entonces se lo explicaré yo mismo.

EL PROYECTO DE LA «PLANTA 14»

—Todo comenzó con una idea absurda —comentó Víctor Sampedro—. Tres muchachos sentados alrededor de una fuente, y discutiendo al mismo tiempo, que pasaban agua de una botella vacía a otra. De pronto, se les ocurrió lo inconcebible. Transferir datos vitales en vez de agua. Sé que hoy en día hablamos de algo muy común, porque en la era de los ordenadores es algo de lo más sencillo, pero para aquellos jóvenes de mediados del siglo XIX era un plan revolucionario.

Víctor carraspeó.

—Para ser más exacto, estamos hablando de diciembre de 1873. Por aquel entonces, la compañía de aquellos tres jóvenes podría calificarse como extraña. Uno, recién licenciado en disciplinas mercantiles; otro, en medicina; y el tercero, a punto de vestir el hábito. Comenzaron a tontear con teorías sobre la fuerza del alma, los escritos platónicos, la existencia de una consciencia más allá de los muros que el propio cuerpo humano nos impone; hasta que se les ocurrió experimentar con perros adiestrados en diferentes áreas. Muy ecologistas de la época, por así decirlo.

El joven caminaba alrededor de los tubos de cristal mientras hablaba.

—De pronto, se les ocurrió la idea de que quizás, y sólo quizás, existía la posibilidad de transferir el alma de un perro adulto en otro recién nacido. Inventaron un sistema de aislamiento, donde el cable conductor era un tubo de bronce que conectaba un ser vivo con el otro, y alimentado por impulsos eléctricos se suponía que parte de aquel perro se imprimiría en la conciencia del más joven. Un estrepitoso fracaso. ¿Cómo no? Los medios eran demasiado primitivos y la aplicación práctica resultaba imposible.

Ahora pasaba la mano por los ordenadores con una inmensa sensación de respeto y admiración.

—La lectura de *Frankenstein*, resultó reveladora. Crearon un sistema de cableado, unido a todo el cuerpo del sujeto a tratar. Identificando puntos de energía, reconocidos por los chinos en la acupuntura, inventaron otro sistema para que dicha energía —es decir, el alma— fuese transferida de un cuerpo a otro. El resultado fue nefasto. Dos perros electrocutados y una espantosa peste a quemado —arrugó la frente—. Lo curioso fue que aquel hecho trascendió y llegó a los oídos de unos inversores extranjeros. De pronto, se interesaron en el proyecto e inyectaron importantes cantidades de dinero, por no hablar de los recursos que dispusieron para ellos. Lo último en sistemas eléctricos, cableados de increíble resistencia, motores de combustión interna que generaban energía, que era más fácil de manejar, recursos humanos, y lo más importante: diversidad de sujetos. Los tres locos se convirtieron

en el centro de atención de un grupo formado por millonarios que, dada su avanzada edad, sólo buscaban alargar sus vidas.

Víctor Sampedro alzó los brazos para darle más pomposidad al momento.

—¡Vencer la imposición de Dios! ¡Vencer la mortalidad! Los jóvenes lo comprendieron de inmediato. Por supuesto, no eran tontos. Y animados por la envergadura de los descubrimientos, se lanzaron a un mar de dudas en busca de un modo de traspasar el conocimiento de un ser vivo a otro. Igual que Colón cuando cruzó el océano o Neil Armstrong al pisar la luna. Aunque faltaría mucho por ver lo último.

Juan no era capaz de dar crédito a lo que escuchaba y la última afirmación le sorprendió demasiado.

—No me mires así —dijo Víctor, sonriendo con malicia—. A mi edad, ya no se me escapa ningún detalle. Uno, con la madurez, se hace más consciente del transcurso de la vida. Es cierto que el tiempo se desliza con rapidez, pero tu propia existencia cobra sentido.

—¡No es posible! —exclamó Juan.

—Sí que lo es. Los tres jóvenes, que ya no lo eran tanto, comprendieron que lo único que debían hacer era encontrar la forma de pasar los recuerdos de una mente vieja a otra más joven, moldeable y receptiva. Con la ayuda de los ultrasonidos, lograron su primer éxito en febrero de 1902. No fue nada memorable, pero el primate que recibió los recuerdos de un ser humano, a punto de morir, reaccionó favorablemente a todos los estímulos. La comida favorita, los juguetes preferidos, los colores a elegir, incluso los lugares en los que había vivido aquel sujeto durante muchos años, y que el animal jamás había visitado y tampoco debía comprender. El primer paso se había logrado y quedaba mucho por hacer, pero cuando los inversores tuvieron noticias sobre los avances extendieron talones en blanco y multiplicaron los recursos por cien.

Asintió, entrecerrando los ojos.

—El dinero se gana o se pierde, pero el reloj de la vida no puede pararse.

—Y empezaron a experimentar con seres humanos —interrumpió Juan.

—Era inevitable. Teniendo en cuenta que los tres jóvenes ya no eran tan jóvenes, la única forma de avanzar con el proyecto era la de arriesgarse.

—Comprendo. Pretendes decirme que tú eres uno de los tres. El encargado de recabar fondos, el licenciado mercantil. Además de tener casi doscientos años. ¿Es eso?

—En efecto. Aunque habite un cuerpo más joven, la esencia es de aquel joven soñador.

—Un joven transformado en un monstruo cruel.

El semblante de Víctor se tornó áspero.

—Para avanzar son necesarios sacrificios —aseguró, blandiendo la mano derecha en el aire.

—Y es más sencillo sacrificar a otros, ¿es eso?

—Más bien necesario. ¿No lo comprendes? ¡Hemos logrado la vida eterna! —exclamó Víctor—. Si enfermas de gravedad, te traspasamos a otro cuerpo; si quedas parálítico, también; y cuando tu cuerpo se va quedando marchito, te introducimos en uno nuevo. Más fuerte y repleto de sabiduría. Es la victoria sobre la muerte.

—Es jugar a ser Dios —le dijo Juan con el dedo alzado.

—¡Yo soy Dios! —gritó Víctor, con la locura envenenando sus ojos—. Yo decido quién vive y quién muere. Yo elijo a los gobiernos. Yo soy el destino de la humanidad.

Juan enmudeció.

—Te has vuelto loco —aseguró quien creía ser el mayordomo del doctor Fabio Urrutia Pelayo—. Primero perdimos a Gerardo, luego asesinamos a inocentes, después mandaste liquidar a mi bisnieto, y ahora esto.

—Gerardo era un idealista —murmuró Víctor—. Su condición de religioso no era compatible con nuestros planes.

—Era nuestro amigo.

—¡Era un estúpido! Pudo transferirse, pero eligió morir.

—Elegió no quitar una vida para sustituirla con la suya.

—¡Elegió morir! —gritó el joven enfurecido.

—No, eligió vivir según sus creencias.

Juan empezó a atar cabos.

—Entonces tú no eres el mayordomo, sino el doctor Urrutia.

—Ese nombre me acompañó durante muchos años, pero mi verdadero nombre es Villar —aseguró el doctor.

—Y el chico que se suicidó en el piso de Madrid en realidad fue ejecutado.

—Exacto. Era el único vínculo que me quedaba con lo que fui en el pasado, un ser humano.

—Basta ya —ordenó Víctor.

—¡No tenías por qué matarle! —exclamó el doctor.

—Estaba metiendo sus narices donde no debía.

—Sólo deseaba conocer sus raíces... eso es todo. ¡Y tú, malnacido y asesino, no tardaste en mandar a matarlo!

—¡Era el protocolo!

—Era mi familia. La única prueba de que yo existía —susurró el doctor, colocándole un cuchillo en el cuello—. Y ahora pagarás por ello.

Aquella reacción sorprendió a Pedro. Enseguida mostró su intención de apuntar al doctor, pero Víctor Sampedro le detuvo con la mirada.

—No será necesario —aseguró el joven—. El doctor no está capacitado para quitar vidas, y menos a sangre fría.

—Yo no estaría tan seguro —dijo, apretando los dientes.

Víctor sujetó la muñeca del doctor y empezó a retirar el afilado cuchillo de su garganta.

—¿Ves? Nunca fuiste capaz de tomar las decisiones difíciles. Para eso, me tenías a mí. Sin embargo, no creas que por permitirme hacer lo que tú no eras capaz no eres igual de culpable.

Con un ladeo de cabeza, ordenó a Pedro deshacerse del cuchillo sin dañar al doctor. Aquél obedeció sin rechistar, aunque no consiguió reprimir sus impulsos violentos, propinándole un fuerte empujón en el pecho.

—No eres más que un matón del tres al cuarto —espetó Juan.

Pedro, irritado, no tardó en sacudirle un puñetazo en el estómago.

—Un matón muy rico e inmortal.

—¿Eso es lo que te ofrecieron, vivir para siempre?

—¿Te parece poco?

—Has vendido tu alma al diablo.

—Es posible, pero te aseguro que tardará en verme por sus dominios.

Uno de los encapuchados, disfrazado de policía, caminó hasta situarse al lado de Pedro.

—¿Por qué has abandonado tu puesto? —le preguntó él, disgustado.

—Tu última afirmación me ha llamado mucho la atención y he decidido dar por finalizada esta partida.

—¿Qué partida? —preguntó Pedro, entrecerrando los ojos e intentando averiguar quién era el que osaba intervenir.

—Pronto lo entenderás.

Sorprendido, Juan se giró hacia Andrés que, en los gestos de su cara, también denotaba un cierto tono de confusión. «No es posible, —pensó Juan—, esta voz me es demasiado familiar, pero no puede ser cierto. Juraría que esa voz es la de Gabriel Silvas Rivero».

XXXI

LA CONCIENCIA DEL ASESINO

Muchas horas antes...

Gabriel Silvas Rivero disfrutaba del nuevo día. Vaticinando una nueva vida, canturreaba el nombre de Mónica, mientras pasaba un borrador mental con la intención de apartar todo recuerdo de maldad que había orquestado durante largos años. Nunca conseguiría quitarse de la cabeza los rostros de sus víctimas, pero ansiaba despertar junto a la persona que le había cambiado para siempre, y así quizás lograrse paliar las tormentosas imágenes, provocadas por la descorazonada avaricia que hasta hace poco le poseía.

En el asiento de al lado descansaba un ramo de rosas tan grande como él mismo. Los acababa de comprar en la mejor floristería de Madrid junto a una caja de bombones, de una chocolatería cercana, y un anillo de diamantes. Su intención era pedirle en matrimonio. Quizás no cuando la viera. O tal vez esperaría al transcurso de los días hasta encontrar el momento perfecto. O puede que fuese más espontáneo. Su cerebro maquinaba a mil revoluciones por minuto, planteándose los diferentes escenarios a los que se enfrentaría y la manera de sortear cada obstáculo. Como si fuese una misión, pero viéndose más nervioso de lo normal.

Mónica le esperaba con los brazos abiertos, cuando fue sorprendida por los regalos. Olisqueó las flores, esbozando una sonrisa que transformó su semblante en un jardín primaveral, y besó a Gabriel apasionadamente.

—Por fin, has llegado —le dijo, siseando palabras repletas de sensualidad.

Los relojes se detuvieron cuando Mónica desabrochó su sujetador y lo deslizó desde el interior de la camiseta, dejando sus firmes pechos balanceándose, frotándose con la tela, erizándose los pezones hasta convertirse en cerezas por cosechar.

—Llévame a la cama —le susurró al oído.

Gabriel Silvas Rivera la alzó en sus brazos, cual muñeca de seda, y la llevó hasta el dormitorio sin apartar los labios de su cuello. Ella gemía a causa del deseo que la poseía. Sentía cómo su cuerpo se humedecía. Cómo sus labios se arrugaban, faltos de los fluidos del amante. Cómo el sexo de Gabriel rozaba la parte baja de su cuerpo.

—Te quiero —dijo Gabriel, con otro tono de voz, desconcertante para Mónica; más suave e intenso.

Las sábanas se convirtieron en lienzos donde se representan teatros de sombras, pincelados con colores de Monet, Van Gogh y Goya; aderezados con la dulzura del amor interpretado con pasión. El sol titilaba, imprimiéndose en la danza de cama, brillando sobre el sudor de los cuerpos en celo, que se confundían el uno con el otro.

Fundidos, los sonidos de gozo imitaban la alegría de un violín en otoño cuando describe el desnudo de la naturaleza mientras lucha por cobijarse del viento.

El clímax, acercándose con cada caricia, cada susurro, cada mirada, asimilándose a una bomba de relojería a punto de estallar, estremecía los cuerpos de los dos amantes. Fue entonces cuando Mónica se dio la vuelta y abrazó con las piernas el cuerpo de Gabriel, mientras él la embestía, y con una sonrisa lasciva en los labios suspiró una frase que le cambiaría para siempre.

—Quiero que acabes dentro de mí, quiero un hijo tuyo.

Gabriel sintió los palpitos de su corazón. En cuestión de segundos, su vida daba un giro inesperado. Juzgó sus opciones, meditó sobre las posibilidades de éxito y una lágrima acabó deslizándose de sus perlados ojos.

—Quiero que te cases conmigo —le contestó él.

Y en aquel preciso instante, en el momento de la culminación sexual, sellaron un pacto de amor eterno y compromiso férreo sobre palabras cimentadas en un silencio absoluto. Puro.

* * *

Gabriel Silvas Rivero, sentado al borde de la cama, permanecía pensativo, cabizbajo. Ni las caricias de Mónica ni sus besos le consolaban. Él, que nunca había confesado sus pecados, ahora necesitaba descargar su alma para así iniciar el nuevo camino que estaba a punto de recorrer.

—No soy una buena persona, nunca lo he sido —susurró Gabriel.

Mónica le tapó la boca con el dedo y le dijo:

—Sabes muy bien que no tienes porqué contarme nada. Yo te he aceptado tal y como eres. Para mí, sí eres bueno.

Él le besó la yema del dedo y lo apartó con suavidad.

—Necesito hablar contigo, como jamás lo he hecho con nadie. Después juzga al hombre con el que deseas formar una familia. Ayer mismo, me vi envuelto en un asunto donde mujeres y neonatos son asesinados sin piedad. Mujeres como tú y bebés como el que deseamos tener.

Gabriel Silvas Rivero le confesó todo lo concerniente a su última misión. No omitió ningún detalle. Los lugares que descubrió, las personas que había matado, las imágenes que encontró en el hospital abandonado; le describió a Juan y a Andrés, y cómo por cuenta propia arriesgaban la vida para detener aquel despropósito. Le dijo que les admiraba y que les acababa de salvar la vida, pero que ahora sentía haberles abandonado. Cajas de sangre, enfermos maltratados, mujeres quemadas, recién nacidos arrojados en fosas comunes y al mar, instalaciones con aparatos extraños. Sin mencionar las ingentes cantidades de dinero ofrecidas por los contratistas para llevar a cabo sus propósitos. Exageradas.

Ella escuchó con atención. Continuando las caricias, sin cesar de besarle. Permanecía atenta e imparcial. Algunas partes de la historia no se las creía, mientras

otras no le sorprendían en absoluto. De vez en cuando, dirigía la mirada hacia los ojos de Gabriel y percibía en ellos una enorme carga de mala conciencia. No quería juzgarle, sino ser el apoyo que tanto necesitaba en aquel instante. Lo único que haría al terminar sería absolverle como mujer, amante y ser humano, a quien la vida tampoco había tratado con mucha amabilidad.

—No sé qué debo hacer —terminó Gabriel Silvas Rivero.

—Yo sí lo sé —dijo Mónica, mirándole a los ojos—. Debes ayudar a estas personas a erradicar la crueldad que me acabas de describir. Yo podría haber sido una de esas mujeres. Utilizadas y asesinadas. No importa si es debido a una organización dedicada al tráfico de órganos, de niños, o de lo que sea. Lo importante son sus actos, inmorales e inhumanos. Cierra este capítulo de tu vida para que podamos abrir uno nuevo, o te perseguirá para siempre. Y a mí, también.

—¿Estás segura?

—Tan segura que pienso acompañarte.

—No voy a permitirlo —aseguró Gabriel, con tono serio.

—Hemos de hacerlo juntos. Tú me protegerás y yo seré tu conciencia.

—Soy capaz de actos impensables.

—De eso, estoy segura —afirmó Mónica, abrazándole—, pero tú mismo me confesaste que jamás mataste a un niño... y ellos, sí.

La mente del asesino empezó a funcionar. A maquinar y barajar hipótesis.

—No lograré sacarles con vida si actúo solo.

—Entonces, llama a todo aquel que sea necesario para conseguirlo.

—No será fácil —dijo, apretando la mandíbula.

—Será tu redención —respondió ella, con firmeza en la voz.

* * *

Más tarde...

En la base aérea de Getafe, un helicóptero militar ultimaba los preparativos para despegar. Ni los dos pilotos, ni los oficiales de la torre de control, ni siquiera el coronel de la base sabían de qué iba todo ese asunto sobre una misión secreta y de alta prioridad, pero la firma del director del C.N.I. (Centro Nacional de Inteligencia) no permitía a nadie cuestionar la importancia del asunto. Las instrucciones eran claras: transportar a una asesina apodada *femme fatale* y a los doce hombres que la custodiaban hasta Andorra. Uno de los escoltas le dijo al coronel, de manera confidencial, que el «paquete» acababa de asesinar a un alto cargo de la cúpula militar y que no era la primera vez que conseguía dañar la estructura del país. Gabriel Silvas Rivero tuvo dificultades en mantener la seriedad y no echarse a reír cuando le contó esa trola, pero mereció la pena porque el helicóptero estuvo preparado antes de lo previsto. Falsificar documentos y manipular cualquier instrumento estatal eran para él juegos de niños. Ahora, además de haber contratado a once de los mejores

mercenarios de aquella parte del globo, contaba con los consejos de Mónica y con la convicción de que, por una vez en toda su vida, hacía lo correcto.

Antes de aterrizar, después de informar al piloto, Gabriel Silvas Rivero se puso de pie y se dirigió a los contratados. Sin duda, lo que menos les importaba eran palabras de ánimo, ya que la suma ofrecida por su contratante era más que sustanciosa; pero, a pesar de ello, él necesitaba explicar la importancia de la misión.

—Nos enfrentamos a un grupo de despiadados asesinos.

—Jajajajaja —se rieron todos.

—Comprendo que resulte irónico, pero esta gente asesina a mujeres y niños indefensos. No es necesario explicar el porqué, aunque sí os diré una cosa: nosotros nos dedicamos a matar políticos, empresarios e incluso grupos de personas peligrosas, pero no a neonatos. No estoy hablando de un heredero, sino de aniquilación en masa. De fosas comunes llenas de cuerpos indefensos. Inofensivos. Sin embargo, nuestra invitada no quiere que matemos a nadie. Nuestra labor consistirá en reducirlos, evitando el mayor número de bajas, especialmente entre nosotros, y envolverlos en un paquete para que las autoridades se hagan cargo.

—¿No mataremos a nadie? —preguntó uno.

—No, a nadie. A menos que sea inevitable. Cuanto menos bajas, más dinero ingresaré en vuestras cuentas bancarias. Será como un plus de peligrosidad. ¿Entendido?

—Entendido —contestaron al unísono.

—De acuerdo. Cuando lleguemos, dispondremos de una hora para urdir un plan de ataque y rescate. Insisto en lo del rescate. Hay dos hombres que han de salir ilesos de esta operación. Ni un rasguño.

—Muy bien —intervino otro, pero cómo los reconoceremos.

—No os preocupéis por eso. Enseguida os daréis cuenta de quiénes son. Además de tener un aspecto deplorable a causa de las numerosas palizas que han recibido durante los últimos días, no tienen aquella mirada que todos nosotros conocemos. La que nos distingue como depredadores.

* * *

Los pasajeros bajaron del helicóptero sin que nadie les molestase. Los militares habían dispuesto cuatro coches civiles, tal y como indicaban las órdenes, mientras aguardaban vigilando desde lejos. La curiosidad les reconcomía por dentro, pero tales órdenes nunca serían cuestionadas. La custodiada, rodeada por la docena de hombres, vigilada en todo momento eliminando toda probabilidad de ser reconocida, entró en el segundo coche, portando unas falsas esposas y un antifaz carnavalesco. La primera opción había sido una bolsa de tela negra, aunque la curiosidad de Mónica por ver lo que pasaba a su alrededor, porque no quería perderse detalle de la emocionante aventura que estaba viviendo, obligó a Gabriel Silvas Rivero improvisar sobre la marcha.

Cuando la barrera de la base se levantó y los guardias de acceso saludaron en posición firme, más de uno se esforzó por contener las risas de burla. Mónica estaba extasiada, la emoción acaparaba sus sentidos y Gabriel Silvas Rivero lo percibía. Ella reía a carcajadas junto a los demás mercenarios, formando parte de un grupo indeseable para el resto del mundo, pero que en aquel momento eran los únicos disponibles para hacer el trabajo sucio. Los peores asesinos, enfrentándose a gente de buena sociedad. Sólo que, en esta ocasión, los malos eran los buenos y los respetados eran la escoria humana.

No tardaron demasiado en llegar al lugar indicado por El Rubio antes de ser ejecutado. En cuanto cuatro de los hombres hicieron una batida de rastreo para ver lo que se cocía, comprendieron que los movimientos de seguridad eran muy sospechosos. Civiles vistiéndose de policías y policías intercambiando gorras, armas y placas. Algunos se posicionaban en los tejados, riéndose; otros ensayaban un asalto, mofándose de otros que practicaban lanzándose al suelo; y los mandos no parecían muy interesados en las maniobras. Si es que algo tan ridículo como aquello podría calificarse como tal. Los mercenarios no se lo pensaron dos veces e interceptaron las comunicaciones de «los payasos de feria», como les llamaron, averiguando de qué iba todo aquel montaje. Entre conversaciones sin sentido y chistes de mal gusto, descubrieron la verdad. Todo se trataba de una compleja trampa para atraer a dos hombres hasta el interior de las instalaciones, sin que ellos se dieran cuenta. Para camuflar tal tontería, uno de ellos no dejaba de mencionar el hecho de que lo más importante era poner a prueba los sistemas de seguridad. Una seguridad vulnerable cuando la pantomima diese comienzo. Y que se convertiría en el momento perfecto para que la unidad de asalto entrase y rescatase a los objetivos que Gabriel Silvas Rivero había marcado, a la vez que neutralizarían al numeroso equipo de actores y miembros reales de seguridad. Todo ello, sin sufrir baja alguna.

—¡Perfecto! —exclamó Gabriel Silvas Rivero cuando fue informado sobre las opciones de éxito.

En cuestión de minutos, los doce hombres habían ocupado puestos clave. Neutralizaron algunos pazguatos para robarles los disfraces, mezclándose con el resto, y permanecieron al inicio de la operación que, por primera vez, iniciaría el enemigo y no ellos.

Y cuando estaban dentro y todos los objetivos fueron neutralizados, en el momento en que los jefazos salían a la luz, Mónica cruzó el patio de la fábrica, bajó al laboratorio, observó desde lejos, sin que ninguno de los enemigos se percatase de su presencia, escuchó la horripilante verdad sobre aquel lugar, e hizo un gesto a su amado Gabriel para que pusiera fin al asunto.

XXXXII

LA SONRISA DE MÓNICA

Gabriel Silvas Rivero, con la capucha quitada, mantenía el cañón de su arma apuntando hacia Pedro. Mientras los demás desarmaban a aquellos que todavía se preguntaban sobre lo ocurrido, porque no sabían si aquello formaba parte del simulacro o si de verdad peligraban, Juan no lograba borrar de su rostro una enorme sonrisa.

—No sabéis con quién os estáis enfrentando —amenazó Víctor Sampedro, adoptando una pose pasiva.

—Sí que lo sé —contestó Gabriel Silvas Rivero—, ya os avisé sobre mi manera de trabajar. No quería a nadie entrometiéndose en mis asuntos y acabasteis estropeándolo todo.

—¿Por eso, te has atrevido a desafiarme?

—Lo cierto es que no...

Sin decir nada más, el ruido de los tacones de Mónica acercándose, rompió la incomodidad del momento. Su sombra dibujaba una atractiva silueta que revelaba su naturaleza felina y sensual. Quienes no la conocían quedaron hechizados con su aparición en escena; no dejaban de preguntarse quién era aquella mujer que mantenía bajo su dominio a un indomable asesino, acompañado por un grupo de mercenarios de élite. Su cabello se difuminaba con la escasa luz y sus ojos, ovalados y sensuales, les provocaron cierto escalofrío.

—¿Una mujer? —preguntó Víctor Sampedro—. ¿Te has jugado la vida por una mujer?

—Por una conciencia —contestó Gabriel Silvas Rivero.

Cuando Mónica estuvo lo suficientemente cerca, Pedro la ojeó de arriba abajo y se acordó de ella.

—Más bien por una puta —dijo de manera despectiva—. Ahora me acuerdo de ti. Solías pasear con el culo al aire y cepillarte a cualquiera bajo los árboles. Decían que eras una profesional con los labios; y no me refiero a lo de hablar.

Gabriel Silvas Rivero, enfurecido, sacó un cuchillo dentado y le golpeó la cabeza con el mango. La sangre brotó bajo el ojo derecho de Pedro, mientras el acero del arma blanca le dejó tumbado en el suelo. El asesino, guiado por sus impulsos, apretó la punta sobre el cuello de Pedro, dispuesto a clavársela hasta atravesarle la cabeza.

—¡No! —ordenó Mónica.

La mano de Gabriel Silvas Rivero se congeló. Con la respiración agitada, el pulso temblando y el corazón palpitando con fuerza, necesitó de toda su voluntad para

detenerse; pero la voz de Mónica navegaba en su cerebro, estimulando sus neuronas de una forma inexplicable.

—Mira que recibir órdenes de una puta —le provocó Pedro.

—Eres un idiota —le susurró Gabriel Silvas Rivero al oído—. Incluso cuando te salvan la vida no eres capaz de pensar. Sólo eres un títere barato. Un muñeco de trapo que, en cualquier momento, arderá en una hoguera.

Le tiró de los pelos y le empujó la cabeza hacia el suelo. Al levantarse, miró a su amada, asintió con la cabeza y dio un paso atrás. Pedro se sentía humillado. A pesar de estar acorralado, buscó la pistola que escondía en el tobillo, apuntó a Mónica y apretó el gatillo.

—¡Ahhhh! —gritó Gabriel Silvas Rivero.

Juan, que había adivinado las intenciones de Pedro, reaccionó lanzándose al vacío interponiéndose entre la bala y Mónica. El nerviosismo alcanzó su punto más álgido. El tiempo parecía ralentizarse. A la vez que Juan caía al suelo herido, Gabriel Silvas Rivero lanzaba su chuchillo apuntando a Pedro. El crujido de su cráneo, partiéndose, sorprendió al doctor Urrutia, que aprovechó la tesitura para coger un destornillador de una caja de herramientas cercana y clavársela en la espalda de Víctor Sampedro.

—Asesino —balbuceó el doctor—. Ya no volverás a hacerle daño a nadie.

Mónica se echó las manos a la boca, mientras Gabriel la palpaba por todas partes, comprobando si había sido herida.

—Estoy bien —aseguró ella—, este hombre me ha salvado la vida —dijo, señalando a Juan.

Andrés se lanzó sobre el cuerpo del inspector y ejerció presión sobre la herida. Quería detener la hemorragia. Deseaba salvar la vida de su amigo.

—Lo siento, lo siento, lo siento —susurraba Mónica—. Esto no debía suceder. Yo no quería...

Gabriel Silvas Rivero le tapó los labios con el dedo, convenciéndola de que no era culpa suya. Pero ella no lograba contener las lágrimas y de sentirse culpable.

—No, mi amor. No te hagas esto —no has hecho nada malo.

—Y por qué ha de morir. Es un hombre bueno. No puede terminar así.

El doctor Urrutia levantó la mirada. Recobró la compostura y dijo:

—¡Rápido, seguidme! No hay tiempo que perder.

—¿Qué vas a hacer, doctor? —preguntó Mónica, sollozando.

—Todo lo que esté en mis manos.

Y Mónica sonrió con amargura, pero esperanzada.

XXXIII

EL FETO

—Aguanta un poco más —le decía Andrés.

Juan, con la mirada borrosa, respiraba con mucha dificultad. El traqueteo de la camilla con ruedas no le molestaba. Sencillamente le meneaba de un lado a otro, mientras él se relajaba embargado por una asombrosa tranquilidad. Las caras de quienes le rodeaban no tenían muy buen aspecto, pero a pesar de ello no estaba preocupado. Las luces centelleaban, o era él quien parpadeaba con demasiada frecuencia. No sentía ni las piernas, ni los brazos, ni el pecho... en definitiva, no sentía dolor. «Eso es bueno», pensaba. Andrés no paraba de mover los labios, aunque no se escuchaba nada. Recordó los días en que era niño y jugaba al teléfono roto. Moviendo la boca, tergiversaban una palabra para que otro la adivinase. Sonrió. Fijó la mirada en sus manos y vio cómo la sangre no dejaba de brotar. Iba a morir. Lo sabía.

—Necesito un ejemplar compatible —dijo el doctor Urrutia.

Introdujeron la camilla en una especie de aparato, muy parecido a un escáner, pero con infinidad de tubos saliendo por doquier, como si de las ramas de un enorme árbol se tratase.

—¿Un ejemplar compatible? —preguntó Mónica.

—¡Rápido! Acércame la caja que está sobre esa mesa —señaló el doctor.

Mónica obedeció. Corrió y le llevó lo que necesitaba. El doctor sacó un aparato, parecido a una tablet con agujijón, pinchó a Juan en el cuello, procurando un lugar que no estuviera infectado, y enseguida averiguó su grupo sanguíneo.

—¡Tenemos suerte! —exclamó el doctor—. Sé dónde criamos un ejemplar de este grupo.

Entonces salió corriendo.

—¡Ahhh! —dijo apresurado, asomando por la puerta. Es muy importante que le repitáis las palabras: Respira tranquilo, respira tranquilo.

Todos formaron un círculo alrededor de Juan y empezaron a repetir lo que el doctor les acababa de indicar. Parecían miembros de una secta, efectuando un ritual pagano; y la sangre de Juan, la ofrenda al sacrificio, pero en realidad únicamente se trataba de unas personas que no sabían lo que debían hacer. Sólo deseaban ver a Juan recuperado.

—Ahora, salid de aquí —ordenó cuando regresó.

Les empujó hacia fuera, cerró la puerta —de acero, con un grosor de doce centímetros—, les apartó para pasar y antes de entrar en otra habitación llena de

medidores y controles de última generación, permaneció mirándoles con cara de pocos amigos.

—¿A qué demonios estáis esperando? ¡Vamos!

Se miraron entre sí y corrieron, sin pensárselo dos veces.

—Quedaos atrás y no toquéis nada ¿entendido? —dijo el doctor, nervioso.

Presionó un botón y accionó un mecanismo que levantaba una enorme persiana metálica, dejando al descubierto un gigantesco tanque de cristal. En el interior, una compleja telaraña de cables y sensores rodeaba un feto, el cual permanecía en posición fetal con los ojos cerrados. Por otra parte, en un enorme monitor, aparecía Juan, dejándose llevar por la muerte, exhalando sus últimas bocanadas de aire a la vez que sufría la confusión de lo desconocido. En la parte inferior, un pequeño cuadrante registraba el latido de su corazón, traducido en medidores de potencia, necesarios para controlar la transmisión de datos correctamente. El estado de Juan no era el adecuado para la operación, pero el doctor, acostumbrado a trabajar en casos extremos, había incluido un sistema de reanimación a la máquina de soporte.

—Aguanta un poco más... ¡vamos!

Una luz roja alertaba sobre el peligro. El doctor reaccionó de inmediato y ejecutó el procedimiento de emergencia.

—¿Qué es eso? —preguntó Gabriel Silvas Rivero, sin lograr ocultar su asombro.

Una aurora magnética envolvió a Juan que ya casi no tenía pulso. Al principio, aquella especie de neblina azulada le cubrió desplazándose suavemente y de forma homogénea, hasta que de pronto comenzó a contraerse, a dilatarse y a moverse como si una mano invisible estuviese masajeando el cuerpo de Juan.

—He logrado estabilizarle. Ahora empezaré con el soplo de datos —musitó el doctor.

Con la frente sudada, apretaba los dientes para así concentrarse en su labor. La presión era demasiado grande y su rostro palidecía por momentos. Mantenía la mirada fija en los niveles, los contadores, las lecturas y un sinfín de números que aparecían por doquier, a la vez que se esforzaba por mantener el conjunto en equilibrio.

Las manos le temblaban.

Los párpados le pesaban.

Las piernas flojeaban.

—¡Ahora no! —exclamó.

Apretó los puños.

—¡Ahora no!

Pasados unos segundos, logró contenerse. Entonces empezó a murmurar, hablándose a sí mismo, intentando concentrarse.

—Malditos fallos. Las primeras transferencias demostraron ser incompletas. Como no habíamos conseguido aislar del todo los conductos sónicos, creamos lo que llamamos «burbujas» de memoria. Dichas «burbujas» provocan una reacción nociva

para nuestro cuerpo, puesto que el cerebro no es capaz de interpretarlas. Si no engañamos nuestros recuerdos con una sustancia específica, el resultado es un ataque de epilepsia tan peligroso que puede freír nuestra cabeza y matarnos —decía el doctor al mismo tiempo que continuaba con las mediciones—. Últimamente descubrí la manera de rellenar esas «burbujas», contrarrestando los efectos de los ataques, aunque por suerte, vuestro amigo apenas sufrirá esos defectos. La tecnología actual nos ha permitido transferir el 99,99 % de la memoria. Por eso, Víctor no me mató cuando me presenté aquí. Me necesitaba para eliminar ese defecto. Pero, en realidad, yo regresé para matarle y vengar así la muerte de la única familia que me quedaba.

Un ordenador simulaba el interior del cerebro de Juan, interpretando las lecturas y traduciéndolas a partículas que se movían por doquier a velocidades muy altas. En otra pantalla, más pequeña, mostraba dos recipientes en los que una especie de fluido pasaba de un lado a otro.

—Crucemos los dedos —continuaba el doctor—. Lo normal es preparar la psique del sujeto durante meses. El shock que se sufre al completarse la transferencia también puede ser mortal. Ha habido casos en los que, una vez ha recuperado la conciencia, el sujeto no es capaz de asimilar el cambio y termina asfixiándose entre ahogados gritos; o el nerviosismo daña el frágil cuerpo del huésped. Es decir, del feto. Aunque ahora es más sencillo de controlar, porque vemos las reacciones del feto, en el pasado algunos destrozaron sus extremidades, tensando sus diminutos músculos e incluso desgarrando a la portadora. Era un espectáculo dantesco que desearía no haberlo presenciado jamás.

La luz roja cambió a verde.

Juan estaba muerto.

Los niveles en los monitores adquirieron cierta uniformidad.

La voz de D.O.R.A anunció:

«Proceso finalizado»

El doctor resopló aliviado y sonrió.

—En pocos minutos, sabremos si ha ido según lo previsto.

El feto abrió los ojos para comprobar que flotaba en el líquido de la vida. Asustado, movió los brazos con nerviosismo, luchando por liberarse de los tubos que le mantenían en la posición que se encontraba. El instinto le pidió respirar, pero un brazo mecánico le colocó una máscara para impedirselo, y así no precipitar el proceso de maduración. Todo era confuso. La mente de Juan luchaba por recomponer la esencia de quién era, para así ubicarse en el espacio que ocupaba. Poco a poco, perdía la sensación de miedo, orientándose hacia los rostros de aquellos que le observaban desde fuera. Miradas conocidas, como la de Andrés, o desconocida, como la de Mónica, pero que le ayudaban a comprender lo ocurrido.

Decidió relajarse. Mantener la calma y analizar la situación, como siempre hacía cuando la adversidad le rodeaba. Recordó a Víctor Sampedro, contándoles el modo que hallaron para lograr la vida eterna. Vida por vida. Aunque los procesos de clonación habían facilitado mucho las cosas.

Miró de nuevo a Andrés. Se alegraba de verle vivo. Y entonces percibió que sus labios se movían. Le estaba hablando.

—Relájate y respira.

Andrés estaba lo más cerca posible. Con la mano alzada y la palma abierta, le mostraba su apoyo.

—Relájate y respira —repetía.

—Relájate y respira —también dijo Mónica.

—Relájate y respira —terminaron por decir todos, al unísono.

«Relájate y respira, —igualmente, pensaba Juan—. Y vive...».

EPÍLOGO

En la Gran Vía de Madrid, los coches no se detenían por nada. Los peatones esperaban con paciencia a que el semáforo cambiase de rojo a verde, para poder cruzar. Unos miraban los móviles, otros escuchaban música con los auriculares puestos, algunos leían un libro de bolsillo y otros cuantos se limitaban a observar a los demás. Las tiendas estaban adornando los escaparates con motivos navideños. Mientras, los técnicos municipales colocaban luces de colores, engalanando el centro de la ciudad.

Entre el bullicio, casi invisibles para el resto, un joven sujetaba de la mano a su hijo de cinco años. Ambos parecían muy felices, pero la conversación que mantenían no era muy habitual.

—No sabes cuánto me apetece fumarme un cigarrillo —dijo el niño de cinco años.

—Pero si tú nunca has sido fumador —le contestó Andrés—. Además, todavía no tienes pulmones para ello.

—Entonces, déjame tomarme una cerveza con la cena —solicitó Juan.

—Que te dejes de chorradas, ya tendrás tiempo para todo eso. Ahora céntrate en desarrollarte, no vaya a ser que la fastidiemos. Recuerda que el doctor fue muy estricto con el proceso de crecimiento. Nada de antiguos vicios. No sabemos en qué modo te afectaría.

—Lo sé... lo sé...

—Y no me sueltes de la mano. Nunca se sabe quién está mirando y podrían considerar que no soy un buen padre para ti. No me gustaría perder tu custodia.

—Tienes razón. Es la costumbre.

—Después de tantos años deberías haberte hecho a la idea.

Juan se puso de morros, agarró la mano de Andrés y, respetando el semáforo, cruzaron la calle para continuar con su camino.

* * *

En el otro lado del mundo...

Los vientos endulzaban las plantaciones de té en aquella región de la India, perfecta para su cultivo. Sin mencionar el hecho de estar apartada del resto del mundo. Las hojas verdes desprendían un peculiar y embaucador aroma. Estimulante.

Los trabajadores, de apariencia feliz, mimaban el té, mientras un niño de tres años correteaba entre ellos, jugando al escondite con otros críos de piel más caramelizada. Cerca de ahí, Gabriel Silvas Rivero levantaba la cabeza de vez en cuando para comprobar que ninguna sonrisa se borraba del semblante de nadie, a pesar del duro trabajo. Todos participaban, compartían y disfrutaban de los frutos ganados con el

sudor. El colegio local lucía el nombre de su hijo, Máximo. Porque él era lo mejor de sí mismo. Sólo se ausentaba del trabajo para acariciar el vientre de Mónica cuando traía limonada fría. Muy pronto nacería su hija, Elena. Y, con ella, por fin, cerraría el círculo de una nueva vida. Una existencia de bien y para el bien. Una historia de penitencia y felicidad.